This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

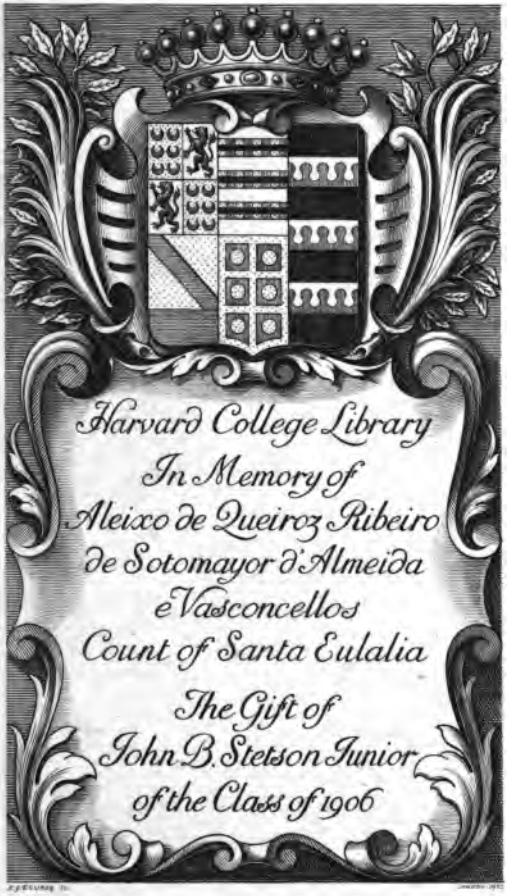
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

9A5245.28


Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

ARTURO REYNAL O'CONNOR

PASEOS POR LAS COLONIAS

Boyveau & Chevillet
Livres en toutes Langues
22, R. de la Banque, Paris

PASEOS POR LAS COLONIAS

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR.

Arturo Reynal O'Connor

PASEOS
POR
LAS COLONIAS

BUENOS AIRES
Casa Editora: N. TOMMASI, Lavalle 1127
1908

SA 5245.28

HARVARD COLLEGE LIBRARY
COUNT OF SANTA EULALIA
COLLECTION
GIFT OF
JOHN B. STETSON, Jr.

FEB 1 1932

PREFACIO

Ha surgido del seno inmenso de nuestro país, á impulsos del progreso moderno que lo transforma y enriquece, un mundo, otro nuevo mundo: ¡las colonias! Son EL DORADO, *que la fantasía meridional entrevió en* LA ATLÁNTIDA *y que saludará con mayor derecho y orgullo que nadie el centenario de Mayo. Hijas del Dios moderno, el trabajo, son nuestros antiguos desiertos, desde el Plata á los Andes y desde el Atlántico al Brasil, convertidos en minas de oro, porque el trigo es áureo también, y vendido al pie de la trilladora ó en el mercado se transforma en oro puro, sonante.*

Son otra Creación, y como es humana, ha necesitado para ver la luz, en vez de seis días, veinte años,—pero para que el lector comprenda su grandeza, diré simplemente que antes comíamos pan porque Chile nos vendía su harina y hoy alimentamos al mundo entero, y la próxima cosecha se calcula en 1.000.000.000 de pesos! En tan poco tiempo, en esos inmensos territorios, que

son el molde en que se funde la futura nacionalidad argentina, se han constituído entretanto sociedades que tienen sus ideas, sentimientos, caracteres, usos y costumbres propios. En medio de su inmensidad se destacan, como antes el gaucho en la pampa, la colosal figura del colono, y alrededor de las faenas de la siembra, de la siega y de la trilla, multitud de personalidades, fenómenos y cosas que deslumbran y caracterizan una civilización fecunda y liberal.

La cuestión es que es un mundo nuevo, formado en nuestros desiertos por las razas europeas que han querido trabajar. En la ciudad sólo lo conocemos por datos oficiales, administrativos y correspondencias de viajeros, tendientes más bien á publicar sus producciones y esfuerzos en la economía nacional. Entretanto germina allí, como producto de la vida, una literatura,—una literatura que asoma. ¿Quién ha descripto al colono, la siega, la trilla, las invasiones de langosta y otros fenómenos característicos de aquella inmensidad? Se ha pintado al gaucho, á la pampa, pero,—como digo en estas páginas,—el colono no es el gaucho ni el chacarero, ni el pastor,—ni las colonias las estancias y las chacras; son una personalidad moderna y fenómenos de nuestros desiertos poblados á favor de los enormes progresos materiales que nos enriquecen y nos degeneran también.

¿Existe una literatura gauchesca? Indudablemente,—y si hay una, producto más bien de nuestra

barbarie primitiva, relegada á la tradición, ¿cómo no ha de existir otra, nacida de la civilización, y con proyecciones sublimes á lo porvenir? La preceden rayos luminosos, como al sol en el horizonte, porque, donde quiera que se funda una sociedad, nace, por el pensamiento, por los sentimientos, por los caracteres, por los usos y las costumbres, una literatura. Yo llamaría, á ésta que surge de las colonias, colonial. Existe por la misma razón y con el mismo derecho que la gauchesca.

Describirla es el propósito de estas páginas. Sin pretender crearla, porque ella es obra de la sociedad, soy, sin embargo, su iniciador. No soy el Inspector Oficial de Colonias, ni el estadígrafo, ni el corresponsal, que, respectivamente, elevan informes al gobierno, toman datos ó remiten correspondencias á su diario; no, soy el viajero que, arrojado por el oleaje del destino en los desiertos, convertidos, de la noche á la mañana, en trigales inconmensurables, se echa á rodar en su sulky por sus infinitos caminos y, boquiabierto ante la transformación, observa la naturaleza, las comarcas y sociedades formadas, las ideas, los sentimientos y las costumbres. De regreso á mi MOLINO, *escribo, á la luz de la lámpara, mis impresiones y observaciones; á las primeras las describo en estilo corriente, sencillo, destinado más á agradar por la sugestión de las comarcas que he recorrido, y á las segundas las condenso en*

CUADROS, *en obsequio á la brevedad y á la impresión mental que dejan la concisión y la síntesis.*

¡Allá van estas páginas más, arrojadas á las ráfagas de la publicidad! Las llamo PASEOS POR LAS COLONIAS, *porque se pasea también por los trigales inconmensurables, y vale más la luz del sol y de la luna que la de la electricidad. ¡Que el lector, leyéndolas á la sombra de un árbol ó de su hogar, ó marchando en el tren vertiginoso, halle tantos encantos en los desiertos como yo al atravesarlo con mi sulky! Y si por continuar siendo, moralmente, jóven, sigo fiel á la literatura, es porque ella, en esta época sin principios y sin ideas, es consuelo y refujio del alma y la ilumina como las estrellas á la noche sombría.*

EL AUTOR. (1)

---

(1) *El Dr. Arturo Reynal O'Connor, autor de este libro, es un literato y orador de las más alta reputación. Es argentino y nació en la Ciudad de Buenos Aires el 26 de Noviembre de 1853. Se recibió de Abogado en 1876, ha ocupado elevadas posiciones administrativas y judiciales y ha escrito numerosas obras jurídicas, literarias é históricas, entre las que sobresalen los tomos I de sus dos últimas, tituladas* EL AÑO LITERARIO *y* LOS POETAS ARGENTINOS, *que constarán, la primera de seis volúmenes, y la segunda, de quince. El Dr. Reynal O'Connor se halla entregado actualmente á sus tareas profesionales y á continuar estas dos obras, que, terminadas, serán monumentos de la literatura é historia nacionales, habiendo adelantado últimamente algunos escritos de ellos en interesantes folletines en* LA NACIÓN.

De este libro se ha hecho una edición de 20.000 ejemplares, 10.000 para la República Argentina, y 10.000 para España, Méjico y demás repúblicas sud-americanas.

EL EDITOR.

Paseos por las Colonias

PRIMERA PARTE[1]

LA LLEGADA

Dado, desde joven, á negocios y especulaciones territoriales, adquirí, hace ya algunos años, en pago de un crédito, un campo en la provincia de Entre Ríos. Impropio, por sus duros pastos, para ganadería, no tenía, si quería convertirlo en dinero, más que venderlo á colonos. Felizmente estaba ya numerado y dividido en grupos y concesiones, como se llama á las chacras en las colonias.

Fuíme á verlo, deseoso de venderlo. Estaba próximo á la Estación Urdinarrain, departamento de Gualeguaychú.

Es necesario saber lo que es una Estación de ferrocarril en las provincias. Por lo pronto, nada de pueblos; la Estación, como un aduar, se levanta en el desierto, sin otra compañía que

---

La *Primera Parte* de este libro es una reproducción, corregida y notablemente aumentada, de lo que el autor dió á luz bajo el título *Porlas Colonias* en 1903 en su libro el *El Año Literario*, tomo I, y que fué tan elogiado por la prensa y la crítica. La *Segunda Parte* es inédita.

El Editor.

los zumbidos de los hilos del telégrafo, y los trenes, cual una novedad fantástica, pasan sólo dos ó tres veces á la semana, volviendo á dejarla sumida en la misma orfandad.

Afortunadamente, esta Estación tenía, á ambos lados de la vía, unas docenas de casitas, nacidas á impulsos del movimiento colonizador de la redonda, y, á lo lejos, blanqueadas y nuevas, semejaban bandadas de gaviotas alrededor de un matadero. En prueba de que, donde quiera que surge una población aparece la vanidad humana, las de la izquierda se llamaban *Villa Mitre* y las de la derecha, *Villa Florida*, — pero últimamente, pareciéndole al gobierno que eran muchos nombres para un pueblo que no era brasileño, se los quitó y les puso el de Echagüe,— quien gobernaba entonces la provincia, — para terminar, con un acto casero, tal anarquía, — lo que seguramente ignorará el lector, por haberlo callado la historia contemporánea. Yo, por mi parte, fiel á la Estación, sigo, imitando al gobierno, la revolución de nombres, — écholos todos abajo y le doy el de Urdinarrain; sí, señores, el del inmortal y nunca bien ponderado *pueblo* de Urdinarrain,—aunque el nombre, por tantas erres, me serruche la garganta.

Nunca me olvidaré de la mañana que llegué. Mientras buscaba, con la vista, un carro para transportar mi equipaje, me pregunté: «¿Dónde?» — porqué sabía que no había hoteles, ni fondas, ni casas que los equivalieran.

En el andén paseábanse unos individuos afeitados, vestidos de negro, hablando alemán y que resultaron ser rusos, — como sucede con tantas cosas en esta vida, — que no son lo que parecen, ni parecen lo que son. En los bancos

estaban echados algunos peones. ¡Ni una cara amiga! ¡Y era una mañana de Diciembre, diáfana y cristalina!

Pláceme, para diferenciar de la sociabilidad urbana, pasar por estos desamparos, y me dirigí al jefe de la Estación, quien, enterado de mi propósito, principió á rascarse la cabeza. «Aquí no hay donde alojarse una persona como Vd. Quizá allí — agregó — quieran cederle alguna pieza.» — porque la voz alquilar era ajena al vocabulario local.

Era el único edificio grande. De forma cuadrada, ocupaba una pequeña manzana. Al acercarme, noté que era una tienda.

El propietario era un joven, y al escuchar mi extraña proposición, la aceptó con regocijo, porque era soltero y se aburría hasta el fastidio. Ordenó que desocupasen y limpiasen dos piezas llenas de cachivaches que daban á la vía férrea. Comería con él y sus dependientes. ¿Y el pago? Fácilmente lo arreglamos, á pesar de las costumbres hospitalarias, habiendo tenido el honor de introducir allí el canon con pensión, y lo digo, no obstante mi modestia, para probar que he inventado algo en mi vida.

Instalado,—amuebladas las piezas con una mesa prestada por un vecino y un ropero por otro y acomodado mi equipaje,—pensé en una persona que me acompañase en mis futuras excursiones, — que me hiciese de mucamo,— que me trajese y llevase la correspondencia, porque soy incapaz de servirme á mí mismo.

¡No hay como un paraje donde reine la miseria: ¡todo es barato y fácil! ¡Al revés del pepino! Docenas de mozos se me presentaron en el acto, y como si me hubiese guiado la suerte,

elegí uno bajo, flaco y de veinticinco años, más ó menos. Activísimo, sus ojos resplandecían de viveza, y sano como un gato, era la perfección misma.

—¿Cómo te llamas?

—Gumersindo Pérez.

—¿Gumesindo, dirás?

—Gumersindo.

Comprendió que la r se me había quedado clavada en la garganta: no me pasaba.

A pesar de no juzgar nunca por las primeras impresiones, hay muchas cosas que me fastidian en esta vida. ¡Ciertos nombres!... El de Gumersindo, por ejemplo, — y notando, en su mirada, que me hallaba razón, le dije, sin ambages, que, como debía llamarlo por su nombre, necesitaba que tuviese uno corto y, sobre todo, serio...

—Mi padre... — balbuceó.

«Los padres, á la verdad, sin darse cuenta del efecto trascendental de los nombres en la vida, suelen ponerles unos, sacados de sus molleras, á sus hijos, tan asnales y ridículos, que más parecen colas de papel en los faldones para que se les ría en la cara la humanidad entera». — me dije, — y no dudando del buen juicio de Gumersindo, le propuse cambiar de nombre.

—¡Adónde vamos con Gumersindo! ¡Eso está bueno para un Senador por.....! Tendremos, cuando te llame, la mofa de la gente. — le dije.

Un relámpago de alegría iluminó su rostro, como si pudiese existir un nuevo bautismo, y para agradarlo más, agregué:

—Elige tú mismo el nombre.

Como titubeara y el asunto corría prisa, porque no quería dar tiempo á llamarlo Gumersindo, le pregunté:

—¿Te gusta Juan, Pedro, Antonio...? — porque tengo predilección por estos nombres para los hombres,. aunque sean vulgares, por lo varoniles, fuertes y rápidos.

—¡Pedro,—porque me llamo Gumersindo Pedro! — exclamó con alegría.

Quedóle, sin más ceremonias, el nombre de Pedro, teniendo después la satisfacción de ver que todos le llamaban así con agrado, y tal se creyó él también por la sugestión, mientras el de Gumersindo se hundía en el olvido.

En el campo, tengo costumbre, á este género de servidores, de otorgarles toda mi confianza, para sacar de ellos todo el provecho posible de ideas y de experiencia. Me inspiran, por su mayor conocimiento de las costumbres y peculiaridades del pago, respeto, — y haciéndose cargo de mi equipaje, exclamó, enterado del objeto de mi viaje:

—¡Todo esto es inútil! — refiriéndose á un apero, montura, mandiles, cojinillos, sobrepuesto, etc., etc., que había traído.

Azorado y disgustado, porque eran mi principal orgullo, le pregunté:

—¿Por qué?

— Porque aquí sólo los pobres andan á caballo. Para viajar en las colonias se usa el sulky. ¡Y nosotros, que vamos á recorrer cientos, miles, quizá de leguas! A la semana quedaría Vd. imposibilidado y sin haber hecho nada. — me contestó.

Pedro era inteligentísimo, sagaz. Enterado de todas las mañas del campo, era baqueano en todos los caminos de su tierra, y si ignoraba, por su condición, la historia política de Entre Ríos y la de sus hombres, le garanto al lector que

conocía en cambio, como pocos de sus paisanos, todos sus animales y marcas. Sorprendido muchas veces por su salud, actividad, audacia y talento natural, me decía: «¿De dónde salen estos tipos?...» ¡Del campo! Los produce como hierba, y librados á sus instintos, desarróllanse sus dotes hasta lo último, y se crean ágiles, fuertes, vivaces, aguerridos, mientras que en la ciudad, con las regalonerias, se vive y muere á medio crecer.

Dame risa cuando oigo á los *civilizadores* de América repetir á cada instante:—«¡Civilización, civilización!»—y veo á sus representantes y encargados de civilizarnos tan estúpidos é ignorantes de las cosas de la vida, que son, en el campo, la risa de los gauchos, quienes, de lástima, les ponen la comida cortada en la boca para que no se mueran de hambre. Fuera de zanjear y sudar como bestias, no saben nada, nada, — ni leer, ni escribir, ni hablar.

¡Es que el desierto es un mundo aparte! Es el libro más vasto que la vista humana pueda descifrar, y la inteligencia, forzada por la necesidad, se nutre y dilata. ¿Queréis nada más inteligente que el gaucho? Llegan á nuestro país comisiones de sabios, cargados de instrumentos científicos, para estudiar la flora, la fauna y otras riquezas de los territorios nacionales, y tienen que principiar por ponerse en manos de los indios para que les indiquen los caminos, los guíen, les enseñen cómo han de vivir para no morirse, lo que buscaban, los secretos misteriosos de la naturaleza y lo que no ha averiguado aún la ciencia: cuándo lloverá y hará buen tiempo. Flammarión acaba de afirmar en una correspondencia: «Sabemos las distancias

exactas entre los astros; averiguaremos sus condiciones físicas y si tienen ó no habitantes, pero ignoramos si va á llover mañana». ¿Conoces, lector, el cuento de los burros? Llegaron hace algunos años varios sabios extranjeros á la Rioja con el objeto de hacer observaciones meteorológicas de su cielo diáfano. Acercáronse, en una noche de luna, á un pobre rancho, y su dueño, al ver que se alistaban á dormir bajo de los árboles, les ofreció que pasasen, si querían, al comedor, porqué podía llover... Los sabios, ante el firmamento cristalino, sereno, riéronse del pronóstico del gaucho, atribuyéndolo á su ignorancia, y prefirieron dormir á la luz de la luna. Oscurecido, á media noche, el cielo, descárgase un copioso aguacero, y los sabios, arrastrando sus camas é instrumentos, golpeáronle la puerta al gaucho, demandándole hospitalidad.

—¡No les dije!—exclamó éste, al abrirla. —¡Ya lo preveía, desde que vi á la tarde llegar escarceando á los burros al corral!

—¡Pues, señores,—dijo uno de los sabios,—vámonos entonces á nuestro país, si hemos de viajar tanto tiempo con nuestros instrumentos para que unos burros en el desierto nos enseñen meteorología!

Este es uno de los resultados de la ciencia moderna. Sus billones de libros no cabrían en la pampa, y fuera de algunas verdades elementales, no ha descubierto nada, porque sus representantes, en vez de decir lo que piensan y sienten, no hacen más que copiarse y adular las preocupaciones del vulgo para mostrarse simáticos. ¡Audaz mi observación, eh!

Desconsolado quedéme cuando alcé la mirada vi á mi apero, montura y arreos horquetados

en lo alto del muro. Un puñal — que compré para las ocurrencias campestres — quedó relegado sobre mi escritorio para cortapapel! ¡Cómo cayeron mi silvestres sueños!

El caballero quedó transformado en cochero, — pero, al fin, consolado, por la ventaja de andar en sulky y porque usaba también botas en los viajes.

El dueño de casa reíase, con su habitual hilaridad, ante mi peregrina idea de vender tierras. «¡No ve!»—exclamaba, señalándome la langosta saltona que invadía el territorio ó iba en camino de devorarse todo. Los habitantes del lugar eran pobres; las casitas que rodeaban la Estación, aparte de las de negocio, tenían una ó dos piezas á lo sumo; sus moradores, por lo general, eran carreros ó peones que trabajaban en las cosechas, y cuando aparecía la langosta, se transformaban en sus tenaces matadores oficiales á un peso y medio por día. Poseían sólo su incierto pan; muchos, numerosos hijos, y algunos un mancarrón flaco que lucía un deshecho recado. ¡Cuántos no andaban descalzos! «¿Y entre éstos,— parecía volver á inquirirme,— quiere Vd. hallar compradores?...»

El espectáculo del acridio, que avanzaba y asolaba cuanto hallaba á su paso, descorazonaba efectivamente, y cuando pensaba que no dejaría tras sí sino miseria y hambre, dábanme ímpetus de regresar...

No podía, porque tenía que convertir mi campo en dinero. ¿Qué hacer? Convencido de mi vano empeño por opiniones autorizadas y diversos viajes á las colonias vecinas, me puse á reflexionar. «En Buenos Aires no quieren saber nada de campos en Entre Ríos,—me dije,—y aqu

no hay más que pobres colonos, que, después de la trilla, apenas quédales dinero para abonar las deudas del año. Entre todos ellos no alcanzarían á comprármelo, y apenas unos cuantos tendrían para una chacra. ¡No tengo más que colonizar!»—exclamé, por último. Esta frase me aterrorizaba. No era el trabajo, porque he sido corredor, constructor, especulador en tierras y comerciante, debido á que en nuestro país ninguna profesión liberal ó empleos, servidos honorablemente, bastan, en la mayoría de los casos, para crear la independencia personal, que era mi sueño,—sino que los colonizadores, después de sendos sacrificios y persecuciones fiscales, sólo sacaron vejez y ruina. «¡Adelante!»—me dije,—y considerando que en los instantes críticos debe uno dejarse de correspondencia, cartas de recomendación y esperanzas, púseme, según mi costumbre, personalmente en campaña, y le comuniqué á Pedro mi resolucion.

No extrañéis esto último; Pedro era, subjetivamente, en mi desierto, á pesar de ser mi sirviente, mi único compañero y amigo, y tenía que asociarlo, por su vivaz inteligencia y experiencia campestre, á todos mis pensamientos y esperanzas. Estaba destinado también á ser mi baqueano y consejero.

Amo el campo, y sus costumbres me son familiares, aunque no sea estanciero, ni descienda de tales. Recuerdo que, cuando pasaba mis vacaciones de estudiante en estancias, prefería los dormitorios próximos á los corrales de ovejas, precisamente por el olor á estiércol y los alidos. Ahora mismo no sé qué atractivo hallo estas dos cosas antihigiénicas é intolerables, iera de ahí detestables. La soledad y los ani-

males me placen cual la mejor compañía, y al pasar por un tambo, el olor á leche y el del trébol, en las ráfagas precursoras de la lluvia, henchen mis pulmones, y la fantasía me transporta á las planicies á saborear los caros recuerdos campestres.

¿Quieres un partidario más sincero del campo? ¿Qué me traía entonces? Que mi tarea, en vez de resolver mi pequeño problema financiero, fuérame, no obstante todas las fatigas, inútil, contraproducente. «¡A la acción!»—díjeme,—porque de lo contrario, por pensar, no se ejecuta nada. «¿Y dónde hallar los colonos?» En las colonias, como á los pájaros en los bosques. Unos comprarán al contado ó á plazos, otros arrendarán, y los que no tengan dinero, pagarán con trigo. Tal es mi prospecto. «¡A caballo!» — quiero decir, en sulky.

PRIMERA EXCURSION

La primera vez que salimos rutilaban aún las estrellas, que la claridad iba poco á poco apagando.

Principiaré por deciros, lector, que las colonias no son la estancia, ni las chacras, ni tampoco el campo; quiero sacaros de este error primordial, por más que veas la extensión feraz, sino el desierto convertido en trigales, amarilleante y ondeando por las brisas. Míseras viviendas aparecen de distancia en dsistancia. En vez de gauchos y paisanos, vense extranjeros, y en los caminos, no se tropieza sino con carros cargados de trigo y acopiadores en sulkys.

Sólo un movimiento comercial interrumpe aquella soledad. El cielo, diáfano,—el sol, abrasador, brillante, y guarecidas las calandrias y las tórtolas en los montes, ni un ave turba el vasto silencio. A lo sumo, un halcón ó chimango cruzan el espacio lanzando un quejido,—sin duda de tristeza al contemplar invadidos sus antiguos lares. He encontrado, con todo, en las colonias un mundo nuevo, distinto del campo soñado en la ciudad, y tan extranjero, que muchas veces, por las costumbres y los idiomas,

parecíame cruzar por las estepas de la Rusia ó las soledades del Far West.

Viajábamos con velocidad. El lector considerará sin duda necedad si describo un sulky; sin embargo, muy pocos, seguramente, lo conocerán prácticamente y lo sabrán apreciar; en consecuencia, me limitaré á decir que sobre dos grandes ruedas, de rayos finísimos, levántase un asiento, en que apenas caben dos personas. Nada más. Al primer empuje del animal, vuela. Es incómodo; por falta de toldo, se es víctima del sol, del frío, del viento y de la lluvia, y tan peligroso, que un accidente sería un desastre,—pero el genio yanky no ha buscado sino la velocidad. Con dos caballos alternados, fuertes y ágiles, se hacen, sin apuro, cuarenta leguas por día ó sea en diez horas, para dar tiempo á comer, dormir y descansar bien. No hay vehículo de sangre más ligero, y dos personas pueden recorrer una provincia en una semana, la República en seis meses, y también la América y el mundo entero.

He nacido, desgraciadamente, con el sentimiento de la justicia, desbordante por las iniquidades contemporáneas, y no pude menos, á la semana, que ascender á Pedro á Secretario, porque, en los caminos, era baqueano, con los rusos, lenguaraz, y por el conocimiento de las cosas y habitantes del pago, consejero, dándome, á cada instante, ideas y advertencias que me ahorraban tiempo y vacilaciones. ¡Secretario general!—ni más ni menos.

—¡Una víbora!—exclama,—y antes de sujetar le pasó una rueda por la cabeza.

Cuando dimos vuelta, yacía de panza, largo á largo en el camino.

—Con la calor, hay muchas. Yo agarro con las manos las culebras y á las víboras les saco la ponzoña.—agregó.

En esto, un individuo pasa en sulky como una exhalación, ras con ras con nosotros,—y nos saluda.

—Es un acopiador—díceme Pedro.

Al bajar una cuchilla, vemos una banderita en lo alto de una caña: ¡una pulpería!

¡Qué calor! Al atravesar guadales, nos tapábamos, por los mosquitos, los rostros con los pañuelos, y en las chacras donde dejaron la paja del trigo después de la trilla, la mosca brava se prendía á los costados del caballo, y sólo á latigazos y sacudiendo las riendas, se la ahuyentaba á las dos ó tres horas. Entretanto, ¡qué no sufría la pobre bestia y también nosotros!

—¿Qué son aquellos árboles que asoman sus copas entre las cuchillas, que se descubren á medida que avanzamos y bajamos?

— Una aldea rusa.

Estaba en un bajo, buscando la aguada, y en los raigones solazábanse bandadas de gansos, blancos como cisnes.

A los costados de una ancha calle, se extendían dos hileras de casas, que llegarían, en su totalidad, á cincuenta, la mayor parte en barro, con techo de paja, alumbradas, en las noches oscuras, por los astros, y algunas veces por la luz *eléctrica* de la luna. ¡Qué aseo interior! Por rito religioso, se blanquean frecuentemente; los dormitorios lucen camas altas, bien tendidas, con almohadones de plumas de ganso; cunas de hamaca cuelgan de los tirantes, y en medio de las piezas, yace el comedor, con cocina y horno que calienta todo el edificio; de manera que

este rancho en el desierto, á pesar de su rusticidad, es, en invierno, más confortable que muchos palacios urbanos, donde he visto á sus moradores tiritar de frío. Los pisos son de una composición de barro, bosta y ceniza, que forma una pasta resistente al tránsito.

Las mujeres, medio desnudas, sanas, fuertes, llegábanse á las tranqueras para vernos pasar, seguidas, á manera de gallinas, por una muchedumbre de chicuelos rubios, en camisa y compatriotas ya. Los había de todos tamaños, y cuando se ponían en escala de mayor á menor, parecían pitos de flauta, demostrando así, bien á las claras, que el trabajo honrado es fecundo en prole generosa. Los patos, los pavos, las gallinas, los pollos y las gallinetas, formando un conjunto variado, picaban los granos diseminados en la cuadra; descubrimos galpones repletos de trigo, máquinas bajo enramadas, y al fondo, huertas abundantes en árboles frutales, desbordantes de pájaros cantores y cotorras. ¡Qué aire, qué sol tan esplendente! Por doquiera veíase rica agua, legumbres, frutas, carne, embutidos, pan doméstico, leche, huevos, zapallos, melones, sandías; nada les faltaba, y al considerar cómo, en una hondonada perdida en el desierto, unos ranchos reunidos tenían el privilegio de atraer todos los pájaros de la redonda y realizar la felicidad, pensábamos en la vida horaciana, sin preocupaciones ni deseos. Nada mejor que estas aldeas para recordar las costumbres primitivas, y ante su humildad y abandono, se nos aparece, en la fantasía, Jesús en sus viajes por Galilea y Jerusalén.

Al llegar á una de las últimas casas, vimos, alrededor de un carro, una gran cantidad de

gente, compuesta, en su mayor parte, de niños. ¿Una manifestacion colonial? Un mercachifle de campaña, ó lo que, antiguamente, se llamaba buhonero. Vendía relojes de mesa y llevaba el carro lleno de ellos. Era como ellos: norteamericano, y decidido á venderlos todos, ¿qué creéis que hacía cuando titubeaban en comprárselos? Decíales: «Bueno, se lo presto»—y á cada recalcitrante le dejaba uno con cuerda. El mismo lo ponía sobre el aparador ó la cómoda. A los ocho días volvía á recogerlo, y ¿qué pasaba? Que acostumbrada esa gente al ruido isocrónico del reloj y valorando sus servicios, no quería deshacerse ya de él, y con gusto le abonaba cuatro ó cinco pesos. «¡Qué barato!» —exclamaban todos. Era, en efecto, barato, porque eran de níquel, y bien cuidados, pueden durar decenas de años, pero si se tiene en cuenta que en la Capital se venden á un peso y medio cada uno... ¡Ah, norteamericanos!

Al salir de un monte, en las costas del Gualeguay, me dice Pedro:

—Allí hay un pueblo.

Para la gente del campo, los villorrios son pueblos.

—¿No ve la capilla?—me agrega.

Milagro que no me dijo: iglesia.

Al cruzar el caserío, llegamos á la capillita. Estaba la puerta cerrada, pero, al empujarla, se abrió, y ¡soberbio espectáculo!—vimos á un hombre desesperado, en mangas de camisa, espantando una vaca con el saco. «¡Abra, señor, abra!»—nos gritó, como si fuésemos sus criados. Obedecimos instantáneamente, abriendo cada uno una hoja, para que saliera Su Majestad y mirándonos con Pedro las caras, como diciéndo-

nos: «¡Vaya un oficio el nuestro! ¡Qué pronto hemos descendido!» Y volvió á exclamar: «¡No vayan, por Dios, á decirle nada al señor Cura, porque me expulsaría!» Comprendimos, con nuestro *talento*, que era el sacristán y oriundo de Galicia, y para explicarnos su temor al cura, díjonos que á él le habían ido con el *chisme* de vacas dentro del templo que dejaban muchas veces las pruebas pestilentes de sus estadías. Ibamos, por diplomacia, á mentir, diciéndole que eran calumnias, cuando agregó: «Para que no me bote, no tengo más que negar. ¡Esa maldita rosilla es la más empecinada!»—exclamó, refiriéndose á la vaca que acababa de salir.

Mientras el sacristán barría los perfumes de la vaca, mirábamos el pequeño templo, asombrados de su pobreza: techo de chapas de hierro, sin cielorraso, piso de ladrillo, húmedo, despedazado por los animales del campo, y al fondo, un altar pintado de blanco y unas oleografías religiosas colgadas de los blanqueados muros.

—¿Y dónde vive el cura?—le pregunté.

—Aquí, señor, —me contestó, mostrándonos una piecesita al lado, de piso de tierra viva y con un catre.

—¿Anda de paseo?

—No, señor,—ha ido á un entierro. Allá va. ¿Ve Vd?... —y vimos, sobre la cuchilla, unos bultos que subían.

Nos despedimos del sacristán, y como resolvimos comer en esa localidad, nos encaminamos también al cementerio, porque era aún temprano.

El acompañamiento se componía de unos cuantos vecinos en dos carros y otros tantos á caballo. El cura iba en uno de ellos. Llegamos. El enterratorio era una quinta del ejido, de dos

manzanas cercada de alambre, y al frente tenía dos pilares de material, que, á lo lejos, parecían, por la perspectiva, el Arco del Triunfo (!). Tenía tranquera en vez de puerta, á estilo de corral, y yacía abierta, como invitando á todos á reposar y que entrase... la hacienda. «¡Estos animales!»— exclamó el cura, al ver adentro unas cuantas vacas y caballos.

Entraron jinetes para espantarlos, y nos acordamos del incidente de la capilla.

El muerto era un colono alemán, y, como pasa amenudo, dejaba á su familia en la miseria. Lo bajaron de un carro, y fué llevado á pulso hasta el fondo por sus compañeros entre unos pasos borrados en los yuyos, donde estaban unas tumbas con rejas y ramas secas. Un peón, que se dejó caer rápidamente del caballo, hizo de sepulturero, y abrió la fosa con una pala traída ex profeso. Mientras cavaba, pensaba en la poca suerte del muerto, que dejaba todavía hambrientos á los suyos.

—¡Gracias!— exclamó Pedro, que leyó mi sentimiento en la mirada, porque hasta hace poco se enterraba á los muertos en las zanjas.

Al ir á ponerse el ataúd en la sepultura, la cabeza del difunto apareció por el extremo más bajo.

En la ciudad, la gente habría salido disparando, creyendo que resucitaba, — pero comprendióse que todo era efecto de la imperfección del mueble.

—¡Bárbaro! — exclamé sin querer, entre dientes.

— ¡Que dé gracias! — replicóme Pedro.

— ¿Qué pica aquel chimango, que baja y sube en el aire?

—Debe ser el miembro de algún muerto mal enterrado, porque, por lo general, se llevan otra vez el cajón á la chacra. ¿No ve la punta del pie?....

Divisábase, en efecto, á la distancia, sobresaliendo entre los terrones, una cosa blanca como el mármol, con puntos rojos, y Pedro, al notarme impresionado, agregó.

—¡Yo he visto traer muertos en cueros, arrastrados á la cincha!

«No hay diferencia más grande que la que se ve en la vida entre los hombres», — me decía. —«¡Este muerto, por ejemplo, había sido trabajador, económico, virtuoso, moral, y todavía castigo!» — exclamé, — porque es el peor de los castigos, después de tal vida, morir así y con los ojos nublados de dolor por el porvenir de sus hijos.

¿Necesitamos acaso ir á los cementerios y presenciar la terrible inhumación para pensar en la muerte? Sí, — así es, — porque, mientras vivimos, no nos acordamos de ella; apenas, cuando nos acaece alguna desgracia, sabemos que Dios existe, y nos dignamos pedirle algo todavía; entretanto, vivimos como si nosotros mismos no existiéramos, inconscientemente. Mi fantasía, mientras rellenaban la fosa, llenóse de sombras. «¡Estos son—me decía— los esclavos modernos, á pesar de los siglos y de los sistemas republicanos!» Una vez que llenaron su triste tarea, marcháronse, y al mirarlos de atrás, pobres, míseros, montados en sus caballos y carros, parecióme que el desamparo en que se dejaba al difunto era demasiado cruel. ¿Vencido? No, — porque si su lucha fué estéril para él, para otros fué fecunda. ¡Así es la vida!—sí, pero para

estos mártires del trabajo, que caen, víctimas del desequilibrio social, aplastados por las capas superiores. No es la muerte la mala; es la injusticia,—la injusticia que vemos reinar en la vida y que devora juventud, fuerza, salud, alma, y aquélla, después de agitaciones y derrotas cruentas, aparece como un descanso. ¿Y la familia? Esta, sí, merece lástima, porque queda para continuar la ruda pelea..... En cuanto á él, podemos como Daudet, en Jack, decir: «¿Murió?»— «¡No, libertado!»

«¡Ahora, á la chacra, al trabajo!» —parecían decirme todos entre el ruido de los arreos, al apurar en la marcha sus caballos, absorbidos por la cosecha y el salvaje afán de rescatar, de los gastos y deudas, un poco de dinero. ¡Y todavía iban con apetito! Necesítase indudablemente mucha ignorancia para ser feliz, porque el caso era más para ir á llorar al hogar que para gustar la sopa caliente,—pero ¿qué obtendrían con desesperarse? Ahondar su desgracia, es decir, si fueran cultos, instruídos. ¡Necesítase, en verdad, mucha ignorancia para ser feliz en esta vida!

Después de comer, sáleme Pedro con que el caballo estaba cansado. Como iba aprendiendo á cuidar este noble animal, que en el campo es el instrumento de toda producción, á punto de que si hablase, exclamaría: «¡A mí se me debe todo!»—nos quedamos á pernoctar.

—Dormiremos aquí mismo, porque es la única casa de hospedaje.— díjome Pedro.

Era un almacén.

—Este es un gringo usurero... – agregó, refiriéndose al dueño. —¡Figúrese que cobra á los colonos hasta el 5% mensual! ¿Ve esas herra-

mientas, rebenques, boleadoras y recados que yacen colgados? Están empeñados.

—¡Qué noche aburrida vamos á pasar! Y con luna, ¡qué lindo viaje haríamos!—exclamé,—cuando oigo, en ese instante, una música.

«¿Música aquí?»—me pregunté, no imaginándome otra que la del viento.

—Es el circo.—dice un individuo que estaba recostado en un poste próximo.

—Está principiando... ¿Vamos?—díjele á Pedro.

—¡Qué van á ir!—dice el desconocido.—¡No sirve!

—¿Qué hacen?—le preguntamos.

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nadaaa...

Hacía años que no iba á teatros; no he visto siquiera á Frank Brown,—«pero un circo en que no se hace nada, es digno de visitarse.»—me dije.

—Iremos.—díjele á Pedro.—¡Debe ser muy curioso!

«¡Un circo en que no se hace nada!»—repetía para mí, mientras llegábamos á él.

Las cosas pequeñas y míseras son también dignas de observación.

Entramos. Redondo y de lona, excusado es decir que era reducido. Por el gran número de caballos ensillados en la puerta, creí que la concurrencia fuese de gauchos, peones descamisados y muchachos descalzos,—pero ¡qué error!.. Componíase, en su mayoría, de colonos y sus familias vestidas con sus mejores prendas. Endomingadas, lucían en los trajes los colores de su predilección nacional, y el conjunto, á pesar del piso de tierra y los asientos de tablas sucias, parecía, á la mezquina vacilante luz de los faroles

de vela, una exposicion de flores artificiales. Destacábanse, entre los sombreros primaverales de las francesas y suizas, los vestidos colorados de las rusas, los azules de las alemanas, los verdes de las italianas y los amarillos de las paisanas. Había algunas valientes que aguantaban medio jardín en la cabeza, y ciertos pimpollos semejaban de lejos zanahorias. Todas, se abanicaran ó no, estaban desasosegadas, mudas, creyendo estar en la más alta sociedad y seguras de divertirse como nunca.

En menos de media hora oí decir cincuenta veces, en varios corrillos de compadritos, que estaban las de Pagliani, las de Mendioroz y las de Trabuco. ¡Al fin principió la funcion!—porque con la humedad de la tierra viva y las corrientes de aire que pasaban por los agujeros del toldo, se hacía penosa la permanencia. Sólo por la curiosidad de no ver *nada* donde se cobraban precios relativamente subidos por entrada y localidad y cómo se desenredarían para no ofrecer *nada* en cambio de las diversiones ofrecidas, podía prolongarse tal fastidio.

La orquesta era un acordeón tocado por un negro. La compañía tampoco existía. El propietario, que era un mulato brasileño, apareció en la arena con tres chicuelos, y les hizo hacer unas vueltas de carnero y otras pruebas como las que se hacen en los colegios. Apareció despues un payador, é inspirado por el alcohol, principió á cantar unas décimas que dedicó al alcalde, al sargento de la partida y otros personajes oficiales que lucían bombachas y alpargatas en los asientos. La concurrencia criolla y los viejos vecinos, acostumbrados á esta música, reían á boca abierta y á cuerpo estirado

de las ocurrencias del payador, — las más de las veces repletas de indirectas indecentes. Volvieron los pequeños volatines y repitieron sus ejercicios. No debían saber más, porque la funcion terminó con un drama criollo. Estoy seguro que fué improvisado y que los actores eran dos paisanos de los muchos que mosqueteaban en la puerta, en cambio de las entradas, porque fué un diálogo libre sobre la vida campestre. Uno de ellos debía, para terminar una pasión que lo devoraba, robarse esa noche la prenda querida y llevársela en ancas fuera del pago, y para crear coraje, le menudeaba, como si fuera cierto, á una limeta, que pasaba á su interlocutor. Hacía el líquido su efecto, porque los disparates y las alusiones eran cada vez mayores. ¡La suerte que, á medida que eran más rojos, la gente reía á carcajadas! La ignorancia es, muchas veces, inconsciencia, porque en una ciudad culta, tales espectáculos habrían sido deshechos á papazos,—pero en el campo, por no conocerse absolutamente el arte, prefiérense estos remedos groseros de sus costumbres.

¿Es *nada* todo esto? Creo que el crítico, en el terreno de la exageración, tenía razón, porque en un lugar público, donde se cobra por diversiones, hay derecho á exigir algo más de lo que hacen los niños sobre la alfombra de la sala ó los sirvientes en el patio excitados por la bebida y disfrazados de volatines ó gauchos andariegos. Débese mostrar lo extraordinario y no lo que todos pueden ejecutar. Recuerdo que tiempo tan mal empleado me lo desquitó, á la vuelta, echado en mangas de camisa sobre unas bolsas de trigo bajo el corredor del almacén, contemplando el cielo iluminado por la luna viajera, mientras

Pedro me contaba sus aventuras por *Los Rincones* con los tigres y la mejor manera de cazarlos.

Antes de cerrar los ojos, le pregunté,— curioso de conocer, aunque sólo fuese de nombre, la aristocracia de la localidad, — quiénes eran las de Pagliani, las de Mendioroz y las Trabuco. y me dijo que eran las hijas del carnicero, del basurero y del carbonero. ¡Y en las ciudades, que se desviven las niñas por que las llamen las de....! ¡Si vale la pena....! Comentando. algo desvelado, con Pedro estas pobres vanidades, exclamó:

—¡Para eso mi pago! Allí las madres tienen sobrenombres, y se las llama las hijas de la Peluda, de la Chimanga, de la Viscachona....

Al día siguiente, era Domingo. Amaneció bello, hermoso y las ráfagas del aire impedían sentir el calor. Notábase el asueto de las gentes por su continuo pasar. La capilla estaba á la cuadra, y al notar muchos carros y caballos, pregunté si había alguna fiesta religiosa. «No, señor,—la gente en misa.» — se me respondió.

—Vamos nosotros también allá,—díjele á Pedro.

Casi todos eran colonos,y venían llegando otros aún. Los trajes, apropiados al acto, eran más severos. ¡Eso era devoción!—y bastaba para prestarle fe, pensar que muchos venían de cuatro y ocho leguas de distancia. Todos rezaban hincados, y algunos, agachados, con la cabeza en el suelo. Admirado de tanto sentimiento sin vanidad, casi no reconozco á nuestro sacristán, vestido de acólito y ayudando á misa. En una de las reverencias, tropezó con mis miradas, y bajó los ojos, recordando sin duda lo de la vaca. ¿Quién diría, al verlo tan currutaco, que era el mismo del día anterior, ensordeciendo á gritos al animal y á

nosotros! «Si supiese el cura, ya te iba á dar vacas dentro de la Iglesia!» — me decía, al descubrir el rostro de pocos amigos de aquél.

A mitad de la misa, tuve que salir afuera para respirar: ¡era un horno adentro! — doblemente insoportable por ese olor á obrero, ardiente, agrio y que sólo el pobre, por haberse criado oliéndolo, lo halla natural.

Afuera, con el viento, las mujeres se descongestionaron y se bajaron el corsé que se les había subido hasta cerca de la garganta, mirándose unas á otras, enceguecidas por la repentina luz. Existía, en apariencia, mucho del terrible ridículo, pero, en el fondo, inspiraba respeto esa muchedumbre por su fe sincera y los esfuerzos que representa en el trabajo nacional. De atrás, sobre sus carros y montada á caballo, parecía una procesión, y al perderse en la cuchilla, en hilera, todos unidos, vínome el recuerdo del acompañamiento fúnebre del día anterior.

De paso, para atar, me dice Pedro: «Me han dicho que hay aquí mucho grano malo. Es necesario no dejar asentarse las moscas en la epidemis» (1). Al despedirme del figón, no pude librarme que el pulpero volviera á invitarme con una de sus innumerables bebidas. Avaro, desesperábase por la miseria reinante, y no veía en la repugnante copa más que los soñados centavos que entraban al mugriento cajón de su mostrador, y en cuanto me divisaba, so pretexto del calor, de la hora ó del apetito, me ofrecía uno de sus

(1) Los campos que atravesábamos estaban muy inficionados por el carbunclo. A cada rato veíamos animales muertos por él. Los reconocíamos, porque estaban hinchados y con los vasos caídos. En el Tala he visto á médicos y curanderos descarnar con instrumentos especiales el grano malo hasta el hueso y luego quemar con hierro candente para impedir la infección general.

fernets ó *biters* fabricados con aguardiente de maíz y más á propósito para curar la sarna de las ovejas. Por la tolerancia de moda con la humanidad inferior, limitábame á bajar los párpados, revolviendo los ojos por dentro, como una contenida protesta, porque el personaje no valía la pena que le dijese: «¡No tomo alcohol!»—pero Pedro, que sabía cuán cargado me tenían sus ofrecimientos, le hizo señas, á mi espalda, que no los repitiera(1).

Salimos. Al dar vuelta, estaba en la esquina un grupo de gente, y oìmos unos gritos. ¡Un remate! Era en el Juzgado de Paz, y se vendía el trigo de un colono. Embargos, los llaman allí, porque los acreedores, desesperados, no andan con chicas. En las cosechas abundan como las perdices, y donde quiera que se ande, tropiézase con el Oficial de Justicia, que va ó viene de algún embargo. El colono, ante el trigal embargado, llena el ambiente de quejas, y los demás acreedores, notando que le ganaron de mano, profieren maldiciones, se rascan,—pero al fin comprenden que es más práctico embargar también. Así van, en orden, ensartándose como ore-

(1) No puede imaginarse el lector la trascendencia de las miradas iracundas y sangrientas del pulpero tras el mostrador para todo aquel que no bebe. Se convierten después en opinión pública, porque la pulpería es el único punto de reunión general. Allí se averigua del recién llegado, y el pulpero, si se trata de un temperante, exclama, en mangas de camisa: «¡Más aceite da un ladrillo,!»—es decir, es un egoista, un avaro, un miserable,—el ser más despreciable para esos criterios obtusos—y queda como tal, viéndose después aislado, abandonado y calumniado -porque no bebe, porque no quiere beber, ó, mejor dicho, porque no contribuye, envenenando su sangre, á llenar el cajón del pulpero. La temperancia, en la campaña, es un *defecto* imperdonable, que puede costar muy caro, y el origen es el pulpero, que ha tratado de vengarse de un rebelde á sus venenos. Yo he visto á personas beber contra su voluntad por *quedar bien*. Igual pasa con el juego, porque las consecuencias campestres de los vicios principian con la bebida, y donde es costumbre jugar, innumerables personas, que demostraron desafecto por las cartas, fueron despues perseguidas, complicadas en falsos delitos, saqueadas etc., etc. ¡Curiosidades de a campaña!

jones al sol, hasta que unas pobres quinientas fanegas soportan tres veces su valor en deudas. ¡Concurso!— y entre el llanto del deudor y de sus hijos, que entrevén el hambre en el invierno, porque , sin semilla, no podrá haber siembra, y sin crédito, nadie fiará, los acreedores se enfurecen como perros ante el descuartizamiento de la presa, y después de los gruñidos y desafío de dientes, viene el estallido, el escándalo, en que cada uno sale disparando con el pedazo. Felizmente aquella crisis fué una excepción, debido á la langosta, porque la gente en ninguna parte es más tolerante, familiar y bondadosa que en las colonias.

Estábamos acampados bajo de unos árboles, descansando, y vemos venir á un individuo á caballo en dirección á una laguna próxima. Bájase, extiende el poncho en el pasto, pone las riendas en el recado, desata un envoltorio, se sienta y se pone á tomar mate con agua de la laguna, fría, sucia como estaría. Asombrado, llaméle la atención á Pedro, y contestóme: «Es Don.....» No recuerdo el apellido,—pero era el de un paisano rico, que tenía educando á sus hijos en el Paraná. En seguida púsose á tocar la guitarra y á cantar. Cuando terminó, envolvió la pava, el mate y demás útiles, los colgó en el recado, y continuó la marcha. «Lo mismo hacía,—agregó Pedro, — Don Mateo García de Zúñiga, antiguo propietario de los campos *Floridos*, ocupados hoy por prósperas colonias».

Después me familiaricé con estos y otros espectáculos. Las lagunas, en el desierto, son el descanso del viajero. Nadie las cruza así no más y sigue; algo hacen todos en ella, y nunca he visto individuo que, al llegar al borde, no se

pare, por lo menos, respetuosamente. Lo común es desensillar y hacer las diligencias, principiando por lavarse, peinarse etc., etc. Agradábame ver llegar una tropa de carretas. Mientras unos hacían fuego y cebaban mate, otros tocaban la guitarra, bailaban, jugaban á la baraja, mientras la generalidad se lavaba los pies, la cara y se mudaba de camisa. La laguna es el *toilet* de esas soledades.

EL MOLINO DE LA COLONIA

Fué cuanto vi de peculiar en mi primera salida, que duró como una semana, y os lo cuento, lector, como una muestra de lo que observé después en verdaderas excursiones. Esta fué una especie de ensayo. Anduvimos, sin embargo, más de cien leguas, y visitamos todas las colonias, las aldeas, los caseríos y los villorrios de Gualeguaychú, internándonos todavía en otros departamentos circunvecinos. ¡Qué placer al regresar entumecido por el cansancio! El descanso, ¡cómo se ansía entonces!... Es que llegaba á *mi casa.* La *casa* es donde quiera que uno vive; allí estaba mi domicilio, y tenía mi lecho, mi escritorio, mis libros y lámpara, que me recordaban, á pesar de los años, el *cuarto,* ese nido del estudiante que se ama con tanto entusiasmo, porque allí se forjan los sueños juveniles. Yo, aunque tenga cien años, sea rico y habite palacios, seré, subjetivamente, siempre estudiante, y me bajé dichoso, presuroso, del sulky, como si estuviese adentro mi familia.

Pedro me miraba, como preguntándome si estaba satisfecho del viaje. Pintorescamente, sí, porque soy como los pájaros, como los animales, si te place, lector: en cuanto salgo al campo,

me alegro, como si la serenidad ó tristeza de la ciudad fuesen productos de su aire inficionado ó humo de sus chimeneas y fábricas, sobre todo después de ver cuchillas, lagunas, arroyos, ríos, colonias, aldeas, estaciones y villorrios; pero, comercialmente, no, debido á la langosta, que todo lo arrasó, abatiendo con un velo de profunda tristeza, á pesar de hablar mucho. ¡Mire que hablé! Aunque no poseo sino el francés y el inglés, además de nuestra lengua, charlé en todos los idiomas: en alemán, en italiano, en ruso y en cuanto dialecto occidental, — ¿y?... Nada, — como digo; nada...., sino esperanzas para cuando viniesen buenas cosechas; sueños para el porvenir, porque el colono delira con la tierra, como si la amase con el solo fin de adquirirla. ¡Más sueños que los míos!

En una pieza contigua á mi dormitorio tenía el plano colgado en la pared, y allí entraban y salían los candidatos: era *mi* escritorio, — desde que todo ha de ser *mí,*—aunque era precisamente ageno. Como los colonos no tenían dinero, no les hacía caso, porque, necesitado, no era tan altruista para regalarles la tierra. Algunos, que hacíanme de corredores, me decían: «Fulano tiene dinero, porque ha trillado mucho,—vendió su chacra para comprar otra más grande, una trilladora ó unos animales. ¡Es rico!» Me encogía de hombros, porque si no era mentira, resultaba que la tal riqueza consistía en quinientos ó mil pesos que había prestado desgraciadamente á un compatriota suyo, más pobre que una rata.

¡Los rusos me hacían mucha gracia! Miraban l plano con sus rostros afeitados, de sacerotes, azorados, — quedábanse admirados ante

la inmensidad de chacras, — mirábanme, al parecer, con envidia, — hablaban en su lengua, discutían á gritos, como si interpretaran una parábola de la Biblia, y después me dirigía alguno la palabra. Como estaba cansado de masticar idiomas extraños, que no quería comprender y en que ellos, á mi juicio, tampoco se entendían, le hacía señas al interlocutor que trajese un intérprete. Venía al rato con uno, sacado de la pulpería más cercana, quien decía: «El Señor... (refiriéndose al ruso) quiere comprar estas dos chacras,»—y las señalaba en el plano. «Perfectamente.» — les contestaba. Dábales, enseguida, el precio; como era bajo, lo aceptaban con regocijo, hasta se permitían felicitarme, como si se tratase de algo político. Todos querían lo mismo, y se precipitaban á elegir las chacras en el plano. «¡Todo vendido!» — me decía, — cuando, ¡oh, decepción!,—no tenían ni un centavo! ¿Y con qué pensaban comprar? Con los saldos de la cosecha próxima, es decir, con las ilusiones del porvenir. Como me resistía á reservarles la tierra, porque entretanto podía vendérsela á otros que tuviesen dinero, me miraban azorados, con caras de lobos, y principiaban verdaderamente á aullar, dejándome, por todo boleto de venta, el escritorio lleno de escupidas atabacadas y el aire ardiendo, agrio, del humo de las pipas, hediendo á alquitrán podrido.

Soy más bien pródigo, y he hecho, en mi modesta posición, numerosísimos servicios asombrosos é importantes, que fueron devueltos con la ingratitud consiguiente: «Quizá, — me dije, — haya llegado hasta aquí mi fama de imbécil, y crean estos individuos que soy algún degenerado que vengo, en nombre del Creador, á repartir

tierra entre los hombres»,—y me puse á averiguar si dependía de mí. «¡Así son con todos los propietarios!» — me contestaron. Tienen tal avaricia por la tierra, que sueñan de noche con ella, y, como los jugadores, se arriesgan á comprometerse, creyendo seguramente que saldrán bien en la próxima cosecha, y si no recogen nada, se encogen de hombros ante la palabra empeñada. Nadie les hace caso. Es una manía.

La quietud me desasosegaba, y á los pocos días hacía otra excursión, ya porque á tal ó cual parte habían llegado unos rusos á comprar tierra ó porque de una colonia desalojábanse algunos pobladores. Las leguas no me importaban, y después de poner la escopeta en el sulky, las mantas y algunas provisiones, me largaba con la boca abierta por esos andurriales de Dios y que era el primero en desconocer. ¡Otra semana, más ó menos, afuera, atravesando colonias, pueblos, estaciones, villorrios, durmiendo aquí, allá, y pasando, en el fondo, buena vida, al menos para la salud, por la influencia higiénica del ejercicio, de los madrugones y del aire! Después, desalentado ó con esperanzas, pero siempre ansioso, volvía á *mi* cuarto. Híceme al fin en el desierto, de cuarenta á cincuenta leguas á la redonda, tan conocido, que cuando de la puerta de un rancho se veía á la distancia en la cuchilla del horizonte un puntito negro como un grano de pólvora, que se hipertrofiaba paulatinamente, se exclamaba: «¡Es el *dotor*!» ¡Quién había de ser sino yo con Pedrito, que bajábamos, algunas veces, ligero, otras, con el caballo cansado! ¡Y yo, que creía librarme allí de que me refregaran más por las narices mi vulgar título, que me dejasen descansar!

«¡Adiós, doctor,—adiós, doctor!»—en la ciudad. ¡Estaba, verdaderamente, atosigado!—y lo peor de todo, es que aquella gente no comprendía cómo no sabía curar, siendo ademas hijo de médico. Tenía que explicarles que era abogado, y al ver que pertenecía al gremio enredista y que deja á viudas y huérfanos en la calle, muchos, en señal de repulsión, estornudaban, y sólo por la convicción de que fuí únicamente á vender tierras, que era inofensivo, hasta servicial, por deudas é intereses que perdoné á colonos, me miraron al fin sin temor y con confianza.

.....

De regreso á mi cuarto, poníame, en mis ratos desocupados, á escribir..... Cuenta el encantador Daudet, que compró ante notario, para sus tareas literarias, un vetusto molino en la Provenza, y una noche solitaria, al posesionarse del inmueble, abandonado por la invención del vapor, lo halló invadido por las plantas parásitas brotadas entre las grietas de las peñas y por una generación de conejos que se calentaban las patitas en sus umbrales al resplandor de la luna. Allí, en ese refugio bañado por el sol y la luz de las estrellas, escribió, inspirado por los usos y paisajes de los Alpes, esas páginas deliciosas aparecidas en la prensa y que coleccionó después con el modesto título de *Cartas de mi Molino*. Fantástico ó real el molino, mi colonia, desgraciadamente, es verdadera, aunque, en vez de yuyos y conejos, contenía pajonales, avestruces y venados. Allí, en esas piezas de la manzana cuadrada, escribía cuanto me era posible. Era mi molino.

¡Cuánto no escribí solo! — como si la familia

fuese un inconveniente para la vida literaria. Me levantaba al aclarar, arrastraba el escritorio frente á la puerta, y de allí, mientras estaba con la pluma ó leía, veía salir el sol, iluminarse el espacio, los campos, secarse el rocío, esparcirse los ganados por las cuchillas, aletear las golondrinas y cruzar las aves acuáticas, despertar, en fin, la inmensidad, envuelta en el eterno silencio del desierto. Esto no me impedía que algunas tardes tomase la escopeta y me dirigiese á pie á un monte cercano á perseguir unos zorros. ¿Por distraerme? Para hacer ejercicio, porque soy de los pocos que no se fastidian en la soledad, por la muy sencilla razón de que, cuando estoy solo, más trabajo, entendiendo por tal, principalmente, escribir, porque el hombre debe trabajar sobre todo con la cabeza. Y si no se me halla absoluta razón, diré que me descostillo de risa cuando algún individuo, especialmente grueso, me viene diciendo, todo sudado: «¡Mire que he trabajado hoy!»—echándose para atrás. «¡Habrá trabajado Vd. con las manos, con los pies, como los animales!» — me da ganas de contestarle, precisamente al verlo empapado como un caballo de tranvía.

En mi referido molino he escrito estas páginas, muchas que tengo inéditas y otras que andan buscándose la vida en las librerías y las auras populares. ¡Allá se las entiendan! A pesar de que las pocas personas cultas que allí había estaban en sus quehaceres, pasábalo muy acompañado, más que el rey de Turquía y en mejor compañía. Figúrate, lector, que, cuando no escribía, estaba rodeado de Stendhal, Tolstoi, Daudet, Taine, Byron, Shakespeare, Philarette

Chasles, Demolin, Lombroso, Nordau, ó sean sus obras, que es lo mismo, porque son su espíritu, el cerebro de hombres superiores é independientes que aprendieron á pensar sólos, rebelándose contra las aberraciones, y con los cuales conversaba y discutía *tête á tête*. Suponeos que vuestro criado os dice: «Señor,—ahí está Daudet.» ¡Qué impresión! No sabríamos cómo recibirlo; todo nos parecería poco; sin embargo, los tenía conmigo, si no en cuerpo, en alma, y los trataba sin los ambages que exige la vanidad de los pigmeos vivos. Es lo primero, al partir, que ponía en la valija, y, leales, porque no mienten ni se contradicen nunca, eran mis mejores compañeros y amigos, haciéndome provechosa y agradable la soledad y tan superior que aprendí á tener lástima de los que se fastidiaban solos.

A la noche, tenía recibos; si señor, venía el cura, el boticario, el maestro de escuela..... El barbero no iba porque era pulpero y tenía que atender el mostrador. Tomábamos, á la luz de la lámpara, una taza de café,—conversábamos,—y los oía discutir sobre algún tema escolástico. Infaltables,—¡era de verlos llegar, en noches de lluvia, con las botas embarradas!,—como que no me tenían sino tres meses al año. Tenían que aprovecharme, y los recibía con el más grato placer.

Cuando se marchaban, arreglaba el mosquitero, aislaba la cama de la pared, y Pedro untábale ajos á las patas para ahuyentar las numerosas víboras que principiaban á piar en el silencio, bajo del piso, como pollitos: ¡no fuera alguna, buscando el calor, á metérseme dentro de las cobijas! En cama, ¿qué creéis que

hacía para conciliar el sueño? Decíale á Pedro que me contase su historia, ó, lo que los escritores llaman, biografía,—dividida en partes, se entiende,—hoy una, mañana otra, para no repetir demasiado, porque esto era cuestión de todas las noches. Supe así que fué también *Secretario* de unos ingleses que llegaron á *Los Rincones* á cazar tigres, despachante de pulpería en Montiel, domador de potros, Oficial de Policía en Federación, revolucionario,—perseguido por las autoridades por desacato á ellas, jugador, aventurero, una biografía, en fin, muy superior en peligros, astucia y viveza á la de cualquier famoso general. «Vamos á ver, — decíale una noche, — cuéntame el asalto de los Vergara á la pulpería »—y cuando llegaba al instante en que los salteadores disparaban entre los tiros de su fusil y el del pulpero, me quedaba dormido, y él entonces, despacito, apagaba la lámpara y se iba á acostar. Este es el mejor cloral. Os lo recomiendo, lector, cuando, solo y lejos de los vuestros, quieras partir para el otro mundo,—para el del sueño,—se entiende,—ese hermano de la muerte, como dijo Heine,—que evita pensar en las cosas tristes de la ausencia! Si no tienes á mano un Pedro, un tonto es lo mejor, para que los párpados se cierren más pronto, y si estás solo, solo, te recomiendo una de las tantas empanadas criollas de la literatura nacional.

Tal los pasaba allí los veranos. Dado mi amor á la literatura sincera, no me he permitido, creedme, lector, esta relación, por personalismo, porque, ¿en qué podría fundar mi vanidad? ¿Acaso en cosas tán míseras y sencillas? Me he extendido en detalles, para que los que no

han salido de sus casas conozcan la vida que vese forzado á llevar un hombre urbano en el mundo desconocido de las colonias. ¡Son muchísimos! Como se habrá notado, no vivía en la colonia; mi molino eran las dos piezas alquiladas en el *gran edificio* de la *pequeña* manzana, para que quede constatado una vez más que es incierto mucho de lo que dicen las letras de molde, como si las cosas en literatura hubieran nacido para aparecer, no como son, sino como el autor querría que hubiesen pasado, porque la verdad entonces aparecería quizá demasiado prosaica é indigna de mención; pero á la postre, como dicen los españoles, es lo mismo, desde que la colonia estaba cerca y fué la causa de mi estadía allí, aunque no viviese en ella permanentemente.

Cuando caía allí, por algún evento, en el invierno, la lámpara era mi estufa contra el frío y mi gran compañero en la soledad. La recomiendo en tal caso, porque calienta, ilumina, y cuando se escribe, proyecta sobre el papel un resplandor impagable. Llegaba todos los años á recoger dinero, y el espectáculo de aquellos moradores, pobres y felices, me confortaba con el ejemplo. Creía que era hasta una herejía sufrir económicamente. La relatividad es el metro con que el mundo nos mide, y yo, que no era en la capital ni cola de león, era aquí una cabeza de ratón, un Creso en comparación á todos juntos. Llegaba el viejo Cepeda; ataba al poste su mancarrón, y venía á saludarme.....

—¿Qué tal, amigo?—me adelantaba á decirle.

—Bien, señor, por lo conforme.....

Ante tan sabia filosofía, que me enseñaba un gaucho harapiento é ignorante, quedábame in-

timamente avergonzado y ¿porqué no decirlo?—conforme también. Es el mejor sanatorio moral para deudores afligidos,—los ceños ásperos, de los compromisos financieros, se desarrugan,—las ambiciones se calman,—las tristezas se deshacen como nubes, y cada vez que surcaba el Uruguay, me decía: «¡Á pensar, á vivir verdaderamente!». El espíritu recupera su soberanía,—se hace ecuánime,—los nervios se serenan,—la sangre corre regularmente por las arterias,—y cuando pensaba que podría alguna vez, por los vaivenes de la suerte, quedarme pobre, pobre sin un centavo: «¡Este sería mi refujio!»—exclamaba,—como el pedazo de tierra más propio para vivir tranquilo, feliz y altivo entre los escombros de la propia ruina. ¿No se gastan, en vida, dinerales en sepulcros? Cuerdo es también tener pensado donde, en caso de desgracia, lo pasaría uno mejor. ¡Aquí, aquí! No hay ni idea de la riqueza. Suponeos que á un ruso, por poseer quinientos pesos, le llaman rico. ¡Inocentes, ángeles! — dábame ganas de llamarlos, ante la avaricia tiburónica de la Capital.

El viaje dábame escalofríos, porque el ferrocarril de Gualeguaychú á Urdinarrain sale sólo tres veces por semana, y hay que tomarlo, después de esperarlo hasta el día siguiente en aquella ciudad, con estrellas en invierno. ¡Un tren de peones ó de presidiarios á la Siberia! ¡Llegaba al fin á mi molino! Económicamente, llenaba mi propósito, y, moralmente, observaba y penetraba, con el pensamiento, en ese mundo, que es más grande de lo que parece, y que es, por la lucha constante del hombre con la naturaleza, el mundo verdadero y más respetable.

Su personaje, el colono, noble, gigantesco,

domina el cuadro; las tareas de arar y sembrar encantan al ver al labrador surcar entre nubes de gaviotas; la siega y la trilla maravillan; la langosta, con su colosal poderío, abate, entristece; el desierto enseña; la civilización lo complementa y el ruso va en camino de conquistarlo. Todas estas personas y cosas las describo, y entre ellas, intercalo, en *Cuadros*, cuanto he visto y observado en mis diferentes excursiones en las soledades, aunque á muchos le parezca ello trivial é indigno de relato.

«¿Qué es lo verdaderamente grande é interesante?»—me he preguntado al fin. «Todo es grande y todo es pequeño»—me respondo. Así lo ordena el mundo, y el interés del hombre está en conocer lo que ignora. En esto último, precisamente está todo el valor de lo desconocido, y el lector lo aprende leyendo, ahorrándose viajes y molestias, causadas algunas veces por desventuras. Así adquiérese el conocimiento de la geografía, de las costumbres y usos de los diversos países, — menos el de la experiencia, porque el hombre es tan testarudo, que sólo quiere formársela en cabeza propia. Nada es pequeño y todo es grande, siempre que sean desconocidos, para que valgan la pena de hacerlos conocer. Termino aquí, lector, mis confidencias y filosofías,—y si alguna vez te hallas en mi caso, déjate de pensar,—descansa un rato bajo el árbol de la paciencia y en seguida, ¡á la acción!,—que el pensar demasiado en los malos negocios es contraproducente, porque nubla el cerebro é impide ver claro para salir del atolladero.

He visto á las lunas nuevas lucir sus cuernos de plata en el azul; he oído caer como

lluvia la rociada en los tejados; he sufrido heladas; me he encontrado, á media noche, perdido en el campo, entre pajonales; me han azotado y perseguido lluvias torrenciales en la obscuridad y con el caballo cansado; he bajado á tientas las barrancas de los cañadones con un fósforo encendido, en busca de paso, y he atravesado arroyos correntosos poco menos que nadando. ¡Cuántas veces no me he encontrado, distraído, fuera del Departamento! ¡Las ocasiones en que he viajado con noches de luna, blancas como mañanas! Me era familiar despertarme bajo el techo de una aldea rusa, oyendo hablar alemán y entre muchachos y mujeres descalzas. Habité lugares infestados por pulgas y donde eran inútiles los barridos y lavajes de los pisos de madera: volvían á brotar, debido á la fortaleza de la tierra, siendo la desesperación de los forasteros. Me familiaricé con las vinchucas y me mordió un alacrán. Un día iba, rendido de cansancio, á sestear en un catre de mísero rancho, y al dar vuelta la almohada, veo dormido á un alacrán. Hice las paces con las arañas y los cientopiés, mis tradicionales enemigos, al ver á aquellas, monumentales, trotar por el suelo como lauchas y á éstos descolgarse, del tamaño de lagartijas, de los tirantes, produciendo en el piso rudos ecos. De toda esta sabandija, que aumentaba en abundancia y tamaño cuanto más al Norte, los más fastidiosos, por lo insolentes, eran los mosquitos y sus primos, los tábanos y jejenes. Estos volátiles, por la confianza que se toman con uno, pretenden nada menos que picar el rostro y chupar la sangre. Es inútil renegar contra su persistente audacia. ¡Bum!!!...., y no

paran hasta que no se les revienta de una bofetada, sobre uno mismo. ¡Qué ridícula es esta escena en la osbcuridad de la noche! Es tal esta plaga en los montes y sitios anegadizos, que los habitantes, para poder dormir, hacen tremendas fogatas en los ranchos para ahuyentarlos con el humo.

Pedro me repetía que la picadura del camaleón es mortal, y que no se debía dejar que los mosquitos se asentaran en nuestra epidermis por temor al carbuncho. «Mire Vd. — díjome un día, mostrándome un dedo amputado:— hay que cortar, — agregó — como cuando se hielan, so pena de muerte».—pero se reía de los mosquitos! «¡Quién les va á hacer caso á esos animalitos!» — exclamaba. — «¡Si fueran tigres!»—decía. No tenía picaduras en el rostro, porque tapábase con las cobijas, á falta de mosquitero. «¿Cómo respiras» — le pregunté una vez. «Estoy acostumbrado»—me contestó. En el campo, todo es costumbre.

EL COLONO

Como esas nubes gigantescas, de bordes iluminados, que llenan el cielo tropical, se destaca en la soledad infinita, dorada por la mies, la valiente silueta del colono. Llegado después del gaucho, del ovejero y del chacarero, es el primer obrero de nuestro progreso moderno, si queremos que éste sea lo que es verdaderamente: trabajo, producción, industria, comercio, para que el hombre se independice y el pueblo sea próspero y feliz. Hasta hace pocos años comíamos pan, porque Chile nos enviaba su harina, y hoy, después de bastarnos á nosotros mismos, producimos más de cuarenta millones de fanegas de trigo solamente y que importan como cuatrocientos millones de pesos.

El último venido es el primero de los contemporáneos, si se ha de medir el valor del hombre por su fuerza y producción. ¡Salud, vencedor del desierto, columna de la República! ¿Si se reconocerán tus esfuerzos, si tendrás la gratitud del porvenir!...

Italiano, francés, ruso, alemán, suizo ó escandinavo, es igual en Pigué, Esperanza ó Caseros, para probar que las ideas y sentimientos no tienen nacionalidad cuando nos impulsan á un fin común.

Ha olvidado á su patria y no piensa verla

aunque un ciclón arrase su tienda. Su nueva comarca le es también indiferente; nada le importa que sea la cuna de sus hijos; lo que él ama sobre todo y sobre todos los dones, por una salvaje idea de la vida, es la libertad. ¡La libertad! ¿Dónde hallarla?...

Esta obsesión del patriotismo, por un ideal fantástico, crea este tipo enérgico, que, instintivamente, es un misántropo, demostrándose así cómo entran los degenerados en la colmena universal del progreso moderno. Originarios siempre de algún rincón osbcuro del Piamonte, de Odessa, de Bavaria ó de Pau, fueron, indistintamente, médicos, maestros, estudiantes, industriales, obreros, proletarios, traperos, buhoneros, todo, todo..., menos vagabundos.

De repente, su esposa lo nota meditabundo. No extraña, porque está acostumbrada á estas depresiones de su carácter. Continúa callado, triste, hasta abandonar el trabajo.

—¡Aquí no se gana nada!—dícela al fin—Siempre viviremos míseros y avergonzados ante todos. Vámonos lejos, que seremos ricos y libres: ¡El corazón me lo dice!...

—¿Dónde iremos?—le interrumpe la mujer, que teme nuevos riesgos con sus hijos.

El que, en su reciente huelga, ha hecho averiguaciones, le contesta:

—Hay en Sud América un país llamado la Argentina; tiene llanuras, desiertos y la tierra es barata...

Toma el silencio de su cara mitad por asentimiento,—su rostro se ilumina, y un buen día se aparece en Marsella ó Burdeos, á la radiante luz del sol, embarcándose con su familia y baules en uno de los tantos piróscafos que hacen

la carrera con nuestro puerto. Buenos Aires lo aplasta, porque ha visto maravillas en Europa. Ansía el desierto, y mientras se traslada á los confines de esta provincia, á la de Santa Fe ó la de Entre Ríos, merodea por sus alrededores y se contenta con henchir sus pulmones con las ráfagas de la Pampa. Siéntese prepotente, capaz de dominarlo, y está desesperado por pisar su yerba, labrarlo y fecundarlo con su sudor.

¡Ya está en el desierto! Si trae algunos ahorros, compra tierra, porque, errante, sin patria, tiene excitado el instinto del dominio; si no, arrienda. Busca, por la baratura, lo más apartado, y en algunos, el peligro de los indios los seduce como una leyenda. Es la primera vez, en su vida de ensueños, que la realidad no lo desencanta. Lo halla como lo pensó: llano, inmenso, mudo! ¡Ni un ave, ni un canto! A su alrededor, el horizonte, y donde quiera que va, es el centro de la tierra. ¡Lo que él quería,—su aspiración, su delirio! Señor del desierto, lo investiga con la mirada, y al contemplarlo manso, silencioso, no duda que la fortuna le sonreirá, —y se siente feliz por la primera vez en la vida!

Levanta con estacones el esqueleto de un rancho. Con barro amasado por sus propias manos construye los muros, y como entretanto mendiga con los suyos hospitalidad por los alrededores, dase prisa por techar con juncos, si no duerme á la intemperie. Con cierto orgullo hace entrar á su mujer é hijos. Acomoda el equipaje, y pone de puerta un cuero de vaca. ¡Cuántas veces al contemplar esas míseras viendas, incompatibles con la vida y que parecen tás arrastrarse que levantarse del suelo, no os hemos quedado pasmados ante la salud de

sus habitantes! Empapadas durante el invierno, chorrean agua permanentemente, como queriendo demostrar que la humedad no es dañosa.

Un pedazo de carne y galleta son todo su alimento. ¿Agua? De la laguna. La mujer, al verlo solo y regenerado, se asocia á sus esperanzas, y sugestionada por su energía, trabaja con ahinco y lo sigue, valerosa, con el corazón. Ha comprado un arado, bueyes,—semillas y una vaca. Ha arado y sembrado, entre las nieblas otoñales, todo el campo; ha sufrido fríos, lluvias, nevadas y estudia el cielo extraño para arrancarle el secreto de su suerte. ¡Cuántas veces, de noche, al oir ruidos lejanos, no se ha levantado á abrir la puerta! ¡Nada! Los alaridos del viento le remedaban cuentos de malones de indios, y, aterrorizado, cerraba y volvía al lecho: ¡misterios de la noche profunda! Así pasaron largos meses solitarios, con sus noches quejumbrosas...,hasta que viene la cosecha. ¡Ah, la cosecha! ¡Es la esperanza del labrador! No ha sido muy halagüeña, porque la tierra es nueva y la isoca comióse la mitad de las raíces.

«¡No importa!»—exclama—«Bendigámosla, ¡Dios nos la da!»

Ha pagado todas las cuentas y ha ahorrado dinero. El desierto, con la luz del estío, se ha abrillantado, y de todos rumbos, el viento le trae ecos de cantos: son los colonos que van en carros á la estación, trepados en las pirámides de trigo! Vendidos los cereales, abunda gente en los caminos; las postas y las pulperías contienen numerosos caballos atados en los palenques, y el perro, en las noches calladas, ladra á los que cortan campo. No estaba solo: son otros tantos vecinos, perdidos en la extensión. Todos le dan

la bienvenida, y lo invitan á beber. Ha reconocido á muchos extranjeros y aun á compatriotas, que demuestran, en su altiva seriedad, su buen humor, y que persiguen también la libertad. Huye de las expansiones, porque debe terminar su morada, — y se pone á cavar un pozo y á amasar barro nuevamente para hacer una cocina. ¡Con qué placer saborea el primer jarro de agua de la tierra! Se lo pasa en seguida á sus hijos. Todos se miran, y levantando los ojos humedecidos en lágrimas, la agradecen al cielo como una dádiva divina. ¡Ya no más agua del tajamar, sucia, verdosa, infecta, hirviente, asoleada, capaz de envenenar con el tifus!

A los pocos años, es conocido en el pago, y todos lo aprecian por su honradez. Los pobres lo respetan por algunos pequeños ahorros, y á la distancia, aparece su población rodeada de árboles é invita á descansar en la sombra. Tiene ya comedor, corredores, veredas, cerco, bueyes y vacas en abundancia, — arados, segadora, útiles de labranza, herramientas y provisiones. Alrededor, gallinas, patos y gansos pican granos, mientras las palomas susurran en el alero. Un hornero ha amasado también su nido en el mojinete. De mañana, las calandrias cantan en los arbustos, y varias urracas se han aquerenciado tanto, que devoran las migajas arrojadas por los chicuelos. Las enredaderas trepan por los muros y se enroscan en las estacas del corredor, brindando, al pasar, sus flores y aroma. Animado por la prosperidad, principia á construir un galpón para guardar el trigo y no continuar obligado, por temor á las lluvias, á venderlo al primer precio, mientras su esposa le lcanza repetidos mates.

Ya no devora más de parado un zoquete de carne: siéntase á la cabecera de una limpia mesa y rodeado de su familia. La sopa es humeante, olorosa,—la carne, abundante,—el pan y el queso domésticos, sabrosos, y de los tirantes, cuelgan jamones, tocino, embutidos y provisiones de invierno. Por todas partes vense jarras rebosantes de leche, huevos, zapallos, sandías y melones. Si el colono es del Norte, resalta, en su probreza, el aseo, y en el dormitorio, las sábanas y las fundas brillan. Sanos y contentos los hijos, todos son felices, y él, porque se cree libre al fin!

¡Dicha inefable la del descanso! La naturaleza, en su admirable armonía, sólo lo otorga como un don á los que se han cansado con el esfuerzo. Son los únicos que, á su juicio, lo merecen,—y es de verlo, después de rudas faenas, llegar á las casas. Bástale la sombra de un árbol, plantado por sus manos, para reclinarse en la hierba, y la gallina que arranca el bocado á su hijo ó el cervatillo que lo persigue, le causan contento, hilaridad. Su mujer, que se ha sentado á su lado, levanta en la falda su cabeza tormentosa, y ríe también, y las aves y los pájaros, como si hiciesen coro, aletean y chillan. ¡Cuántas veces, acostado así, mirando al cielo, no sintió el recuerdo de la patria!,—pero bien pronto se le disipa como una nube ante la encantadora media lengua de los pequeñuelos ó el estridente grito del hornero, tan nervioso y simpático al corazón.

Posee más que en su país: hogar propio y de vasto dominio,—alimento seguro y variado,—crédito con sus proveedores y algún dinero en el baúl para cualquier contratiempo. Todos están

sanos, gruesos, rosados y respiran felicidad al verse lejos de su tierra y de los suyos, como si el epílogo de la vida fuese olvidar y crear á los hijos una patria nueva. Cuando llegaron, él era incapaz de encender un fósforo en el viento, y ella apenas sabía enhebrar una aguja y tender el lecho. En su país, ante tal obra, se habrían muerto de hambre; ya estarían blanqueando sus esqueletos,—pero en el desierto, donde todo hay que hacerlo con las propias manos, el marido fué albañil, pocero, carpintero, herrero, pintor, agricultor, pastor, amansador de bestias y baqueano en todos los recursos y mañas del campo, hasta reirse lastimosamente de sus compatriotas que llegan ciegos de ignorancia,—y ella, cocina, lava, plancha, cose, amasa pan, siembra hortalizas, cuida el jardín, enseña á leer á sus hijos, y cuando es necesario, maneja el carro, el arado y lo acompaña en las faenas.

Lee en el cielo indescifrable como en el semblante de su esposa, y sabe cuándo va á llover. Al alba, al salir, lo primero que hace es levantar la frente y mirarlo. Lo investiga varias veces al día, porque de él espera todo. Para evitar las heladas y la langosta, ara y siembra temprano,—pero ¡todas no son albricias!: el granizo, en una tarde, le mata, á la vista, la cosecha, y en una mañana, al despertarse, la helada la ha quemado! ¡Oh, cuando el cielo se osbcurece por las mangas de langosta y se asientan en los sembrados, entra adentro y en un rincón obscuro llora amargamente su ruina y mala suerte! La esposa se desespera y llora... ¡Es de ver entonces los semblantes en esos hogares solitarios! ¡Parece que entraran los indios! Los niños, inconscientes, pónense pálidos, majaderos,—los pájaros

enmudecen,—se anda á tientas, como si la muerte hubiese cubierto todo con su paño fúnebre,—y las aves desfilan silenciosas y se pierden entre los matorrales. Aquí principia la lucha, donde demuestra su paciencia y resignación infinita, y en las que consiste el verdadero valor humano.

Desprecia el título de chacarero y, con orgullo, dice: ¡soy colono! El trigo es su cereal favorito, y lo considera el más noble de todos los productos de la tierra, porque tiene mercados y bolsas en todas partes y se cotiza cual oro. Y lo cree oro, no por su color dorado, áureo, sino porque es igualmente producto de su sudor. Su sueño es ver convertido el desierto en un mar de trigo, es decir, de oro, ondeando al soplo del viento, y en los delirios de las buenas cosechas, parécele que niágaras de trigo vuelcan sus dorados torrentes en la vasta inmensidad. Los que, por falta de suerte,—como ellos dicen—no han logrado sino vegetar, siguen siempre, por creerse libres, felices, — pero los que se han enriquecido, aumentando su dominio, su hacienda y rodeádose de numeroso personal y máquinas, han perdido, con el crédito y las nuevas exigencias y responsabilidades, la suspirada libertad,—y no la lloran, porque palpan la realidad de la vida, y la experiencia les demuestra que ella sólo puede ser hija de la riqueza, que produce la independencia personal. Comprenden entonces que sólo los ricos son libres, y se ríen compasivamente de la libertad del pobre. Aquel liberalismo delirante fué un sueño agitado, desesperante,—una pesadilla en su país pobre, estrecho, infecundo,—ensueños de perro al resplandor de la luna!

No ansían más la libertad, porque en vez de

la tiranía de la miseria, surgen las inquietudes constantes del capital, del crédito y del honor mercantil. Sólo tienen fe en el trabajo, que consideran la fuerza creadora de la producción, la ley de la vida; en la honradez, porque es la paz con uno mismo, y en el sudor, que asegura la salud. Industrial ú obrero, cree deberle todo al cielo, que le ha abierto su seno infinito para que lea sus esperanzas, y siéntese feliz con su divina protección. Colono siempre, nadie es más creyente, é inspira respeto verle llegar con su familia á la iglesia los domingos en carro, vestido con la mejor ropa ó hincado, con la cabeza hundida en el pecho.

Es el obrero de la agricultura, y, de consiguiente, de nuestra producción, riqueza y progreso. Tributario, por falta de industrias, del extranjero, ha cubierto los antiguos saldos internacionales é inclinado para siempre á nuestro favor la balanza comercial. A él le debemos la prosperidad, que es la emancipación económica, en que las naciones, como los individuos, se fundan para ser realmente libres. Si no fuera por la ley monetaria vigente, la moneda se valorizaría hasta llegar á su valor escrito, – lo que no impediría que sus millones de fanegas de trigo se conviertan en otros tantos ríos de oro, inagotables, porque emanan del manantial del trabajo. Hoy somos productores, exportadores, y de nuestro trigo come pan el mundo entero!

¡Qué bello es verlo arar en el vallado entre las nieblas de la tarde y envuelto en una nube de gaviotas! Es uno de los cuadros de la naturaleza que arrebatan y hacen soñar.

«¡Salve, fecunda zona....!»

El colono es la columna actual de la patria

argentina. ¡Salud, rey del desierto! Mi fantasía se pierde al medir tu influencia trascendental en el porvenir. ¡Vencerás al tiempo!

CUADROS

Llegué, en una primavera, á un villorrio en día de difuntos. «¡Gran fiesta en el cementerio!»— me dice un individuo.

Aunque conocía el paraje y lo que podía ofrecer, líbreme Dios de reirme: la más ínfima fiesta, en la última aldea, debe tomarse siempre á lo serio, porque todo es relativo en este mundo. Tanto hablóse después, que fuí también, más por conocer y observar costumbres, que por divertirme.

Había una multitud de jóvenes de ambos sexos, é iban llegando más, ya en carro ó á caballo. Las del bello, paisanitas en general, estaban adentro y trataban de encender velas en las tumbas de sus deudos, operación no muy fácil por el viento. «¡El poncho, Almada! ¡El poncho, Alderete! ¡El poncho, Quiroga! ¡El poncho, Facio!» — exclamaban una á una, — y los paisanitos adomingados, de botín elástico y traje inglesado, se sacaban sus ponchos del brazo ó del pescuezo y se los pasaban, solícitos, á las jóvenes, que conocían desde la niñez, aunque algunos, por no tener relación, no las saludaban. Ellas los tomaban y, cuidadosamente, los ponían

sobre las cruces, simulando un altar, y encendían velas en el interior. Después se hincaban y rezaban.

¡Qué espectáculo el de una muchedumbre de mujeres orando al aire libre! Por lo natural, causóme respeto, porque pensé que así debióse orar sobre las primeras tumbas. «¿Por qué sólo las mujeres han de orar y llorar?» — me decía. Y ellos,—¿qué hacían? Algunos paseábanse tras del alambrado, con aire de compadritos; otros, echados bajo los carros, tomaban mate, y varios acarreaban este á las damas y á los que rezaban dentro del cerco.

¡Mujeres hincadas, rezando y tomando mate! Recomiéndole el cuadro á un pintor. En cuanto al mate, no es extraño, porque en el campo se toma á todas horas, y cuando veía á criaturas de dos años prendidas á las bombillas, me preguntaba: «¿Cuál habrá nacido primero, el gaucho ó el mate?»—porque en el campo los criollos no conciben la vida sin él.

*
* *

En la Capital Federal, la política nacional es el tema predilecto de las conversaciones; en las provincias, la provincial; en los pueblos departamentales, el jefe político, los jueces y demás autoridades, y así, sucesivamente, vase descendiendo, porque todo es relativo. En los villorrios y caseríos, ¿qué creéis que alimenta la desocupación? También sus personalidades, porque lo próximo se vincula á los intereses propios despierta más la atención.

Otra vez que llegué al anterior villorrio en día e difuntos, hallé un desasosiego general. Todos,

nerviosos, excitados, hervían de chismes. ¿Qué había? Una división entre el cura, la maestra y el *médico,*—pero una división profunda, terrible. Aunque estaba en una operación territorial, ajena, de consiguiente, á toda pasión, debía andar con tiento, porque si me inclinaba á un bando, me acarreaba la antipatía del otro y perdería compradores. No había en la localidad un solo vecino que no estuviese embanderado; así, me dije: «Tú, estate quieto; no te metas en nada; deja que se devoren á chismes.»—á pesar de la diversión y gracia que me causan estas debilidades.

La maestra era una señora digna de toda consideración por sus servicios educacionales y condiciones propias. Con el importe de una quinta, donada por su propietario, fundó el cementerio para evitar que los muertos fuesen devorados por los perros en las afueras, y recogiendo limosnas en la Capital Federal, en el Paraná, en el Uruguay y otros pueblos, levantó la capilla de la localidad, que no costó menos de diez mil pesos. Es una altruista,—uno de esos seres destinados á hacer el bien donde quiera que vayan,—pero se reservaba el derecho de vigilar al cura, en obsequio á la grey, porque ella lo había hecho nombrar, haciendo al efecto numerosos viajes á Buenos Aires y al Paraná. Si no cumplía estrictamente con su deber, ya podía prepararse á emigrar.

El tal cura era un erudito de instrucción clásica,—pero había resuelto tomar esa soledad por descanso. ¡Qué engañado estaba! ¡No contaba con la huéspeda!

Bien pronto notó la maestra que *no* abría temprano la Iglesia, que *no* siempre decía la primera misa, que *no* enseñaba la doctrina y

que esquivaba las confesiones. Propaló quejas entre los fieles, y él vióse en seguida frente á una seria oposición, sabiendo perfectamente quién era su autor.

Las relaciones entre estas dos personalidades campestres continuaron, á estilo de la política, regidas por la diplomacia,—muy armónicas y afables,—cuando ella, bastante devota, pidióle una mañana que la confesara. «¡Yo no confieso á viejas!»—gritó, sin duda exasperado ante la marea enemiga que lo sofocaba. «¡Ah, pícaro, con que sólo te gusta confesar á las jóvenes!—díjole la maestra,—y fuése á repetirlo á todas las mujeres. Haciéndose cruces, se escandalizaron, y dijeron que era necesario poner remedio á semejante teoría.

De más está decir que el cura por tal frase,—dicha únicamente de mal humor,—tuvo desde ya en su contra á todas las viejas, beatas y jóvenes meticulosas. Dirigidas por la maestra, eran su Congreso, y fiscalizando todos sus actos, los lanzaban, comentados, al juicio de la opinión. Y todo, sin embargo, á cara descubierta.

«Señor cura,—decíale la maestra,—Vd. abre la Iglesia *muy* tarde; ayer el *pueblo* quedóse *sin* su primera misa, y las niñas *necesitan* la doctrina.» Él, como los maridos sabios en las contiendas conyugales, tomaba el pacífico partido de callar, ó contestaba por monosílabos.

Por mal de sus pecados, el boticario, que dragoneaba de médico, leía continuamente la Biblia y, por su afición religiosa, lo perseguía á cada rato con requisiciones, para que lo sacase de dudas,—y el pobre cura, liberal, fatigado de la oposición sistemática, creíase, fuera de la capilla, con derecho á respirar con libertad

como cualquier mortal y á que lo dejasen tranquilo. Aquél entonces lo buscaba en la capilla. «Allí,—se decía,—me atenderá de buena gana,»—pero ¡á qué hora!—muchas veces á la siesta,—otras, á la madrugada, estando aún durmiendo! Una vez, lo hizo pasar á la capilla mientras se vestía..... ¡Cuántas veces, en su fervor místico, no lo ví en la lluvia ó en el barro, con la Biblia bajo del brazo, apresuradamente en su busca! Llegó, en una ocasión, á presentarle un sermón de su cosecha para que lo pronunciase en Semana Santa. ¡Era el colmo!,—pero el padre sin perder la calma, y dándole el título de la población, le dijo: «Mire, señor doctor: Vd. á su Botica y enfermos,—yo, á la Iglesia, y la maestra, á la Escuela. ¡Es el único medio de vivir en paz!»

El cura creía, de esta manera, sellar la paz entre los príncipes cristianos. ¡Error!,—al rato apareciósele la maestra con no sé qué mensaje, y la echó á pasear. «¡Es un escándalo! ¡Gobernado por una vieja y perseguido por un fanático! ¡No puede ser!»—exclamó, sofocado, en el peristilo de su desierta capilla, construída frente á unos vastos alfalfares, que le parecían, en ese momento, que crecían al compás de su pulso agitado.

El cura, sin pensarlo, había proclamado su dictadura, y el boticario, abollado en sus investigaciones teológicas, ya no lo acompañaba en sus paseos, y excitaba á la oposición con murmuraciones.

Llega la Semana Santa,—y la maestra nota que el gran paño negro, que tanto le costó conseguir por subscripción pública, no estaba colgado frente al altar. «¡Quizá este pícaro se lo haya llevado

á su cama!»—díjose. Penetró, en su ausencia, á su cuarto, y ¡ni adivina que fuera!. Allí estaba, dobladito, haciendo de cobija. Buscó en seguida una multitud de mujeres para corroborar el hecho, y exclamó: «¡Basta!» — vamos ahora á hacer y firmar una solicitud, pidiendo su destitución!» Los partidarios del cura no se quedaron atrás, y los indiferentes se plegaron á uno ú otro de los bandos, porque decían: «¡Así no se puede vivir! ¡Es necesario que esto concluya!»

Aquello, efectivamente, no era vida,—sino nido de chismes.

Los *curistas*, que no dejaban de reconocer los servicios y méritos de la maestra, eran principalmente hombres, liberales, comerciantes y trabajadores,—y los *maestristas*,—todo el sexo femenino, aunque figuraban algunos católicos fervientes.

—¿Y Vd. qué es?—tenían algunos la desfachatez de preguntarme.

—Soy *tierrista*.

—¿Qué es eso?.....

Decíales entonces que había venido á vender tierras y que era amigo de todos (!).

En medio de estas discusiones, díceme Pedro una mañana:

— Ahí viene una Comisión..., — baqueano en conocer, de lejos, todas las cosas del campo.

Era un grupo de personas á pie y á caballo.

Se dirigió hacia ellos, y, de vuelta, le pregunté:

— ¿Que quieren?

— Piden su firma contra el cura.

— ¡Qué entren!.....

Díjeles, sin más ni más, que era forastero,—que conocía también á la maestra,—que saludaba á ambos,—que *ignoraba* lo sucedido, sus causas,

y que mi firma inconsciente tal vez los perjudicaría. En esto, divisamos otro grupo: otra Comisión, contra la maestra.

— ¡Que entren todos!—exclamé,—yéndome á la otra pieza, por no reventar de risa,— y me acordé de Picot, nuestro excónsul en Burdeos, ese maestro de farsas.

El apasionamiento y las fachas de algunos eran más ridículos que el asunto todavía. ¡Qué trajes! Figúrate, lector: un alemán traía una gorra de cuero de carnero, y una vieja venía armada de una chuza. ¡Decía ésta que era para prender al cura!

Viniéronme ganas de divertirme, y abrí las puertas de par en par, aunque carezco de disposiciones para estas escenas.

— ¡ Que entren todos ! — y dirigiéndome á uno de los cabecillas, le pregunté: ¡ Vamos á ver: ¿qué tiene Vd. que decir de la maestra?...

¡Nada! — sino que gobernaba al cura,—que pretendía dominarlo, — y estas simples ideas en el espíritu masculino bastaban para que quisieran arrojar á la maestra á la hoguera.

—¿Y Vds., — señoras?...

Aquí oí los improperios de haragán, descuidado en su ministerio, etc., etc.

—¡No basta!....

—¡Es enamorado, señor!....

—¡Pruebas!....

—Se lo pasa todo el día tomando mate en lo de la Zorrina.

—¡Pero, señoras!....

—¡Es que la Zorrina tiene hijas!....

Indicios no son pruebas...., ni las presunciones inspiradas por fantasías apasionadas.

¿Quién puede certificar lo que ha pasado

debajo de un techo, por más rancho que sea, si no lo ha visto por sus propios ojos?.... ¡Concluyente! ¡Nada entre dos platos!

El cura, efectivamente, visitaba á las zorrinitas...., como otros. Tomaba mate con ellas, y si los admitían, era para matar la terrible soledad de aquel pago. Eran jóvenes virtuosísimas,—más aún: trabajadoras incansables, hasta descaderarse en la máquina de coser. ¿Porqué entonces arrojaban sombras sobre su reputación? Por envidia,—porque eran preciosas,—y las demás, regulares para abajo, feas, humildes, amarillentas, flacas, y el cura y los otros visitantes preferían más bien, como es lógico, excitar su sentimiento estético, tomando mate con jóvenes buenas mozas.

Todo eran mentira, chismes. Al año siguiente, pasando por ahí, en dirección á Caseros, al ver á esa gente tan calmada, pregunté:

—¿Y el cura, la maestra y el boticario?

—¡Se fueron, señor!.... El pidió pase para otra iglesia; ella está en una escuela de los territorios nacionales, y el boticario marchóse á Corrientes. Todos ellos eran excelentes; otras localidades, menos necesitadas, estarán recibiendo sus beneficios, y todo era producto de nuestras fantasías, que inventaron defectos, relaciones y actos incompatibles con la misión de cada uno de ellos. Hoy reconocemos nuestro error,— sobre todo cuando los comparamos con los demás,—contestóme un interlocutor.

¡Todo, todo, por dar rienda suelta á las pasiones! ¡Cuántas veces, en las cumbres sociales, no pasa lo mismo! Después de la borrasca, que arrastra los despojos de las víctimas, miramos al fondo y vemos: ¡nada! Delitos, defectos...., todo fué invención de la imaginación, y si la casua-

lidad nos pone al fin frente á los monstruos, nos solemos hallar con seres simpáticos, excelentes, encantadores y hasta superiores.

*
* *

Ya que hablo de estos *asuntos*, permitidme, lector, que os hable de otro conexo:—el *chisme*, que no lo hallaréis tratado en ningún libro de la ciencia antigua ó moderna,—lo que prueba que no está tan adelantada (!).

Estaba en un villorrio cercano al Uruguay, y notaba, hacía días, á la gente demasiado calmada. No veía, de mañana ni de tarde, esos grupos de individuos en ciertos puntos predilectos, que caracterizan sociabilidad, expansión, para charlar y matar el tiempo.

—¡Qué tranquilos están!—díjele á Pedro.

—¡Qué.....! ¡Andan como el diablo!.....

—¿Qué pasa?

—Andan todos chismeados.....

Ya conocía el caso. Me fijo, y hallo, verdaderamente, que todos, como si hubieran roto el vínculo social, vivían por su cuenta: andaban solos, —no se hablaban,—murmuraban, — se miraban de reojo y caminaban hablando entre dientes. Parecían bolas sin manija.

—Averigua la causa y qué es lo que dicen — díjele á Pedro.

—¡Qué, si á cada uno le han colgado un chisme diferente! — contestóme.

¡Qué débil, qué inferior es la humanidad!—exclamé al ver tranquila la naturaleza, cruzar y cantar los pájaros, pacer, beber y acariciarse los animales y seguir todo su curso, pacíficamente, amorosamente! Nada extrañaba de pobres diablos

perdidos en el barro, cuando sabios ancianos y estadistas oyen y obran por el dicho de cualquier adulón, como si nada valieran la sabiduría y experiencia y olvidándose de que la justicia tiene dos orejas,—¡dos!,—cual los bípedos y cuadrúpedos, para oir á las *dos* partes y poder recién dar con la verdad.

—Anda, anda....,—averigua,—decíale á Pedro, —porque aunque soy poco curioso, me interesan estos *estudios*.

—¿Y qué dicen?—preguntéle á los pocos días á Pedro.

—¡Pschttt...! ¡Es un infierno esto!—me contestó. Uno dice del otro que los títulos de su chacra son falsos,—aquél, que todo lo que posee fulano es de su socio, que murió no se sabe cómo y que se quedó con ello al fin,—mengano, que su vecino es un falsificador, un tramposo,—zutano, que el de más allá es un ebrio consuetudinario, y así todos de todos. Todas las familias están chismeadas. Una dice que el novio de fulana la dejó porque supo sus relaciones ilícitas con el carnicero,—otra, que *la* Rosa cometió un infanticidio; aquella, que el hijo que tiene no es de su marido, sino del Alcalde,—que un tal Ferreyra, mayordomo de una Estancia, tiene amores con la esposa del almacenero,—que todas y todos, en fin, son unos incestuosos, adúlteros, unos hipócritas, unos malvados, y las madres unas encubridoras y unas tales por cuales.

Observé por las calles, ó los dos ó tres andurriales que así se llamaban, que, entre los melancólicos, cabizbajos, tristes, enojados y callados, había algunos que no caminaban bien: tropezaban, como afectados de tabes ó ataxia, y otros, cual si estuvieran afectados de moquillo,

iban destilando sin duda su chirumen por las narices, gangosos y con los ojos medios cerrados.

«¡En qué estado pone el chisme!»—me dije. Y si se averigua la verdad, para probar la calumnia, defenderse y limpiar el honor, es peor; resulta que fulano no dijo,—que fué un engaño,—los testigos se desdicen, y como salen las vinchucas, los alacranes, las arañas negras, peludas, los cientopiés, etc., etc. cuando se abre la puerta de un viejo sótano, de la misma manera saltan las cosas reservadas, ocultas, peores, detestables, inicuas, hediondas. Un amigo mío metió la mano en uno de estos hormigueros, y salió disparando con su familia de un vasto hotel de provincia. El dueño del almacén, donde parábamos, estaba sanguinolento, furioso, desafiando á todos con la mirada, detrás del mostrador, porque propalaban que su mujer, una infeliz, una santa, tenía relaciones con el hermano de él.

Quien me daba lástima era el cura. Viejo, enfermo, tenía para la cocina y su cuidado á una octogenaria, y sin embargo la maledicencia llegó á inventarle que era su esposa. «¡Que digan,—decía,—que es mi concubina, pase,—pero ¡mi esposa!.... ¿No sabe, acaso, esta gente, que un sacerdote no puede ser casado?.... ¿De adónde habrán sacado esto? ¡Si es una pobre mujer que traje de Buenos Aires y que me sirve desde hace dos años!»—y como la marea seguía, y él era italiano bozal todavía, no tuvo un día empacho en llevar el asunto al púlpito y exclamar ante los feligreses: «¡Es una *virguinza* que *yente povere* se *escandaliza* así! ¡Es un *escandálo*!

—¿Y de nosotros, qué dicen?—le pregunté á Pedro.

—Que Vd no viene á comprar tierras; que es

un emigrado oriental,—que espera aquí á otros paisanos suyos para preparar un embarque revolucionario á la otra banda.

—¿Y de ti?

—Que Vd. me sacó de la cárcel con recomendaciones para sus aventuras.

«¡Pobre gente! ¡Perdónalos, Se.....!»—exclamé. Como algunos observadores modernos buscan el origen de muchos de estos defectos en nuestros antepasados, me apresuro á declarar que éste, al menos, no es indígena. ¡Qué esperanzas! Los indios son, entre sí, pacíficos, unidos, mansos. Es español,—sobre todo importado,—producto de la llamada civilización europea,—y yo, á pesar de ver á los chismeados reblandecidos, llevándose todo por delante, no les tenía lástima, porque son la parte mala de la humanidad que arrastra á la buena y contribuye á formar, por el abandono de la vida pública, esos rebaños que se llaman pueblos, y que los usurpadores de su soberanía empujan á puntapiés ó á latigazos al corral como al abismo, viéndose también los espíritus independientes arreados como carneros mochos.

¡Qué extraño es que el chisme inficione villorrios y pequeñas aldeas, cuando ha sido pasto de la prensa de pueblos de la provincia de Buenos Aires! Conocemos varias familias que abandonaron los más cultos para guarecerse en la Capital Federal, dejando sus reputaciones en las columnas de sus diarejos. ¡Qué, si el chisme gobierna de antaño en la administración de las provincias y de la Nación! ¡Da verguenza decirlo: ¡el chisme ha sido entre nosotros casi un sistema de gobierno, y por él han rodado cabezas!

Hace ya muchos años, estaba al frente, inte-

rinamente, de una oficina, y con motivo de su próxima reorganización, trajéronme chismes ne contra de empleados y personas de afuera que aspiraban á ascensos y empleos. Me entraban, por supuesto, por un oído y me salían por otro. Un día, viene un individuo y me dice no sé qué cosa de otro. Cansado de ser vaciadero de habladurías, toco el botón de la campanilla, y al aparecer el ordenanza, le dije que llamase á fulano. Viene fulano, y le repetí lo que me dijeron. Púsose pálido, temblóle el penacho; el otro se encocoró..... «¡Bueno, caballeros, á ventilar sus cuestiones á otra parte!»—les dije—al ver que se trenzaban ya..... Nadie me vino después con chismes. ¡Así se hace!

*
* *

¡Qué placentero es descansar en las barrancas de un arroyo correntoso, acostado de espaldas! Pero tiene que ser desconocido, para que tenga todo su encanto. Mientras llega al oído el ruido del agua, resbalando entre las piedras, miro al cielo y veo un carancho en las alturas bronceando sus alas al resplandor del sol.

Blancos y azules,
Rápidos danzan destejiendo tules,
Los celajes del cielo (1).

¡Qué silencio! Sosegado el espíritu, feliz en ese momento, pienso en las ambiciones, en la fortuna, en los mocitos de la calle de la Florida, cuya civilización me preocupa de antaño, por ser la esperanza de la patria,—y todo me parece pe-

(1) Juan M. Gutiérrez. — Poesías. Amores del payador — página 168.

queño y más digno de ser despreciado que aspirado.

Miro á lo largo del cauce, y allá, á lo lejos, unas cigüeñas apagan su sed. Gozo viéndolas, á hurtadillas, porque se creen solas. Ahí está el encanto de estas visiones de los lagos. ¡Parece que se descubriesen los secretos de la naturaleza!

***

Al atravesar un pajonal, sorprendemos unas gamas encabezadas por un bello y elegante venado.

Irían, sin duda, á beber en el Gualeguay, y al vernos, doblan y huyen á saltos entre los matorrales. ¡Qué brincos! Parecía que volaban. Recreámonos, siguiéndolas con la vista, hasta que se perdieron..... ¡Con razón háblase del miedo cerval! Reaparecen, despues, léjos..... Se paran, nos miran con curiosidad, y al verse fuera de nuestro alcance, nos desafían con la distancia.

¡Qué espléndido estaba el macho, con su lujosa cornamenta! Era aún temprano y brillaba el rocío en el pasto al resplandor de la luz. ¡Un cuadro flamenco!

***

En los campos incultos, de paja brava, suelen encontrarse todavía avestruces, aunque ya están desacreditados por los que los estancieros ponen dentro de alambrado y que los viajeros ven desde las ventanillas de los trenes. ¡Qué diferencia de los salvajes! Aquéllos, simplemente sueltos, apenas se alejan cuando sienten la locomotora, y

éstos, al divisar un jinete, emprenden airosamente la carrera. Admírase su trote descuajeringado, y al zangolotear el plumaje, parecen muchachas que agitan las enaguas.

Cuando se les estrecha á caballo, silban,—llenan el espacio con sus notas y se pierden en las bandadas que llegaban á las poblaciones fronterizas anunciando malones de indios con su silbido peculiar.

LA SIEGA

El tallo del trigo está alto, seco y convertido en paja, y su flor brilla en la crespa espiga que encierra el grano fecundo. La vasta extensión, que recorrió el salvaje, está cubierta de trigo sazonado, cuya espumosa superficie ondea al más leve soplo del viento, produciendo el murmullo de los lagos. Dorada, la luz del sol préstale un reflejo brillante, maravilloso, que enceguece la vista, y si nos remontásemos como el pájaro, veríamos el desierto inmenso, mudo, que guareció hasta ayer al avestruz y la gama, convertido en un mar de trigo. ¡He ahí la verdadera mina! Inagotable, eterna, desarrolla las fuerzas físicas, la salud y la energía, mientras que las de oro se agotan y conducen á los pueblos, por la molicie, á la miseria y á la corrupción.

Como de trigo se alimenta el mundo, el colono espera ansioso las cosechas,—pero para convertirlo en el aureo metal tiene que segarlo primeramente, que arrancar de la espiga el suculento grano y transformarlo en la preciada harina. El genio creador del yanki, al cambiarle al molino las alas por la chimenea, desterrando, en su colosal impulso agrícola, las fuerzas del agua y del viento, ha inventado máquinas para aquellas operaciones sucesivas que la simplifican y aba-

ratan. Forzoso es decirlo: estos instrumentos eran tan indispensables, que, á no existir, las actuales cosechas, por falta de brazos y sobre todo de tiempo, se perderían en los tallos, y los granos, por las lluvias y el sol, se pudrirían. Esta fatalidad, en vez de arrebatar al genio americano, por falta de inspiración, su prepotencia reconocida universalmente, la aumenta sobremanera, porque demuestra que desdeña las abstracciones para preocuparse de las necesidades inmediatas. La poderosa naturaleza parece doblegada, y le entrega los ríos de sus granos de oro, para que, en sus rápidas manipulaciones, los arranque, los desmenuce y los transforme en el pan cuotidiano del universo.

Hasta cuando dependimos de la harina de Chile segamos con la hoz de los antiguos romanos, que todavía usa España juntamente con los molinos de viento. Esta operación constituía la primera fiesta agrícola del año. Los labradores, libres de la cosecha y satisfechos de su rendimiento, se paseaban por los caminos cantando al son del pandero y la vihuela. La siega era un regocijo general, compartido por la familia y los vecinos. Hasta los niños manejaban la hoz, y las mujeres ataban los haces con cuerdas de paja. La comida era un convite y terminaba en baile.

Hoy sembramos para exportar,—la cosecha es comercial, y cada una de sus transformaciones se hace seriamente y con la energía de la pasión del lucro. El colono no dice *tendremos pan:* ¡dinero!—para abonar los gastos, las deudas y poder ahorrar algo, á fin de extender el dominio.

De repente, en medio del silencio del desierto, oigo un ruido estridente, acompasado, que llena el espacio.

—¿Qué es eso?—le pregunto á un campesino.
—Están segando—me contesta.

Deseoso de presenciar esta faena, me dirigí á la chacra que producía tales notas metálicas.

Vi entrar en el trigal á un robusto colono, rubicundo como Apolo, y resplandeciente de alegría en el elevado asiento de la segadora. La arrastra una yunta de bueyes mansos, que apresura incesantemente; la cadena está en la rueda mayor, y el engranaje, en la marcha, produce un ruido de matraca, ensordecedor, mientras la máquina avanza á paso largo. Abre una calle de dos metros de ancho, dejando limpio el rastrojo, y así va hasta el fin del trigal, para volver á segar otra faja al compás del andar de los animales y del ruido estridente.

Los tallos de trigo, entretanto, no han caído entre los rastrojos y amontonados á lo largo como la alfalfa; véseles formando haces, que llaman gavillas, del grosor de las antiguas cargas de pasto, con las espigas de cabecera y apiladas de á cinco de trecho en trecho. ¡Todo esto ha hecho la máquina al andar! ¡Y si supieras, lector, que las gavillas aparecen atadas con hilo de cáñamo! Causa maravilla, y ninguna mano humana se habría conducido con mayor celeridad y maestría!

¿Cómo se ha operado esa transformación maravillosa? Como sería difícil explicarla por el complicadísimo engranaje, contentémonos con sus efectos, y rindámosle el tributo de nuestra admiración inconsciente, mientras el colono aprovecha sus ventajas. Ahí están las gavillas atadas y en montones, y la segadora, entre el ruído r cánico, forma á lo largo otros y otros. Arranca d la tierra tallos de trigo, que los convierte, i tantáneamente, en haces. Sólo falta empar-

varlos, es decir, construir esos monumentos al lado de las casas, para preservarlos de las lluvias, y que, á la distancia, parecen otros tantos ranchos ó galpones.

Estimulado por la curiosidad, he estudiado ese mecanismo milagroso,—pero su explicación, por la infinita variedad de piezas, resultaría grosera é incomprensible. Sería como hacer el proceso de la digestión. Baste saber que es un organismo completo y tan vasto como el nuestro. Anda, porque tiene ruedas que le sirven de piernas; guadaña con los brazos; por su fila de dientes, pasa el trigo á su estómago, y aquí, como en el cuerpo, viene el misterio. Supongo que adentro habrá unas manos delicadas, y en el acto de entrar los tallos, los acomodan parejamente, forman los haces, y con el hilo que yace en ovillo atrás del asiento, los atan, anudan y arrojan fuera de las lonas. Estas hadas, que, en virtud de la ley del trabajo, deben ser varias, para ejecutar perfectamente tan distintas operaciones, no son, querido lector, sino el genio yanki, que ha producido en el mundo la verdadera emancipación humana, aplicando el vapor y la electricidad á todas las faenas, para que dignifiquemos nuestras fuerzas, y trabajemos en lo sucesivo menos con las manos y los pies y más con el cerebro, es decir, como hombres. Estas máquinas siegan hoy á razón de cinco hectáreas por día, ó lo que en un mes no haría una familia entera con la hoz, ayudada por el vecindario.

El colono, en vez de hacer de máquina y de buey, gobierna la operación con las riendas en la mano desde su elevado asiento, y consciente del movimiento interno por el rodaje de cadenas, sabe lo que hace, vigila con el ojo y avanza,

sorprendido, orgulloso. ¡Cuánto tiempo, gastos y fuerzas, no se ahorran! Puede, á ratos, atender sus hortalizas, y la mujer, la cocina, la casa, los hijos y el jardín, sin que la siega se convierta en una algarabía descomunal.

¡Nada de visitas en borriquitos enjaezados, ni fiestas con panderetas, ni pámpanos y libaciones! ¡Acabóse también la carne con cuero! A lo sumo, algunos colonos, al pasar, sujetan, por curiosidad, sus carros ó caballos en la tranquera, é invitados á entrar, inquieren sobre el rendimiento y conversan sobre el precio del trigo. Unos, lo venden ya; otros, prefieren guardarlo, y todos, en los instantes de descanso, hacen las cuentas de la venta, de los gastos y de lo que les quedará. ¡Ah, cuando la cosecha ha sido abundante y generoso el precio del cereal, arrojando un saldo para comprar más tierra, el colono y su mujer están contentos, ufanos, porque se imaginan llegar pronto á ricos, ! — pero cuando después de tantos afanes, no queda un centavo, hasta los niños están tristes! No se oye entonces, por todas partes, sino reniegos, resongos, suspiros,— quejidos,— maldiciones al ver que seguirán endeudados y que el propietario y proveedores podrán embargarles la tierra y hasta el pobre trigo que han embolsado para semilla y pan del año. ¡Qué caras hoscas: ¡ni las de los bueyes ñatos!

La bondad, felizmente, es propia del campo. Todos esperan, porque confían en la honradez rural y saben que basta una buena cosecha para abonar todas las deudas. Los tordos, las tórtolas y los chorlos, al ver segado el campo, se asientan en los rastrojos á devorar las semillas. El espacio desierto, poblado sólo por algún chimango errante y quejumbroso, es surcado á cada

instante por bandadas de aves hambrientas que buscan su festín anual, y se oye repetidamente el ¡tum, tum! de los cazadores que persiguen á las perdices gordas y sabrosas. Se descansa, se conversa. Si el año ha sido próspero, el cerebro se excita con proyectos ambiciosos, y el sueño huye como en la ciudad; si no, se aguanta la tempestad al calor del amor á la familia, fiado en la esperanza y sobre todo en que Dios será bondadoso el año próximo. ¡Se descansa! Se descansa bajo el emparrado, aunque sea en el suelo y con la cabeza sobre una piedra, para disfrutar de la faena, después de haber sudado tanto, mientras en la ciudad el espíritu mata al cuerpo. Escaso ó abundante el rendimiento, ahí están las parvas, que semejan, por la perspectiva, una tropa de elefantes, demostrando hasta el horizonte que se ha hecho cuanto ha sido humanamente posible. La conciencia está tranquila,—los hijos brindan sus caricias, y las aves vuelven á pasar, deleitando con su canto y los ecos de su aleteo. La naturaleza se abre á las sublimes armonías, y el pensamiento, siguiendo las variaciones de la luz y de la sombra, conversa, en las noches calladas, con las constelaciones y busca el porvenir en los anhelos de la esperanza.

CUADROS

La leche, además de ser un líquido nutritivo, refresca la sangre y suaviza el carácter, ungiéndolo de bondad, como si quisiera retornarnos á la niñez. Pedro, conociendo mi predilección por ella, me dice: «Vamos á encontrar ahora unas tamberas.» ¡Un ranchito con un palenque desarmado por todo adorno!

Salen dos viejas criollas, y al saber mis deseos, suelta una el mate, y la otra le dice:

— Traete la negra.

— ¿Viven solas? — Le pregunté.

— Sí, señor. Esto es calle,—pero las vacas son nuestras.

— ¿Cuántas tienen?

— Tres. De ellas vivimos, y con sus ahorros, pensamos comprar un campito.

Asombróme que tres vacas pudieran ser tan productivas para dos personas. ¡Era de admirarse la *negra!* Inmensa, renegrida, vino coleando, sin duda saludándonos. No podía esperarse menos de su educación. Nunca he visto una vaca más hermosa. Su piel era suave, sedosa y brillante,—semejaba un lujoso tapado,—y zahumada de su olorosa leche, la dama más elegante no despedía fragancia tan exquisita y apetitosa. Al pasarle la mano por los lomos, creía ser yo más bien quien la ensuciara,—¡tan limpia estaba!..... Deseos dióme de abrazarla y acariciar su fragante hocico.

Bebiendo, sentado en una silla, su leche espumante, deliciosa, la miro, y el entusiasmo se troca en respeto, porque á la distancia, con los ojos negros fulgurantes, destacando en el espacio su enorme corpulencia y enroscados cuernos, descubrí en su silueta algo severo y noble. Me fijo, y sugestionado por el provecho que brindaba á sus dueños, se me apareció á la fantasía, con su generoso perfil, como la madre de la humanidad. ¿Cómo? Produce al buey, que ara toda la redondez de la tierra,—al novillo, que alimenta al género humano, y ¿quién no ha mendigado á sus perfumadas ubres su sabroso licor para vivir, fortalecerse en las convalecencias, salvarse quizás de la muerte ó para deleitarse con su nívea espuma? ¡Pace libre en el campo, menea, gozosa, tu cola de sedosa borla, que mereces los establos de Nerón!

*
* *

Las lagunas, por las cuchillas, son raras, abundando, en cambio, los cañadones, los arroyos, los ríos y sus infinitos raigones, que, á manera de entrañas, fecundan el rico suelo entrerriano. ¡Los ríos! Para el viajero, que cuida el caballo, son su puerto, porque la bestia descansa y se nutre mientras el espíritu se recrea y se expande.

Estamos en la costa del Gualeguaychú. El espectáculo es diferente; en vez de trigales ó rastrojos, haciendas de todo género,—de colonias y colonos, estancias y paisanos á caballo montados en aperos,—en lugar de cuchillas, que interceptan la vista, llanuras verdes, de pastos cortos, tiernos como lechuga, desde que se trata de campos propios para ganadería. Al ver la extensión,

ilimitada hasta el horizonte,—las estancias, con sus arboledas, y las ráfagas fugaces susurrando en el espacio, créese estar en la provincia de Buenos Aires, y el corazón porteño se ensancha. El paraje es más bello aun, porque hay agua y bosques.

Al costado del abra, por donde pasa el camino, se distendía, á ambos lados del río, un espléndido monte, que tendría, entre trechos, algunas leguas de superficie. Los ríos son el *rendez-vous* de todas las aves del pago. Allí están los teros en tropel; vigilantes, en cuanto nos vieron llegar, dieron la voz de alarma,—pero en seguida entonaron un cántico tranquilo, que significaría: «No hay cuidado; es buena gente.» Los teros reales, delicados, siempre temerosos, apenas se alejan del borde; las gallaretas, en bandadas, nadaban ufanas, como si el río fuese de ellas solamente; algunas cigüeñas, tras de un juncal, dormían paradas con las cabezas bajo del ala; los chajás estaban de centinela en una barranca, espiando, y en cuanto sentían un ruido, lanzaban un grito estridente; las garzas se paseaban en la orilla, orgullosas, elegantes; las becasinas bebían, y los chorlos daban continuamente vueltas, perdiéndose en nubes por el horizonte. ¡Ahí vienen filas de cuervos! Tendidos en línea de batalla, parece que vinieran á pelear. ¡Nada!... Se asientan, graznan, y son los únicos que escarban el barro.

¡Qué soledad! Apenas, tras de los troncos, divisaba, á lo lejos, un puesto, y sin embargo, ¡qué acompañado me sentía! A cualquiera que se me hubiese presentado, le habría dado la esbalda, porque en el campo prefiérese estar rodeado de la naturaleza y sus seres salvajes. Busco, con la vista, á Pedro, y lo distingo en

un recodo, pescando. Creo que el que pesca piensa, y sin paciencia para esta distracción, continúo recostado sobre mi manta en una falda deliciosa.

¡Chas, chas!—bandadas de patos que se asientan en el agua, buscando abrigo para pasar la noche «¿Tan tarde?» Veo á Pedro, que viene cargado de pescados. ¡Cómo transcurre el tiempo, pescando! La tarde avanza, y no he pensado en nada,—al menos nada serio. ¿Nada serio? Los bandadas de patos me interrumpieron inoportunamente la construcción de un chalet que ideaba, adormecido por la sensación de aquel sitio encantador, como si el terreno fuese propio y pudiese refugiarme allí. Había elegido un declive suave, verde, que se remontaba sobre un promontorio, y delineé un jardín matizado de naranjos y limoneros. Aquello era el ideal para vivir, porque con el río y monte cuajado de calandrias, torcaces, zorzales, boyeros y mirlos, me rodearían todas las aves del campo. «¡Allí, en un salón, que contendría la biblioteca, escribiría al fin cuanto me ha atormentado! ¡Sólo allí!»—agregaba.

¡A atar! Mi ceño adusto denotaba bien que algún castillo se me había venido abajo. ¿El culpable? La familia,—esa eterna demoledora de todos nuestros sueños perfectos, — porque en cuanto tienen la última pincelada, ¡zas...! ¿Cómo no se ha de fracasar!

Entre Ríos tiene, entre sus bellezas, las puestas de sol, y al pasar el río casi nadando, mirando al poniente, mi fantasía cambió de visión, porque el horizonte, en un campo rosado, vasto, unos vapores rojos, que se agitaban y aumentaban, simulaban el más grande combate de las

guerras modernas. Sólo faltaba el estampido de la artillería. «Vamos, aunque más no sea que para ver»—me dije, como si, apurándonos, llegaríamos. ¿Y el chalet? No me acordé más de él, ni para deplorarlo, porque en ese instante cruza un ferrocarril, por una inmensa curva, el horizonte enrojecido. Lo reconocí por su penacho de humo,—y como no se puede ver en la soledad á este monstruo sin envidiar al mismo maquinista,—pienso en Gualeguaychú y el Uruguay, puertos .donde se toma el vapor para regresar á la dársena, en el carruaje y en la llegada á Buenos Aires.

*
* *

Otra belleza propia tiene Entre Rios: sus noches de luna, plateadas como el día. En el mar, bajo el trópico, no son más blancas, y despiertan, sobre todo en casa agena, el anhelo de dormir afuera. Deséchanse los consejos del dueño de casa y se arrastra el catre bajo del corredor. ¡Cómo nos atrae el campo hasta confundirnos con sus elementos! ¡Cómo amamos la sombra, el agua, la luz, mientras en la ciudad, apenas salimos, pisamos con desprecio el sol en las veredas! Al rato cruzan por el espacio las bandadas de patos sedientos, y si estamos despiertos, gozamos del cántico nocturno más simpático al oído humano. Desearíamos entonces tener alas para acompañarlos en sus viajes aéreos á los arroyos plateados. Pasa la última bandada, y continúa su chillido en nuestro oído. Los cisnes los gansos silvestres producen en las secas na impresión indescriptible. En fila, se anuncian, esde lejos, con el ruido de su volido, y al

acercarse es tan agitante, que, si lo escucháis, no podéis resistir á la tentación y abandonáis el lecho para admirar tan gigantescas aves y platearse al resplandor de la luna. Descubrimos entonces el encanto que muchas noches presagiamos bajo de techo en la ciudad. ¡Parecen ángeles! Recuerdo que volvía á acostarme con el alma vacía, entristecido, porque habría querido irme con ellos.

He notado un defecto en las noches de luna: no tienen crepúsculos, porque las transiciones se operan dentro de la luz misma,—mientras en las turquíes la luz cuaja, recela avanzar en las tinieblas, el cielo pónese azul, celeste,—las estrellas se apagan, las tres Marías alumbran, y el lucero, como un faro en el Océano, luce, hasta que, de repente, se apaga, confundiéndose todo en la luz universal. He espiado esta transición, y la luz de la luna, á medida que se acerca el sol, pierde su color plateado, resplandeciente, como los focos de luz eléctrica al amanecer. Y en el instante en que la luz de la luna es absorbida, la retina, acostumbrada á contemplar la inmensidad plateada, no admira el día y descubre un resplandor pálido y triste. Los semblantes toman un tinte cadavérico. Es el velo de la muerte que se arroja sobre la faz de la viajera nocturna, y los astros, fieles, huyen también para llorarla. Cuando hay luna, se ve morir la noche.

*
* *

¿Queréis el colono de dormir afuera? Una madrugada atravesábamos una Estación y, obscuro aún, tropezamos con un obstáculo, y lo llevamos por delante.

—¡Eppp! ¿Quién vive?

Era un robusto habitante de las pocas casitas que allí habían, que quiso realmente gozar del placer de dormir al aire libre, y sacó su catre á la vereda, ó, mejor dicho, al campo, porque no había ni vereda, ni calle.

—¡Dispense!

¡Qué más iba á decir!—so pena de discutir á esa hora con un hombre desnudo y en el barro sobre la libertad de tránsito y contra el derecho de dormir en la calle.

Contándole después á un viejo entrerriano la aventura, me dice:

—¡Pst!... ¡Si antes de nacer estos caseríos, todos, en verano, dormíamos afuera! ¡Toda mi generación ha sido concebida al aire libre!

Y manifestándole mi dolor por el terremoto de una provincia hermana, me contestó:

—¡Si yo nunca necesité allí casas para vivir! ¡Qué delicados están ahora!

*
* *

Vi una escuela bajo de un árbol. Entrábamos al departamento de Villaguay, allí justamente donde principian los montes de Montiel, y Pedro me dice:

—Aquello es una escuela...

—¿Cuál?

—Aquella multitud de muchachos...

—¿Y la casa?

—El árbol es la casa.

En efecto,—la maestra, al llegar, me dice, para calmar mi asombro:

—¿Cómo quiere Vd. que con este calor tenga adentro á los muchachos?...—señalándome, tras

de la cuchilla, un ranchujo de barro, desvencijado, de techo de paja, de dos metros de alto y de piso de tierra viva.—¡Se ahogarían! No caben tampoco, porque son como sesenta. En invierno y cuando llueve doy clase adentro.

Afuera, efectivamente, estaban mejor, porque el día estaba espléndido y el espinillo era colosal y cubría á todos con su fresca sombra. Todavía, del otro lado del tronco, habría cabido otra escuela.

Los muchachos estaban todos descalzos, en cabeza y sin más que una camisa y un pantaloncillo. La maestra no les iba en zaga, quizá para dar el ejemplo: sólo ostentaba, además de la camisa, una pollera de percal. De la cintura colgábale un rebenque, y al preguntarle su objeto, me contestó:

—¡Para que se estén con juicio!

—¿Y ésto?....—le pregunté—refiriéndome á una inmensa cantidad de caballos, la mayor parte petizos y potrillos sin monturas, casi dormidos, que yacían aglomerados contra una especie de palenque.

—Son de los alumnos. Esta es una escuela de colonia, y como ellos son de las chacras, tienen que hacer la travesía á caballo. Ahora, á las once, se van á almorzar.

Como faltaba poco, esperé este licenciamiento para contemplar la partida. Entretanto, púseme á observar la caballería. Apenas una que otra bestia ostentaba en el lomo algún cuero de carnero; los bocados eran más que los frenos, y las cabezadas y riendas se componían de tientos, tiras de trapo y aun hilo de acarreto. En ese instante, llega, paso á paso, un jinete: un mosquito sobre un elefante, porque el caballo era

enorme, y el caballero no contaría más de dos años. El venía atado al apero. Quedéme pasmado, porque no sabía hablar aún y las riendas estaban sujetadas al apero: ¡completamente librado á los instintos del animal! La maestra, dándose cuenta de mi asombro, me dijo:

—No hay cuidado, señor... Están acostumbrados....

—¿El jinete ó el caballo?—porque, en este caso, parece que el animal gobierna.

—Los dos. Todos los días, desde hace dos meses, viene de su casa, que dista media legua. Trae un recado de la madre...—y al decir esto, desata un pañuelo que venía en la argolla del bozal del caballo.

Abre y lee.

—Es para que el hermano, de pasada, compre un puchero para su familia. Ahora regresan á caballo los dos, y dirigiéndose á mí, me pregunta:

—¿A Vd. le admira el valor de la madre, que expone así la vida de un hijo? No hay peligro; el chico va atado, y al caballo, aunque lo avancen los perros, no saldrá del paso.

Después miraba, con la mayor indiferencia, á criaturas de pecho á caballo, solas, por el campo, cruzando callejones perdidos, sin saber á donde iban, muchas dormidas... El caballo sabía que debía cuidar lo que llevaba encima, y el jinete, instintivamente, se cuidaba, porque poco faltaba para que hubiese nacido á caballo. Asustándome más la desproporción entre el tamaño del jinete y el de la cabalgadura, le pregunté á la maestra si los petizos no eran más aproiados.

—¡Qué esperanzas!—exclamó.—Entonces sí se

caerían, porque el petizo es mañero,—tiene genio, y los perros y muchachos de los caminos no los respetan.

Cierto es que se trata de caballos viejos y mansísimos, y la maestra, para probarme la inteligencia de aquellos animales, me dice:

— Yo no tengo reloj. ¿Sabe Vd. cómo sé que son las once? Ahora va Vd. á ver.

Me hace sacar el mío. Faltaban cinco minutos para dicha hora.

— Dentro de un rato verá Vd. que todos estos potrillos y petizos dormidos abren los ojos, levantan la cabeza y se inquietan por regresar.

Así fué, —á las once, justamente, se avivaron, echando miradas vivaces, y muchos relincharon, como diciendo á sus jinetes: «Es hora ya, y nosotros también queremos almorzar.»

Un individuo que oía mis lástimas, exclamó con desprecio:

— ¡A Chicos como el de á caballo los venden por ochavos en *El Federal!*

Después mi ojo, más práctico ya, distinguía en el desierto á lo lejos, por los potrillos, una escuela de colonia de una pulpería.

LA TRILLA

En el desierto en verano, á la hora del cenit, el aire fulgura, brilla y sus ondulaciones enceguecen con sus reflejos. Aquello es un mundo de luz: deslumbra. «¿Quién se atreve á salir con semejante hora?—La gente estará sesteando bajo de los corredores.»—me respondí. Volábamos con el sulky por escapar de la canícula. De repente al llegar á una cuchilla, exclamé: «¡El tren!»—creyendo oir un silbido.—«Será una trilladora, porque la Estación está muy lejos»—me dice Pedro. En el campo, el viento suele traer al oído ecos semejantes, quejas de ráfagas perdidas, y como me parecen siempre de las ánimas, volví á una conversación que tenía sobre el trigo y su vasta producción. Durante la cosecha, no se habla, en estos parajes, sino de trigo, trigo y trigo. Es la política de las colonias.

Al poco rato, volvimos á oir idéntico silbido. Habíamos marchado algo. «¿Estarán trillando?» —me pregunté impensadamente.

A los pocos minutos, divisamos en el horizonte un hilo expirante, negro. Semejaba, á lo lejos, la agonía de un volcán. No había duda: trillaban. Estábamos á legua y media, – pero la marcha era an vertiginosa, que bien pronto el viento nos rajo en sus alas un ruido acompasado, mecánico, uy semejante al andar del tren, ¡Un silbato!

Esto, sí, lo percibí distintamente, y resonó en mi alma, por la soledad, como una carcajada que precede al buen humor. En seguida otro y otros, rasgando el espacio, agudos y estridentes.

Al acercarnos, volvió á chillar repetidas veces, seguramente para saludarnos, é impresionados por el humo y el movimiento metálico, nos bajamos tan respetuosamente como quien entra á visitar alguna fábrica colosal. Era el efecto de este hallazgo imprevisto al aire libre y en el desierto. No estaba todo tan despejado y vacío. Quince ó veinte parvas enormes, que parecían galpones, formaban un semicírculo, y en el centro funcionaba la trilladora por medio de un motor. Sabéis mejor que yo lo que es un motor: una pequeña locomotora, por la forma, con sus silbatos, resuellos de vapor y alegres reflejos acerados. La máquina,—como se llama á la trilladora,—es una especie de vagón de ferrocarril. No muestra nada; cerrada herméticamente, apenas descubre la rueda motriz, donde se pone la correa que la comunica con el motor. La maquinaria está adentro, y de madera en gran parte, produce, al funcionar, un ruido espantoso. En frente había otro vagón; era un depósito de herramientas y enseres, que servía para dormitorio de la peonada en las travesías solitarias. Estas tres personalidades tenían ruedas de hierro con llantas, chatas, para recorrer largas distancias y atravesar arroyos, y eran tiradas por numerosas yuntas de bueyes.

En medio del movimiento acelerado é incesante de la trilladora, el motor silbaba, resollaba vapor y vomitaba humo por el caño. Entre este ruido infernal, que tendría alarmados á los zorros y vizcachas de una legua á la redonda en el fondo

de sus cuevas, el personal, que se compondría de veinte hombres, trabajaba, en un silencio melancólico, agobiado por el calor. El maquinista, como se llama al director del motor, yacia, con aire científico, al lado de su pieza, y un peón echaba á cada instante paja de trigo en la hornalla, mientras otro, á brazadas, se la amontonaba al lado. Un tercero, de lo alto de un carro atracado á la trilladora y rebosante de gavillas, echaba por arriba una tras otra de éstas con una horquilla, y en cuanto quedaba vacío, poníasele otro repleto al lado, mientras aquél volvía nuevamente á llenarse en las parvas. La máquina, de esta manera, tragaba constantemente gavillas, entretanto que por abajo arrojaba, como si fuesen residuos, la paja pura, que era llevada en rastras á la cincha y arrojada lejos. Tenía atrás cuatro bocas, por las que salía el trigo en grano á borbotones, limpio, puro, y caía en otras tantas bolsas abiertas, á estilo de las aguas corrientes, por las canillas.

Llenadas las bolsas, se sacaban y se reemplazaban en el acto con otras vacías, que se colgaban de ganchos, tocando el fondo en el suelo. Las bolsas llenas se cosían allí mismo, se colocaban cruzadas unas sobre otras y formaban pilas que nunca eran enormes, porque carretas de bueyes estaban continuamente llevándolas á los galpones de la Estación. Nadie hablaba una palabra, y en medio de este rudo trabajo tan dividido, cada miembro de este personal iba y venía y llenaba su tarea en el más completo silencio. No se oía, en ese desamparo, más que el ruido de la máquina y los silbatos pujos del motor, que transmitían la impresión e una fábrica de trigo á la intemperie.

¿Cómo se verificaba esta transformación? Cómo una gavilla atada, era, en el acto, desatada, convertida en paja inservible y en un chorro del codiciado grano, era una operación que nunca quise averiguar. No he nacido para violentar mis sesos, y temí que como aquel político de la célebre caricatura de *Punch,* empeñado en comprender el tratado de Berlín, estallase en explosión. Me imagino....., como en la segadora, que, en cuanto entra por la boca la gavilla, una mano la desatará, mientras otras, con igual celeridad y maestría, la despojarán de todos sus granos. ¿Qué más nos importa saber? ¿Qué tenemos que ver cómo la gavilla se convierte instantáneamente en chorro de granos? Contentémonos con llenar las bolsas vacías y retirarlas rebosantes con mayor prontitud que si se tratase de agua. ¡De rodillas deberíamos presentarlas abiertas, porque sólo tenemos derecho á la admiración!

Los peones, para soportar el calor, andaban desnudos, con un lienzo en la cintura, á estilo de panaderos. Extrañando que anduviesen en cabeza, díjoseme que estaban *acostumbrados;* sin embargo, en frente yacía uno, bajo del carro, atacado de insolación! En las trillas, con peones al día, no hay siestas. Otro peón servía, en fuentes de lata, trozos de carne de una olla descomunal que hervía furiosamente por un fuego de leña de tala. El caldo, hecho con agua del tajamar, parecía chocolate. «¡Qué valientes!»—me dije,—porque para estas cosas es que se requiere coraje en la vida. «¿Cuánto ganan?» «Un peso y medio,»—contestáronme. Sin alimentación, porque esa comida era pagada por ellos!

¡Adiós carne con cuero, tortas fritas y bailes de la antigua trilla! A lo sumo, se pasaban, de

vez en cuando, la botella de caña rebajada y un jarro de agua..... sucia. ¡Así se trabaja en el campo!, donde únicamente se produce, mientras en las ciudades charlan los mocitos y se hacen leyes inconscientes para oprimir más al agricultor y al ganadero. ¡Qué injusticia, qué ingratitud!

¡Sudaban los infelices! Silenciosos, mudos, hacíanme el efecto de una tropa de esclavos, tanto más que el que hacía de patrón llevaba un sombrero de paja, de anchas alas, como los *fazendeiros*. Los que ponían las bolsas en las pilas, en los carros ó hacían otros ejercicios de fuerza, lucían, por la contracción, una poderosa musculatura. El color cobrizo, por su falta de vello, es más terso y sano. Casi me adormecí á la sombra de una parva, vencido por la temperatura y el cansancio, y los peones pareciéronme, en un abrir y cerrar de ojos, estatuas de terracota empapadas por la lluvia, que abandonaban sus pedestales en un jardín para ir y venir, en tal cruce continuo, sonámbulas ó medio dormidas. «¿Esta gente es de aquí?» «La mayor parte son índios de *Los Chacos,*»—me contestaron.—¡Compatriotas, más argentinos que nosotros, porque tienen miles de años de nacionalidad! Había algunos, pacientes, doblegados mansamente, y se resignaban como el buey ante el yugo; otros, de cabeza borrascosa, semejaban rebeldes ante el duro lote que les tocó en la suerte. «Aquél es un ratero que no tiene cabida ni en las comisarías,»—me dijo el colono, señalando un muchachón de ojos vivaces. Parece que ha perdido la maña,» — agregó. ¡El trabajo, el trabajo, y sobre todo el sudor, que depura el cuerpo y libra al alma de malas tentaciones!

—¿Y las casas?—pregunté. «Están en la aldea, porque éstas son chacras rusas,»—me contestaron, —y como me iba dando cuenta de las costumbres, me expliqué en seguida la anomalía de hallarse solas las parvas. Pensé en la antigua manera de trillar; vínoseme á la memoria la parva redonda, de forma cónica,—el alambrado alrededor,—en el espacio intermedio, la tropa de yeguas pisando las gavillas arrojadas de arriba, latigueadas de atrás y apuradas por los numerosos muchachos, prendidos de los postes, que iban á pedir potrillos. De ese pisadero, lleno de barro y bosta, salió el trigo durante siglos; se le sacaba en pala, y había que aventarlo cien veces al aire para que fuese vendible en los molinos de la vecindad. «¡Qué diferencia!»—exclamaba,—al verlo salir en choros de la trilladora, embolsado, cosido á la vista, limpio, puro y listo para ser exportado. ¡Con qué energía y prontitud trabajaba la máquina!—y especialmente, ¡con qué limpieza y economía! — porque no caía al suelo un grano. ¡Libre verdaderamente de polvo y paja! ¡Con razón metía tanto ruido! Tendría conciencia de lo que hacía.

«¿Cuánto trigo darán estas parvas?» «Seis mil fanegas.» «¿Cuándo terminarán Vds. esta faena? «Dentro de quince días; después iremos á la colonia San Antonio.» Saludamos y proseguimos nuestro viaje, perseguidos por los ecos, cada vez más suaves, de la admirable máquina y su motor nervioso, desasosegado,—hasta que se extinguieron tras de la cuchilla... Volvimos otra vez á encontrarnos en medio del desierto silencioso, abrasados por el sol ardiente y acompañados sólo por el rodaje de nuestra carrera. El calor principió á calmar, y oíase, de vez en cuando, el

canto de algún grillo ó chicharra en los rastrojos. Al caer de la tarde, tropezamos, en un arroyo barrancoso, con una trilladora y un motor que yacían empantanados con todo su equipaje y no podían salir ni con diez yuntas de bueyes cada uno. «No es lo mismo trillar que viajar,» me dije, y al desensillar á la noche, veo en el horizonte, al dar vuelta, unos incendios enormes, que parecían devorar todos los campos. «Es la quema de la paja de la trilla, para evitar la mosca brava.»—me dice Pedro. ¡Parecían en la obscuridad, á la distancia, un campo de batalla en que los ejércitos combatieran al resplandor de sus cañonazos!

CUADROS

Diviso, á la radiante luz de la luna, unos bultos enormes, colosales, que se agitan. Unos, echados, parecen focas,—otros, semejantes á rinocerontes ó megatheriums, parados, destacan en el espacio sus gigantescos cuernos iluminados, y los demás se estiran y bufan como búfalos, atronando la soledad.

«¿Qué será?» Avanzo, y ¡cosa rara!,—á medida que me acercaba disminuían de tamaño. Sigo adelante hacia el grupo feroz. ¡Qué chasco! Los echados eran unas vaquitas que, descansando, rumiaban,—los megatheriums, unos bueyes viejos, y los búfalos, toros que llamarían á algunas vacas rezagadas. Después de pastar en el vallado, habíanse trepado á la cuchilla para charse y aspirar las brisas lejanas, que al aer de la tarde, en el estío, se ansían como

gotas de agua en la sequía, y por la perspectiva, semejaban, cuanto más lejos, animales antediluvianos. Estaban de sobremesa.

No extrañéis,—los animales también tienen instintos estéticos, y les place las alturas para extender la mirada, contemplar el vallado, el horizonte y la salida y caída del sol. Después he visto en grabados europeos reproducida esta escena, que demuestra que los animales, en medio de la naturaleza, son, donde quiera, los mismos.

*
* *

Los trigales, después de la siega, descubren una cantidad inmensa. increíble, de perdices. A los colonos, como que la ven todos los años, les parece naturalísima,—pero es el asombro de los forasteros. En ninguna parte hase visto nada igual. En los rastrojos, en los caminos, en las aguadas, hasta en los alrededores de los pueblecillos, no se ve sino perdices. Aquello es una verdadera infección.

Sería un error gastar en pólvora, porque todos las cogen con cañas. Los muchachos. de á caballo, las alzan con el arreador, y hay algunos, tan baqueanos, que en pocas horas se encaminan á las casas con una bolsa llena,—pero la abundancia harta, fastidia, como todas las cosas á que no se está acostumbrado. ¡Y al pobrerío, que vive de mate y carne asada, lo hallé, con esta ganga, de banquete: ¡perdices al almuerzo, á la comida, á la cena y al desayuno!

A mí diéronme pronto en cara, porque eran pichones, estaban flacas y las cocinaban en se-

guida de matarlas, sintiendo muchas veces, entre los dientes, los tendones frescos aun, palpitantes de vida. Ignorábase que á las aves débese orearlas muertas primeramente, y con la angurria por comerlas, poco faltaba para que se las tragasen con plumas.

La repugnancia se me tornó en fastidio, y después en impaciencia. Al fin, no las podía ver ni pintadas, porque al almuerzo, al sentarme á la mesa, perdices, — cuando el dueño de casa no se permitía, en son de elogio y nervioso apetito, exclamar: «¡Tenemos unas riquísimas perdices!» A la comida, lo mismo. Esto duró semanas,—semanas largas como años. Perdices asadas, guisadas, fritas, con huevos y en el puchero, y muchos, para prolongarlas, las ponían en escabeche para el invierno. «¡Qué buenas perdices tenemos hoy!» — oía á cada instante. Donde quiera que iba, perdices,—y si me quedaba más de cinco minutos, se me invitaba con perdices. «¡Qué ricas perdices estamos cocinando!»—exclamaban otros,—cuando no eran mejores que las demás, sino las mismas de siempre, flacas, pequeñas.

¡Cómo iba á protestar, cuando en las ciudades la perdiz es un ave incomparable, y su estación se ansía como una primavera! Habría pasado por persona de mal gusto, desde que no podía decir que la perdiz, así cazada y cocida, era una inmundicia. Tuve que callarme, porque la educación moderna enseña que la verdad no se puede decir, y,—como pasa siempre,—me la tragué como á una perdiz. Y al día siguiente, erdices,—perdices á la mañana y perdices á la oche. No iba á ninguna parte de temor de ue se me ofrecieran perdices, y la mesa que,

en el campo, es un goce, transformóseme en un suplicio. Al sentarme temblaba como mancarrón mañero ante el palenque. Si salía á pie al campo, huyendo de las perdices, las veía vivas, y poco faltaba para que las pisase ó se me viniesen encima, y repugnado, regresaba de prisa, como si me corriesen por detrás. Estaba verdaderamente sitiado por las perdices. ¡Un sitio de perdices!—y pensando una vez, mal humorado, acerca de mi originalísima situación, vi más aun: que no tenía salida,—so pena de mandarme mudar,—lo que me era imposible, porque precisamente principiaba la trilla y los colonos á tener plata, como se llama al dinero en el campo.

«¿Será posible que esta ave tan delicada se convierta en una infección, como la langosta ú otros animales repugnantes? ¡En todas partes me persigue, me cerca!»—solía decirme, desalentado. No era broma, porque hasta en mí pobre cuarto, donde me refugiaba corrido por la invasión perdicesca, oía su chillido, antipático por lo mendicante! «¡Pío, pío, pío!» «¡Perdices!» —exclamaba,—y mi primer impetu, por supuesto, era cojer la escopeta, un revólver, un palo, cualquier arma,—pero ya he dicho que en este mundo no se puede proceder... ni contra... las perdices... que se matan para cocinar y amargar la vida del prójimo! Tenía que correrlas por el cuarto,—hacer lo que me es imposible por mi corpulencia y abdomen: agacharme,—meterme bajo de la cama,—agarrarlas con cuidado,—cuando de repente, al incorporarme con el rostro congestionado, entra un muchacho abriendo bruscamente la puerta y exclama: «¡La andaba buscando: ¡es mía!» «¡Tómala, mi hi-

jito!» — en vez de tirársela por la cabeza... ¡La dulzura ante todo! — y me puse tranquilamente á sacudirme las rodillas, más sucias que las de un peón.

¡Santo Dios, cuándo me veré libre de estas detestables perdices!—exclamaba en plegarias improvisadas. Era mi último recurso, porque ya no eran las perdices, sino las personas, todo. Si recibía visitas, me hablaban de perdices; si no era de las ya comidas y digeridas, de las que comerían luego ó al día siguiente, y cuando me encontraba con algún conocido, en cuanto lo saludaba y le preguntaba cómo estaba, me salía con las dichosas perdices. Veíame forzado á hacerme negar y á huir de la gente. Lo que más temía era que un buen vecino viniese, solícito, á invitarme á una excursión de caza, porque habría perdido la paciencia... ¡Quién sabe lo que habría hecho!.., aunque hoy nuestro primer cuidado es que no se nos vaya á tomar por locos. Está entonces todo perdido: nombre, posición y porvenir, porque el mejor signo de cordura, para el criterio de la gente, es la seriedad, que resulta generalmente del silencio y complicidad en iniquidades y de sufrir vejámenes é improperios. Así se adquiere también,—si no el renombre de santo, —el de hombre de talento, que vale más para entrar en la vida pública y obtener puestos bien rentados.

De noche, soñaba con perdices, y como las consideraba verdaderamente una infección, mi lecho era un hormiguero; me circundaban como parásitos; abría los ojos, desesperado, rascándome para completar la ilusión, y, en una siesta, fué una vez tan cierta, que oí un grito de perdiz. Me asomo estirando el cuerpo, y veo que pasa

una bajo del escritorio, alargando el pescuezo como charabón recién nacido. ¿Cómo entró? ¿Por el ojo de la llave? Más fácil habríame sido averiguar el origen de nuestra existencia. Serenado, hallé la aparición naturalísima, porque todo, todo, estaba aperdizado, y lo único que faltaba era que yo también me volviese perdiz. Me levanto, — descalzo por supuesto,— la corro, la cojo, la arrojo afuera, y siento en seguida que un muchacho llora como un marrano. Dice,—á gritos,—que se le va á morir, —de lo que colijo que es el dueño y yo ¡un cruel persegidor de perdices!

Es que tenía además la desgracia, lector, de que mi cuarto diese á un vasto patio, cuyos corredores estaban llenos de piezas de máquinas agrícolas, de cajones y botellas vacías; aquello era una cueva excelente para las perdices cazadas por los muchachos de la casa; allí se metían, y en cuanto quedaba abierta una rendija de la puerta de mi cuarto, entraban, se paseaban por él y se guarecían bajo de la cama para darme estas sorpresas. A todos les hacía gracia,—como que reprimía mi indignación,—porque estaban sugestionados por las perdices, verdaderamente aperdizados. «¿Estarán locos?»—me dije, al verme reducido á mi cuarto, con las puertas cerradas, sin hablar con nadie, si quería paz. «¡Tan, tan!» «¿Quién es?» «Señor: vengo de parte del Señor...,—me dice un muchacho,—á invitarlo á almorzar unas ricas perdices» «Andá no más...»—le repliqué por lo pronto, decidido á excusarme, — *agradecido* todavía, — porque así, con esta hipocresía, es como hay que conducirse con la humanidad hasta el último día de la vida. Es lo que ella llama.

muy seriamente, educación, educación exquisita.

Una vez,—sin duda para colmo, — hallo mi pieza, al entrar, llena de perdices. Se paseaban y piaban á su gusto. Salgo furioso al patio á inquirir por el autor, y resulta que era un regalo.¡ Sí, señor, un regalo! Mi pobre planchadora, deseando agradarme, me las mandó con su hijo, y como le dijeran que era mi habitación, las puso, en mi ausencia, adentro, una por una, cerrando la puerta y llevándose la bolsa. Eran nada menos que una docena. A pesar de existir siempre una explicación para estas aventuras, me pregunté, seriamente, una vez: «¿No será una broma, una conspiración?» Como es tan fácil creer en proyectos dañinos de los demás, aplacé la protesta pública para la primera perdiz que hallase en mi camino.

Una excursión felizmente arrancóme de sitio tan aperdizado, y á mi regreso, estando á punto de regresar á Buenos Aires, se me presentó un chico á caballo en la vereda de mi cuarto. Traía una bolsa llena, agitante. En el acto me dije: «¡Perdices!» ¡Perdices!—ni más ni menos, mi querido lector. Era otro regalo. Le di cincuenta centavos, aunque él las cazaría á diez centavos la docena. «Para el viaje»—me dijo el portador,—como si hubiese nacido para que me persiguiesen hasta mi hogar,—y subiéndoseme toda la sangre aperdizada,—recordando todas las amarguras y persecuciones, queriendo al fin protestar seriamente,—me viese quien me viese —saquélas una por una de la bolsa, y arrojándolas al aire, con la fuerza de cascotazos, dilas libertad. Todos conocen el ruido peculiar del vuelo de esta ave: parece que llevan cascabeles en las alas,—y era de alquilar balcones:

¡los cohetes, en las antiguas fiestas mayas, no eran más estruendosos!

Nadie vióme, felizmente. Todo pasó solo conmigo mismo, como las mejores y peores cosas de esta vida, y me senté calmado, tranquilo, ante mi escritorio, porque había protestado, siquiera ante el cielo, de la culinaria de los atosigantes avechuchos, sintiendo sólo que, al perdonarles la vida con toda mi alma, no fuesen á molestar á todos los vecinos de la localidad, para que se convenciesen que lo superabundante, por bueno que sea, empalaga, se torna odioso y es una peste.

Así terminó esta estación perdicesca, y lo peor de todo es que, á pesar de los años, donde quiera que esté sentado á la mesa, en mi casa ó en el hotel, el solo nombre de perdiz, al destaparse la guisera, me quita el apetito, y revuelvo los ojos como un bizco. ¡No he perdido gran cosa!

*
* *

No se crea que todo eran trigales y colonias. Aparecíame, de vez en cuando, en pueblos de cierta importancia, como Gualeguay, Villaguay, Tala, Victoria, etc., etc. ¿Habéis gozado, lectores, del placer de ser total y universalmente desconocido en la localidad en que os halláis? ¡Ah,—permitidme que os lo diga—sugestionados vosotros también por la vanidad contemporánea, lo ignoráis! No os imagináis, no, sus secretas dulzuras, tanto más delicadas cuanto más íntimas! La cuestión no es ser un insignificante, sino que no nos conozca nadie, nadie, á punto de que en caso de muerte, después de larga espectación del cadáver hasta la disección, fuese uno

enterrado cien veces como *desconocido.* Yo sé gozar de esta fruición. ¡Válgamela en cambio de los que saborean tanta injusta celebridad!

Debo confesar, por experiencia, que aquella es más clara, porque no la enturbian las emulaciones, los celos y demás sombras amargas de la envidia. Entra en mucho, es cierto, el placer de contrariar la curiosidad ajena. Se es mirado, desde las autoridades hasta por los perros, con aire inquisidor. «¿Qué anda haciendo Vd. por aquí?—¿Con qué permiso ha entrado?»—parecen preguntar,—y se contentaban con andar averiguando cómo me llamaba. Y como se trata de defectos coloniales, que hieren la libertad personal, gozábame, á fuer de legítima defensa, en detener sus avances.

Al dueño del Hotel, por ser el primer curioso, le ocultaba mi nombre. En vano me lo inquiría para *ponerlo en el libro;* ¡nada!,—sabía que mentía, y no existiendo la ley que me obligase á declararlo, pasaba tranquilo los días entreteniéndolo con que le daría mi tarjeta, que no la encontraba,—porque no la buscaba tampoco,—hasta que partía. ¡Y en todo veía á la mujer! Era casado, y su esposa, efectivamente, le pregun taba: «¿Cómo se llama? Pregúntale su nombre.» y el pobre hombre andaba tras de mí, cayéndosele los pantalones, porque Pedro era más mudo que un candidato á la presidencia. Reíame á solas á carcajadas al ver cuán ridícula es la curiosidad y ¡cuán hueca!, porque «¿qué sacarían en limpio con saber mi nombre obscuro, que todavía pronunciarían mal?..¡ Si fuera el de un personaje!»—decíame,—porque es realmente estúpido darse por satisfecho con que uno se llame Juan ó Pedro, Martínez ó Rodríguez.

¡Si vieras, lector, cómo estaba la gente á los pocos días! Todos me miraban fijamente, con insolencia, como si los hubiese ofendido ó quisiesen provocarme. «No podemos soportar más el misterio de su nombre!»—parecían decirme. Trataban de averiguarlo al hotelero,—pero ¡maldita la gracia que á él también le hacía, desde que no lo sabía para sí y dar cuenta á su curiosa familia, que lo atosigaba! Parábanse los zánganos curiosos en la esquina, en corrillos, y si me dirigía á la plaza á tomar aire, allá iban ellos también. «Si fuese un hombre célebre, no me perseguirían tanto. ¡Lo que es la curiosidad.» —me decía.—Me rondaban, y, entre los árboles, los divisaba, como si pretendieran oler mi nombre para descubrirlo. Por nada del mundo, ni por una fortuna, les habría dicho cómo me llamaba. «El que no es célebre, tiene derecho á gozar de su obscuridad, sin atender á la curiosidad que causa entre los ociosos, porque ella es obra pura de la ociosidad,»—me agregaba,—acordándome de un amigo que inventaba viajes sólo por pasar por forastero y gozar de los agasajos consiguientes.

¿Y qué te diré, lector, de las persianas que se levantaban cuando andaba por las calles, de los rostros ávidos que se asomaban, de los cuchicheos! Esto era pasable, explicable, agradable. Sentíame, en cambio del pinchazo de la curiosidad, bien retribuído, porque veía lo que va siendo raro: ojos negros, mejillas pálidas ó rosadas como duraznos y otros rasgos encantadores del antiguo temperamento español. Ellas, en fin, podían ser perdonadas,—el hombre es para la mujer, y la mujer para el hombre,—pero que jastiales tamaños se conviertan en per-

seguidores de ejemplares de su propio sexo, nada más que por saber cómo se llaman y llevarles inconscientemente sus nombres y apellidos á sus familias, es algo que, de ridículo, raya en la tilinguería.

Ya que hablo de la curiosidad, no está de más que cuente este incidente. En una de estas jiras, tuvo Pedro que ver, de mi parte, á una persona. Iba, golpeaba, y no estaba. Era de aquellos individuos que no están nunca en su casa,—pero su esposa,— que cosía en la pieza que cuadra el primer patio,—lo pizpaba en cuanto llegaba al zaguán. Pedro era bien apuesto,—pero chocado de que la sirvienta le preguntara: «¿Quién es Vd.? ¿Cómo se llama?»—cada vez que iba,—callábase y daba media vuelta. La esposa quedábase indignada, como si le hubiesen hurtado algo. Pedro, sin embargo, siguió yendo Al fin halla al patrón volandero, y en vez del recibimiento amable que esperaba, es saludado con improperios, tratado de insolente, porque golpeaba la puerta á cada rato, entraba, no decía quien era (¡esto sobre todo!), en fin, era un verdadero sinvergüenza, y como Pedro no era manco, allí no más se trenzaron. Yo pasaba en ese instante casualmente, por la esquina, y al divisar la aglomeración de gente en la acera, me acerco y veo á ambos jadeantes todavía, con el rostro arañado, ensangrentado, con las ropas desgarradas, y á la esposa parada en el umbral de su pieza, repitiendo á gritos los insultos del marido á Pedro. ¡Un escándalo!—del que pudo resultar la muerte de ambos.

¿Qué había pasado? Una tormenta en ese hogar, que el pobre Pedro ignoraba inocentemente. Cómo iba á imaginarse... que, porque no satisfizo

la curiosidad de la esposa, transmitiéndole, por medio de una ignorante sirvienta, su nombre, se enfurecería de tal manera? Pues señor, cada negativa le cayó en el alma como un chorro de plomo derretido; lo hizo antipático á su marido, hablóle pestes de él,—¡quién sabe qué cosas inventaría, porque la fantasía, muchas veces, miente inconscientemente!—lo cierto es que, después de algunas idas, no lo podía ver á Pedro. Más de una vez lo esperó para insultarlo y descargar su odio inconsciente, cuando encuéntranse esa malhadada mañana, y la esposa, penosa y llorando, dándose por ofendida, lo llama y le dice: «¡Allí está!»—como á un perro ¡chúmale! —y el esposo, enceguecido, lanzóse sobre Pedro. La curiosidad femenina, si el marido no tiene juicio, es una tea de discordia capaz de incendiar el hogar.

*
* *

Erase una tarde en la plaza de Gualeguaychú. Recién llegaba y estaba sentado en uno de sus bancos saboreando mi obscuridad. Observaba que todos nuestros pueblos parécense entre sí: la plaza, en el medio,—una especie de Cabildo, enfrente,—al costado, la Iglesia,—en la esquina, la botica,—más allá, un tendejón alumbrado por un quinqué moribundo,—como si los españoles, después de dejarnos libres, nos hubiesen recomendado tal plano de edificación..... En esto, veo que en la Jefatura cargaban hombres en un carro,—cargar,—esta es la palabra, —porque estaban engrillados.

¡Qué gracioso! Pasa, en ese instante, un perro, —un perrito lanudo, con cara de gato,—y extrañando también mi presencia, se para y me

mira, como preguntándome: «¿Y Vd. qué hace aquí? ¿Quién es?»

— ¿Y esos? — le interrogué, á mi vez, á un transeunte, que se quedó mirando cerca de mí el cargamento,—porque yo no hablo con perros.

— Son presos que vienen del Paraná á cumplir su condena. Los llevan á la cárcel.

El carro, — un carrito, tirado por un caballo viejo, — se puso en marcha sobre el rústico empedrado, y los presos, parados, apiñados,—por que eran ocho ó diez,—se sacudían y agarrábanse de las barandas para no caerse. Todos eran jóvenes, é iban con los sombreros echados atrás, desfachatados, fumando. Iba entre ellos una china alta, delgada, como de veinte años, esbelta, de nariz aguileña y formas arianas, con un grueso cigarro en la boca. Hízome acordar á Carlota Corday, y el carro en camino de la cárcel, riéndose todos, burlándose del destino, trajéronme á la memoria una de las tantas escenas de la época del Terror.

—¿Criminales?—preguntéle á mi interlocutor.

—Degolladores; uno degolló á su patrón, otro á una familia de Montiel,—dos, á unos colonos, y la mujer, á su hijo de cuatro años. Van por tiempo indeterminado.

En Entre Ríos no se dice: matar, asesinar,—sino degollar, y hay que acostumbrarse á la conjugación de este verbo.

Filosofando con mi desconocido sobre el degüello, me dice:

— ¡Es una herejía, señor! ¡Se degüella por lo más insignificante, por un centavo, por una guasquita! Vd. no va á creer: en esta cárcel está uno porque degolló á un amigo por roncar fuerte!

— ¿Cómo es eso!—llamándome la atención é invitándolo á que me contase el extraño caso.

— Estaba durmiendo en la misma pieza; se recuerda á media noche, oye sus ronquidos, y como le impedían conciliar el sueño, se levanta y lo degüella. ¡Y eran íntimos amigos! El pueblo, indignado, quiso lincharlo. Quedéme pensando sobre la inseguridad de nuestra justicia mientras se alejaba mi desconocido, y á la noche, estando tranquilamente dormido, oigo golpes apresurados á mi puerta. Abro, y entra el hotelero con una vela encendida, rogándome que permitiese que un pasajero recién llegado ocupase una cama que yacía libre en mi pieza, por estar lleno todo el Hotel. Como ya estaba adentro, y se trataba de una persona decente, que conocía de vista, accedí, porque en la campaña no se puede andar con delicadezas, y mi negativa, aunque razonable, habría sido considerada cruel. Era un comerciante francés, de esos que viajan por los pueblos con mercaderías y que se permiten llegar á los hoteles con una docena de baúles enormes. Nos saludamos, y en cuanto cerró la puerta, después de agradecerme, me dice:

— Ronco muy fuerte. ¿No lo incomodaré á Vd.?

— No tenga cuidado, no lo voy á degollar.

Aunque el francés, por sus viajes á Entre Ríos, estaba familiarizado con el verbo degollar, dicho á esa hora, estando solo y á la escasa luz de una vela por una persona que recién conocía, no dejó de erizarlo,—y le conté el cuento.

— En Montiel,—contestóme,—se degüella por lujo, y lo peor de todo es que los asesinos andan sueltos con más garantías que los ciudada-

nos honorables y trabajadores, porque las autoridades los amparan y protegen.

Como quizá no hable otra vez sobre el degüello y no escribo para señoritas, diré que descubrí que es para los aficionados un placer sensual y exquisito. Entre nosotros se ha degollado mucho,—pero los orientales nos van en zaga, aunque los brasileños, en sus últimas revueltas, han demostrado tal superioridad americana, que en un congreso *ad hoc* obtendrían medalla de oro con brillantes. En la revolución oriental de 1870, ambos bandos se degollaron muchas veces, recíprocamente, contra el derecho de gentes, sus prisioneros. «Numerosas mañanas, —me contó un combatiente,—se degollaron quince ó veinte. Un negro era uno de los verdugos y, en venganza de su raza, cortaba, entre carcajadas, los pescuezos con una cuchilla descomunal, que se complacía en afilarla continuamente. Un joven, á quien se le perdonó la vida en cambio de esta tarea, se enloqueció á los pocos días. ¡No le dió el naipe!»

Creí, en estas palabras, descubrir un aficionado de corazón,—y lo incité á que me diese datos sobre la materia. Contestóme que había degollado mucho,—que estaba cansado,—con esa expresión despreciativa que se aplica frecuentemente á un placer que ha dado en cara ó á uno de los tantos rudos trabajos de la vida.

— ¡Lo que prefiero son las recorridas!

— ¿Qué son?—preguntéle.

— ¡Cuando se va en comisión á capturar desertores! Sabemos que los hallaremos *mamaos* ı las pulperías, y nos enderezamos á ellas. Los ıcontramos generalmente boca arriba, durmien- ɔ la mona, y como tenemos orden de degollar-

los, mueren todos en el mayor silencio y sin que se aperciban de su suerte. Al cortárseles el gañote, sienten ó sueñan que se les degüella, porque algunos exclaman: «¡Mi madre!»—pero ¡ya es tarde!—la vida... se ha ido por las carótidas entre el torrente de sangre, y cuerpo y cabeza quedan exánimes. «Ah hijiiitooo!»—les contestamos.

Mi interlocutor, en ese instante, pasóse la lengua por los labios, y la revolvió dentro la boca, como quien recuerda, con fruición, un placer inolvidable. Sí,—gozó, en ese instante, con el estremecimiento del deleite,—y lo descubrí en el nervosismo de su cuerpo,—en la palidez súbita, relampagueante, del rostro, y en el silencio en que, pensativo, quedóse,—como lamentando que ya no le sería dado degollar más.

«¡Bárbaro!»—exclamé, horrorizado, dentro de mí,—y te cuento, lector, esta terrible relación inesperada sobre asunto tan espeluznante, que hirió profundamente mi sensibilidad, para que veas cuánta perversidad hay en la parte mala de la humanidad, y porque, á mi juicio, la publicidad de estos crímenes cobardes, es, por el momento, contra el hipócrita silencio, el mejor castigo, hasta que una civilización superior los haga imposibles. Otros aficionados me hicieron entrar, á propósito de casos semejantes, en este mundo desconocido de la literatura, dándome detalles horripilantes y que hacían parar los pelos de punta,—y después,—como pasa siempre, —me dije: «¿Qué culpa tienen estos degenerados, sugestionados todavía,—especie de inconscientes,—cuando el degüello ha sido en nuestros países en el gobierno, durante varias épocas, un instrumento político?—y es andando en los cam-

pos, en los desiertos, en los rincones más obscuros, donde se da con las puntas del hilo y se descubre el ovillo de relaciones de esta calaña. *¡O tempora o mores! ¡Oh, tiempos de los moros!* —me dije,—al recordar que, de tiempo en tiempo, aparecen resabios de estas viarazas bárbaras. Y ahondando el asunto, deducimos que, políticamente, tienen su origen histórico en la desgraciada frase: «El árbol de la libertad se riega con sangre,»—que en mala hora pronunció ante el mundo una nación europea,—porque si los pobres gauchos ignorantes, que se han criado en los mataderos y saladeros, con los pies entre la sangre, degollando día y noche, ven que los titulados estadistas elevan el degüello á teoría de gobierno, ¿qué extraño es que ellos lo tomen, por excentricidad, como un placer extraordinario? Lógico es que cada uno lo mire según su capacidad é ilustración. ¡Había de ser francés tal dicho para ser falso! El árbol de la libertad, como cualquier otro que simbolice principios ó ideas, no admite, después de Cristo y para todos los siglos, otra sangre que la del sacrificio. Todo riego que entrañe maldad, odio, es, además de infame, estéril. ¡Sólo es fecundo el amor!

*
* *

Llegamos á media noche á un caserío y nos alojamos en una pieza de una casa de comercio. Al día siguiente, vi, en cuanto me levanté, que dábamos al patio de un vasto corralón. Estaba mirando, tras de los vidrios de la puerta, á las aves picando en el suelo, y pasa un individuo con la cintura cruzada por un facón. Al rato un peón gordo, que llevaba un freno en la mano,

atraviesa, en dirección al portón, armado de un gran facón, y un hombre en mangas de camisa que nos trajo á nuestro cuarto el café, haciendo, en ese instante, de mozo, se nos presenta tambien faconeado.

Ante esta faconización general, pienso, á propósito del *cuadro* anterior, que si las gentes de campo no llevasen consigo siempre el facón, los degüellos, que principian con las heridas y los simples homicidios, no serían tan comunes. En ese momento un viejo se puso á sacar baldes de agua del pozo.... Me fijo: ¡tenía un inmenso facón! Un napolitano y un gallego, recién llegados, llevaban también, en sus cinturas, sus correspondientes facones, y un niñito de tres años, que salió corriendo, descalzo, al patio, escapado sin duda de su cuna, tenía su faconcito. Al salir afuera y recorrer todas las dependencias de la casa, vi que todos estaban armados de su facón.

«Es un arma inherente al sexo fuerte,» me dije, —y las únicas personas, de consiguiente, que no lo llevaban, eran unas pobres mujeres que había en la casa y...yo. ¡Todos, todos, menos yo! «Seguramente,—me dije,—estas gentes creerán que no soy hombre.» Estuve, debido á esta reflexión, por ponérmelo,—porque sabrás, lector, que yo también tenía el mío,—con la diferencia de que estaba escondido en las mantas,—¡dicen en el campo que no se puede andar sin facón!,—pero me avergoncé.....! Me avergoncé de mí mismo, porque el hombre libre debe sobreponerse á las preocupaciones..., tanto más que viendo á todos cruzar, en todas direcciones, bandeados por su facón, comprendí que se trataba de una sugestión pública, tan vulgar como la de los mismos cerebros atacados.

«¡Yo no me pongo el facón!»—exclamé para mí, —porque, á la verdad, me habría reído, ante el espejo, de mí mismo, y ganas me dieron de salir al patio y decirles, en alta voz, á todos: «¡Sois víctimas de una sugestión, dando lugar á que esta arma sirva de pretexto para que se perpetúen, á pesar de nuestra civilización, resabios de la barbarie....!»—pero me guardé en el pecho, como otras veces, mi discurso, porque es sabido lo que les pasa á los redentores. El dueño de casa tenía su facón, y á la hora de almorzar, todos los dependientes se sentaron á la mesa con su facón en la cintura.

Estudiando el caso,—porque este era un caso psicológico,—me dije: «Esta gente no lleva el facón para los amigos, sino para los enemigos. ¿Dónde están sus enemigos?» Los enemigos estaban en el cerebro, y la tal sugestión era uno de los tantos quijotismos de nuestra raza, para que el más bondadoso ú honorable de esos ignorantes cometiese, en un ímpetu ó excitado por el alcohol, algún crimen. «¡La ocasión hace al ladrón!»—exclamé.

*
* *

Asoleados y cansados, nos allegamos una vez á una tapera.

—Aquí vive, sola, una vieja,—me dice Pedro.

Continuó dándome algunos detalles sobre ella, que escuchaba, en medio de mi entumecimiento, —y en su lugar, nos recibe un paisano. Le dijimos que nuestro objeto era librarnos, por un momento, de los rigores del sol, y como á nadie, en el campo, se le niega un descanso bajo de

techo, entramos.... Pedro no necesitaba más para hacerse amigo inmediatamente de él,—y le pregunta:

— ¿Y misia Andrea?.....

— Se fué.....

— ¿Cómo, se fué!

— Sí,—una vez entró aquí un paisano á descansar, como Vds. Ella lo invitó con mate. Se pusieron á conversar, y como era la primera vez que se veían, principiaron á contarse sus vidas. Resultó, de los datos recíprocos, que ambos eran solteritos y solos. El entonces, dándole al mate una chupada profunda, le dice, sin más preámbulos:

— ¿Dígame, doña Andrea, no quiere que nos casemos?.....

Y ella, sin más ni más, le respondió:

— Bueno.

Un *bueno* que equivalió al *sí* más concienzudo.

Y como la vieja dormía en el suelo, y todo su equipaje eran una trébedes, una pava y los útiles del mate, cargó en seguida con ellos y montó en ancas. Y se fueron.

— ¿Adónde andarán ahora?—le pregunté.

— Donde quiera que anden, señor, estarán mejor que aquí,—me respondió, mirando el techo y como invitándome á que levantase también los ojos.

La mitad, por lo menos, estaba descubierto; de día entraba el sol á sus anchas, y, de noche, de adentro se veían enteras las constelaciones.

— Yo la sustituyo aquí, como ella sustituyó á otros. ¡Las taperas, señor,—exclamó el desconocido, — son el refugio de los desamparados! ¡Para algo han de servir hasta que las arrase el viento!.

— Así se casan muchos en el campo, — me dice Pedro al emprender la marcha.

Y volamos en cuanto bajó un poquito el sol, perdiéndose la tapera en la redondez de la tierra, y en nuestros cerebros, el desconocido y el matrimonio improvisado.

UNA MANGA DE LANGOSTA

Cruzaba en sulky el departamento de Gualeguaychú por uno de los tantos caminos que llevan á sus numerosas colonias.

Eran las cuatro de la tarde, y en pleno estío, sentíase aún un fuerte calor.

Hacía ocho años consecutivos que se presentaba la langosta,—pero ninguno como ese:—la invasión era aplastadora, desesperante, cruel, á punto de que toda la provincia de Entre Ríos y la de Santa Fe estaban cubiertas por una sola manga. Aquí sí que se podía exclamar la brava frase: «¡No había un palmo de tierra que no estuviese empapada.....» por su baba inmunda! Reinaba en el espacio, al través del alma abatida, un silencio triste, mortecino, presagio de alguna desgracia.

Los trigales estaban talados, los maizales, devorados, y en los pajonales, cicutales y cardales [illegible]a el acridio prendido en enjambres. El cam[illegible] había tornado su color verde por una superficie negruzca y movible. Parecía la mar, — y

como si á la langosta le fuese estrecho el desierto, cubría los caminos, avanzaba sobre los alrededores de los pueblos y asolaba las poblaciones. Siempre en marcha, sólo se detenía en las barrancas de los ríos, donde caía, ciega, á torrentes, para morir ó volar en bandadas á la otra orilla. No respetaba ni los terraplenes, ni los rieles de las vías férreas, y allí, en castigo, las ruedas de las locomotoras, al atascarse, la convertía en montones de excrecencias sanguinolentas y babosas. Al pisarla con el caballo y las ruedas, saltaba sobre nosotros, de hambre ó de miedo, en un oleaje furioso.

La hacienda, desparramada, mugía hambrienta y erraba..., creyendo divisar pasto en la llanura, libre de su baba agria y amarga. Huía de su olor nauseabundo, que aumentaba su desesperación y flacura. En las aldeas, caseríos y pueblecillos, era horroroso el cuadro: después de comerse los cereales, las plantas y los yuyos, había destrozado adentro las cortinas, las ropas, y afuera proseguía su obra con las paredes y los techos, porque no hallaba desabridos los ladrillos y el junco. Cubría también los alambrados, y, apiñadas unas sobre otras, estaban en la paciente tarea de meterle diente al ñandubay y al hierro. Para privar á la gente hasta del agua, habíanse caído al pozo. Las aves eran las más filósofas, porque, antes de morirse de hambre, preferían comersélas, pero sus huevos salían sanguinolentos, hediendo á su olor particular, y se arrojaban por inmundos.

¡Así estaban algunas chacras: ¡abandonadas! Cerradas las habitaciones al enemigo, con las herramientas y máquinas á la intemperie y las parvas devoradas y juguete de las aves, de los

perros y de los gatos, recordaban las de los franceses al huir despavoridos en 1870 ante el ejército prusiano. Muchos colonos no querían presenciar el final, y otros temiendo verdaderamente que sus pequeñuelos fueran asaltados, porque habían visto perder á varios peones parte de sus orejas en la siesta, abandonaban sus queridos hogares y se refugiaban en las poblaciones más cercanas. ¡Y cosa extraña: ni una maldición, ni siquiera una queja! Mucho llanto, sí,— infinitas lágrimas de la gente pobre al ver destruído por tan execrable bicho cuanto poseían y esperaban, porque el colono, en su sincera religión, cree que Dios manda las plagas, y no se habría atrevido á rebelarse, temiendo ser doblemente castigado. A lo sumo, incitaba á que su esposa é hijos orasen para apiadar á Dios,— y él también, con las lágrimas en los ojos, alzaba sus plegarias ante la devastación que arrasaba su trabajo, su crédito, sus esperanzas y el pan del hogar!

Marchábamos al trote largo entre torrentes de langosta, mientras las ruedas, al partir montones de ellas, chillaban desafinadamente.... De repente, oímos en el espacio un ruido espantoso, ensordecedor, como el de los aguaceros repentinos en las tempestades del trópico. Era una manga que se levantaba del campo. La *saltona* estaba crecida y ensayaba sus alas para su viaje al Chaco. Brillaba al resplandor del sol, abrillantándose, en medio de un ruido de vendaval, y producía un efecto sorprendente, maravilloso. Interceptó poco á poco, en su espesor, la luz del sol, hasta que abajo se obscureció. Al cabo de un rato, no oímos nada. Sobrevino la noche, pero la noche ennegrecida por una tormenta tenebrosa,

En vano tendíamos la vista al horizonte para arrancar luz; estaba el espacio, en su ámbito circunferencial, negro, y tan extenso como si abarcase toda la redondez de la tierra,—para probar que en América hay harneros capaces de tapar el cielo.

¡Qué ruido chillón y ensordecedor producía el aleteo! El caballo temblaba como ante la gritería de los indios. Con semejante venda en los ojos, era imposible marchar,—pero Pedro,—más práctico en estos trances,— me dice: «¡Adelante!, —porque nos podemos asfixiar.» En efecto, la manga, además de aspirarse todo el aire, descendía, ahogándonos como en un horno. Viajábamos en un túnel, y, sin embargo, arriba era de día, y el sol, magnífico, esplendente, brillaba sobre la superfice de la capa, que aparecía dorada y agitada como las aguas del mar; pero la manga era tan espesa, que los rayos solares se quebraban y no alcanzaban á alumbrar nuestro paso perdido en el interior del negro vacío.

Yo estaba asombrado, horrorizado, porque solo la había visto hacer daño en las sementeras, en las poblaciones y volar por el aire, abrillantada por la luz. ¡Esta era únicamente la escondida, la oculta á los ojos, y que se levantaba en manga para sus inocentes ensayos! Solo entonces comprendí su universal poder, superior al del fuego y al del agua soplados por furiosos huracanes, y comparable sólo á la majestuosa ignorancia de muchos diputados que legislan sobre su extinción, amargando todavía la situación del colono con embargos, secuestros y multas enormes, sin haber salido de la Capital Federal, ni visto siquiera una langosta! «¡Pobre!»— exclamé. ¿Será posible que viva y trabaje en este suelo,

más devastado que el de la guerra, en medio del estrago que lo aniquila. ¡Políticos inconscientes!, ¿sabéis quién es el colono? Es el obrero de la campaña, el productor de la riqueza nacional, el vencedor del indio secular, el poblador del desierto y el guardador de nuestras fronteras. Si no fuera por él, nos moriríamos de hambre,—los indios brotarían otra vez,—nuestros numerosos vecinos hollarían el territorio con su planta,—el gobierno no podría subsistir, y en franca quiebra financiera, las naciones de nuestros acreedores atentarían contra la soberanía nacional. El obrero andará en mangas de camisa porque tiene que trabajar,-pero es el representante de nuestra civilización, porque ésta es, en todas partes, su industria, que es la fuente de su producción y riqueza. ¡Cómo se conoce que la política no está en manos de estadistas, ni de patriotas, sino, en su mayor parte, de mocitos y de farristas, que creen, muy seriamente, que el gobierno es una fatalidad para esquilmar al pueblo!

Sentíamos que nos faltaba aire, porque la manga, en vez de marchar, aleteaba como la lechuza, y bajaba paulatinamente. Sofocados, volábamos librados al sabio instinto del caballo, que conocía el camino mejor que nosotros,— y, jadeante, tosía, ansiando también luz y, sobre todo, aire. La última capa de langosta descendía tanto, que parecía un emparrado que susurraba por el viento, y el terror no fué ya de morir asfixiados, sino devorados, al pensar que pronto se descolgaría sobre nuestros hombros la mole profunda y hambrienta que se agitaba como un mar sobre nuestras cabezas. Nos acordamos de los viajeros sorprendidos en la cordillera por avalanchas de nieve, que los arrollaban y se-

pultaban, y que, en un principio, fueron un terrón de azúcar, comparadas con el mundo de langosta que amenazaba tragarnos.

Yo principié á latiguear para abrirme paso, mientras mi compañero manejaba y apuraba el caballo. El pobre animal abría las fauces, como queriendo estirarlas hasta el horizonte, y sin asustarse del ruido torrencial del aleteo, de los gritos y latigazos desesperados, proseguía su carrera entre el polvo que levantaba y la obscuridad que avanzaba como una tormenta.

La langosta nos inundaba. Prendida al sombrero, á las ropas, arañaba el pescuezo y los rostros, descendiendo al sulky. Llenóse éste bien pronto,—pero notamos, afortunadamente, la obscuridad menos densa. Distinguíamos descender el acridio hasta el suelo, á la sombra mortecina de una tarde. Sentíase también el ruido de las ruedas al partirlo. «¡Va bajando!»—exclama Pedro,—y era buen indicio el apuro liberal del caballo, que redoblaba la carrera, voluntariosamente. Al poco rato, ya no se podía andar por la inmensa cantidad de langosta amontonada en el camino y extendida en gruesas capas acolchonadas. Las ruedas se atascaban, y el animahundía sus patas en aquéllas, cubierto y arañado por millones de langostas. Cansado, jadeante, se paró de repente. «¡No sigo más!»—se diría, resuelto más bien á morir sofocado, y porque, con su sabio instinto, comprendió que mejor era esperar, en vista del intransitable camino y porque se veía más claro y la manga descendía. Resolvimos respetar su decisión, porque cuando el caballo es del pago, es mejor, en tales casos, no contrariarlo. No habría dado tampoco un paso más, aunque lo hubiésemos azotado,

porque se paró de una manera acerada, mecánica, y estaba fijo, duro como un poste de ñandubay.

Agazapados, con las manos entre las mangas y los rostros cubiertos con las alas de los sombreros, sufrimos estoicamente la lluvia de los insectos, que rodaban sobre nuestras cabezas y hombros como una nevada, hasta que la claridad fué mayor. Principiamos á ver el suelo, el campo, el caballo y á nosotros mismos. ¡Qué horror!: ¡todo era langosta y langosta! La luz se hizo al fin, después de tanto penar, y pudimos entonces admirarla en todo su esplendor, mirar el cielo azul y verla brillar sobre nuestras cabezas. ¿Quién diría que era la del mismo sol que se negó á iluminar nuestro paso en las recientes catacumbas? ¡Es que no pudo, á pesar de su poder universal, atravesar las gruesas capas de langosta, porque sus mangas son superiores á todos los elementos! Una bala de cañón no le habría abierto brecha sino durante un segundo. La langosta es como el fuego y el agua: soberana, cuando se propone abatir al hombre y á la naturaleza! Al mirarnos cara á cara con mi acompañante, no nos reconocimos. Traje, manos, rostro, todo, estaban cubiertos de excremento del asqueroso insecto, que, mientras volaba, nos lo destiló sin piedad!

El caballo quedó nervioso y alunado, y cada vez que veía levantarse una manga cualquiera, temblábale todo el cuerpo como ante un malón de indios. Yo, después de lavarme y mudarme de ropa, me quedé admirado ante el espacio diáfano, iluminado y una puesta de sol que parecía llorar, en su sublimidad, los estragos del feroz acridio, que se había desencadenado desde hacía años sobre tan pobres poblaciones como una peste'

como una maldición. A la noche, nervioso y agitado yo también, soñé que nunca se hizo luz en el horizonte sombrío y que, devorados en la tiniebla, quedábamos reducidos, junto con el pobre animal, á tres esqueletos limpios y blancos.

CUADROS

¡Perdido de noche en el campo! Yo tuve la culpa, porque me puse á manejar. «¡Qué hacemos ahora con responsabilidades!»—me dije.

¡Si hubiese luna ó estrellas,—pero el cielo estaba obscuro, nublado, denso! ¿Qué hacer? Me bajo,—avanzo,—pero, por las cuchillas, no divisaba una luz. Aunque fuese llanura, no vería tampoco, porque era tarde. El viento, que nos podría guiar, había cambiado, y apenas corría aire. Iba á llover, y estábamos desorientados.

Y eran campos desconocidos, próximos á Caseros. Ellos podrían habernos indicado donde estábamos,—pero era terreno sembrado. A haber árboles, la corteza aparecería humedecida del lado del Sur, pero no existía uno sólo. Me acordé de aquel célebre baqueano de la revolución oriental que, probando el pasto, decíale al jefe, en las tinieblas, el punto en que acampaba,—y lo miré á Pedro, como preguntándole: «¿Qué hacemos?»—porque estando á punto de llover, era ridículo que nos quedásemos allí parados, esperando el día. Vióme, á pesar de la obscuridad, la mirada, y haciendo ademán de tomarme las riendas, dijo:

—Vamos por aquí...

Como no me dió ninguna razón, impacientéme más bien, porque me fastidian, en estos trances, los sabios campestres que se meten á adivinos, para llevarse después por delante alambrados y zanjas ó tumbarlo á uno de cabeza en un pozo con carruaje y caballo. ¡Lindo prospecto, eh!—y como no me agradaba, exclamé:

—¡Es el viaje de la mosca en un sotano!—y el caballo está bastante cansado.

—Por aquí—volvióme á decir Pedro, porque, en las situaciones serias, era hombre de pocas palabras.

No pude, al fin, menos de preguntarle:

—¿En qué te fundas?...

Miraba...; investigaba las tinieblas, sin contestarme; yo también, á su imitación, las miraba, y cansado de su ciencia infusa, le di, á manera de muchos gobernantes incapaces, las riendas del gobierno. «Toma, testarudo.»—le dije, entre mí,—para que me llevase donde se le antojase,—porque, francamente, quería más bien huir de la lluvia que esperarla.

Soy de los que creen en los sabios y salvadores instintos del caballo,—pero el nuestro no era de ese pago y estaba, en ese instante, deshecho de fatiga.

Rumbeó, — es decir, Pedro. Yo sentí en el acto la conciencia del manejo y hasta el caballo también, porque obedeció con liberalidad, marchando, aunque á ciegas, adelante, como diciendo: «Por aquí, sí, vamos bien...» ¡Ah, los caballos!.... Como han nacido para ser instrumentos de grandes fines, quieren, para complemento, que los manejen sabios del campo. Ninguno como el gaucho, que ha nacido entre ellos

y para ellos, y cualquier caballo sabe en el acto cuando lo monta ó lo maneja un maula. Yo conocí un caballo que volteaba de gusto, á corcovos, á los que no sabían andar en él, y si el nuestro, en tal situación, no hubiese sentido la transmisión de la conciencia de Pedro, habría principiado á mover la cabeza, como diciendo: «¡No, no!», terminando, para su bien y el nuestro, por quedarse clavado, sin moverse, aunque lo hubiésemos deshecho á latigazos. Púseme entretanto, contra mi costumbre, á fumar,—no para crear coraje ante el peligro, sino para llamar por luces á alguna alma inspirada que le diera por acudir á nuestro socorro, ni más ni menos que como se estila en la mar, porque, al fin y al cabo, un hombre perdido de noche en campo desconocido es otro naúfrago.

Pedro seguía manejando en silencio. Yo no quería hablarle, porque, en tal trance, no cabían sino una reconvención ó un consejo; yo no podía ofrecerle ninguno de los dos, y hablar por hablar, además de ser necio, me pareció que le cortaría el hilo del pensamiento.... Me callé,—en lo que hice bien,—y si el silencio entonces no era elocuencia, significaba, por lo menos, respeto á lo que yo era incapaz de hacer. Una cosa me alentaba: que iba derecho,—lo que me demostraba que tenía alguna idea preconcebida, aunque fuese caprichosa. «Esperemos.»—me dije. No había transcurrido una hora, y me dice:

— Estamos en el camino.

Me bajo,—toco: duro, tierra. «¡Tiene razón!» exclamé para mí. A la media hora, me dice:

— ¿Ve esa luz? Es la estación Caseros.

En efecto. Si era incapaz de saber donde

tábamos y de encontrar el camino, podía ver la luz, porque tenía tan buenos ojos como él. ¿Cómo no la vi entonces? Era necesario que él primeramente me la señalase, porque la cuestión no está en tener órganos, sino en su ejercicio, para saber usarlos.

Yo también, después que nos vimos libres de peligros de la tormenta y en nuestros lechos, le pagué igualmente con el silencio, como el reconocimiento más respetuoso á su experiencia instintiva y casi sobrenatural. Entre la gente de campo, con algunas condiciones morales superiores, el silencio vale mucho y los domina, porque lo consideran reconcentración, conciencia, signos, á su juicio, de la verdadera superioridad. De buena gana le habría preguntado: »¿Cómo sabías?...» Otro día, haciendo justicia á sus condiciones, le hice esta pregunta derechamente. No supo decírmelo,—tal como nosotros, los modernos, deseamos, porque, á pesar del decantado liberalismo, no dejamos de ser escolásticos; queremos, como si todo perteneciese á ciencias exactas, que se nos pruebe con la evidencia, con los hechos, así como dos y dos son cuatro, sin fijarnos que hay fenómenos que escapan al juicio y á los sentidos y que con tal teoría se despoja á la inteligencia de la imaginación. ¡No lo sabía!,—pero yo sí: ¡el instinto!—esa fe que le decía: «Por acá», —y, ciego, obediente, enderezaba... Parece que hasta las ideas tuviesen olor, y el gaucho, en el campo, tómaselo de lejos,—las huele, y ellas lo atraen, contribuyendo, con su sugestión, á estas revelaciones sorprendentes y que constituyen genio del desierto.

*
* *

Tenía, entre mis colonos, un huevero, procedente de Colón,—esa patria argentina de las gallinas, de los pollos y de los huevos.

Creo, lector, que no ignorarás lo que es un huevero. ¡Esta costumbre que tengo de explicar las cosas más triviales,—como si los lectores fuesen unos ignorantes! Yo sé que algún día se me dirá: «¡Si ha imaginado Vd. que somos unos bodoques!...»,—pero si se tiene en cuenta que la mayoría de los que leen son ignorantes y que muchos intelectuales entienden las cosas al revés, veráse que no estoy tan descaminado. No faltarán extranjeros, de esos, por ejemplo, que no han visto en su tierra ni gallinas, que crean que hueveros son aquéllos que comen muchos huevos (!) Dando al fin por sentado que entiendes, lector, que se trata de aquellos individuos que juntan y compran huevos en grandes cantidades para revenderlos, te diré que en una mañana deliciosa estaba en su casa, es decir, en su rancho, que, en esos parajes, es más bello, por la armonía, que un palacio. Una casa grande, de azotea, chata ¿no sería, sobre esas cuchillas perdidas en el desierto, la creación de un rastacuer?... Un rancho de barro, con techo de paja, rodeado igualmente de todas las comodidades, y asentado en los suaves declives, ¿no es, acaso, más poético y conforme con el arroyo que pasa á sus pies, con la vista de los campos de esmeralda, con el monte, con el cielo y las nubes arreboladas? Sí, sí, mil veces sí.

Tenía este huevero numerosos hijos, y como si no le bastaran, albergaba en su casa sobr nos, primos, primas, cuñadas, cuñados y vario

parientes de su mujer. Aquello era toda una tribu. Tenía él un hermano llamado Juan, soltero, anciano y rico, que residía en Gualeguaychú, y á la dulce esperanza de la futura herencia, todos, en la casa, hablaban del tío Juan. A cualquiera hora que se entrara, se oía el nombre del tío Juan, y en la mesa, durante las comidas, nombrábase al tío Juan á cada bocado. De noche, en las veladas, volvían todos á acordarse del tío Juan; estoy seguro de que hasta soñaban con él, — y los niños, sugestionados, nombraban también á cada rato, con toda inocencia, al tío Juan.

Era este dichoso tío, en tal hogar, un santo más, que se le adoraba con toda devoción. De más está decir que los sirvientes y peones no le eran menos devotos, para quienes también era *tío Juan.*

Estaba,—como he dicho—una mañana allí de visita, bajo el corredor. Aprovechaba ese instante de descanso para leer una carta de un colono que llevaba en mí cartera, y oigo que una legión de muchachos, hijos y sobrinos del patrón, echados, á sus anchas, sobre unas bolsas de semillas, no hacían sino hablar del tío Juan; que tío Juan ésto, que tío Juan aquello; tío Juan arriba, tío Juan abajo, y déle con tío Juan... En esto viene una hilera de gallinetas junto al corredor del comedor, y al pasar frente á los muchachos, exclaman, cantando: ¡Tío Juan, tío Juan, tío Juan, tío Juannn!

Sorprendido de la analogía, levanté la vista de la carta y la fijé sobre las gallinetas, que seguían, en hilera, cantando todavía: Tío Juan, tío Juan! «¿Imitación ó coincidencia?»—me pregunté,—porque del canto de esta ave, parece

fluir, bien escuchado, un nombre semejante. «¡Lo han aprendido!»—díceme Pedro,—y al rato, un loro, que estaba en una próxima ventana, exclama: «Tío Juan, tío Juan!» Quise sorprenderme,—y una lorita, al oir al loro, se dirige caminando hacia él, y al pasar á un lado, exclama también: «¡Tío Juan, tío Juan!» Que los loros hablen, «¡pero que las gallinetas!..»—me dije.—«¿Por qué no?—¿Acaso no tienen oídos, memoria y lengua también?...» Estaba en este monólogo...,—cuando Pedro me dice, al atracar el sulky para montar y regresar: «¡Qué, si aquí hasta los polluelos, al romper la cáscara de los huevos, exclaman: ¡Tío Juan, tío Juan!»

***

El cielo de Entre Ríos es muy tormentoso, y á la tarde, aun estando límpido, se amontonan en el horizonte hileras de nubarrones, que semejan, á la distancia, macizos de la cordillera de los Andes. De sus profundos senos surgen relámpagos que enrojecen los densos vapores,—látigos de fuego,—truenos y bramidos que estremecen el planeta. El que no está acostumbrado á estas amenazas, cree muy seriamente que, por lo menos, va á llover,—pero ¡nada!...,—ni una gota... cae. De noche, este fenómeno atmosférico se convierte en un verdadero cuadro, porque, en la osbcuridad, el relámpago brilla, luce, y los truenos, en las concavidades de las nubes iluminadas, retumban como estampido de artillería.

Una vez, á media noche, salimos de la colonia de San Antonio, y comenzaron los relámpagos,—después, los truenos. Contábamos de fijo con la lluvia y que nos pusiese como pollos

mojados, porque había en el aire una quietud sepulcral. Y los relámpagos y los truenos seguían, y de una manera tan alarmante, que el caballo, manso, viejo, se espantaba á cada paso. Estaba como alunado, y temiendo que nos volcara, preferimos parar. Bajamos,—y tras de un trueno, precedido por un espléndido relámpago, me dice Pedro, refiriéndose al caballo: «Tiene miedo á los rayos»—sujetándolo de las riendas, porque temblaba como un azogado.

Tuvimos, á la fuerza, que quedarnos allí. Pedro agrega: «Es peligroso andar, porque el animal es claro y atrae los rayos.» Los relámpagos bajaban del cielo,—nacían de las sombras y se desbandaban como demonios, haciendo pedazos sus flamígeras alas en las tinieblas. Algunas veces los truenos retumbaban tan cerca de nosotros, que sentíamos distintamente la explosión del rayo,—hasta el éco de su caída infernal, y nos estremecíamos juntamente con el suelo. Y los relámpagos y los truenos se sucedían cada vez más seguidos y estrepitosos, entrañando amenudo el rayo, que reventaba como una metralla en medio de nuestro espanto.

— ¡Es una tormenta seca!—exclamó Pedro.

No lo dudaba, desde que no llovía.

— ¿Has visto muchas como ésta?— le pregunté,—y ante su silencio, comprendí que nos estaba dedicada especialmente.

¡Un beneficio!,—como los que los artistas se dan á sí mismos en los teatros,—y me preparé á gozarlo, á pesar de la impresión consiguiente.

Otro relámpago apareció como un fantasma, aciéndonos ver el campo teñido de azufre hasta el confín. Retumbó un trueno, y sentimos el estrépito del rayo, el chorro de acero derretido,

hirviente y su enfriamiento helado, mortal, en las rocas del horizonte. ¡Otro rayo! Estalla súbitamente, como si un cíclope lo partiese en un yunque con su ruda clava, y se sucede un silencio glacial, que nos hiela y paraliza, — pero el estampido repercute en seguida á lo lejos,—volviendo el corazón á palpitar. Algunos relámpagos abortaban en el cielo, — pero describían puñaladas, mandobles, y de la tierra se elevaban rayos flamígeros, que morían en las tinieblas, haciéndome acordar de los cohetes voladores. En medio de mi estupefacción, no podía menos que exclamar, interiormente: «¡qué bello!» Creía estar viendo fuegos artificiales en una noche de fiestas mayas en la plaza de la Victoria, porque no había un astro en el firmamento, y en la obscuridad, los relámpagos, los truenos y los rayos lucían en toda su magnificencia y poderío.

«¡Chriiiiiii!»—decía el rayo, tras del relámpago, surcando el cielo con su chorro de fuego. ¡Parecía un cometa sanguinario! Dejaba un reguero de chispas,—y creía sentir olor á azufre y que estábamos en el infierno. Avanzar era peligroso. Nada podíamos hacer para aplacar la tormenta. «¡Gocemos, pues!»—exclamé, sobrecogido por la admiración mezclada al horror. ¡Y vuelta los relámpagos y los rayos! Creía ya percibir humo, como si asistiese á una batalla ó los rayos hubiesen incendiado los campos. A igual del caballo, nos quedamos, al fin, quietos, mirando, temblando, según el fragor de la descarga eléctrica, hasta que, al rayar el alba, se serenó el cielo y principió á llover. Al día siguiente, hallé junto á la vía férrea dos vacas muertas por un rayo, y fundidas por el fuego, eran una masa informe, carbonizada.

Es el fenómeno celeste que más retengo en la memoria, y cuando pienso en el infierno, aquella noche flamígera, desamparados, se me aparece tan peligrosa como una batalla en medio de la lluvia de las balas.

*
* *

Al salir una tarde de Villaguay, me dice Pedro:

— Ahora vamos á pasar por lo de la viuda.

Como este aviso no tenía nada de original, seguí callado, pensado en la inmortalidad del mosquito,—ese fecundo é inmortal tema que absorbe la atención y el tiempo de los seres más tenidos por pensadores. Llamóme mucho menos la atención, cuando, al llegar, vimos á una octogenaria sentada en el umbral de un ranchujo y con su pañuelo ceñido á la cabeza. Tomamos un vaso de agua, y ¡adiós!..... En la marcha Pedro me dice:

— Esta está trastornada desde que murió el marido.

Tampoco paré mientes, porque á cada momento veo sueltos á los locos, y consideraba fácil que á una pobre mujer se le revolviese el chirumen por perder á su marido, que sería su única guía y sostén en este mundo,—pero sí cuando agregó:

— ¡Ella lo mató!

Aunque nada tampoco me es más vulgar que contemplar, por nuestra desorganización social, sueltos á los asesinos, le pregunté:

— ¿Cómo?.....

— Vivía este matrimonio en Montiel,—contestóme,—con una majadita.—De esto hace ya muchos años. Notaban ambos esposos que las ovejas

mermaban poco á poco. Una mañana halla ella una devorada. Estaban patentes aun, en su cuerpo desgarrado, las garras de algún tigre ó león, que existían en abundancia en aquella selva salvaje. A los pocos días, ven muerta á otra,—después, otra, y así, sucesivamente, hasta que resolvieron espiar la majada de día y de noche. Una tarde, vieron á un tigre arrastrarse tras de las últimas ovejas. Subieron á caballo, arrearon sus ovejas, y el tigre se fué, porque sólo atropella á las personas que andan á pie y que lo persiguen. El espionaje continuó, y una noche, al resplandor de una espléndida luna, ven que un tigre salta el corral y acogota una oveja, produciendo en el rebaño el consiguiente alboroto general. Acuden ellos,—y el tigre abandona su víctima y se va. Lo persiguen y se trepa á un árbol. Tratan de cazarlo,—se van á su rancho en busca de armas y regresan armados, cada uno, de su chuza afiladísima, seguidos de los perros. El tigre seguía arriba, echado sobre una gigantesca rama. El la dice: «Voy á subir para herirlo bien, y cuando caiga al suelo, tú lo ultimas con la lanza entre los mordiscos de los perros.» Dicho y hecho: sube,—se oyen mugidos, bramidos de furor, de dolor, — la sangre chorrea y ¡pataplum!!!!!.—los perros se arrojan encima del bulto caído, enardecidos todavía por el chúmale, mientras ella, en virtud del programa convenido, le daba feroces lanzazos. La quietud le indica que se trata de un muerto ya; espanta la jauría para adorar su presa,—pero ¡oh, dolor!,—era su propio marido, que, luchando en las alturas, perdió el pie y atontóse por el golpe, y ella, en la obscuridad de la noche, tomóle por el tigre. La pusieron presa, y com-

probada su inocencia, salió en libertad, pero loca. El trastorno mental le dura hasta ahora. Vive en ese rancho, todos le tienen lástima y es muy conocida.

Pensando cómo una mujer pudo, aun entre las tinieblas, matar á puñaladas á su propio marido y hacerlo devorar por los perros, me lo expliqué cuando supe que era oriunda de una provincia de cierta nación europea, cuyos hijos no brillan por su sagacidad.

*
* *

En el Uruguay, acostumbraba parar en un pequeño hotel, modesto, propiedad de un criollo, porque estaba cerca de la Estación y poseía un galpón para el sulky. Comía una noche, recién llegado, bajo el corredor, y entra á verme un joven: uno de los tantos encargados que tenía en los pueblos para la venta de chacras. Al terminar la mesa, salimos á la acera, y me dice:

—Vd. no puede parar aquí; esto ya no es hotel.

— ¿Por qué?

— Porque dejó de serlo hace mucho tiempo. Debía once meses de casa; le embargaron todos los muebles, y nadie le fía ya ni un peso. Está muy desacreditado. Aquí no va á tener qué comer, ni donde dormir. El mismo se está muriendo de hambre. ¿No le ve la cara!.....

Haciendo á un lado la retahila, y agradándome más bien, le contesté:

— He comido sin embargo..... Vd. ha visto.

— ¡Engañifas!—¡cosas que consigue por ahí ó que le saca á Misia Dolores! ¿Sabe Vd. porqué le tendió la mesa afuera? Porque tiene vacío el comedor y las lámparas están sin mechas.

— ¡Qué mejor luz que la de la luna! ¡Es la gran lámpara!

— Sí,—pero ¡vea qué frío!

Hacía en efecto, por una lluvia reciente, un frío penetrante.

— Me ha dicho que vendió todos sus muebles para renovarlos por otros que vienen de Buenos Aires,—que va á poner el hotel bajo otro pie y que aquella casa que se está construyendo en la esquina es para él.

— ¡Mentiras!... En primer lugar, ningún hotel se deshace del mueblaje viejo hasta que no llegue el nuevo; Vd. sabe esto mejor que yo, y en cuanto á aquella construcción, pertenece á un amigo mío para vivir con su familia. ¡Qué charlatán! ¡Es un loco! Vive boycoteado en el barrio por los proveedores y repartidores por sus numerosas deudas. ¿Y Vd. va á parar aquí?—preguntóme, por último, como queriendo sacarme de tal sitio.

El atento joven quería, desde que pagaría bien, que comiese y durmiese lo mejor posible y sin incomodidades. Lo contrario considerábalo un robo,—pero ignoraba que hablaba con un hombre que hallaba en las ridiculeces humanas su mejor diversión para desterrar la melancolía que siente por la traición de los principios y de las ideas que le refrega el mundo á cada rato por el rostro. «¿Comer?»—«Comería en donde quiera, cualquier cosa!»—me decía. El alimento moral era lo que buscaba, para alegrar el espíritu. ¡Era un sitio de hambre!—y como no moriría allí, ni estaría tampoco más de tres ó cuatro días, le contesté al corredor:

— ¡Ya estoy aquí!—¡no vale la pena de que me mude por tan poco tiempo!

Pedro había oído parte de esta conversación, y llevado de las ideas vulgares sobre el bienestar, quería que nos fuésemos á otro hotel. ¿Qué iba á ver en el otro hotel? Comedores llenos de mesas bien puestas, dormitorios confortables, mozos cruzándose por todos lados, etc., etc.,—«¡pero esto es una vulgaridad, que se ve en el último hotel! — La cuestión es no hallar nada de esto, y ver cómo se las arregla el hotelero para tenerme en su casa!» — me dije. Nunca estuve más decidido á permanecer en un hotel, ni tuvo don Dionisio,—así se llamaba el hotelero,—en los buenos tiempos de su negocio, un cliente más impertérrito en quedarse hasta lo último. Recuerdo que le dije á Pedro:

— ¡No me muevo de aquí ni á lazo! Es necesario que averigües algo más sobre este hombre y quién es esa Misia Dolores.

Al día siguiente me confirmó las noticias oficiosas del joven,—que el hotel estaba cerrado hacía más de seis meses, porque, vacío y desacreditado, nadie se allegaba á sus puertas,—que nosotros seríamos los únicos pasajeros,—que don Dionisio nos recibía más para tener con qué comer que para darnos de comer, y supe de sus labios otros detalles aflictivos del boycot, que, por lo ridículos y graciosos, me prometían instantes del goce más risueño.

—¡No pasarán seis horas sin que le pida dinero adelantado!—exclamó Pedro.

Le vislumbré esta intención desde que llegamos,—pero no me importaba, porque estaba decidido á no darle ni un peso. Nuestra estadía entonces no tendría gracia, porque cualquier hotelero, por más tonto que fuese, da de comer con dinero; la cuestión era saber cómo se las

arreglaría en su trance y sobre todo presenciar sus procedimientos, sin descubrir su miseria, y si nos enfermábamos de hambre, mejor, porque el espectáculo, en tal caso, habría sido para alquilar balcones. ¡Bastante había comido en mi vida!

—¡No tendré un peso hasta de aquí tres ó cuatro días!—díjele á su primera arremetida.

—Era para pagar una cuenta, porque con la renovación del mueblaje, todo el dinero lo mandé á Buenos Aires,—me contestó.

Era precisamente lo que deseaba que me dijera: mentiras!

—¡No ves,—díjele á Pedro,—ya principia la comedia!—Oiremos cosas muy graciosas. Tú no lo pierdas de vista.

Por lo pronto, dile dinero á Pedro para que le comprase pasto y maíz al caballo, porque él no debía entrar en estas cenas literarias.

Don Dionisio hacía de mozo, y su esposa, de cocinera. Hablaba, en cambio, de mozos enfermos, con licencia por la renovación del mueblaje y especialmente de cocineros. Atento, nos ofrecía de todo á cada instante, como si nadara en la abundancia, y se deshacía en elogios al hablar del clima, del sol y del aire de la localidad.

Parecía decirnos: «¡Con tales elementos, Vds. no necesitan almorzar, ni comer!» Eramos, en su opinión, unos sabios por haber ido á su casa. «¡Comida de familia,—comida de familia!» exclamaba á cada instante. ¡No había como la comida de familia! Las demás, á su juicio, eran venenos. «¡Comida de familia!» volvía á repetir, á propósito de cualquier cosa. Estaba yo mismo por sugestionarme y creer que los desgraciados eran los que estaban en los otros hoteles.

¡Qué silencio en el Hotel! Abandonado como si fuese un lazareto de apestados, las noches eran solemnes y las lunas pasaban, blancas, plateando las baldosas del corredor, las verdes enredaderas del enrejado del corral y los frutos de los naranjos del patio, que brillaban en la cúpula como bolas de oro. Aquello era impagable para una jaqueca, y á mí, que me placen la soledad y las casas solariegas bañadas por el sol, la lluvia y la luna, principiaba á parecerme simpático el recinto, tanto más que los pájaros se venían á los corredores, se metían entre los tirantes del techo y aleteaban contra las puertas cerradas de las piezas para que se las abriesen y hacer adentro su nidos.

Al día siguiente, en cuanto abrí los ojos, díceme Pedro:

—¡Había de ver Vd. qué barullo esta mañana para conseguir café y leche! El almacenero y el lechero no querían fiarle, y Misia Dolores,—una vieja de la vuelta,—se negaba á *prestarles* más provisiones, porque,—decía,—que no se las devolvían y que no habían tales clientes. Tuvo que traerla para que nos viese, so pretexto de visitar la casa. Yo me vestía, y Vd. dormía aún. Lo sé por ella misma, porque me preguntó que cuánto pagábamos al día.

Tomamos café con leche debajo del corredor, y como no me retraía en pedir cuanto se me ocurría para poner á Don Dionisio en apuros, le dije que extrañaba la manteca. Púsose pálido,—se retrajo,—y ¡qué inteligente!: ¿qué creéis que me contestó?... «¡Es un veneno hoy, con la aftosa! ¡Por nada del mundo se la ofrecería á Vd.!—como mostrándose un hombre de corazón, que abrigaba afecto por mí,—y para

aparecer un hotelero delicado, agregó: «¡La manteca, hasta que no desaparezca la peste, no pisa en mi Hotel! Me gustan las decisiones y los arranques, y me dije: «¡Bravo!»— celebrando íntimamente sobremanera su respeto por la higiene y la salud.

Se oían continuamente los pasos de Don Dionisio en los corredores. Algunas veces se transformaban en carreras. Toda su familia y chicuelos andaban de un lado para otro, porque en este mundo no se puede poner una olla en el fuego sin carbón, sal, carne, arroz, papas, repollos, zanahorias, nabos, etc., etc., y cada artículo era para él un problema y objeto de alguna excursión. Sentimos que el barrio se había alborotado algo,—oímos gritos de Don Dionisio en la calle, sin duda con los proveedores que se negaban á pie junto á fiarle más, y Pedro, al venir del fondo, distinguió que le decía á uno de sus hijos:

—Dispara á lo de Misia Dolores y que te dé ¡por Dios! un puñado de perejil y un poco de sal!

Sal, sí, sal, porque la existente tenía más de seis meses en los saleros amohosados y, sucia por las moscas, parecía pimienta!

Lo más violento para Don Dionisio no eran las cosas, fiadas ó compradas, porque con un poco de maña las obtenía ó, en cambio, su insignificante importe, sino hacer, por su ausencia, el papel de tenerlas y de que nadaba en la abundancia,—estar de buen humor,—reirse en medio de los violentos conflictos para sostener ante nosotros su crédito comercial, cuando confesándome la verdad, le habría, gustoso, adelantado lo necesario,—y esto era lo que nos

hacía gracia y disculpaba nuestra actitud. Contra la farsa, farsa. La mesa para el almuerzo,—una mesita,—se acomodaba en un dormitorio antiguo, vacío, so pretexto, por supuesto, de las reformas artísticas del comedor, de la higiene, de la salud y otros principios fundamentales. Todo era diferente, como si el mantel, las servilletas y los platos fuesen de distinto origen. ¡Del vecindario, seguramente! Había lista impresa, recostada coquetamente contra la aceitera. ¡Restos del esplendor pasado!—pero ¡ay, ¡único! «Puchero de gallina»—decía, en letras bien gruesas. Al llegar el ave, dorada de gorda, me dice Pedro:

—Esta,—para mí,—es robada, porque en esta casa no hay gallinas y anoche sentí alboroto en un gallinero vecino y, distintamente, que á una le torcían el pescuezo.—Este ruido,—como Vd. sabe,—es inequívoco, y esta mañana, en cuanto me levanté, vi al ir al fondo, en la pared del cerco, frescas las huellas del asalto.

—Mira, Pedro: nosotros estamos en todo un Hotel, un Establecimiento público; pagando, no tenemos derecho de averiguar el origen de lo que injerimos en el estómago; esta es cuestión de la conciencia de Don Dionisio, y no tenemos por qué sombrear la nuestra, poniendo todavía en peligro, en medio de esta escasez faraónica, nuestras humildes digestiones; comamos y bebamos tranquilos, hasta que Don Dionisio reviente ó se dé por vencido.

Al hacerle notar á Don Dionisio que la lista no contenía un bife, un asado, ni una costilla, exclama:

—¡Cómo quiere Vd. que le oferte carne con la ftosa!...

¡Qué bien veníale á Don Dionisio esta epidemia!

«¡Hay que cuidar la salud!»—era su frase. Nunca vi hotelero más higiénico.

—¿Tortilla? me preguntaba.

—¿De qué?...

Y con toda desfachatez me contestaba:

—¡De lo que Vd. quiera!

—De alcahuciles.

—No hay.

—De espárragos,—porque yo no andaba con chicas.

—No hay

—¿Y no me ofrecía Vd. de lo que yo quisiera?...

—¡Cómo quiere Vd. que haya semejantes legumbres con la seca!

—¡Malditas plagas! ¡De lechuga, entonces!

—Es la más escasa. ¿No sabe Vd. que es la que requiere más agua?...

—¿De qué me la va á hacer entonces?

—Sola—es decir, de nada.

¡Y gracias que haya huevos!—exclamé.

—¡Soda!

—No ha venido el repartidor,—porque siempre Don Dionisio tenía alguna disculpa.

— Me es indispensable, porque no tomo vino, ni agua.

¡Apuros del hotelero! Se perdía de vista, y al rato, volvía, sonriente, triunfante con el sifón.

¿Cómo lo consiguió? Por Misia Dolores ó implorándole á algún almacenero vecino.

Después, vino una fritanga de menudos de ave, —seguramente de la finada gallina, que aparecía, entre tantas epidemias, inclusive la miseria como una providencia.

— ¿No nos dará, uno de estos días, gatos ó ratones por conejos?—le pregunté á Pedro.

— Pero comeremos golondrinas por chingolos con puré de papas,—me contestó.

¡Cuántas veces Don Dionisio, desalentado, no se sentaba en el corredor, como exclamando: «¡Estoy vencido!» ¡Un rasgo neurasténico!,—pero como era muy nervioso, incorporábase en seguida, sonreía y volvía á lo que él llamaría su *lucha*, porque hasta los que andan suspirando por empleos, creen que luchan, porque toman por trabajo los fantasmas giratorios de su cerebro. ¡Su lucha: ¡nuestro martirio!

Dije que cada vez que salía en excursión, lo primero que hacía era poner la escopeta en el sulky,—no para cazar,—porque sería entonces imposible marchar lijero, — sino para que los *malevos* la divisasen de lejos y nos respetasen. Estaba humildemente recostada contra la cama; Don Dionisio la miró,—le clavó la vista de una manera ardiente,—y encarándose con nosotros, nos pregunta:

— ¿Son Vds. aficionados á la caza? ¿Por qué no van á cazar perdices?.....

¡Tan luego perdices!

Me quedé callado, y ante mi silencio, tomó la escopeta, la miró, la acarició..... Sin más trámite, agregó:

— Con su permiso me voy á cazar con ella...

— Perfectamente,—pero nada de perdices.

Y salió, llevándosela. ¡Qué iba á decirle! Me pidió permiso. Comprendí inmediatamente que era una salida que había encontrado, en su cerebro atormentado, para resolver su situación urgente.... y la nuestra: ¡cazar, alimentarnos de caza! «¡Oh, tú, escopeta...!»—exclamé,—y el arma

larguirucha se me apareció como un salvavidas y que Don Dionisio la estrechaba en ese instante contra su corazón!

A las pocas horas llegó cargado de patos, becasinas, chorlos y batitús. Todos los días procedía lo mismo, y la semana que allí permanecimos tuvimos, al almuerzo y á la comida, las mejores aves de laguna. De tan genial manera resolvió Don Dionisio su problema..... y el nuestro, ayudado,—se entiende,—por los préstamos de Misia Dolores y los fiados que arrancaba á los almaceneros vecinos con sus imploraciones.

¡La necesidad tiene cara de hereje! ¡La necesidad es el genio!—digo yo. Sin la necesidad, el hombre de más talento se quedaría en su casa mirando volar las moscas ó contando los florones del cielo raso, porque á todos nos place el descanso,—pero se convierte en fuerza motriz, y lo echa á la calle, y lo vemos después en la plaza pública y en las más altas esferas. Es el vapor del espíritu, y Don Dionisio era como mandado hacer para salir de apuros semejantes.

En esto llegan unos ingleses de Villaguay, que ignoraban también la *renovación* del Hotel. ¡Era de verse la agitación de Don Dionisio: ¡redobló sus trotes! ¡La suerte que esa tarde nos íbamos, para dejarles las camas!,—si no habrían tenido que dormir en el suelo.

— ¡La cuenta!

¡Ocho pesos al día! ¡Lo mismo que en el Grand Hotel de Mar del Plata! Don Dionisio comprendió, por mi impresión, la exorbitancia, y con lágrimas en los ojos, casi hincándose, exclamó:

— ¡Estoy arruinado!

Otra vanidad, porque hasta los lustrabota quieren dárselas de comerciantes.

— ¡Lo sé!—le dije.

Quiso darme explicaciones.

— Lo sé todo,—agregué.—Ha hecho bien el papel,—y grato fuéme, cuando, al subir al sulky, me dijo:

— Con estos pasajeros reabro el Hotel y después vendo la llave para pagar mis trampas. Vds. me han salvado. ¡La caza es un gran recurso!

—¿Y la escopeta?—le pregunté al ver la mía en el sulky.

— Ellos también traen.

— Adiós,—y volamos por el bajo, camino á Basavilbaso.

LOS COLONOS RUSOS

Este capítulo, el patriotismo exige que se le titule: *La Rusia en La Argentina*, porque las relaciones internacionales nunca son más eficaces y fecundas que por medio de los hombres, que importan personalmente las ideas y costumbres y que civilizan más que las mercaderías, — pero prefiero el actual encabezamiento, porque así se les llama familiarmente á estos agricultores y personaliza más su acción en la agricultura y los honores consiguientes.

Explicaré la anomalía de hablar alemán. Catalina II, deseando impulsar en su reinado el progreso agrícola, incitó la corriente de inmigración de algunas comarcas de la Prusia hacia las llanuras de Odessa. Para que tan excelentes

labradores y su descendencia se dedicaran tranquilos á sus faenas en su nueva patria, aquella soberana, también de origen alemán, los exceptuó por un siglo del servicio militar,—y concentrados en esas estepas, conservaron, al par de muchos de sus usos, la lengua originaria, á punto de que ignoran el ruso y de ser bien rusos por muchas ideas y costumbres. El siglo de la excepción militar ha terminado hace algunos años, y como poseen un instinto muy desarrollado del dominio, emigran continuamente, porque los propietarios no quieren venderles tierra, y el gobierno, á lo sumo, una ó dos hectáreas para levantar su rancho y satisfacer las necesidades domésticas. Por la fertilidad y baratura de la tierra, prefieren nuestro país y porque sus llanuras les recuerdan las estepas inconmensurables.

He ahí por qué, sin ningun vínculo político ni social con Rusia, vemos á sus hijos, desde hace algún tiempo, esparcirse preferentemente en Entre Ríos, Santa Fe y Sud de Buenos Aires. ¿Conviene el ruso al país? Esta es la cuestión.

Como hay que juzgarlo como colono, es decir, como inmigrante destinado á poblar los desiertos, para que se conviertan en colonias y fuentes de producción, diremos que es, por el momento, adaptable, tanto más que, dado el estado de inseguridad de la campaña y la falta de justicia, no tenemos derecho á desear nada mejor. Sano, fuerte, ágil, es un trabajador incansable; de una actividad extraordinaria, su esposa é hijos lo ayudan en las faenas del año; es el colono que obtiene mayor saldo á su favor,—y como su sobriedad es incomparable, siempre saca, aunque la cosecha haya sido pésima, algún rendimiento. Con un instinto voraz del dominio, atávico de

su raza subyugada, economiza humanamente cuanto puede y lo guarda en moneda de alto valor y nueva para comprar tierra.

¡Comprar tierra! Es su delirio. Estos rusos, por compañerismo, son muy unidos, y compran chacras contiguas,—pero las habitaciones las aglomeran en un sitio aparte, y forman esas aldeas silenciosas y pintorescas, rodeadas de aguadas y de gansos, que se descubren desde lejos entre las cuchillas por las copas de sus elevados árboles. Allí viven con sus respectivas familias; la mujer se ocupa de los quehaceres domésticos,—fabrica embutidos y amasa pan; los hijos crecen; poseen su huerta y monte de frutas; los galpones ostentan maquinarias y forrajes; en la caballeriza piafan excelentes caballos de tiro, y en la cuadra picotean y chillan aves de corral, — quedando así la porción de tierra comprada, ó la chacra, como ellos le dicen, únicamente para la agricultura. Allí se encaminan todos en carro en cuanto sale el sol y con todas sus herramientas.

No duermen siesta, pero el domingo se lo pasan descansando al lado de sus familias, y si entráis en la aldea, los veis bajo los corredores, rodeados de sus hijos, de visita en la vecindad, paseándose solos ó acompañados en la calle principal, — conversando, fumando, y, muchas veces, leyendo una revista alemana. Si no se afeitan completamente, se dejan crecer la barba, pareciendo en el primer caso, dada su predilección por el traje negro, curas vestidos de particular, y en el segundo, boers legítimos e los que pelearon últimamente en el Africa el Sud.

Son, por lo general, protestantes, aunque

se ven entre ellos muchos católicos. En ambos casos, sobresalen siempre por una religiosidad sincera, que infunde el más alto respeto. Cada aldea tiene su escuela, que sirve también de capilla, y el maestro es, á la vez, cura, y tiene sobre ellos, en tal doble carácter, su consiguiente influencia. Está edificada en barro, con techo de junco y piso de tierra viva; asisten á ella todos los chicos de la aldea y de las inmediaciones; el idioma español es obligatorio, y casi todas estas escuelas están subvencionadas por el gobierno.

De noche, estos obscuros recintos, tan alegrados de día por los niños, se convierten en clubs sociales. Llegan los rusos, después de la cena, con sus pipas encendidas,—conversan, se pasean á lo largo de las hileras de bancos; los analfabetos tratan de aprender á leer y escribir, — porque comprenden que los hombres de negocios deben saber firmar siquiera,—y durante la cosecha, estas reuniones, con las discusiones sobre el trigo, toman mayor animación. Con toda su rusticidad, reflejan sociabilidad, civilización, por que estos rusos son unidos entre sí, y su salvaje amor á la independencia, que los hace cifrar sus esperanzas sólo en el trabajo, espanta la envidia que roe y que anarquiza los centros de otras razas desde que nacen.

¿No es cierto que estos clubs, en los desiertos, son mejores que la pulpería y el fogón? ¡Qué bello es cuando el maestro, algunas veces, se convierte en cura! Está conversando en un grupo; propónele un ejercicio religioso, y si es aceptado, da repentinamente un grito para anunciar á los demás su subida al púlpito, y desc allí, sacando el cuerpo fuera de la baranda, le

saluda, en medio de un respetuoso silencio, en nombre del Altísimo. Abre en seguida un libro y lee; es la Biblia,—y sus fieles repiten en coro sus divinos preceptos. ¡Los boers!—nos dijimos más de una vez, al verlos tras de los vidrios de las ventanas algunas noches que pernoctamos en aldeas. Estas conmovedoras escenas tienen lugar infaliblemente todos los sábados,—y ¡qué bello es verlos acudir de mañanita al día siguiente, al repique de la campanita del alero del rancho, á su modesto templo, bien vestidos y presurosos á hincarse en la tierra viva! Así, después de las fatigas de la semana, cumplen los domingos con sus creencias, porque tienen la convicción de que en esta vida, con verdadera religión, trabajo y paciencia, se triunfa de las adversidades y flaquezas humanas.

Realizan, dentro de su pequeño mundo, un noble destino: la vida dirigida por la voluntad. Se proponen trabajar, y producen; ser económicos, y son ricos, y aunque no posean más de doscientas hectáreas de tierra, lo son para ellos realmente, que se creyeron unos desheredados del dominio y destinados á no ser jamás propietarios. ¡Doscientas hectáreas! Es más que la independencia y lo necesario: un sueño ávido y embriagador. No dejan entonces de sentirse orgullosos y de realzarse dentro de su género de vida: no andan ya tanto en carro,—adiestran, para su uso, caballos escogidos,—se visten mejor,—gastan más en sus familias y toman peones para los trabajos elementales. Fisiócratas de corazón, no hay en el mundo seres que amen más la tierra y confíen mayormente en su poder fecundo y milagroso, porque es un milagro verdaderamente, para el que quiera pensarlo, que

de una imperceptible semilla nazca un árbol gigantesco. ¿Es prueba suficiente, acaso, arar y arrojar la semilla en el seno agitado de la tierra, para que reviente y fecunde? ¡La humedad, el calor! «¡Tan grande es el misterio como la concepción de nuestro ser!»—decimos nosotros. ¡Y qué fecundidad!—es decir, la de sus mujeres. Cuando la tropa de gansos anuncia forasteros, salen descalzas y sonrientes á la tranquera, seguidas, á manera de gallinas, de ocho ó diez chicuelos tan rollizos como ellas, y si el asombro, al veros pasar, los pone en fila, de mayor á menor, parecen una escala de pitos de órgano. Es, indudablemente, un efecto de su inmigración á nuestro suelo, que, al abrirle los vastos horizontes del dominio, dan en tierra con la ley Malthus, porque en Rusia,—ellos mismos lo declaran,—no se habrían atrevido á ser tan prolíficos! ¿Para qué? ¡No pueden ser propietarios! Para ellos, el dominio es el objeto, el fin de la vida. Creen que sólo el propietario vive y que el que no compra tierra ha nacido en vano.

Viven en nuestro país plano, entregados, bajo su benigno clima, á una vida tan obscura y fecunda, que ignoran los nombres de los gobernantes. Sólo conocen al Comisario y Juez de Paz del lugar, y su ideal político queda cumplido si no los persiguen y los atienden cuando les roban algún caballo. No necesitan más gobierno, y así viven más felices que en Rusia, porque han hallado al fin tierra buena y barata para comprar y trabajar libremente, que es, á su entender, el vínculo primordial de la vida y su más alto ideal. Se han olvidado completamente de Rusia; no la han querido tampoco, y cuando se les pregunta si volverán, contestan

con la cabeza: «No»,—pero un no tan pesado, protestante ante la sola idea del regreso....! ¿Para qué? Se consideran en Odessa como deportados, nunca se unieron á los rusos, vivieron siempre reunidos entre sí, hablando alemán y con los usos de sus antepasados; veían en un ruso, por el idioma, un extranjero, y su corazón, por el divorcio con su propia patria, estuvo siempre en Alemania,—pero allí la tierra llana, fecunda, tal cual la ansían, es cara,—y... aquí los tenemos... Esta es su patria, —para ellos y sus hijos.

No hay inmigrante que se haya radicado en nuestro país con mayor conciencia, y cuando se acuerda del propietario ruso, ríe como un libertado. ¡Es que era su amo! Además de rehusarse á venderle tierra, quedaba, por las vulgares mañas de la explotación, con los provechos de todas las cosechas. y él, entretanto, siempre adeudado, á pesar del rudo trabajo. Cuando viajaban juntos, el amo, aburrido por la soledad del desierto inconmensurable, cedía en su orgullo y dignábase dirigirle la palabra. Conversando, le manifestaba su deseo de protegerlo, deshaciéndose de un caballo inservible por un alto precio, y después de ajustar el plazo del pago, que embargaba su vida, callábase y pensaba, como dice Tolstoi, en su tema favorito: la embrolla,—es decir, en la manera de volverse á quedar con el caballo y con el dinero. ¡Con razón este colono se acuerda de Rusia como de una cárcel!

No es extraño que, á pesar de quince años de estadía entre nosotros, no hable aún español, porque tampoco en su patria aprendió el ruso en un siglo, debido á la unión con sus compatriotas originarios, que, al separarlos de los

demás, los hace fuertes y emprendedores; sus hijos, en cambio, hablan nuestro idioma,—pero él, en las faenas agrícolas, se familiariza y simpatiza con los criollos y demás extranjeros. Créese ya demasiado viejo para aprender lenguas nuevas, extrañas, y nacido en país de raza extranjera, parece que quisiera, como el último consuelo á su vida subyugada, hablar solamente con los suyos y, con el permiso de todos, la lengua de origen.

Como inmigrante, ninguno, por su falta de patria y excelentes cualidades, es de mayor adaptación á nuestro país. No conoce nuestras ciudades, porque en cuanto desembarcó, se internó en el campo y buscó el desierto,—pero,—forzoso es decirlo, — es el colono que cosecha menos, á pesar de su rudo trabajo y de arrojar mayor cantidad de semilla, porque no ara hondo y no desmenuza bien la tierra. Ha llegado aquí desesperado por tierra, y su bajo precio dióle una idea inferior de su fecundidad,—pero aunque carece de nociones científicas de agricultura, aquellos defectos los corregirán la civilización y el valor creciente de la tierra, consiguiendo entretanto las colonias de las provincias agrícolas obreros valientes, fecundos para el trabajo, unidos entre sí por la sociabilidad y el compañerismo de las faenas, que hacen más segura y llevadera la vida del campo.

Ama demasiado la ganadería, y este defecto primordial no lo perderá nunca, á punto de que, en cuanto tiene dos ó tres chacras, reserva una para una punta de vacas. Se deleita viéndolas, manchadas de colores, bebiendo entre la cuchillas en el tajamar; su deseo es posee grandes rodeos de vacas, y para satisfacer est

delirio ambicioso, necesita mucha tierra, ó, mejor dicho, mucho dinero, y sueña con ser estanciero. Créese agricultor por el momento, como una exigencia del principio; sin embargo, asombrado de verse propietario, anda felizmente despacio, porque sabe que sólo así se llega lejos, y como el dinero para comprar la ansiada estancia nunca llega, sólo sus hijos ó nietos, que habrán perdido el miedo á la vida, producirán en nuestro ambiente más liberal espíritus emprendedores como Guazzone, que aró hasta veinte mil hectáreas. ¡No importa!, el valiente colono italiano no era más que uno, y los colonos rusos son miles en cada una de las tres provincias agrícolas, y producen quizá la cuarta parte de la cosecha anual, que importa cientos de millones de pesos. Los generales mismos, por más genio que tengan, mandan solamente, y son los soldados los que dan las batallas y aseguran la victoria, á medida que son más numerosos.

Entre sus usos rusos, destácanse el carro largo, angosto y negro como ataúd, y la manera de hacer trotar al caballo de tiro. A aquél lo fabrican ellos mismos en la carpintería de la aldea, y lo segundo lo obtienen, enseñándolos desde potros. Cómpranlos éstos de gran alzada, negros por lo regular, déjanles criar la crin y la cola, les ponen sobrerrienda, más corta del lado de afuera, y, briosos, relucientes por la cebada, véseles escarcear á medida que van trotando, y aunque haya algo de maña y de látigo en esta transformación, en esto sólo consiste el misterio de convertir un potro criollo en ruso aparente. Me he quedado muchas veces admirado al verlos pasar con su trote fantástico, porque creía ver algo más: al animal sugestionado, al verse arran-

cado de pronto de la manada para vivir en una aldea rusa, porque es como transportarlo á las estepas de Odessa, por continuar sus amos en las aldeas argentinas sus usos y costumbres tradicionales. El caballo, por ansiar el cariño del amo, se amansa pronto y se amolda á su voluntad, y si se agrega el disfraz de la pintoresca guarnición y bulliciosos arreos, la impresión es mayor y completa la ilusión para el observador. Cuando en la soledad, al rayo del sol, oía, en mis excursiones, ruido acompasado, duro, de batanes, ¡quiénes habían de ser sino ellos en sus carros! Los veía, á lo lejos, cruzar con sus mujeres é hijos vestidos de colorado, y admiraba su aguante para sufrir semejante traqueteo. Iban á la Estación á comprar provisiones. Me agradaba verlos transportar trigo. Van entonces despacio, por temor de que se les desmorone la pila de bolsas, y parece que fueran á un entierro fúnebre. Cuando estos carros no tienen elásticos, su marcha descompone hasta las máquinas de los relojes, y una vez que hice en uno de ellos un viaje de regreso de varias leguas, por habérseme roto el sulky, me recosté sobre unas mantas para exhalar el último suspiro, porque creía que el corazón, los riñones, el hígado, los pulmones, los bronquios y demás vísceras se me habían desprendido y caído entre los intestinos. A ellos, por la costumbre, les hace, por el contrario, mucho bien, habiendo convertido sus músculos, por el traqueteo, en vainas de acero. No salen de su casa sin su carro, y tienen tanta confianza en él, lo creen sobre todo tan cómodo, que se animarían, gustosos, á dar la vuelta al mundo. Algunos prefieren andar á caballo, y si les sobra tierra

para arrendar, usan látigo como el amo ruso. Así bájanse ante las chozas de sus locatarios, á quienes les sacan el mayor canon posible, porque, libertados, hanse olvidado del pasado yugo, y entran también, impulsados por la avaricia, en la lucha de todos contra todos, que asombraba á Holles. No se extrañe: es ruso, á pesar de su origen é idioma, y si su caballo se sugestionó en la aldea para solo trotar elegantemente, con mayor razón él, bípedo implume, en cuanto se refiere al dinero, piedra de toque del corazón humano. Otros usan la clásica gorra rusa, y en las aldeas, al de mayor capital, llámanle familiarmente *El Emperador*, teniendo además, para su vida doméstica, sus alcaldes y otras autoridades propias.

Los rusos, en su hogar, son higiénicos, limpios y poseen las comodidades relativas á la campaña. Os convidan con caña rebajada y aromatizada con ciertas yerbas digestivas, y si preferís leche, las mujeres en el acto os la traen en grandes tazones y sacada del sótano. Las viviendas, de barro y con techo de paja, constan, á lo menos, de tres piezas, y en el medio está el comedor con horno y cocina, de donde salen caños, por entre las paredes, para calentar las piezas en invierno. Interiormente, están siempre rigurosamente blanqueadas, y los pisos son de una composición de tierra, ceniza y bosta, que imita un burdo asfalto. Son hospitalarios con los que les inspiran confianza, y más de una vez al pernoctar en las aldeas, por tormentas ú otros contratiempos, se me ofreció limpia cama, blanca como espuma y con colchón de plumas de gansos. Bajo ningún principio se me permitía dormir en el corredor, que en el estío, con mis

mantas y sobre bolsas de trigo, era mi delicia.

El ruso ha contribuído poderosamente á cubrir nuestros saldos internacionales, y ninguna inmigración, en tan corto tiempo, ha producido más y avanzado tanto en el desierto,—en lo que consiste, por el momento, nuestra civilización. Su esfuerzo no está en explotar el producto, ni en hacerlo cambiar de mano, sino en crearlo; es industrial y no comerciante, y al sobresalir en la industria nacional por excelencia, se adapta más que ningún otro inmigrante al carácter de nuestro país. Es tan sano, tan ágil, tan activo, tan fuerte,—ha llegado con tan firme intención de cambiar de nacionalidad, que da pena verlo comprando chacras en el seno de los desiertos, porque su puesto está en sus avanzadas: el Neuquén, Santa Cruz, Gallegos, Tierra del Fuego, etc., etc., porque ha nacido en la nieve y los fríos australes entonarían mayormente su temperamento emprendedor. Sueña con grandes extensiones de tierra barata y fácil, y nada le convendría más que el Neuquén, donde, sin abandonar la agricultura, se recrearía viendo sus haciendas diseminarse en las faldas de los cerros. Lo repito: este colono es nuestro boer, — y ¿qué mejor centinela podríamos tener en los desiertos limítrofes con Chile que este poblador virtuoso, trabajador y religioso? En Nahuel Huapí, en Chos-Malal, á lo largo de la Cordillera hasta el Estrecho, sería, por amor al dominio y á su hogar, el mejor defensor de la soberanía, dada la actual incapacidad de nuestra raza y de las presentes inmigraciones para poblar aquellas frías y apartadas regiones.

Este colono no necesita latifundios: le bastaría un cuarto de legua de campo fértil, y la

propiedad, al subdividirse, aumentaría de valor, desparramándose infinitamente la población. No exigiría libertades, derechos y seguridades, porque no las ha tenido en su país, y bastaría que se le explicase su trascendental papel en esas soledades, para que, armados de un rifle, se fuesen allá contentos y cantando sus himnos sagrados á levantar sus ranchos. Lanzo la idea, como el mejor medio de entrar en posesión del desierto, para hacer respetar más la soberanía nacional. ¿Por qué Chile avanza continuamente sobre nuestro territorio? ¡Porque lo ve despoblado!

¿Y los judíos? Esos son otros López; sí, son otros rusos. La empresa fundada en Lóndres por el barón Hirsch para emancipar en Rusia á sus compatriotas judíos posee como sesenta leguas de excelente campo en Villaguay. Estableciéronse varias colonias, pero toda la protección altruista estrellóse contra la incapacidad agrícola de los protegidos. No han nacido para agricultores, y honrando su modestia, diremos que tampoco lo desean. Fueron visiones humanitarias del opulento barón, creyendo que, dadas la fertilidad y extensión de este país, podría libertar á los suyos por el trabajo. ¡Error! El judío es comerciante, y aspira al negocio, á la usura. Delira con la ciudad para establecer un bric á brac. Muchos abandonaron sus chacras y á sus benefactores para establecer chiribitiles en estaciones y villorrios, y la parte de esa espléndida tierra que no está dedicada á la ganadería, yace arrendada á otros ó baldía,—mientras ellos discuten centavos detrás de los mostradores. El comercio al menudeo de las poblaciones los detesta, porque venden al costo. ¿Cómo hacen

para prosperar todavía? Compran en la Capital en remate y mercaderías averiadas, y como prefieren ganar poco en cada artículo, para, en cambio, tener más clientela, el comprador, que lo que prefiere es barato ante todo, va á el sin importarle de la nacionalidad, ni de la religión. En virtud de esta conveniencia, es general ver vacíos á grandes almacenes y liquidarse al fin, mientras sus tugurios se convierten, á semejanza de nuestros baratillos, en romerías, repletos de gente hasta la acera.

¡Es de ver á los que se han quedado allí! Se pasean en la Estación Basavilbaso, haciendo de prestamistas, con trajes imposibles: levitón, gorra y botas. ¡Qué figuras! Desaseados, desgreñados, poseen, en su mayor parte, perfil aguileño, luenga barba, tez amarilla y un rostro tan antiguo como si tuviesen realmente dos mil años. Creéis, al verlos, que son los mismos que crucificaron á Cristo. Moralmente son unos Shylock, y bajo el punto de vista social, aparecen en las poblaciones como una peste. Estos, sí, hablan en ruso.

¿Queréis conocer la psicología usuraria del ruso judío? Estaba una vez hablando con uno de éstos, y pasa un individuo por enfrente, y me dice:

— Ahí va mi paisano.....

Era, según me dijo el mismo, un ruso de copete, — y como le hiciera más averiguaciones, me agregó:

— Me quiso proteger....

Y ordeñándole la lengua para que hablase, me refirió:

— Hace algunos años quedéme, por préstamos y pestes, en la miseria con mi familia, y se

me acercó, palmeándome en el hombro en señal de afecto, exclamando: «¡Paciencia, resignación! Yo lo voy á protejer, paisano..... Cuando Vd. quiera dinero para trabajar y adelantar, no tiene más que decirme.» Le pregunté cuánto me cobraría de interés, porque necesitaba, precisamente en ese instante, dinero para volver á levantarme. «¡Barato, barato.....!»—me contestó, —y casi abrazándome, díjome al oído: «¡Cinco por ciento!»

Y era realmente barato, porque estaba yo cansado de ver cobrarse el 5, 7 y hasta 10 por ciento mensual!

En la campaña, reina, cuanto más afuera, una usura sorprendente, quizás debida á la escasez de numerario.

Los rusos alemanes, por ignorar su lengua, no se mezclan con ellos, y por las causas enunciadas, los detestan igualmente, y con toda la risa que les causas sus ridículas figuras, se avergüenzan al recordar que son sus compatriotas,—lo que no impide que prefieran igualmente sus boliches para las compras, por lo baratos. Tal pasa en los pequeños centros: todos van á lo barato, aunque sea inferior y lo obtengan del enemigo,—y ¡también en los grandes!

El ruso alemán tiene el don de comprar tierra sin dinero. Esta pretensión, fuera de los usos de este mundo, me dejaba azorado, y sólo ante su seriedad, eminentemente sincera, me convencía de que no era broma. «¡Para pagar en la cosecha»—exclamaban. «¡Ah, entendámonos!»—me decía. Se trataba solamente, por el momento, de elegir la chacra ó grupos deseados,—pero era más que firmar boleto, porque tomaban desde luego posesión de ellos y todos los

propietarios lo esperaban hasta después de la trilla, no dudando que entonces tendría un saldo de dinero á su favor y que cumpliría con su palabra. Apenas vende el trigo, se os presentan en carro reclamándoos la promesa y os invita á escriturar ante el escribano próximo. Saca entonces del tirador, para cumplir tal acto, papeles flamantes de quinientos y mil pesos cada uno, inventando así la mejor manera de guardar dinero.

Nadie descuenta el porvenir con mayor confianza que él. Como lo veis, lo compra desde ya, y con la misma llaneza firmaría boleto y daría seña, exponiéndose á perder ésta y á comprometer en un pleito su mezquino presente preñado de esperanzas. No teme á la langosta, al granizo ó la helada, que pueden arruinarlo en un día; no se acuerda de ellos, ni de ningún peligro, y la fe en sus propias fuerzas lo ciega á punto de que no entrevé, después de la trilla, sino pirámides de bolsas de trigo y montones de dinero. «¡Trabajar duro este año!»—exclama,—y, con su honorabilidad y perseverancia, cree llegar á la meta. Llega el verano, y á pesar de las plagas y del bajo precio del trigo, ha sacado para pagar sus deudas y comprar tierra, porque la vida premia con la salud y la fortuna la economía y la frugalidad, que son, en los hombres de campo, la virtud.

El es, en la colonización, el autor de las ventas á plazos, que se han popularizado y que tanto contribuyen á la subdivisión é incremento comercial de la tierra. He visto ventas hasta de diez años de plazo,—que es como comprar sin dinero, porque, dada la baratura de los precios, la primera cuota es insignificante y se obtiene la es-

critura. Cualquiera puede comprar tierra.—¡hasta los atorrantes!, — realizándose así un ideal social, convenientemente moralizador, porque permite á los degenerados, que andan por las pulperías y durmiendo sus embriagueces en las zanjas, convertirse, por el arrepentimiento ó la reacción, en colonos, que después son, por el estímulo de la lucha y de las ganancias, agricultores poderosos.

El contribuye con el ruido acompasado de su carro, al atravesar los rieles de las estaciones, á alegrar los caseríos de su alrededor, aletargados en el invierno por el trabajo y la miseria, porque en verano, él es toda alegría. Van y vienen, trayendo trigo á los galpones; discuten, ríen y cantan en los caminos; si no fuese por sus carros, los desiertos estarían silenciosos, mudos, y si ha sido buena la cosecha, no se desdeñan entonces en llegar á la pulpería, dar un salto y ponerse á beber, entre sus vecinos, un vaso de caña. Ha trabajado durante el año encerrado en su chacra, y créese con derecho á echar un trago, aunque más no sea para brindar y agradecer á Dios sus favores. Recién se anima á embriagarse, y se va, sin queja de la policía, cantando á su aldea. Pasea por los caminos,—está de vacaciones,—y si no siembra alguna cebadilla para los caballos, descansa hasta el otoño, en que vuelve á arar rodeado de una nube de gaviotas.

CUADROS

Estoy en la chacra de uno de mis colonos favoritos: es un gigante rubio, grueso, lampiño, bondadoso como un niño y que apenas tiene veinticinco años. El muy ducho ha levantado su choza en el espinazo de una cuchilla y, como si estuviese en una azotea, veo arar en el vallado á otro colono, á los animales de trabajo dirigirse á los raigones de los arroyos, á los ranchos, con su techo de paja quemada por las heladas y el sol, sumidos en el bajo, y á las aves hendiendo el espacio azul. Las ráfagas pasan vivificando los pulmones, y pienso que el desierto, cuando puede ser contemplado de tan alto, es más grande y solemne que la montaña y el mar.

Busco un sitio donde descansar. ¡Nada de sillas! «¡Me sentaré en la ciudad!» —me dije,— y me echo sobre un montón de chala bajo de una enramada de junco, y siento el riquísimo olor á bosta de oveja y de leche de vaca. ¡Cómo no!, — tengo un corralito á veinte varas y una tambera atada al palenque, que acaba de ser ordeñada, y perfuma el ambiente con su espuma. ¡Qué exquisita fragancia! ¡Mejor que el ambiente de muchos salones!

El marido ha desensillado, y teje unos tientos en un poste del corredor; la mujer, descalza, con la pollera arremangada y mostrando unas formidables pantorillas, amasa en la co-

cina; los chicuelos juegan bajo de unos árboles; una cotorra habla en los barrotes de la ventana y varios pájaros enjaulados cantan. Todos están rojos, brillantes de salud y de alegría. Me convidan con leche, queso, pan, agua, caña, jamón, embutidos, melones, porque todo tienen, y no acepto nada. Sólo anhelo descansar,—lo que ellos, los animales y las aves hacen después del trabajo cuando no se aman y se acarician!

Todo es pequeño,—pero tienen lo necesario. Conversan, ríen y respiran bondad. Principian por ignorar quién sea el Presidente de la República y el Gobernador de la Provincia; sólo de oídas conocen á Buenos Aires, el Paraná y al Uruguay, y les tienen, sin haberlos visto nunca, un horror instintivo. Sólo conocen el campo, á él únicamente lo aman, y creen que las ciudades son un infierno. No irían á poblarlas aunque les ofreciesen el poder y la fortuna, ni cambiarían su rancho por un palacio. ¡Pero esta es la felicidad!—me digo; sí, porque se basa en la salud, y ésta, á su vez, en el trabajo, el descanso, el aire y la vida higiénica. Deduzco: para la riqueza, la ciudad,—para la felicidad, el campo,—¡pero yo no soy rico!—apenas lo son unos cuantos, y respecto al poder, domina una *aristocracia* bien reducida, siendo los demás una tropa de esclavos condenada al trabajo para pagar impuestos. «Elegid, porque aquí es imposible la conciliación,»—vuelvo á decirme. Nos quedamos con la ciudad, que no es sino un hormiguero en un mundo de casas, y yo mismo, en este instante, soy una prueba de su nerviosidad: cansado, no puedo descansar,—porque, en la lucha por la vida, he arrojado en mi alma, para siempre, la intranquilidad,—por lo

mismo que he querido independizarme por el trabajo personal.

Ni los reyes, aun teniendo salud, son felices en las ciudades. Las preocupaciones y los sueños desgastan y producen la dispepsia y la melancolía. ¡Ya está el hombre enfermo para siempre! Viene entonces el campo, no como un preventivo, sino como un remedio. ¡Con razón los gauchos se ríen de nosotros, porque sólo nos ven enfermos! ¡Los placeres urbanos: ¡la sociabilidad, los teatros, el pensamiento, el amor! ¿Y el alba, la aurora, la salida del sol, la música del viento,—los alaridos del desierto, que aúllan, en la noche callada, como una jauría,—los astros diamantinos en los firmamentos aterciopelados,—la luna surcando el cielo iluminado,—el olor á trébol, á gramínea, que henchen el corazón, y el descanso, la tranquilidad y el sueño, que aseguran la salud? En el campo, el amor es más puro, más salvaje, y el silencio solemne favorece el pensamiento; sin embargo, nadie lo busca sino enfermo. Nadie busca la salud y la felicidad, porque son realidades; todos prefieren ir tras los fantasmas de sus cerebros, tras de los relámpagos intangibles! Estos son los ideales de nuestra civilización. ¡Con razón la consabida vieja, para resolver este intrincado problema de la vida, proponía que se hicieran las ciudades en el campo!

*
* *

Conocía muchos sitios,—hasta el de perdices, —pero ignoraba el de barro. En Entre Ríos no llueve á gotas; el agua cae á chorros como de un toldo abierto por un tajo. Es un carnaval de baldes de agua, y en seis horas llueve por

veinte de Buenos Aires. Hasta las rociadas parecen lluvias, y al amanecer, yace todo el campo empapado, barroso, y de los caños fluyen chorros de agua. ¡Modalidades acuáticas!—diría Hegel.

En cuanto terminó la revolución de Hernández, vino un temporal terrible de agua que duró como dos semanas. Fué un nuevo diluvio,—un diluvio cristiano ó,—si lo prefieres, lector,—un diluvio entrerriano. Se descompuso la vía férrea, se deshicieron varias alcantarillas, los trenes se interrumpieron por largo tiempo. los ríos y arroyos se desbordaron y el campo se convirtió en un barrial. De los caminos, ¡para qué hablar!—eran un pisadero, y, con el tráfico, estaban convertidos en un matete, llenándose de agua inmediatamente los hoyos de las pisadas de los caballos.

No podía salir de mis piezas, y varias veces que lo intenté, para dar unas vueltas siquiera por la vereda, tuve que agarrarme de la pared, y regresaba en el acto, porque el piso estaba resbaladizo, y corría riesgo de una costalada. No podía salir,—estaba verdaderamente sitiado, y mientras leía ó escribía observaba, desde los umbrales, el barrial y los espectáculos que ofrecía.

Los de á pie andaban descalzos, para, en cualquier charco, enjuagarse, quitarse el lastre y poder seguir adelante, porque aquello era una lucha por sacar una pierna del fango, mientras la otra se hundía. Los jinetes y los que pasaban en carros ó sulkys usaban botas é iban con los rostros salpicados, desconocidos y con sus caballos y vehículos cubiertos de una capa barrística. ¡Un verdadero manantial de

barro! Y sobraba el agua para que el sitio estuviese más líquido, untuoso y sucio. Te imaginarás, lector, con tu fecunda fantasía, cómo estaría aquéllo. Era un carnaval barrístico, donde tódos andaban disfrazados. Y lo que más me llamaba la atención era la seriedad de las personas, y, sobre todo, que se reconociesen. «¿Cómo se reconocerán? ¿Será por el modo de andar, por la voz?»—me pregunté,—porque estaban desconocidos.

Yo, que sólo conocía de vista á la generalidad de las personas, resultó, en un abrir y cerrar de ojos, que todas me eran desconocidas y que estaba en un mundo completamente extraño para mí, que no había visto nunca. Esto no era nada,—¡la suciedad!—porque tenía que recibir gente por mis propios negocios, y mi Escritorio era un verdadero chiquero. Cada individuo que se descolgaba del carro ó del caballo me dejaba, además de humazos y charcos de escupidas de tabaco, montones de barro. ¿Y cuándo entraba un tropel de rusos! Ninguno pretendía siquiera sacarse el barro al entrar; algunos, por el contrario, se refregaban las suelas en los umbrales, y los que no hacían igual operación en los palillos de las sillas, dejando caer en el piso inmensas plastas, se refregaban una bota con otra ó se las sacaban, mientras conversaban, con un cuchillo.

Todo era—por supuesto,—delante de mí, como si tal cosa,—y no podía protestar ni impacientarme ante su impavidez, porque eran costumbres del campo, y había,—de consiguiente,—que sufrirlas, es decir, callarse la boca. Pasa algo gracioso, ó mejor dicho, insoportable, con esto de costumbres del campo, porque una cosa que

en la ciudad sería intolerable, por ejemplo, por inmundo, allá es tolerable, admitida. Más de una vez estuve por exclamar: «¡Señores: Si á Vds. les place la suciedad, la hediondez, la asquerosidad, esto no es ningún chiquero!»—pero procedían con tal inconsciencia, que no me atrevía á decirles nada. Ellos no tenían la culpa, —sino su ignorancia, las costumbres del campo y... los negocios, esos malditos negocios que impiden poner á las personas y á las cosas en su lugar,—y terminaba,—como pasa siempre,—por callarme.

Les parecía tan natural, tan naturalísimo, ponerme inmundo el cuarto,—el cuarto que cuidaba como á un espejo,—que me quedaba estupefacto, frito de asombro. Pedro, no obstante de considerar el espectáculo muy natural, por haber pasado, en famosos temporales, crisis barrísticas, comprendía mi disgusto, y para calmarlo, tomaba una pala y arrojaba á la calle los residuos obsequiados. ¡Suerte que, entretanto, pasaba á la otra pieza!— pero en seguida volvía otro y otros,—y ¡vuelta á presenciar el audaz mancillamiento de mi lar, los montones de barro, su acopio y descarga al exterior!

El silencio de Pedro me irritaba,—lo confieso. Más de una vez estuve por preguntarle qué obligación tenía de soportar vejámenes de individuos desconocidos, que se me presentaban cubiertos, de pies á cabeza, de barro, y que no hacían otro negocio, después de arrojar cien escupidas, que dejármelo gratis ú olvidado. ¡Esto no es negocio de tierras, sino de barro!—dábame ganas de exclamar al fin,—pero, con su flema, habríame contestado: «¡Echelos!»—pero,—vuelvo á repetir,—los intereses me impedían proceder con-

forme á mi derecho, porque aunque estuviese en pleno carnaval barrístico, mi pobre cuarto no era sitio de recepción pública de disfrazados ó comparsas, desde que, tal cual se me presentaban, no conocía ni á los conocidos.

Somos demasiado imperfectos para no dar, en nuestros disgustos, contra el que está más cerca,—pero Pedro me sublevaba cuando creía que rezongaba porque me había levantado de mal humor. Sí, lector, la gente de campo, que no cree, por su felicidad, en los malos ratos, tiene á los puebleros por neurópatas. Cuando lo ve á uno, ceñudo, sin hablar, arrastrando sillas ó tirando cosas,—«¡está con la luna!»—dice, como si se tratase de alguno de sus mancarrones mañeros. No lo digo por mí, que soy en la vida privada, por mi docilidad, un asno, sino por Pedro, que embarrado, por sugestión, hasta el alma, miraba con extrañeza mi espanto barrístico, como si lo extraordinario no fuese considerarlo natural. «¡Arroja, arroja á paladas el barro á la calle!»—exclamaba yo...

En esto,—limpio mi cuarto por quincuagésima vez,—entra un individuo saltando y haciendo muecas. No sé por dónde entró, aunque yo estaba adentro. Estaba en cabeza, en camisa, descalzo y con los pantalones arremangados hasta la rodilla,—traje verdaderamente propio para esos días,—pero todo él,—se entiende,—cubierto de barro, como que sería uno de sus más ardientes chapaleadores.

Dejo el libro que tenía en las manos, me incorporo y, pestañeando, miro la aparición.

No hablaba, á pesar de sus gritos, y noto que es tartamudo: un degenerado. Observélo, con la lástima que me inspiran,—no le ofrezco una silla

por temor de que se quede pegado, — y trato de escucharlo, atraído más por sus brincos y gesticulaciones. Pedro lo conocía, y práctico en su lenguaje, me dice:

— Le trae á Vd. un asunto como abogado: una demanda.

«¡Vaya, después dirán que no se puede viajar con la profesión!»—exclamé para mí. Púseme, ayudado de Pedro, á entresacar, entre borbotones y frases escupidas, las palabras esenciales, y vi efectivamente que se trataba de una verdadera demanda. Había alquilado á un carrero tres caballos para su carro, á razón de un peso mensual cada uno,— su deudor hacía tres meses que no le abonaba lo devengado, y quería ocurrir al Juzgado. Nada más justo. Como la demanda no se interpondría, porque el carrero era un intruso de mi campo, que abonaría, á mi pedido, la deuda, quise convenir con él, en broma, mis honorarios.

— De modo que él le debe nueve pesos.

— Sí, señor.

— ¿Y cuánto me va á abonar por mi trabajo? ¡Un pleito es largo!..—agreguéle, espinando mi tarea con dificultades.

— Le daré dos pesos. — y creyendo, por mi silencio, que era poco, exclama:—¡ Es casi la cuarta parte! ¡Soy un pobre!....

— Perfectamente. — le respondí.

Y grato fué su asombro cuando le dije que su asunto se arreglaría gratis y, particularmente, por mis relaciones con el deudor.

Se evadió como un relámpago, llevándose toda mi consideración, porque, por estar sin botas, fué el que me dejó menos barro: ¡apenas dos kilos! Pensando después, díjeme:

—¡Qué lástima no haber traído aquí mis tablillas: ¡trabajaría también de abogado!

En seguida entra Don Ciriaco, insigne intruso, que, por no haber ya campos baldíos, ha levantado su rancho en un camino. Fatigado por la grosura y la vejez, tengo que darle la mano para ayudarle todavía á subir el umbral, es decir, ensuciar la mía. No diré que venía desconocido de barro,—porque no tenía el honor de conocerlo, —pero sí á la miseria.

—He oído que Vd. quería comprar un caballo, —me dijo.

Bajé la cabeza, en señal de asentimiento, y al asomarme afuera, veo, tras de su caballo ensillado, otro, de tiro, chico, flaco y con el pelo largo.

—¿Ese es?

—Sí.

Y creyendo que me hubiese desagradado, saca de un pañuelo mugriento medio queso y me lo ofrece.

—Le traía esto para Vd.— agrega.

—Gracias, —le dije.

Cien pesos pedía por el caballo.

No valía ni uno, pero para facilitar el negocio aceptaría, en cambio, campo. Quería una chacra, yendo, por lo pronto, á cuenta el precio del rocín; el resto, ó, el todo, lo pagaría en el valle de Josafat.

De zorro, hízose el enternecido al decirme esto último,—y dejó caer unas lágrimas... Creedme, lector: ¡eran de barro!

No extrañaba la proposición; mi campo, por desatenderlo sus anteriores dueños, fué guarida de intrusos, como si fuese del gobierno. Don Ciriaco fué uno de ellos, y creía conducirse asaz gentilmente con comprarme una chacra en tales

condiciones. «Si *todos* antes fueron *dueños*»—se decía,—pero como en el otro mundo no se cobran deudas, le rechacé su proposición.

Don Ciriaco se levantó, y al darme la mano, me dejó en la mía algo; á estar en París, donde se da propina aun por saludar, me digo: «¡dinero!» Abro la mano,—miro: ¡barro! Esto, en esos días barrísticos, era el recuerdo de todos, al despedirse, amén de escupidas y olores repugnantes. Al asomarme, para ver partir al viejo intruso, vi á un chicuelo de cuatro años hundido en el barrial de la calle, chillando como un chingolo en la varilla de pegapega, y á una vieja que apenas podía caminar, porque arrastraba, á manera de carrito, la cola de su vestido, que contenía varios kilos de barro. «¡Basta!»—exclamé dentro de mí,—y después que Pedro arrojó afuera las últimas paladas de barro, cerré la puerta que daba al campo, poniéndole la tranca, en señal de no recibir más. «Es inútil tener abierto el Escritorio,—díjele á Pedro,—porque aunque convenga con los interesados, no puedo hacer boleto por estar la gente enmascarada de barro, desconocida.—¡Cierra, cierra!»

*
* *

Viajábamos, en una noche de luna, con el caballo cansado. Al llegar al recodo de un camino, oímos unos ruidos roncos. Paramos, y Pedro me dice:

—Es un lechuzón.

Iba á decirle, por lo fuertes, que era imposible, cuando se repiten.

—Allí está,—agregó,—y divisé un bulto obscuro en el espacio.

Nos acercamos. Era realmente un buho, parado en el poste de un alambrado. ¿Queréis creer una cosa? Principió á reirse á carcajadas. Parecía un loro. Todavía recuerdo sus acentos roncos, guturales. No sé si serían la soledad, la hora ó el silencio,—pero me helaron. ¡Qué claridad! El sulky, el caballo y nosotros, reflejábamos distintamente nuestras sombras donde quiera que íbamos, como si fuese de día. Podíase leer perfectamente un diario. El campo brillaba como una esmeralda.

Al bajar una cuchilla, divisamos tres hombres que corrían un bulto blanco. Creí, — sin saber por qué, — que fuese un potrillo, — pero Pedro, con su sabiduría campestre, me dice:

— No, — es una mujer.

Apresuramos la marcha. Vimos unos ranchos; después, unas llamaradas....

— ¡Fuego! — exclama Pedro,—y nos lanzamos á la pieza.

Era un dormitorio. ¿Qué había pasado? Una Virgen vestida, adornada de velas y cintas, ardía, y las llamas estaban á punto de comunicarse á un lecho contiguo, que yacía destendido. Un individuo, asustado, trataba de apagar el fuego, y al vernos entrar en son de ayuda, coligió, á pesar de estar de botas y emponchados, que no éramos malhechores, y gritó en buen español.

— ¡Agua, agua!

¡Qué agua! Allí no había agua, y cuando la hubiésemos traído, todo estaría convertido en cenizas. Pedro, por lo tanto, le tiró su poncho á la Virgen, y yo, en un santiamén, cerré la ventana y la puerta, para el que fuego, por la falta de aire, se apagase sofocándose, — acordándome de un incendio de Verne de un cargamento de ba

las de algodón en alta mar, y en que el buque, por tal procedimiento, llegó simplemente humeando al puerto de su destino. La cama principió á arder. ¡La suerte que era de hierro! Le arrojé mi manta. El techo era de cinc. Si es de paja, ardemos todos juntamente con la Virgen. ¡A ponchazos apagamos el incendio! El individuo que hallamos adentro, admirado sin duda de nuestro *talento* bomberístico, no sabía qué hacer con nosotros, mucho más cuando, con ademán científico, exclamé: «¡Abran las puertas para que salga el humo!» — dando todo por concluído, porque nos sofocábamos también como vizcachas ahumadas en la cueva. Al salir afuera, oímos unos gritos y llantos.

— ¡Es ella! — exclamó el desconocido, — aunque los desconocidos éramos nosotros—y fuése hacia los ayes.

Llegaron tres hombres, que traían cargada á una mujer completamente desnuda, pues no podría llamarse camisa una tela desgarrada, hecha jirones, que descubría hasta las partes más íntimas.

— ¡Ayude, *Dotor*! —exclamaron, al llegar, refiriéndose á nuestro acompañante.

Mientras él les daba su manita, nosotros nos apartamos prudentemente. Sin duda el *dotor* les contaría nuestro oportuno auxilio, porque los tres hombres, después de poner en la cama á la mujer, se dirigieron inmediatamente hacia nosotros y nos agradecieron, con las frases más amables, nuestra intervención en el incendio.

— Si no es por los Señores — agrega el *dotor*,—arde todo el rancho.

Nos fuimos con el *dotor*, mientras descansaba el caballo, á una enramada próxima.

— Es una enferma de tifus, — me dijo, — que, en los delirios, no hay quien pueda sujetarla. — Los otros días se fué hasta el arroyo. Cuando Vds. llegaban, nosotros íbamos tras de ella. Yo me quedé, porque, en ese instante, una ráfaga, al abrirse la puerta, comunicó la luz al vestido de la Virgen....

— *¡Dotor, — Dotor!* — gritaba ella de adentro.

«Lo llaman» — iba á decirle, cuando el *dotor* agregó:

— Sigue delirando. Dentro de un rato se dormirá, y se quedará tranquila. Entonces yo me iré, porque vivo cinco leguas de aquí. Esta escena es cuestión de todas las noches; si no me llaman, vengo para seguir el proceso... Esta gente es muy unida, y el médico no puede permanecer egoísta. Todas las mujeres de la redonda la han cuidado día y noche; dos de esos hombres son vecinos que acompañan al marido en este trance; en la cocina está la mujer de uno de ellos; los hijos de la enferma han sido recogidos por el vecindario para evitar que se contagien, existiendo entre ellos uno de pechos,—y los colonos viendo al marido de enfermero, hicieron sus veces en la cosecha: uno le segó el trigo, otro se lo emparvó, aquél se lo trilló, — se lo embolsaron, — después se lo vendieron y le trajeron la plata. Las colonias deben ser comunidades formadas sobre la base del Evangelio. Por eso los propietarios y acreedores prefieren perjudicarse á ejecutar judicialmente, y los gobiernos, al llenar de impuestos á los colonos, se convierten de protectores en tiranos. ¡Cuántos filósofos desengañados y cansados de la vida no vienen á refugiarse aquí! ¡Es la única parte donde se puede vivir libre y tranquilamente!

— ¿Sanará la enferma? — le pregunté.
— Sí.....
— ¿Y hay tifus por aquí?
— No, — esto es sanísimo; este caso es debido al agua del tajamar. El gaucho, si no tiene agua en su rancho, la pide en cualquiera parte, porque es andariego,—pero el colono, á pesar de tenerla á pocas varas del suelo, tiene que beberla de la laguna, caliente, verde é infecciosa, por no tener con qué hacer un pozo. ¡Ah, el colono! lucha contra todo: ¡contra las aguas, la seca, el granizo, las borrascas y el rayo,! — pero es el que más goza de la vida corporal y moral. Si Vd. quiere encontrar bondad todavía, búsquela aquí. Fíjese en los ojos de todos: son claros, puros como los de los niños.

Al pronunciar esta frase, una lechuza chilló en el mojinete del rancho.

— ¡Cruz, diablo! — salieron gritando el marido y sus dos compañeros.

— Esta gente cree que la lechuza anuncia muerte, — dijo el *dotor*, — y en seguida el ave púsose á aletear arriba de nuestras cabezas.

Pedro la ahuyentó de un cascotazo, — pero siguió chillando, á medida que se alejaba. Cuando se hizo el silencio, nos miramos, mudos, sobrecogidos, — y el *dotor*, para calmarnos, agregó:

— No se va á morir.....

Estábamos recostados contra un pequeño corral. «¿Quién será?» — decíame, — porque me parecía, á pesar de su indumentaria algo filosófica, un espíritu serio, intelectual y de mi tiempo. «Debo haberlo conocido.» — decíame, porque me precio de conocer á todos los de mi generación que se han educado en la Capital. En ese instante, Pedro me llama también doctor, pero

con c, — y como los doctores en esos parajes y á esa hora no eran muy abundantes, el *dotor* picó en curiosidad y me preguntó por *mi gracia*. Aunque no poseo, desgraciadamente, ninguna, le di la que tenía, es decir, mi nombre y apellido, que ellos, por el amor de Dios, se llaman gracia en el campo. En cuanto los oyó, me preguntó, emocionado, con el rostro bañado de alegría:

— ¿No me conoces?.... Soy Esteban L....

— ¡Esteban!—exclamé estrechándolo poco menos que en mis brazos.

Era un condiscípulo de la Universidad. Hacía treinta años que no le veía, ni oía pronunciar su nombre. «¿Qué será de su vida?» — me pregunté numerosas veces, creyéndole más bien muerto. Era uno de esos jóvenes pobres, huérfanos, que siguen su carrera entre dificultades sin cuento, y que, vencidos al fin por ellas, la cortan y se pierden de vista. Esteban, sin embargo, había cursado hasta el sexto año de Medicina; faltábale, para terminar su carrera, sólo el examen general y la tesis; por su edad y divorcio con los estudios, no los daría ya, — y aunque no agregan nada al saber, me dijo, al hacerle preguntas sobre su vida: «¡Soy un curandero!» No, — era un médico científico, lleno de práctica y, sobre todo, de corazón; todos lo respetaban y amaban, —pero amaba tanto la libertad y la soledad, que no abandonaría nunca las colonias. Vivía en una aldea próxima, y los colonos no podían tener mejor médico que él. Caritativo é incapaz de economizar, estaba tan pobre como cuando salió de Buenos Aires, y así moriría, porque hacer el bien y vivir al día eran su felicidad. Alto, flaco, pálido,—con la barba y los cabellos largos, era, con su traje descuidado, un verdadero mé-

dico de aldea, — un filósofo que cruzaba los campos para propagar por doquiera el evangelio y las teorías altruistas. Lo examiné al resplandor de la luna para ver si notaba la huella ó efecto de algún vicio: ¡nada! No tenía más vicio que el cigarrillo, que fumaba á bocanadas. Su melena y desaliño eran resultados de la vida campestre y filosófica, y lo denotaban la palidez límpida, la frente soñadora, sombreadas sólo por las peregrinaciones de la miseria.

— ¿Y Marín, Lescano, Terrero, Marcó etc., etc? — me preguntó, acordándose de estos antiguos condiscípulos.

—Todos viven y en excelente posición. Terrero es Obispo, ¿sabes?....

— ¡Ignorabal— exclamó.— Nosotros aquí, agregó, — no sabemos nada. — Hace quince años leí un pedazo de un viejo número de *La Nación*, y los que, como yo, abandonan la Capital, quieren más bien olvidarlo todo y que lo olviden también.

Noté, con todo, que se alegró ante las noticias que le di de los felices compañeros,—pero se entristeció,—poniéndose grave su semblante, cuando, al preguntarme por Lamarque, Diana, Quintana, del Mármol, etc. etc., le respondí: «Muerto,—muerto,—¡ha muerto!.....»

— ¡Pobre Enrique! ¿Por qué se suicidó Adolfo?—fueron sus palabras.

Recordamos á los maestros Tobal, Gigena, Larsen, Ramsay, Ramorino, Spelluzzi, etc. etc., á quienes tantas travesuras les hicimos. Sentíme feliz al encontrarme casualmente, en semejante hora y sitio, con tal condiscípulo que no veía acía treinta años, y que muchas veces, al pasar sta en la memoria á nuestro batallón univeritario, lo creí muerto ó extraviado. La luna

iluminaba de tal manera su rostro y cabellera, que hasta ahora admiro su mágico resplandor. Parecía, al alzar sus lánguidas miradas, lo que era: ¡un santo!

Nunca olvidaré este encuentro que me brindó la suerte, y juzgando su existencia, al través de nuestras ideas vulgares, estuve por aconsejarle que se recibiese y fuese á establecerse en la Capital. «Haría carrera, fortuna,» — me decía. Habíame imaginado, juzgándolo por su traje desaliñado, que era desgraciado, cuando nadie estaba más arriba que él: era feliz y hacía bien al prójimo. Preferí, felizmente, callar, es decir, no hablar, contentándome con admirarlo en silencio á la luz de la luna,—y estaba seguro que no se recibía.... para que no le llamasen doctor. Creíase, en su interior, más honrado con el despreciativo título de curandero. ¡Buena proposición iba á hacerle: ¡que se fuese á vulgarizar á la Capital á hacer industria de la política y de su profesión, perdiéndose para el amor y el bien de las buenas gentes de las colonias!

Me despedí de él, haciendo votos por su felicidad y el restablecimiento de su enferma. No lo iba á ver más. ¿Por qué? No lo sé,—pero el corazón me lo decía así, — porque estos seres, si viven, son como los silfos: huyen de los mortales y sólo se acercan á los desgraciados para cumplir su misión. En la marcha, me dice Pedro:

— Yo lo conozco á ése.

Chocado por el *ése,* lo interpelé:

— ¿Y como no me dijiste!.....

¡Esa frialdad de Pedro! ¡Diferencia de caracteres!.....

— Cuéntame.....—le agregué,—seguro de qu

su historia, en ese instante, sería el mejor consuelo para mi corazón revuelto por los recuerdos, porque acostumbrado á ver al médico en carruaje, ganando dinero, bien vestido, riéndose y fumando habanos, no podía arrancarme de los sesos la idea de que Esteban no fuese desgraciado. ¡Tan degenerada idea tenemos de la felicidad! La felicidad, socialmente, es el egoísmo, y no es imposible creer que se pueda cifrar en el bien al prójimo y en el placer inmenso que se experimenta al ejercerlo.

— Cura de limosna; á lo sumo, admite que *un rico* le dé uno ó dos pesos por visita. Vive solo, y en su casa no se enciende la cocina.

— ¿Y qué come?—iba á preguntarle, cuando continuó:

— Al salir de su casa, pónese un pedazo de pan en el bolsillo, y come una vez al día en casa de los clientes, si halla el manjel puesto. Su cuarto brilla de limpieza. Anda á pie y solo sube á caballo ó al carruaje si los clientes se los traen, porque sus ideas le impiden mantener un animal nada más que para que lo arrastre. Habla poco,—es afectuoso con todos, y todos le respetan y le quieren,—pero.....

«Aquí viene el pero.....»—me dije.

— Le dicen loco.....—Continuó Pedro.

¡Tardaba el consabido epíteto! Yo también iba á preguntarle si no lo era,—al decirme que no comía,—porque tenemos una falsa idea del hombre: creemos que el perfecto es el salido del molde común, y en cuanto se diferencia, le llamamos loco. ¡Original humanidad! Desde el momento en que se entregó al asesinato, al incendio, á la devastación, al robo, á la estafa y á todo género de crímenes, llama loco al que ama

á su hermano, al que cura, con lágrimas en los ojos, sus heridas, al que le da un pedazo de pan. Según esta violación del cristianismo, la generosidad y la caridad no pueden ser sino locura. Sarmiento principia por serme simpático, porque dijo: «¡De cuándo acá los tontos se ríen de los locos!»,—y yo creo que debería llamárseles más bien idiotas, porque Sócrates, Cristo, Colón, Napoleón, Garibaldi, etc. etc., quienes únicamente han influído en el progreso humano, han sido tratados de locos. ¡Así es la envidia: ¡impotente para imitar el gran ejemplo, ridiculiza! Es su única arma.

— ¿Y quiénes son los que lo tratan de loco? —le pregunté á Pedro.

— Los médicos.

¡Los médicos!—únicamente los médicos, porque con su mayor sabiduría y bondad, les quita mucho trabajo. ¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio,—los mismos que multarían á Jesús, al hallarle haciendo curas maravillosas sin patente.

A los tres años de este encuentro, cruzaba también de noche ese mismo camino, y me acordé de Esteban. Era una noche distinta: obscura, densa, pero plagada de inmensas luciérnagas que iluminaban algo el paso.

— ¿Y qué es del médico?—le pregunté á Pedro.

— Se lo comieron los perros.....

— ¿Tienes valor....?—le dije, parando el sulky, —como si él se lo hubiese comido.

— Sí....,—me contestó.—De aquí fuese á Corrientes, y una noche, cruzando los campos á pie para curar un enfermo, lo atacaron los mastines de una chacra, lo hicieron pedazos y murió á los pocos días.

¿Para qué preguntar más! Quedéme, por la brusca impresión, boca arriba, como una golondrina frita. Pedro, en su medio lenguaje, condensó bien el triste epílogo de Esteban, porque, dada la injusticia de este mundo, ¡parecíame tan lógico su fin! Creía verlo en su lecho todo desgarrado, hecho picadillo!

¡Larga fué mi impresión! Duró, por lo menos, una hora, y á cada uno de mis suspiros, Pedro me contestaba con bocanadas de humo, tendido tranquilamente en la yerba sobre un poncho. ¡Adelante!—y atontado por la emoción, toda mi expansión con él en ese momento se redujo á decirle:

—¿Por qué no me avisaste?..... ¡Me hubieses hecho un telegrama!.....

Para Pedro, darme cuenta de muertes, de individuos que se van, era tirar plata á la calle. El sentimentalismo era un abismo que me separaba de él, y tal diferencia, al complementarnos, constituía su superioridad, porque no se marcha ni se triunfa en esta vida sino con una coraza que defienda al corazón de las heridas del egoísmo y del dolor. «¡Pobre Esteban!»—exclamé.

*
* *

Pedro, por toda contestación á tan íntima exclamación, dijo:

— Allí hay un incendio.....

Veíase, en el negro confín, fuego y humo. Al cabo de un rato estaba el horizonte enrojecido, espléndido.

— Son unas parvas.....—agrega.

Distinguíase en efecto, entre las llamas, las

siluetas de las parvas. Semejaban ranchos enormes, toda una aldea devorada por el fuego. Oíase el chillido del combustible.

— Hay gente; deben ser los dueños, — dice Pedro.

Y parecióme, al resplandor rojizo, notar desesperados á los propietarios, que lanzaban imprecaciones al cielo, que amenazaban y gesticulaban en vano al no poder impedir su propia ruina. Si no fuera el dolor que causa la ajena desgracia, creo que el campo no puede ofrecer á la vista espectáculo más soberbio que un incendio. Estaba, en su contemplación, asombrado, y Pedro me dice:

— Marchemos alejándonos, porque pueden creer que somos nosotros los autores del incendio.

¡A la verdad, porque cuántos al pasar, por maldad, no les arrojan á las parvas un fósforo encendido!

La Civilización en el desierto

La agricultura es una de las ciencias más vastas. Comprende la labranza, la horticultura, la floricultura, la selvicultura, la viticultura, la arboricultura, la sericultura,—la ganadería, la minería, la caza, la montería, la pesca,—y todas estas artes se relacionan nada menos que con la colonización, la inmigración, las ciencias políticas y sociales, la física, la química, las artes, la manufactura y las industrias, regidas por la economía política y rural y el comercio interior y exterior,—es decir,—la tierra con su aire y clima, los mares, los ríos, las fuerzas físicas, el universo entero.....!

Me permito esta tirada científica, porque los ignorantes creen que la agricultura es destino propio sólo de los analfabetos, de los desheredados, de los desgraciados, es decir, de los imbéciles y de los pobres diablos, sin recordar que los senadores griegos empuñaban el arado y que la aristocracia inglesa, consecuente con la influencia del trabajo sobre la libertad, está compuesta, en su mayor parte, de chacareros, que constituyen el partido *aristocrático* de los *gentleman farmer*,—pero contra la ignorancia,—como lo sabéis,—no hay defensa posible.

Haciendo á un lado la literatura horaciana, ¡nella que trueca buenamente las riquezas y

los placeres por la vida tranquila del campo, la agricultura,—ha dicho Sully,—es la ubre de las naciones,—nada menos. ¿Comprendéis? Ella produce todo lo que la vana ciudad consume, transforma ó falsifica, y si no fuese por sus productos, todos, todos, *principiaríamos* por morirnos de hambre. ¡Cómo sería la conclusión!... Todos los millones de oro que recibimos anualmente en cambio de la exportación son producidos por el capital y el trabajo del colono principalmente,—á quien, por añejas preocupaciones, se le consideraba casi como un irracional. Y lo peor es que esta creencia los invade por contagio; se sugestionan, y se creen realmente unos infelices..... ¿Y qué resulta? Que se despojan de su soberanía y se convierten en unos esclavos, cuando, por nuestro sistema republicano y su obra en la prosperidad general, deberían ser los amos. En la misma campaña de la provincia de Buenos Aires vemos á familias de paisanos cubiertas de harapos sufriendo necesidades, y avergonzadas de que su *miseria* no les permita ofrecer más que una cabeza de vaca para que os sentéis, exclaman: «¡Somos pobres!», — poseyendo algunas leguas de campo, que se extienden desde la puerta del desvencijado rancho, y que después los abogados, con su séquito de escribanos, procuradores é interminable caterva de aves negras, se las apropian y se las reparten entre ellos, para demostrar que eran ricos, pero que los ignorantes no deben ser propietarios. ¡Ah, la ignorancia! ¡Es la verdadera miseria!,—porque es la pobreza moral, que produce, con su incapacidad, la ruina. Hay que formar la capacidad del colono, crear la conciencia de su fuerza para que sea tan capaz de conservar para sí

los suyos como lo ha sido para producir para los demás.

A causa de esta inferioridad moral del colono, las relaciones entre la agricultura y el gobierno se convierten para ella en su principal desgracia. Este, que, de suyo, no personifica la justicia, la seguridad, ni la libertad, como sucede en Inglaterra y Estados Unidos, pero que debía ser su protector, se transforma en su azote. La persigue ni más ni menos que si fuese una plaga. ¡Parece increíble que siendo, por su producción, la fuente principal de su renta, —la esfuercen!—y cuando está por agotarse, la permiten que reviva para volver á explotarla! Principian por considerar á sus obreros como á esclavos, ó sea como á individuos condenados á trabajos forzados y á sucumbir en la tierra cual el buey. El trabajo, para los políticos, es una tarea odiosa, afrentosa, y muchos, antes de dedicarle sus esfuerzos, prefieren suicidarse; agregad ahora que la tierra sólo da frutos á fuerza de sudor del rostro, y tenéis explicado el desprecio de aquéllos por la agricultura; la consideran vil; poco falta para que exclamen: «¡La agricultura, tarea de villanos!»—y como tales ideas suben al gobierno, los colonos son unos parias, que huyen de los que debieran ser sus protectores.

¡Siquiera los gobiernos los dejasen obscurecidos en los desiertos!—pero allí los van á perseguir en formas de impuestos y crueldades. No se contentan con tasarles la propiedad en el doble de su valor, para cobrarle doble impuesto también; dejan que el Juez de Paz y el Comisario, que son todos sus gobernantes, les cierren, como actores ó acusados, las puertas de la justicia,—que les roben los caballos,—que los apa-

leen, los persigan y los maten; los abandonan á las municipalidades y ferrocarriles, para que les aumenten las patentes y los fletes y á los demás zánganos de la colmena del trabajo honrado, como el vendedor de bolsas, el trillador y demás explotadores. ¡Cómo es que trabajan y viven entre esta nube de tábanos que les chupan la sangre, no lo sé! Son los verdaderos esclavos, los esclavos modernos, los esclavos de la república, —lo que es un contrasentido, estando como estamos en el siglo XX, y una irritante injusticia, que clama al cielo, porque ellos son los sostenedores del Estado.

Más de una vez, ante esta superposición cruel, me dije: «¿Qué sucedería... si, cansados de soportar esta situación anacrónica é ignominiosa, abandonasen el arado? El Estado, cargado actualmente de deudas, se haría imposible, y entre las ruinas, nos veríamos otra vez en el caso de mendigarle á Chile su harina para comer pan. Es la columna de nuestra nacionalidad, y si cayésemos en la insolvencia, la intervención extranjera se apoderaría del gobierno, dándole al porvenir nuevos rumbos, — pero apreciemos su estado, sin entrar en la ficción incompatible con su gigantesca acción, patriótica y trascendental, teniéndose en cuenta ante todo el sistema republicano.

Esta situación subversiva del colono es contraproducente para el gobierno mismo, porque si lo amparase y protegiese produciría doblemente y los desiertos se convertirían más prontamente en colonias. Y las colonias son las verdaderas minas del país. Todo lo que es contrario al pueblo es perjudicial al Estado, porque el gobierno no es sino el pueblo gobernándose,

—evolución que no entienden las autoridades, —porque como carecen de origen popular, no conocen más que la tradición española, monárquica, autoritaria, esencialmente despótica. «¡Los desastrosos efectos económicos de la mala política!»—me he dicho más de una vez. Atribúyolos, en primer lugar, al sistema federal, que los priva de los beneficios del gobierno, y porque cuanto más se aleja el pueblo de la plaza de Mayo, menos recibe la influencia de nuestra incipiente civilización. ¡La autonomía provincial! Este chauvinismo da lugar, so pretexto de descentralización, propio gobierno, comuna y otros modernismos, á establecer en provincias despobladas gobiernos, cámaras y municipalidades, á semejanza de lo nacional, para que sus habitantes, sin hábitos de trabajo, conviertan también la política en industria para pasar vida regalada y dormir siestas más tranquilas. Como todo es lógico en esta vida, los tales parlamentos, generosamente rentados, en vez de ser científicos, artísticos é industriales, legislando sobre caminos, puentes, colonización, sementeras, ganadería, alambrados, marcas, abrojos, sarna, pestes en los ganados y demás detalles de la agricultura, se ocupan de política,—si es posible seguir dando este noble nombre á un eterno vivero de intrigas y chismes y sin otros ideales que perpetuar en los parlamentos á los verdaderos enemigos del pueblo, para que lo sigan esquilmando á fuerza de impuestos á fin de dominarlo mejor. El gobierno provincial, después de imponer al colono cuanto impuesto se le ocurre, se lo pasa á la municipalidad, y ésta, bajo el nombre de patente ó licencia, grava hasta lo increíble, y así va, de mano en mano, hasta caer completamente tras-

quilado en manos del Juez de Paz y Comisario de la localidad, que terminan por quitarle su libertad. De esta manera trabaja, esclavizado, para el gobierno. Con el pequeño comercio é industrías pasa lo mismo, y numerosos son los comerciantes de villorrios que apenas pagaban veinte pesos de alquiler, que cerraron sus puertas para escapar á diez patentes conjuntas que, por el sistema acumulativo de reciente invención, ascendían á setecientos pesos.

Por este sistema inquisitorial ó torniquete imbécil, la agricultura y la ganadería, que son la principal fuente de producción nacional, dependen al fin de los jueces de paz y comisarios de campaña, que son, en su generalidad, malos ciudadanos,—muchos de ellos amparadores de criminales,—retardatarios de la vida económica, —pero como el colono, por representar el trabajo y la virtud, vale más, triunfa al fin, é impulsa el país á grandes destinos. Estas son las causas político-económicas que retardan, á mi juicio, la civilización del desierto, después de una lucha de tres siglos por expulsar al salvaje. Desaparecido el indio del seno inmenso de la pampa, hase visto que hay otros obstáculos más rudimentarios que él,—¡quién lo diría!—para su civilización y que las democracias inorgánicas producen una barbarie más perjudicial que la de los indígenas, humilde, esencialmente cándida y que sólo se rebela para defenderse.

El mayor mal social de la ausencia de la libertad no está en la falta de los derechos, sino en la conciencia que de este despojo tiene el colono. No poder es tanto como saber que no se puede, y creer imposible la seguridad de

la persona, de la familia, del honor, del hogar y de la propiedad, es vivir sin la conciencia de la fuerza que hace del hombre un ciudadano y de éste un ser libre y eficaz en el gobierno de la democracia. Hemos visto á muchos colonos despojados de su propiedad, y á otros, venderla, cambiar de pago,—huir para salvar la vida y el honor de su hogar de las garras de un comisario arbitrario, que, por nuestro manejo de gobierno, es un déspota hinchado de facultades arbitrarias.

Un desierto libre y civilizado es una de las obras más dignas del progreso humano. El colono, que es el obrero de las colonias, no es entonces un ser abatido por el trabajo sin horizontes, subyugado por la suerte y resignado ante un triste destino; es un ciudadano rebosante de derechos, fuerte por su ejercicio, reanimado por el aire libre y el trabajo, altivo por la conciencia de su soberanía, activo, emprendedor,—una rueda eficiente en el mecanismo nacional,—porque es el soberano, el pueblo, el productor por excelencia, mientras el Juez de Paz y el Comisario son, por el contrario, sus súbditos, que le sirven respectivamente para llenar sus fecundos fines. Su vida, su familia, su propiedad y honor están garantidos; tiene la conciencia de ello, y esta seguridad lo hace libre, feliz; trabaja, lucha con ahinco, y como los impuestos son moderados, se apresura á abonarlos con el mayor placer, tanto más cuanto que no van á ser dilapidados. La autoridad, en vez de perseguirlo, lo protege, lo defiende, y él, al ver en ella su amparo, la imagen de su propia libertad, la ama, la defiende y la busca para fortalecerla en vez de odiarla y desampararla.

¡Y los efectos sobre la vida privada de este estado de civilización producido por la libertad! Basta atravesar el *Far West*. Los caminos están mejor cuidados por los colonos, que comprenden, en su soberanía, que son más de ellos y para éllos que de la autoridad, y se complacen en libertarla de aquella y otras tareas materiales, para que concrete más su precioso tiempo al cuidado de las personas y sus bienes y á hacer justicia. Las chacras son verdaderas granjas; al franquear la puerta enrejada, se atraviesa un jardín engalanado de flores, y entre algunos pinos, álamos ó acacias, se descubre luego un chalet; sí, amado lector, un chalet, ni más ni menos que los de Mar del Plata ó de las barrancas de San Isidro,—pero lo que más impresiona, si se prefiere la gente culta, es oir, en el silencio aletargado del desierto, las voces de un piano, —sí, unas arias de Beethoven ó Weber arrancadas por alguna mano marfilina.

¿La estancia de algún potentado? No,—de un colono. Ahí está adentro, de botas sin embargo y con saco en vez de en mangas de camisa, sentado en su Escritorio, mientras su hija estudia el piano. ¿Qué hace? Ha terminado, después de dictar sus órdenes, su correspondencia y fuma su pipa ó lee una revista ilustrada de agricultura ó de literatura hasta que baja el sol. Así descansa, en lugar de irse á una taberna. La sala está llena de bibelots,—el corredor es confortable,—los dormitorios brillan de limpios,—por todas partes vense juegos, hamacas, pájaros en jaulas,—en los inviernos, estufas encendidas, y en los pasadizos, un olor á pan y manteca, que anuncian hogar, salud y abundancia. A la tarde, este colono sale en sulky á

observar los peones, á la noche oye tocar el piano, canta y juega en la sala con sus hijos, — los sábados á la noche va al club de la colonia, y el domingo, después de la misa, se recoge en el hogar á descansar y á leer. Así pasa su vida,— tan decentemente como ser urbano, respetado y querido por los vecinos y los suyos, — mientras que en nuestras colonias un colono es un paria cubierto de harapos en un mísero rancho, embrutecido por el trabajo, hambriento casi y relajado ante su propia conciencia.

¡Cuántas veces al ver la miseria donde debía reinar la holgura, no me he dicho: «¿cuándo será nuestro colono como el norte-americano?» —porque todo hombre que produce y gana tiene derecho á descansar y vivir bien. La decencia educa, refina, ilustra y civiliza al hombre más salvaje, haciéndolo prepotente y apto para ser una fuerza del progreso general. ¡El día en que nuestras colonias sean fuente de civilización! Llegará... aunque los actuales moradores es lo que menos esperan, y entonces, en vez de ranchos con techos de paja quemada por el sol, admiraremos, entre jardines, chalets que nos parecerán mansiones de sibaritas y que no serán sino de colonos.... civilizados, porque todos tenemos el derecho y el deber de civilizarnos. La civilización es el ideal, el mundo natural del hombre libre, y producto orgánico del hombre mismo, como la miel de la abeja sírvele después de alimento.

El colono yankui, sin poseer más tierra que uno de los nuestros, tiene, para su servicio, peones, — y aunque también ara, siembra, siega y trilla, está más para la dirección general de estas operaciones,—porque en Estados Unidos

estas cuestiones son científicas y artísticas. Estos puntos se discuten en los clubs, los lee en las revistas y trata de practicarlos. Los peones, cuando llegan á colonos, tienen gran experiencia industrial y social, y la agricultura, como todos los demás negocios, es consciente y obra de los conocimientos. El trigo, una vez producido, es una mercadería cual otra cualquiera, y el colono, impulsado por el comercio, se hace especulador: vende directamente su propio producto, ahorrándose intermediario, y lo compra á otros cuando cree bajo su precio y lo guarda para revenderlo después. La ganancia es segura, porque no es jugador de Bolsa y el trigo la espera tranquilo en el galpón. ¡Qué diferencia con nuestro colono, á quien los acopiadores le marcan precio, y vese forzado á venderlo por sus necesidades! El yankui, además de independizarse de estos zánganos, pone en juego su espíritu, lo acostumbra á la lucha comercial, que principia por defender el propio producto, y se lanza después en las sendas especulativas que civilizan y desarrollan el instinto de conservación y defensa; se hace, en el desierto, hombre de ciudad, comerciante, acostumbrado al juego de los negocios que agitan el espíritu y lo saca del estancamiento y melancolía de la soledad. Su figura es su biografía: parece un mayordomo, y, científicamente, no sabe más que los de su oficio, mientras que nuestro colono apenas tiene el aspecto de un peón.

La civilización no penetrará en las colonias sino por medio de las escuelas de agricultura. En las provincias agrícolas,—como Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos,—deberían instituirse muchas de ellas á la brevedad posible. Mientras

harían discípulos, que más tarde serían ingenieros agrónomos y profesores competentes, servirían para ofrecer conferencias al vecindario, donde se enseñaría la manera científica de proceder en las varias operaciones agrícolas, á fin de hacerlas también más provechosas. ¡Cuántas veces, al ver á los rusos reunidos de noche en sus aldeas, no hemos pensado que les sería más útil escuchar lecciones sobre las sementeras que discutir sobre precios fantásticos del trigo! Pocos chacareros necesitan más la voz de la ciencia y de la experiencia que el ruso, y tales sesiones, condensadas en seguida en consejos é instrucciones publicadas y colocadas en carteles en los caminos y repartidas profusamente por los jueces de Paz y Comisarios en vez de rebencazos, producirían un efecto maravilloso, que se tráduciría en aumento del cereal y, por consiguiente, de impuestos también, — de modo que la autoridad ganaría igualmente en lo que tanto ansía.

El colono no hace más, ¿acaso porque no puede? Porque no sabe. Todos sabemos lo que, entre nosotros, es un colono: un ser que, por lo general, no ha podido ser nada mejor,—y muchos de ellos, desesperados por la miseria, se entregaron á la labranza, sin imaginarse que caen de bruces sobre una mina de oro,— pero,—como á todas las minas,—hay que saber explotarla. Que porque sea tan rica como las de oro, no basta alargar la mano; reglas preceden á la labranza y á la siembra; conocerlas, he ahí su secreto para practicarlas y divulgarlas, porque la agricultura es la base de nuestra prosperidad y progreso.

En cuanto al beneficio moral, la capacidad del colono se elevaría; sabría, en primer lugar,

lo que haría en adelante y porqué, y no se quedaría reducido á arar mientras apura á los bueyes, y después á sembrar, á esperarlo todo del cielo y sin armas para defenderse de sus inclemencias y peligros. Formaría la conciencia de su acción, dignificándose. «¡La civilización por medio de la ciencia!»—diréis. Es que es su agente natural, y así como el desierto sólo se civiliza por el hombre, éste se regenera moralmente, porque el alma es el origen y la fuerza de todos sus actos. La diferencia que existe entre nuestro colono y el yankui es que éste sabe más y su saber es consciente, científico, industrial, sistemático en todas las operaciones del cultivo y económico en todos los aprovechamientos. Es un verdadero ciudadano que, por estar en el desierto, no ha perdido el saber y experiencia urbanos, — libre y apto para gobernarse y gobernar, y, en consecuencia, respetado por los jueces de Paz y Comisarios.

Nuestro colono, por su ignorancia, es demasiado afecto á la agricultura extensiva. Como á ella se presta admirablemente el trigo, obra de caridad científica sería hacerles comprender que hay otros cereales importantes, porque su superabundancia trae además el abaratamiento y crisis en los mercados. El centeno, tan usado en Rusia, produce una harina más nutritiva y propia de las clases obreras y menesterosas; sembramos poco lino; descuidamos completamente la cebada; la avena no es necesaria, y la alfalfa para el Brasil, Africa del Sur y Europa sería forraje de gran exportación. El tártago y el topinambur apenas se han ensayado, y están llamados, junto con otras plantas forrajeras, á ser productos industriales.

El pequeño cultivo, propio de los chacareros, está muy descuidado. Limitado á sembrar para el consumo de las localidades, apenas se dedica á las legumbres vulgares para venderlas en los mercados ó á los particulares, dando así lugar á que el Brasil nos importe porotos,—España garbanzos, y Chile lentejas, como si no tuviésemos tierras más ricas que las de estos países. ¿Qué nos falta?—¿brazos, cabeza? Lo de siempre: saber, — pero el saber consciente que civiliza y produce las iniciativas. Estoy cansado de ver ciudades sin lentejas, sin garbanzos y sin porotos, porque aun no los recibieron de los almaceneros de Buenos Aires, cuando los chacareros podrían producirlos, y en vez de venderse aquéllos como polvo de oro, éstos, la población y los menesterosos principiarían por disfrutarlos en abundáncia, libertándose de la esclavitud de su escasez y de esperarlos del extranjero. Estas sementeras entonces entrarían en el gran cultivo, introduciendo mayor variedad en la colonización, y el colono, así como lleva el trigo á las Estaciones, descargaría igualmente en los vagones centenares de bolsas de porotos, garbanzos y lentejas y se vulgarizarían con beneficio de la salud, desde la pulpería de campaña hasta el almacén por mayor de la Capital Federal.

El maíz de Guinea para escobas, y el alpiste y la semilla de nabos son demasiado caros por su escaso cultivo. Necesitamos más criadores de semillas para aumentar las arboledas en la campaña y abaratar las legumbres y las plantas, porque ninguno de estos productos debe ser, en nuestro extenso y feraz país, artículo de lujo. Es tiempo asimismo de principiar á emanciparnos de la importación de yerbas medicinales, cuyas

plantas podemos cultivar con mayor éxito que los países de donde nos vienen, desde la malva, la amapola y el tilo, hasta el ruibarbo, las cortezas, las hojas y las resinas, porque nos sobra tierra fértil y climas apropiados. ¿No es un delito importar productos que crecen hasta en las zanjas de los cercos? Sin embargo, muchas veces nos morimos por no tenerlos, como un castigo á nuestra negligencia.

¡Abajo la ignorancia, para que, en cambio de la importación de los productos extraños, se abran mercados á los propios! Las máquinas libertan del esfuerzo físico al hombre para que no haga más el papel de buey,—pero no pueden darle ciencia. A aquél, que posee un cerebro pensante, le corresponde asimilarse los adelantos actuales, que son la experiencia del género humano, para producir más y mejor en menos tiempo.

He visto llegar á la autoridad hasta la crueldad. La cosecha anterior, por las repetidas lluvias, fué nula; las trilladoras se retiraron de las parvas, porque apenas daban triguillo, y sus dueños, en vista de resultados tan negativos, pidieron que se les exonerase de la patente, desde que debía ser abonada con lo que ganarían trillando. Era justo, lógico. ¿Creéis que accedió? ¡Qué esperanza!,—y á los que no tuvieron con que pagar se les embargó hasta la vaca que criaba á sus hijos, mientras el proveedor, el locador y el propietario que les vendió la tierra á plazos no pensaron siquiera en demandarlo. En la autoridad, el sentimiento público se petrifica, como si viviese en una cumbre que helase el corazón; sí, vive lejos, muy lejos del pueblo, porque tiene una falsa idea de sí misma;

cree que el pueblo ha nacido para ella, y no ella para el pueblo; en consecuencia, persigue y maltrata, hasta hace lujo de perversidad, en vez de ser generosa, protectora y progresista. Al ciudadano, conjunto de derechos respetables, no se le reconoce en la campaña. ¡No es extraño, porque en las ciudades la soberanía del pueblo es un mito!

¿Y quién merece más justicia y seguridad que el colono? Aparte del respeto que inspira su acción en la riqueza nacional, lucha contra la langosta, la isoca, el bicho moro, las heladas, el granizo, las lluvias, la seca, que, en un instante, le inutilizan los esfuerzos y las esperanzas de todo un año. La naturaleza no ayuda, por lo general: si llueve, es exageradamente, y si no, hay seca, quizá por la variabilidad de nuestro clima. ¡Pobre colono!,—y todavía el hombre, su hermano, so pretexto de ser autoridad, lo aniquila, lo empuja al abismo....! ¡Lástima siquiera, señores jueces de Paz y Comisarios! ¡Pobre autoridad también, porque si comprendiese sus propios intereses, lo ayudaría, velando por su libertad y defendiéndolo contra todos los peligros, porque entonces produciría más impuestos!,—que son su sueño agitado, su delirio!

Las inclemencias del tiempo no vencerán nunca al colono, porque aunque la langosta le haya devorado todo, quédale la chacra,—el rancho, que es su hogar,—la familia, fuente de afecciones, su caballo y vaca lechera. Cuando lo han arruinado, éntrase adentro, y después de confortarse con los suyos, vuelve á empezar otro año, confiado en la bondad divina. Es mejor que abandonarlo todo y rodar tierras. ¿Qué le esperaría? Contraer el vicio de la bebida en las

pulperías y expirar embrutecido en una zanja! Su amor al trabajo y sobre todo á la tierra le salvan. ¿Creéis que la autoridad sea, en tal caso, compasiva? ¡Qué esperanza! Aprovecha su impotencia para perseguirlo más. Señora: las colonias no son reducciones de esclavos! ¡Pobre colono, ¡quiera Dios que le vengan días de libertad! Los merece mas que los habitantes de las ciudades.

CUADROS

Yacía en la estación Urdinarrain esperando el tren de Basavilbaso, para trasladarme á Gualeguaychú. Debía llegar á las 4 p. m., y eran las 6 p. m. Ni asomaba. Esperaba también á unos colonos á quienes debía escriturarles unas chacras en esta última ciudad.

Como les increpara que llegasen después de la hora señalada en el horario, me respondieron que era un tren libre. Me callé, porque me acordé de los trenes de España, que andan con horas de atraso y se paran en medio de las estaciones para recoger señoritos recomendados. Estaba, con cerca de tres horas de espera, fastidiado, sin otro compañero que los zumbidos de los hilos del telégrafo, cuando llega otro de mis colonos. Venía á pie de su chacra, porque no tenía quien le llevase á ella el carro. Traía, á la espalda, una bolsa llena, y como me sorprendiera su aguante para andar cargado tan larga distancia, le pregunté qué contenía aquello.

—La cama y la comida—me contestó.

—¡Cómo!—¿no vas á ir al Hotel? ¡Mira que estaremos dos ó tres días en Gualeguaychú, por lo menos! ¿Dónde vas á parar? porque hay la costumbre de tutear á los rusos, debido á que ellos principian por tratar de tú á todos.

—En la plaza.....

Quedéme estupefacto, porque hay más valor en estas acciones en que, pretendiéndose dominar la naturaleza, se expone la vida, que en pelear en la pulpería por la copa ó por unos centavos. Estaba, además, por llover, y al imaginarme el porvenir que le esperaba á la noche, sentado en un banco de la plaza y bajo el furor de un aguacero, no pude, de asombro, decirle una palabra porque de buena gana le habría hecho algunas consideraciones. No me habría atendido, porque procedía por avaricia y la higiene no tiene ninguna influencia sobre ella.

Llegamos de noche á Gualeguaychú. Mis colonos fueron por su lado y yo por el mío. A las pocas horas se descarga una de esas lluvias entrerrianas, adornadas de relámpagos y de rayos, y al sentirme abrigado en el mullido lecho del Hotel, acordéme de mi valiente ruso, que estaría, según su programa, hecho un ovillo en un banco de la plaza aguantando el chaparrón. No pude dormir,—lo confieso,—más de admiración que de lástima, — por la muy simple razón de que hacía su voluntad y si era por avaricia, bien merecida tenía la aventura acuática.

Al día siguiente amaneció con sol, porque en Entre Ríos las tormentas se dan el lujo de parecerse á las de París: son repentinas, caprichosas, como si tratasen más de sorprender á la gente que de nutrir la tierra..... En cuanto me vestí, salí á la calle en dirección á la Escribanía, y ¡cuál no sería mi sorpresa al ver recostado contra un poste, frente á la plaza, á nuestro ruso, muy campante, fumando la pipa! Le reconocí de lejos.

Fué indudablemente el primero del pueblo en

levantarse, y seguro de su mala noche, le pregunté:

—¿Y qué tal?....

—Perfectamente.....

—¿Cómo pasaste la noche? ¿Dormiste bien?....

—Muy bien: dormí toda la noche y no me mojé.

Viéndome asombrado y que no comprendía su inmunidad, me explicó que se tapó con un gran cuero de carnero, con la lana para abajo, que trajo para colchón, dando vuelta parte sobre la baranda,—de manera que el agua corría admirablemente, sin traspasar el pellejo, y con la bolsa llena de comida por almohada, pasó seco y abrigado toda la noche. No sólo durmió, sino que hasta roncó; se había desayunado también, y reconocíase su satisfacción en su semblante alegre, risueño, dispuesto á todos los esfuerzos, mientras que yo, perseguido por su recuerdo, me lo pasé desvelado. Yo parecía ser más bien, por mi semblante trasnochado, quien durmiera en la plaza. Así pasa muchas veces, y es útil tener presente estos chascos, para no afligirse demasiado.

Al día siguiente paso por la plaza, - porque la plaza, en los pueblos pequeños, es el refugio de los forasteros, — y al divisarlo paseándose bajo de los árboles, me le acerqué. Aunque su característica era la risa, asombróme verlo tan risueño, porque no se había sacado la lotería. Había almorzado en cambio y se aprestaba á llenar su pipa, y estas funciones, después de tener salud y á punto de recibir una escritura que lo declararía propietario, eran para un espíritu sano, que se había desarrollado en la esclavitud, su delicia. Estaba relampagueante

de felicidad, y aproveché ese instante luminoso para saber lo que era una mala noche. ¡Me había equivocado de medio á medio!

—¡No hay tal!—exclamó.—En ninguna parte, bien tapado,—agregó,—se duerme mejor que en una plaza, porque hay aire libre, os levantáis al aclarar y saludado por un concierto de pájaros.

Respecto al aire libre, no hice mención, porque la gente de campo, acostumbrada á la atmósfera pura, preñada de ráfagas, tiene la manía de que se ahoga en la ciudad. «¡No hay aire!,»—como si nosotros pudiésemos vivir sin él,—pero los pájaros, indudablemente, no los tenemos dentro de las piezas.

—Las plazas no tienen más que un peligro: los ladrones; pero aquí estoy bien cuidado,—dijo, refiriéndose al centinela de enfrente, que hacía la guardia en la jefatura.

Se extendió en seguida en grandes elogios sobre las plazas.

—Si los hombres supiesen lo excelentes que son para dormir, vendrían aquí de noche.—agregó.

Mientras hacía su panegírico. no pude menos que decirme: «¡Estos, estos hombres sanos, fuertes, son los que necesitamos para que pueblen nuestros desiertos!»

*
* *

Al pasar por una chacra, vemos, bajo de los corredores, á unas mujeres y niños tristes, llorando. En la puerta del rancho se apiñaba la gente.

—¡Se muere el viejo Forkwiller!—díjonos un individuo que se paseaba por el alambrado.

«¡La muerte de un colono! Debo ver este cuadro.»—díjeme,—y bajé del sulky. Enseguida estábamos con Pedro en la pieza del enfermo entre la concurrencia, compuesta de su familia, nietos, parientes y colonos que había mandado llamar para despedirse.

Era un anciano de setenta y cinco años,—el primer colono ruso que pisó Entre Ríos; lastimóse una pierna con la segadora,—se la cortaron en el Hospital,—gangrenósele, y sintiéndose morir, hablaba en su idioma de esta manera, que un intérprete tradújome después.

—¿Qué os importa que las ciudades se rían de vosotros? Trabajad la tierra,—no hay mejor fruto que el de la planta regada con el sudor del rostro. Tal dice el Evangelio. ¡Somos los hijos predilectos del Señor! ¿Queréis más? Todo nos lo da el cielo: el agua que riega, el calor que germina, la luz que depura, el frío que sazona y la helada que endurece el grano, y si la seca, el granizo y la langosta nos devoran en una hora la fatiga y los anhelos de un año, es para que las ciudades, por castigo divino, se queden sin pan, — porque á nosotros la oveja nos sigue dando su vellón, la vaca su leche, la abeja su miel, la huerta sus legumbres y la familia su amor, con los que continuamos la vida sanos y felices, sin zozobras que turben el corazón, desde que el propietario y los acreedores, para quienes sería el dinero, esperan y esperarían siempre. Dios, por medio de la naturaleza, nos ha asegurado de antemano la existencia. No abandonéis el campo. El trabajo os brinda descanso y sueño reparador; el sudor depura el cuerpo; el amor fortifica el alma y las ráfagas disipan los sueños de la frente. Cre-

ced y extendeos en la comarca. Amaos para ser unidos y fuertes; respetad para ser respetados; cumplid primeramente con vuestros deberes para saber ejercer los derechos, y así seréis libres y valerosos. Yo os he dado el ejemplo: fuerte con los poderosos, he sido bondadoso con los débiles. He cerrado mis oídos á la intriga, — he aplastado la cizaña con el pie, y á la maledicencia le he opuesto el silencio. Tendréis entonces rosadas albas, mañanas frescas, días dorados, tardes apacibles y noches celestes y cristalinas; la luna os hará soñar desde el alero de la choza, en alas de la esperanza, con la fortuna, y los astros, en la noche densa, callada, calmarán el alma con efluvios de luz en la nostalgía y las inquietudes del porvenir. Sed justos, honrados y bondadosos. Así conocerán todos que sois cristianos é hijos, parientes y amigos míos. Que la avaricia no turbe vuestro corazón. ¡Dejadla para los desgraciados habitantes de la ciudad! Contentaos con ser felices,—con hacer el bien, que es el supremo goce,—y si eres una víctima de la injusticia, allá está Dios!..... El os premiará con las primicias de los elegidos. Perseguid á la langosta, la isoca y el bicho moro; no asustéis á los pájaros, para que rodeen vuestra choza y eduquen con sus cantos á los niños; dad el pienso al caballo, — palmoteadlo, —y sembradle cebadilla y avena en el otoño. Cuidad los viejos bueyes. Sería una ingratitud vendérselos al carnicero porque estén cansados, después que han arado toda la redondez de la tierra que abarca la mirada. ¡Todo se lo debemos á ellos! Dejad que mueran á nuestro lado y al cosechar el maíz, arrojadles la chala, qu tanto les place, á manos llenas! Orad, tened f

y esperad. El trabajo conquista el mundo, y el bueno, el cielo. Esta tierra es la más fecunda del orbe, la más sana, la más próspera y la más pintoresca; es la patria de todas las razas oprimidas y, como yo, no ceséis de llamar á los compatriotas para que se liberten en este suelo y aren sus vastas llanuras. Si hoy hay comisarios apaleadores y jueces venales, mañana habrá justicia y seguridad. Esta parte de América ha nacido, por su extensión, clima y fecundidad, para enriquecer con el trabajo. Os bendigo. Dios os guarde. ¡Adiós!—y al pronunciar esta última palabra, un síncope lo dejó sin vida, exánime.

Todos lloraron,—muchos sollozaron, y ¡qué coincidencia!—sentí, en ese instante, un ruído en el techo de paja, como si el alma del muerto, al desprenderse del cuerpo, se abriese paso,—y cuando salí afuera, sofocado, emocionado, parecióme que un jirón de nube que volaba en las alturas era el espíritu del viejo colono que ascendía.

La tarde había palidecido; hasta las aves estaban tristes y desfilaban hacia la higuera en que dormían, — y el sol, en homenaje á este muerto en el desierto, también moría en el horizonte con lágrimas de fuego. Pasada la impresión, estaba, contra mi sensibilidad, tranquilo, contento casi, porque me convencí de lo que siempre creí: que la muerte para un hombre honrado y virtuoso es sublime, divina. Aunque expiró rodeado de seres amados, nadie prorrumpió en imprecaciones, porque se habría creído ofender á Dios, que otorgóle todo: salud, felicidad y ancianidad, para recibirlo después en sus brazos.

Recuerdo que me dije: «morir bien es el pre-

mio de la vida virtuosa,»—pero estos cuadros, lector, sólo se ven en el desierto, donde el trabajo y el sudor fortifican y levantan el corazón del hombre.

*
* *

Quien se interne en las colonias deje en su casa las vanidades y miramientos sociales y prepárese á tratarse con la gente más humilde y harapienta. No se rebajará ni se humillará, pero tendrá que conversar con ella, darle la mano y soportar en silencio sus impertinencias inconscientes ó inciviles. Allá se ven juntos á los acreedores con los deudores, á los yernos con las suegras, y ante tal fraternidad universal, los gatos hacen las paces con los perros, los carneros siguen á los caballos y se reconcilian muchos pajarracos enemigos. Los animales caseros, á su vez, se toman con uno una inmensa confianza. Si estáis, por ejemplo, de visita en el rancho de un colono, se te acercarán las aves y aun los puercos; aquéllas picotearán á tu alrededor, y éstos te gruñirán; las gallinas, al volar de la mesa afuera, te pasarán las alas por el rostro; el perro pulguiento te ensuciará, el gato se te subirá en las faldas, y ¡cuidado con espantarlos:!—han venido á saludarte. Según el criterio campestre, recibes, en ese instante, el homenaje más honroso de la creación y destinado sólo á las visitas; debes, en consecuencia, tolerarlos, callarte, y si quieres agradar á sus dueños, mira á los animaluchos con ojos amorosos y de simpatía. Una caricia al perro ó una pasada de mano por el lomo del gato, sellarán tu fama de bien educado.

Y con motivo de representar estos seres á la naturaleza, cada vez que entraba en las colonias, cansado de los artificios de la ciudad, dejaba que se viniesen á mí y se tomasen confianza,—es decir, las aves caseras y los perros y los gatos,—nadie más. Por mi cuarto,—¡pufff!,—cruzaban estos animalejos, cuando dejaba, por el calor, la puerta abierta, ¡como si fuese un corral!, — y ¡cuántas veces el gato y una gallina colorada se me subían á la mesa mientras escribía!..... Voy á contaros al respecto el colmo de la confianza campestre.

Dormía cierto día la siesta, rendido y asoleado por un viaje que había hecho en la mañana. Soñaba que un rinoceronte me soplaba el rostro y me devoraba ya..... Abrí tamaños ojos, y ¿qué creéis que veo? ¡A un caballo!..... Los soplidos y resoplidos eran su aliento, y como su hocico baboso estaba sobre mi boca casi, le dí una manotada. Púseme de pie, y con los ojos bien abiertos, veo que no era un solo caballo el que estaba adentro, sino dos, tres, cuatro....: ¡media manada!.... La yegua madrina, con su potrillo y correspondiente cencerro, dirigía el asalto,—sí, porque era ya un asalto meterse una tropa de caballos dentro de una habitación.....!

Encolerizado, los arrojo con el látigo del sulky que estaba en un rincón. Huyen, rápidos, al campo, dejándome, por supuesto, el piso lleno de barro y bosta,—pero dos, un petizo y un ladero, no querían salir á pesar de espantarlos. Es que estaban comiendo, — y tú sabes que el alimento, lector, es lo principal para los animales. Trato de ver lo que tragaban y ¡horror!..... ¿Qué te imaginas qué era? ¡Manuscritos, originales de imprenta! Sin guardar más considera-

ciones, los espanto, irritado, á silletazos, á palos, á latigazos,—hasta que salen.....

Guachos, criados en las casas, asimilados á la vida doméstica, sugestionados por sus usos, eran capaces de comerse,—no digo papeles,—mi ropa, mis libros, mi persona, si me descuido, porque había en ellos tela aun para carnívoros. ¡Suerte que eran originales inservibles!

Al rato, un peón echa la tropilla al corral, y al querer coger precisamente los caballos comilones de manuscritos para atarlos á un carro, los nota raros, alborotados, y exclama: «¿Qué tienen éstos hoy?» Me fijo en sus ojos y, brillantes, relumbraban.

El peón, acostumbrado á tratar mal á estas bestias, principió, sin más trámite, á latiguearlos. Le explico, para calmarlo, lo sucedido,—y cambiando de actitud, se deshizo de los pobres animales, y poco faltó para que disparase de ellos. «¡Los papeles, los papeles!» — exclamó, disparando.

El pobre diablo creía que se habían tragado ideas y que estaban endemoniados. Lo llamé. Vino,—pero no quiso acercarse á ellos,—y solo explicándole que los papeles no tenían nada de sobrenatural, que eran como cualesquiera otros y que la inquietud de los caballos provenía simplemente de que no podían digerirlos, quedó tranquilo. ¡Caballos científicos, caballos literatos! ¿hase visto mayor disparate! ¡Sólo un cerebro campestre puede concebirlo!

*
* *

De mis intrusos quedó hasta ahora un viejo para cuidar una punta de campo, y el *canon* abonábamelo en pavos, patos, gallinas, huevos,

etc., etc., que tenía que volver á regalarles por carecer de cocina. Un día le pedí que suspendiera sus inútiles obsequios y que me trajera en cambio un venadito recién nacido. Le agregué que por donde él vivia habia muchos venados. «Están asustados. Antes su campo estaba lleno de éllos y bajaban á beber al arroyo de Los Bayos. Hace treinta años, cuando la gran seca, venían de madrugada en tropillas hasta las casas á tomar agua en el balde y charcos de mi pozo. Hay que buscarlos más afuera,»—dijo—y como si se le hubiese pedido el lucero del alba, quedóse pensativo y con la barba apoyada en el rebenque. «¡Tengo que ir á Las Ceibas!» — exclamó, yéndose cavilando para qué querría el venado.

Unos tienen perros,—otros, gatos. — aquéllos crían pájaros, para recibir, en cambio de cuidado, afectos sinceros, caricias y miradas puras. Un perro de San Bernardo, blanco, con manchas rojas, echado en la alfombra, es sin duda un espectáculo hermosísimo, lujoso, y un escritor no puede tener sobre su escritorio mejor compañero que un gato barcino durmiendo. Me diréis que el color negro es más bello,—pero es vulgar, — gato de viejas, — y yo os hablo de gato de hombre: bien manchado, rayado en las paletas,— un gato montés, un tigrecito; pero ambos animales contraen enfermedades contagiosas, de carácter infeccioso, — son sucios, pulguientos, y el perro está muy desacreditado por andar atrás de los degenerados y misántropos, ó, mejor dicho, desacredita ya.

Debido al actual servicio doméstico, que todo lo rompe, la vida debe simplificarse y reducirse á lo necesario. Es un perjuicio doloroso, porque el sentimiento estético se apaga,—pero peor es

ver cuadros, espejos y bronces hechos añicos por sirvientes que no han aprendido en sus tierras sino á cuidar cerdos; no obstante, el venadito se me asomaba de vez en cuando por la ventana de mi cerebro, llamándome con sus pupilas brillantes y encantadoras, porque así es el deseo: ardiente, insistente,—y me dije: «¡Esta es la ocasión de llenar el viejo antojo!» Yo lo iba á cuidar.

«¿Para qué lo quería?» ¡Para qué lo quería! Para criarlo, alimentarlo, cuidarlo y que me sirviese de perro. Viviría en el jardin de mi casa y, domesticado, se pasearía por los patios, subiría á visitarme á mi biblioteca, lo acariciaría, le pasaría la mano por sus dorados lomos, por su cálida y blanca barriga, le admiraría sus ojos de gacela, lo abrazaría, acercaría mi boca á su precioso hocico para sorber su respiración, me entregaría solo con él, en fin, al idilio más extático y amoroso. «¡Oh, delicia, cuando sentado yo en el sofá, teniéndole enfrente, con sus manos sobre mis rodillas, admirase su níveo pecho, su frente vivaz y espléndida cornamenta, crecida ya y enramada como un arbusto! Castrado, criaríase manso, grande, esbelto, brillante y sin su olor pestífero,—perdería la nerviosidad, los movimientos bruscos, salvajes,—poniéndose dócil, sociable! Tocar sus manos delgadas, delicadas, flexibles como el acero, con las que salta pajonales y dispara cual huracán, extasiarme ante su color ruano, verdaderamente ruano, que se apaga en las verijas,—¡qué delicia!—terminaba por exclamar, en mi prospecto fantástico, y de fruición se me hacía agua la boca.

Al entrar, cansado, á mi casa, ¿cómo compararía su recibimiento en el patio con el avance

rudo y grotesco del perro, que os ofrece una mancha por caricia! El, delicado, se limitaría á acercárseme; estiraría, á lo sumo, su perfumado y elegante hocico para que le diese un caramelo, y se contentaría con olerme la mano y sentir su calor,—y yo me sentiría feliz, con el alma límpida, después de las preocupaciones y discusiones de la calle, al ver sus ojos, su frente y sus magníficos cuernos. ¡Ver sus ojos!—¡verme en ellos, — porque las pupilas del venado son el espejo más cristalino! «¡Abajo los perros y los porteros, inútiles porque se duermen en los zaguanes y principian por arrevesar los nombres de sus amos!»—exclamé, en mi entusiasmo. No alzaba la bandera del venado popular, porque la bota de potro no es para todos, pero su crianza y compañía en Buenos Aires estaban resueltas en mi chirumen con el programa del trato más cortés y delicado. ¡Me envanecía cuando recordaba la impresión que sentiría algún amigo, al abrírsele la puerta cancel, ante su figura verdaderamente *distinguida!* Teníale elegido el nombre: ¡ Giaour !, en homenaje al magistral poema de Byron, — nombre corto, fuerte, como correspondía á un huésped aristocrático.

Al año de esta fantasía, — que se me esfumó en el cerebro, — entra Pedro en mi cuarto, y me dice: «Ahí está el viejo... Trae no sé qué cosa para Vd.» Erase una madrugada de Mayo, después de una gran helada, y yo estaba en cama algo resfriado y con la intención de dejarme estar en ella hasta tarde. «¡Viejo..! ¿Qué viejo será?»—me dije. «¡Que entre!» — le contesté á Pedro, practicando la democracia campestre. ¡Era el viejo intruso, el del encargo

aquél, ya olvidado! Se me acercó echando bocanadas de vapor de agua, tembloroso, alegre, envuelto en un poncho, y al desenvolverlo, me presenta un animalito..... Parecía un cordero.

— ¿Qué es esto? — le pregunté, echando el cuerpo para atrás, extrañado.

—¡El venadito que me encargó!

En el acto se me apareció el venado fantástico en la imaginación, pero como aquél tenía cuernos, no le hallé semejanza con el que se me presentaba. Se explicaba el caso: los venados, en su primera edad, parecen más bien corderos, cabritillos. Lo examiné. Tendría,—según me dijo el viejo,—un mes, y lo había castrado ya. «Desde que la naturaleza ha dispuesto que tengan tal apariencia cuando pequeños, así sea»,—me dije,—y le abrí los brazos, en recuerdo á mi viejo ensueño. Lo miré más detenidamente y, al través de mi delirio, principió á parecerme bello, bellísimo. Era manso, sedoso, le brillaban los ojos orientales y le asomaban las puntitas de las astas,—¡tal cual lo soñé! ¡Qué delicia! Dile al viejo las gracias,—lo puse entre mis cobijas, porque estaba transido de frío,—paséle la mano por la frente para adormecerlo y terminé en esa primera sesión por estrecharlo en mis brazos, exclamando: ¡Giaour, Giaour, eres mío, ¡cuánto no te voy á querer!

Desafecto á los perros y á los gatos, en cuanto me levanté, exclamé, frente al campo: «¡ya tendré un animalito á quien querer!» Le compré un collar y lo até bajo del corredor del patio. Allí estaba su pesebrillo, y en los instantes desocupados lo traía á mi cuarto para nuestros ensayos de sociabilidad. ¡Nada de campo! — le dije, — porque hablaba con él. No quería ni

que lo mirara y que, en cambio, viese casas, piezas, personas y todas las cosas de la vida civilizada, para que se olvidase del maldito desierto y perdiese los instintos salvajes. A sus movimientos bruscos, nerviosos y ansiosos de disparar, contestábale: «Chistttt!» — pasándole, como un evangelista, la mano por su sedoso lomo para serenarlo. ¡El azúcar! Os lo recomiendo, lector, como el mejor agente de domesticidad. Gustóle tanto que, en cuanto me veía, alzaba el hocico para que le diese un terrón, y por él me miraba con sus sublimes ojos y me seguía donde quiera como un perro. Era,—estoy seguro, — la causa de todo su cariño, — pero ¿qué me importaba que, en su fondo, hubiese egoísmo! Tenílo prisionero,—era mío,—se alimentaba, recibía la comida de mi mano,—era dócil, aseado,—se amansaba cada día mayormente, era sociable,—soportaba mis caricias, ponía sus manos en mis faldas y oía mis consejos. ¿Qué más podía esperar de un animalillo que, á no ser mío, andaría saltando por la paja brava! ¡Ya veis! Gané la batalla, y todo se iba preparando magistralmente para que ambos nos presentásemos en mi casa. Sólo entreveía una nube en mi esperanza: que mi esposa,—porque la esposa es el Congreso del matrimonio contemporáneo, —protestase al verlo entrar en mi compañía por la puerta cancel y exclamase: «¡Una excentricidad!»

El temor, como tú comprendes, lector, no era por mí, sino por él: joven y delicado huésped, que se le hiciese semejante recibimiento,—pero estaba seguro de vencer y vencer convenciendo, porque aunque muchas esposas dominen á sus maridos, con todo de estar relegadas á las

cuatro paredes de sus casas, creen siempre que el suyo es, por sugestión ó noble interés, el personaje más importante de la ciudad,—indudablemente para ellas. Desconfiado del sentimentalismo, no me atenía sino á un discurso que llevaba preparado, digno de Demóstenes, en que probaba, como tres y dos son *seis*, que el venado era la elegancia suprema de un hogar, necesario, indispensable y que suplía con ventajas al perro y al más despierto de los porteros,—y ya me parecía que bajaba en la dársena tranquilo, sonriente, con *Giaour* á mi lado.

Una noche, al llegar de una colonia vecina, voy al corredor, y no lo encuentro. En cuanto vi un pedazo de soga atada al pilar de hierro, me di cuenta de todo. «¡Se ha escapado!»—exclamé,—y el corazón redobló. «¿Y *Giaour?*»—me preguntaba inconscientemente, en mi pesar.

Le mostré entristecido á Pedro el resto de soga. y ante la rotura fresca, golpeó el suelo con el pie, haciendo un gesto de desagrado.

Comprendí que todo estaba perdido, porque era como agarrar el viento, el huracán, una exhalación, el relámpago.

Inquirí. La mayor parte de los moradores de la casa dormían, y los otros nada sabían. Lo que pasa siempre en estos casos: ¡nadie sabe nada! Más que la ignorancia, me sublevaba la indiferencia, la indiferencia con que me contestaban. «¡No sé!»—me decían. Parecían idiotas.

No me afligí, porque sabía que después aparecerían los cuentos é infaltables chismes. Así fué: al día siguiente, uno me dijo que un perro lo había asustado,—otro, que un gato,—aquél, que lo notó muy nervioso y exaltado á la tarde, en fin, decidí no revolver mis sesos buscando la

misteriosa verdad. ¿Para qué? No había ya objeto. La curiosidad, por otra parte, á cierta edad ha desaparecido, y me bastaron la soga rota, su pesebrillo solitario, los restos de su comida y sobre todo mi corazón vacío, para saber que había partido, — que se había huído..... para siempre,—porque, «¿quién lo agarra ahora!»— me dije.

Vino el instante de la culpa. Me la eché á mí mismo,—«porque le puse por nombre *Giaour*, que, en turco, significa infiel, que predecía esta desgracia!»—me dije,—y sentí que el venadillo disparó en mi fantasía, tumbando ánforas, candelabros de bronce, zafiros indianos, jaspes, caballos árabes, circasianas, maderas perfumadas y mármoles y tantos otros bienes estéticos y amados, creados en los delirios para encantar esta vida desolada. ¡Ah, pero *Giaour* existió,— fué real, positivo!, — y para convencerme, me asomé al patio y divisé la rotura de la soguita, tan fresca como mi dolor, y me pareció una flor negra, muerta.

Me puse á pensar. Dejé abierta la puerta del cuarto, porque me imaginaba que, arrepentido, volvería. «¿La huída era de mala fe?» Era la palurda pregunta que, en mi sinceridad, me hacía, para, en tal caso, no sufrir,—y me fuí á la otra pieza á consultarle á Pedro, más por conversar, por consolarme, porque creíalo especialista hasta en venados y sobre todo en venados escapados, pero, feliz, dormía como un lirón, rendido del viaje. Cuando, por no sufrir, pensaba en otra cosa, parecíame que lo olvidaba, que lo había olvidado ya; sufría entonces doblemente, porque lo sentía aún caliente en mi espíritu, y volvía á consolarme con su recuerdo,

tanto más cuando me imaginaba que podía cogerlo, volverlo á ver y que era nuevamente mi compañero..... A cada ruido, me parecía que venía solito. Dormí sobresaltado muy poco.

Al día siguiente todos me preguntaban: «¿Y *Giaour?*»—no sé si inocentemente ó en sentido de pifia. Lo cierto es que la pregunta era terrible, porque su nombre me traspasaba el corazón. «¿Por qué no disculparlos?»—me dije al fin. — «Todos le querían; era el encanto de la casa!» Del tamaño ya de un perro de terranova, tenía dos pequeños ramos de cuernos. «¡Qué edad para perderlo!»—exclamé. Me acordé, por último, de un dominó azul que, en un baile de máscaras de mi juventud, asustóse de un escándalo en el teatro y se me fué de entre las manos, dejándome, después de una noche de fuego, embriagadora, en el antepalco obscuro, soñando con sus ojos profundos, dientes marfilinos y voz arrobadora, solo..... hasta ahora,—con la diferencia de que á él sí habíame propuesto cogerlo á todo trance. Paseábame, mal humorado, por los alrededores de la casa, riéndome interiormente de los que me preguntaban por *Giaour*, porque me decía: «¡Ya lo verán otra vez!»—y en cuanto se levantó Pedro, comuniquéle el proyecto de ir en su busca. «¿Era lógico que, abrigando por él tanto afecto, lo dejase así?»—me pregunté. «Era,—le dije á Pedro,—lo mismo que abandonarlo».

Pedro era,—como tú sabes, lector,—mi asesor campestre, y,—no sé si por no discutir,—fué, al fin, de mi opinión.

En cuanto amainó un poco el sol, salimos acompañados de dos gauchos, en busca del venado. Ellos iban armados de lazos y boleado

ras, porque no había otros medios para cogerlo. Yo también iba á caballo, de jefe, como autor de esta partida de caza, para echar pelos en la leche.

Galopamos diez leguas en todas direcciones, y como nos dijeran por San Antonio[1] que esa mañana habia pasado una tropilla de venados en dirección á la costa del Gualeguay, regresamos para ir allí al día siguiente. Salimos en cuanto aclaró. ¡Espléndido día! Encontramos por los caminos varios gamas y venados; en un monte, cerca de San Antonio, vimos una tropilla, — á medio día, en el bajo de una cuchilla, otra,—después, otras tres más. En ninguna lo divisamos. Estaba de ello seguro, porque lo habría reconocido á la legua, cual á un hijo. ¡Bueno fuera que no, después de cuidarlo y alimentarlo ocho meses con mis propias manos!

Cansados, con los caballos sudados, y, sobre todo, desanimados, íbamos ya á darnos por vencidos, cuando, á la tarde, lo diviso entre otra tropilla, disparando como un relámpago. «¡El es!»—les grito. «¿En qué lo reconoce?» —«¿No le ven el collar?...—Arrastra todavía un pedazo de soga...!» Los gauchos no se engañan nunca con la vista, y al cerciorarse de mis afirmaciones, se entusiasmaron.

Picaron espuelas á sus corceles, y volaron en dirección á los venados. No tenían nada que hacer y, por mi sugestión, tomaban el asunto á lo serio. Ya les parecía que lo agarraban, y tal convicción me alegraba. No había más medio que las bolas. A fuerza de rebenque lograron

(1) Río del Departamento de Gualeguaychú.

ponerse á tiro. Arrojó uno las bolas,—¡nada! En seguida otro, ¡le erró! Yo iba detrás,—pero corriendo también. Siguió la persecución. Llegó un momento en que la tropilla, rodeada de alambrados y chacras, no pudo avanzar más por temor de las poblaciones. La cercamos. Los dos gauchos corrían, y yo y Pedro atajábamos. Uno de aquellos tiróle otra vez las bolas... ¡Volvióle á errar!,—pero exclamó: «¡Va manco!» Sin duda de alguna pisada de los otros ó de un golpe de bola. A Pedro se le hace el campo orégano,—avanza y le hace otro tiro; erra, y el otro gaucho, al verlo cruzar en su dirección, lo corta y le arroja el lazo.

Bastóme verlo dar en el aire una vuelta para atrás y comprender que era prisionero,—y me dirigí allí, á todo rebenque. Al llegar tropecé y rodé.... Me enceguecó una nube de polvo..... No supe más... Sentí solamente que caí sobre él y que uno de sus cuernitos me traspasó el corazón. «¡Muerto!»—me dije, entre el estrepito, la sangre, el golpe y el polvo.... Y desvanecido, cerré los ojos, no dudando que fuera él, en esta vida de ingratitudes, quien me mataba.

Cuando los abrí, me encontré, como Mazzeppa, bajo de una choza, en cama y rodeado de amables campesinos. Pedro velaba, por supuesto, á mi lado. Recordé inmediatamente lo pasado. Asombréme de no hallarme herido, y comprendí que todo no había pasado de un desvanecimiento, ignorando si fué de horas, de días, de un año ó de un siglo. Sentí que había tenido mucha fiebre y, por el silencio de la gente y la actitud seria de Pedro, que estuve mal. Quedéme en el lecho, y á la tarde Pedro díjome que tuve delirio y que, de su cuenta, púsome

sinapismos y ventosas en la nuca. Tenía un dolor de cabeza que me aturdía aún. «¿Y la herida?»—me pregunté, revisándome el cuerpo, porque insistía en buscarme sangre.—«¡Todo no ha sido sino una impresión fantástica al caer!» —me dije,—porque me vi con mi misma ropa interior y no tenía una sola mancha... de nada.

Al día siguiente despertéme descansado, bien, y sentado en la cama, púseme á reir. ¿Qué sería, lector, de la vida, y sobre todo de la mía, tan perseguida por fantasías, temores y decepciones, si el alma, después de los errores ó barbaridades, no amaneciese clara y radiante! Tendríamos todos,—creedme,—la figura del Doctor Vélez Sársfield ó la del más agrio espantapájaros, tiesa, dura, fría, sombría, amenazante. A carcajadas reíme, apretando la almohada, por que me acordé de un antiguo cliente, un octogenario, que se pasó los últimos años de su vida persiguiendo y trayendo á su lado á su bella y joven mitad con quien cometió el error de unirse. Idéntico papel hacía yo desatendiendo mis negocios é internándome en los pajonales bravíos tras de un venadito ingratón, que no quería ni verme, que detestaba la civilización y que pudo fácilmente ocasionar mi muerte... Por supuesto, todo esto dicho sólo á mí mismo, porque la gente que me rodeaba, juzgando mi tarea por las consecuencias de la caida, seguía creyendo que se trató de un asunto serio y muy racional. Pobre, sencilla, todas sus novedades, dentro del pequeño mundo èn que estaba encerrado, se referían á terneros, corderos, etc., etc.,—de manera que semejante aventura con un venado era digna de toda atención y de costear las veladas del mes,

La humanidad es mejor de lo que la creemos: bondadosa, hasta infantil, cuando mira las cosas al través del sentimiento. Seguí haciéndome, seriamente, el convaleciente, porque á lo ridículo *no hay sino un paso*, y si Pedro pizpaba una sola carcajada mía, no contaría con su sincero auxilio hasta regresar á mi cuarto y para cuantas ocurrencias urdiese mi fantasía en lo futuro. «¡Yo debí hacer caso á mi sueño!»—exclamé, reaccionando. En efecto, lector,—desde que vi hace años en sueños á Stendhal con sus anteojos, barba á lo Rawson y demás rasgos característicos, sin haber tenido antes por delante su retrato, me guío por ellos, y no debí ir á perseguir á Giaour entre los pajonales y tropillas de gamos, porque en la noche de su huida soñé que lo alcanzaba en una cuchilla, y al bajar, rápido, me decía, entre otros, con su cabecita rubia: «¡No, no!» ¡Bien distinguí sus dorados cuernitos! Recuerdo que, lamentándose de mi obstinación, exclamaba: «¿Por qué me quiere? ¿Para qué me quiere? ¡Vaya un antojo! ¿No hay bastantes cuernos en Buenos Aires?» Yo debí pensar en otra cosa ó encargar otro venadito, desde que el sueño me hizo entrever entre sombras la excursión,—que no eran sino las nubes de polvo de la terrible rodada!

Supe después que estuve tres días en cama. Al despedirme, agradecí debidamente á tan buenas gentes su generoso trato, y Pedro, al salir, me señala un cuero que yacía estaqueado en el suelo. Por los cuernos, todo lo comprendí: había muerto estrangulado por el lazo! No era para menos: dió un salto para atrás de más de veinte metros de alto! Su pescuecito no era para tanto... ¡Con razón vislumbré su ojo

blanco, de ahorcado, que me miró como implorándome auxilio!

—¿Y él?—preguntéle á Pedro, pálido, compungido...

—¿La carne?—querrá Vd. decir.

En efecto, sólo á ella podía referirme.

¡La carne! ¡La carne!,—era todo lo que quedaba de él.

Pedro encogióse de hombros,—por no decirme que fué banquete de los perros,—y mientras envolvía el cuero, seco ya, para que lo llevase y convirtiese, como un recuerdo, en tapiz de mi biblioteca, me volví á enternecer al ver en cuánta triste realidad se había convertido en un instante la fantasía de tantos años! Cuando se trata de fantasías que tienen sus raices en el corazón, así no más no se desvanecen, porque las risas que oíste, lector, no fueron sino espasmos nerviosos, relámpagos en la noche del dolor. El sentimiento, entre tantas fulguraciones, es lo único que queda en el alma, para honrarla y dignificarla, y hoy mismo, al poner los pies en el cuero de Giaour, saboreo el encanto de su recuerdo y subo seriamente con la fantasía en su persecución las cuchillas doradas por el sol y atravesadas por tropillas de venados ruanos, de pupilas cristalinas y cuernos relucientes.

*
* *

En Entre Ríos hay tan espléndidas y valiosas estancias como en la provincia de Buenos Aires, —pero que las describan otros,—porque yo sólo me ocupo—como sabes, lector,—de lo extraordinario bueno ó ridículo de estos pagos, desde que nada es más vulgar que cualquiera, en mi

lugar, se apeara ante una buena, valiosa y llena de todos los adelantos y refinamientos modernos.

Una tarde entrábamos á pernoctar en una del Tala, porque se nos había mancado el caballo. No vimos animales de trabajo en la tranquera, pero sí arreos por doquier, y en los alambrados y en el pasto, hilachas de lana,—signo inequívoco de que no se curaba la sarna de las ovejas. Un italiano, de rostro bondadoso y lleno de muecas, era el mayordomo, y nos recibió muy afablemente. Después de llevarnos á la pieza donde debíamos dormir, para que dejáramos las mantas, salimos afuera. Habíamos notado ya muchos gatos, demasiados. En las piezas y corredores disparaban como exhalaciones. En el comedor, vimos sobre la mesa más de una docena tomándose la leche de una fuente y haciendo, cual monos, una porción de pruebas por sorberse la que había en varios jarros y vasos. Fuimos, impresionados por este espectáculo, entre gatos que brotaban de todas partes y huían de refilón, á un vasto galpón.

El mayordomo nos llevaba allí para que lo admirásemos, porque era indudablemente lo mejor de la Estancia,—por no decir lo único serio. No encerraba sin embargo sino restos de maquinas, cachivaches, bolsas vacías y restos de lana sucia.

—¿No siembran nada?

—No, señor.

—¿Y la majada?

—Allá está,—exclamó, con cierto desprecio.

Entretanto los gatos pasaban, corrían y se subían por los pilares á los parantes y al techo; se descolgaban,—se dejaban caer,—aullaban,—

se peleaban, se escurrían, andaban en tropillas; —hasta volaban... No podían hacer más.

Inefable y radiante placer denotaba el rostro del mayordomo, mientras yo estaba azorado, estupefacto, porque en mi vida había admirado gatería semejante, ni imaginádomela siquiera..... Como el espectáculo se prestaba más á la broma, no pude menos de preguntarle si había quinientos gatos.

—Nó, señor,—habrá cuatrocientos.....

Como nos contestaba seriamente, nos miramos con Pedro.

Aquello era el colmo. «¡Vivir para ver!»—exclamé. Creyendo que fuese alguna representación gimnástica que me dedicaba, le pregunté si siempre estaban los gatos tan juguetones.

—¡Siempre, señor!—y agregó: El gato es un animal admirable. ¡Muy pocos lo conocen!...

No puse en duda esto último, desde que muchos genios desconocidos dicen lo propio de sí mismos, ni tampoco que el mayordomo no nos llevara allí sino para que admirásemos á los gatos, porque era el campo de sus brillantes proezas y habilidades,—y me expliqué entonces el desprecio con que se refirió á la majada cuando le inquirimos su paradero.

Afuera volvieron á asombrarnos..... con su abundancia, con sus variados colores, con sus pasadas, con sus disparadas... Donde quiera que íbamos se escurrían. Pasaban como ráfagas. No había vientos, sino gatos.

Estaba escandalizado. Averiguamos del patrón, y resultó que era un Abogado de la Capital Federal, que estaría, en ese instante, absorbido por sus embrollas y la política. «¡Dónde se ha

visto—mé pregunté—italianos de mayordomos de Estancias?»—porque hay nacionalidades refractarias á ciertos oficios. Todo lo hallábamos lógico..... con el dueño, porque no hay peores industriales y comerciantes que los doctores.

A la noche el mayordomo, á fuer de galante, nos visitó en nuestro cuarto y principió á hacernos una disertación sobre los gatos. Se deshacía, con su nerviosidad, en muecas, por demostrarnos que el gato era el animal más útil, inteligente y amigo del hombre. Hablaba un idioma, mezcla de español é italiano, en que todas las palabras terminaban en i: *ei gati ei uni animali* etc., etc. En cuanto se fué le dije á Pedro:

—Estoy seguro de que este italiano no le ha hecho construir el galpón al dueño más que para los gatos.

Al día siguiente al despertarme, parecióme la estancia y los gatos, con la luz del día, uno de los tantos sueños extravagantes que demuestran la preexistencia en el cerebro del *microbio* de la locura. Al salir afuera notamos á la gatería, quizá por el fresco de la mañana, más nerviosa, entusiasta y agitada,—y pasaba escurriéndose por todas partes, volando.... Para mí, había, en el fondo, algo peor: el mayordomo estaba demente,—porque sólo en tal estado se explica que pospusiera las ovejas á los gatos, para que se apoderaran completamente del establecimiento y se convirtieran en sus niños mimados. ¿Pero cuál de los dos, en tal caso, estaba más, ¿el mayordomo ó el dueño?—me pregunté. Al menos el dueño merecía, por dejar sus intereses en tales manos, esos perjuicios, porque hay estancieros que ¡no sé para qué tienen estancias!

*
* *

Al regresar de esta excursión nos encontramos en la puerta de mi molino con el viejo Cepeda, aquel viejo filósofo de que hablo en la página 44. Venía con no recuerdo qué cuento del tío, y luego de escucharle pacientemente, hablamos de las numerosas estancias inútiles y perjudiciales para sus dueños, porque la anterior no era la primera que hallamos.

—¡Los puebleros...!—exclamó,—porque para él la causa del mal estaba en su dueño, y á los puebleros los paisanos los consideran, en el campo, unos verdaderos inservibles.

Y le referí la gatería que acabábamos de contemplar.

—Yo he visto á otro pueblero, —agregó, — que no tenía su estancia sino para cuentos.

A los pocos años de este diálogo, nos tomó cerca del Tala, una lluvia torrencial, mezclada con piedra. ¡La suerte que era siquiera de día! Te imaginarás, lector, yendo en sulky, la poca gracia que nos haría. Anegados, en un momento, los caminos, y enturbiado, por el aguacero, el espacio, no tuvimos más que parar; el caballo tampoco podía andar más y, agachados, tapados con las mantas, sufrimos el agua y las pedradas, por que tales son en Entre Ríos estos adornos encantadores de las lluvias. En cuanto paró el agua nos dirigimos á la primera población que divisamos.

—¡Las Pavas!— exclama Pedro, al bajarnos.

Entramos, desensillamos, y recibidos galantemente por el mayordomo, churrasqueamos y descansamos. Al otro día amaneció garuando, y por el mal estado de los caminos, seguimos

bajo de aquel techo. *Las Pavas* era el nombre de la Estancia, y Pedro, luego que dió su vuelta por las casas, me dice:

—Aquí están todos enojados: el mayordomo con el capataz,—el capataz, el mayordomo y sus familias con la cocinera,—ésta con los peones,—los peones con aquéllos y viceversa; son diez enojos multiplicados por diez, y cada individuo vive y come aparte, hablándose solamente lo necesario para las tareas.

—¿Será la estancia de los cuentos? — le pregunté á Pedro, agregándole lo que me dijo el viejo Cepeda.

—¡La misma! — exclamó.

El dueño vivía en Buenos Aires. Antiguo empleado jubilado, la heredó de sus padres; nunca ponía los pies en ella, porque creía, de lejos, gobernarla mejor. En cambio, la inundaba de correspondencia, y en los dos días que pasamos allí vimos al peón encargado de ir á buscar el correo llegar con un montón de cartas, que repartía, una para el mayordomo, otra para el capataz, —una tercera para la cocinera, una cuarta para un viejo peón.... ¡Había otra hasta para un muchacho!.... Cada uno, después que abría su carta, salía con ella, muy orgulloso, por supuesto, á un sitio apartado, y la leía atentamente, tanto más que en cada una él le decía al destinatario que era el depositario de toda su confianza y le pedía que vigilase al mayordomo, al capataz ó á la cocinera, y así á todos, recíproca y sucesivamente. Era el mejor medio,—se comprenderá,—de relajar la disciplina y de convertir á todos, mutuamente, en espías. Del desgobierno vino la anarquía, y era de verlo al pobre mayordomo, que tenía cara de

bueno, andando solo, entre su personal airado, viniendo á consolarse á cada rato á nuestro lado. Caímos, para su estado psicológico, como del cielo, y, triste, suspendía continuamente su conversación para exclamar: «¡Así es la humanidad!» Estoy seguro de que si nos quedamos un día más entra en expansiones con nosotros, y nos habría contado detalles divertidísimos, que abrillantarían hoy este cuadro, — pero ya te imaginarás, lector, con tu experiencia, lo que me habría referido! Nos fuimos en seguida,— porque no podíamos tardarnos más, — y él nos acompañó hasta la tranquera, quedándose melancólico y diciéndonos con su pañuelo colorado: «¡adiós, adiós!»

Don Floripondio llamábase el dueño,—porque así debía llamarse, — y criado desde niño en las oficinas, conservaba la Estancia, al verse jubilado, nada más que para continuar su vida de intrigas y de chismes. A esto él llamaba, con aire triunfante, la politica aplicada á los negocios. Tenía razón en no haberse deshecho de su Estancia, porque, sin campo para continuar su manera de vivir, se habría vuelto loco, y la salud y el juicio están en primera línea. ¡Aquí sí podía repetirse: «La costumbre es una segunda naturaleza!» Sabiendo que había estado en su malhadada Estancia, fué á visitarme en cuanto llegué. ¿Creéis acaso que me preguntara cómo estaban los campos, cómo se presentaban las cosechas ó si había llovido? ¡Qué esperanza!; — si había ido el correo, si habían recibido todos sus cartas, — qué decían, — si el mayor- lomo se hablaba con el capataz, — si el mucha- ho hacía los mandados, — si..., en fin, bagatelas or el estilo!

Le dije lo que vi: que llegó la correspondencia, — que cada uno recibía sus cartas — que las leían..,— y al ver que, con mis generalidades, no satisfacía su curiosidad, principió á hacerme preguntas concretas. No pudo sacar más de mí, y aunque hubiese sabido, me habría callado, porque soy poco afecto á estimular vicios. Inclinó su frente entonces,— púsose grave, serio, y parecióme oirle exclamar: «¡Me han robado la carne!» Sí,—yo y Pedro, según él, habíamos comido de balde en su Estancia, es decir, no le pagué con sus amados chismes la casual y ruda hospitalidad que nos brindó su mayordomo, y poniéndose macilento, se levantó y se despidió de mí, como diciendo: «¡Más aceite da un ladrillo!» Nunca olvidaré la cara de desencanto que puso este desgraciado, porque vino voraz, angurriento de chismes. En su casa, á su vez, sus alegrías ó sinsabores no provenían de las buenas ó malas cosechas, sino de las noticias que recibía de la estancia: que la cocinera, por sus órdenes, hubiese dado pésima comida á los peones, — que el muchacho la hubiese desobedecido, — que el mayordomo siguiese más enconado con el capataz, ¡oh, qué delicia!, brincaba de placer,—y ¡oh, amargura!, cuando los efectos de su política le resultaban contraproducentes!

¿Qué tal la chismografía! — y sobre todo ¡qué útil, qué productiva, eh? ¡Ah, cerebro!, ¿vives de locura ó de juicio?....

*
* *

¡Basta! — porque, si continúo, este libro resultaría demasiado voluminoso, y no faltarán otros escritores que, con mejores facultades, completen

estos *Cuadros* de los trigales solitarios, llevados á ellos ya por negocios ó simple espíritu de observación. Tú entretanto, lector, los completarás con la fantasía, — y si sois un radical pueblero, verás cuán diferentes son las colonias del campo y de la Estancia y que se abre un mundo nuevo á nuestro país incipiente y próspero. Si Colón, con sus naves, descubrió el nuevo mundo para redondear el planeta, las inmigraciones del viejo han abierto, con sus arados, otro en nuestro territorio, para llenar otras necesidades no menos científicas y fundamentales. Y como cada mundo tiene, por sus usos, costumbres y vida peculiares, su literatura propia, tengo la satisfacción de ser su precursor y quien arrojara en nuestro vacío intelectual la primera piedra. ¡Lo que he visto en el campo!, — á una lechuza bailando en los alambres del telégrafo, á ancianas de setenta años unidas con mocetones de veinticinco, á un cura convirtiendo en letrina la plaza pública de su pueblecillo, etc., etc.!

Lo que primeramente llama, en este mundo, la atención, es el silencio,—lo que prueba que se está verdaderamente dentro de un mundo,— é inmenso como el desierto mismo, sólo es interrumpido, en las buenas cosechas, por los ecos de los cánticos de los colonos en los caminos y las justas expansiones del alma. En el otoño y el invierno no se oye, en medio de las lluvias y de las nieblas fecundas, más que los volidos de algunas aves errantes, como que la naturaleza, empeñada en su proceso generador, está muda, sombría, para después, á los resplandores universales del sol, derramar, en todas direcciones, sus ríos de trigo, tan valiosos como si

fueran de oro. Este bosquejo de las colonias puede aplicarse á todas las demás de nuestro país, porque, excepto más ó menos frío ó calor, todas son iguales, por estar pobladas por las mismas razas que hablan las mismas lenguas y poseen iguales costumbres.

«¿Y la colonia? ¿Cómo se llama?» Púsele el nombre *Florida,* no en recuerdo de la calle que aplanan nuestros mocitos, sino porque forma parte de los famosos campos *Floridos,* que arrancan de Gualeguaychú para morir en el Uruguay. Respecto á la colonia, se está formando,—ha producido ya miles de fanegas de trigo y lino, y dentro de pocos años más será, principalmente por sus elementos, una de las más civilizadas de Entre Ríos. Esta es mi íntima satisfacción, aunque, comercialmente, haya sido para mí un mal negocio, por haber tenido que vender las chacras, debido á la langosta, las malas cosechas y la crisis, por la mitad del precio de su costo, á largos plazos é inseguros, porque no se viene al mundo sólo á ganar dinero, sino también á hacer el bien y favorecer con el trabajo el progreso de la época.

Entre Ríos es una de las provincias argentinas más fructíferas. Sin las inundaciones de la de Buenos Aires, tiene, en las costas de sus dilatados ríos y arroyos, magníficos campos de ganadería, y lo demás, que es su mayor parte, es incomparable para la agricultura, y posee, donde quiera que se encaje la pala, una capa de tierra negra de 1,50 metros de espesor. ¡Parece increíble! De clima algo tropical, es perseguida por la sabandija, — la langosta llega con frecuencia, — las lluvias y las secas son desparejas, desproporcionadas, y cuando la co-

secha está espléndida, aparece en Noviembre una helada ó granizo que la desbarata; todos estos males constituyen su desgracia,—pero en todas partes se está expuesto á las inclemencias del tiempo! Lo que más reclama, por el momento, es el gobierno que merece, para que se pueble con prontitud y facilidad y la justicia y la seguridad contribuyan á la formación de su riqueza. Mucho se espera del presente,—pero bajo el actual régimen federal, ni la agricultura ni la ganadería tomarán todo el impulso que debieran.

«¿Y Pedro?» Le enseñé á escribir, á copiar, —á dirigir cartas por sí solo,—á hacer boletos de venta, á recibir señas, á sacar certificados, á traer los compradores á la Escribanía, á revisar las escrituras y alistarlas para mi firma, en cambio de numerosas advertencias y consejos útiles que me transmitió para darme vuelta en el campo y de tantos cuidados afectuosos que no olvidaré jamás. Nos completamos mutuamente con nuestros conocimientos respectivos, y hoy es un hombre en toda regla, de mundo y libre de la estafa contemporánea, es decir, completo, porque posee la sabiduría sugestiva del campo y la teoría de la ciudad. Con mi trato solamente, además de progresar como en un ambiente social superior, me había, sin quererlo, copiado, resultando, por el contagio de las ideas, de los sentimientos, de las maneras y de los ademanes, otro yo, y causaba en los que lo conocieron antes cierta hilaridad. Este es un fenómeno admirable y profundamente cierto. Lo he observado muchas veces, y no lo explico ahora para asombro del lector, porque necesito más bien acortar este libro. Baste decir que

una vez un explorador se acercó á una cabaña que yacía dentro de un bosque para solicitar un baqueano; salió un negro viejo, quien le dijo: «Bueno, *te* prestaré mi hijo.» Fuése con el negro joven, que no había visto, criado en su selva, otros hombres blancos, y el explorador notó á los pocos meses que tenía sus mismas maneras y ademanes.

«¿Se ha fijado cómo le ha tomado los puntos al *Dotor?*»—decían todos, para ridicularizarlo. No había tal; la transmisión, como en el caso anterior, se había operado inconscientemente. Este fenómeno, en la soledad, es común; el ser superior absorbe al inferior, y como he notado al efecto las cosas más sorprendentes, me veía en él, con toda indiferencia, como en un espejo, con todos mis gestos y movimientos. ¡Mi copia, mi reproducción!,—pero eminentemente más simpático, porque carecía de mi expresión triste y ceño arrugado, que llevo como una maldición en señal de protesta de esta época de subversión de hombres y de cosas.

Cada vez que llegaba de regreso á la Capital, lo primero que hacía era meterme en el baño, porque, sugestionado por el trigo, creía que tenía hasta la epidermis cubierta por él. Quedaba límpio de polvo y paja, y después del descanso consabido, con el alma tranquila, sombreada apenas por algunos recuerdos que bien pronto se deshacían, — pero al mirarme al espejo, me parecía que se me había quedado clavado en el ojo un grano de trigo. «¿Será la niña, que se me habrá torcido?»—me decía. Me miraba nuevamente: nada. Me hacía mirar,—y nadie me veía nada. Sin embargo, imposible me era no creer que no estuviese allí, clavado, porque

principiaba á sentirlo..... Seguía así, molesto y molestando, hasta los pocos días en que me olvidaba, porque todo era sugestión. ¡No era extraño! Era una consecuencia natural, después de tanto vivir entre trigo. De noche soñaba con él. Era yo una especie de bolsa de trigo, interior y exteriormente, que pensaba y caminaba por poseer cerebro y piernas, — y si no fuera por las distracciones del trabajo y de la vida social, ¡quién sabe si, como tantos maniáticos, no habría creído que un grano de trigo realmente fué á parar á la pupila! ¿No se ha visto, por la idea fija, cosas peores! Yo conocí un dispéptico que vivía melancólico, porque creía haberse tragado una lombriz que le devoraba hasta sus jugos gástricos. ¡Basta, basta!

SEGUNDA PARTE

I

Todos los que leyeron las anteriores páginas me preguntaron después: «¿Y Pedro?» Pedro los había impresionado más que las colonias, que el colono, que el trigo, que cuanto esperamos de la prosperidad del país. «¿Y Pedro?» «¿Lo amaban más que á aquéllos?—No»,—les había llamado más la atención,—he ahí todo.

El deseo de satisfacer esta curiosidad me decidió á agregar esta segunda parte.

Después de formar la colonia me quedaron todavía algunas chacras, y como las ventas fueron á plazos de varios años, unos pagaban en dinero y otros en trigo. Esto significa, en lenguaje comercial, que seguía ligado á ella, que tenía que volver al áureo mundo. Todos los veranos, después de la cosecha, iba allá á recibir las cuotas devengadas y muchas veces en invierno por alguna escrituración urgente. Iba á parar á mi molino, es decir, vuelta á desocupar las piezas de cachivaches, á limpiarlas y á amueblarlas nuevamente. «¿Y Pedro?» Pedro me esperaba en la Estación. Terminadas las

excursiones, nuestra existencia era menos andariega y campestre: yo me quedaba en mi molino y él se iba á la colonia á llamar á los colonos para arreglar cuentas; nada más, y todo se reducía á la tarea de cobrar y recibir dinero. Principiaba á cosechar yo también los frutos de mis afanes. Así son las cosas. ¡Se acabaron las excursiones por campos desconocidos, que no fueron, al fin, sino paseos! No se pasea solamente por la calle de la Florida; se pasea también por la inmensidad, porque en vez de luz eléctrica, la baña el sol, la luna, y la solemniza la música de los pájaros. «¿Y Pedro?» Pedro, entretanto, estaba á unas pocas leguas de distancia de allí, en la Estancia *Las Saladas*, domando potros, y de vez en cuando se aparecía en las poblaciones vendiendo hacienda, para, con comisiones, mejorar su pasar. «¿Y Pedro?....»

Comprendo tu interés, tu curiosidad, lector. Me prueban que eres observador, y tienes razón. Pedro era, verdaderamente, un ser simpático. Sano, ágil, inteligentísimo, ¿era un gaucho? No. ¿Un compadrito? Tampoco. De origen gaucho ó, más bien, paisano, crióse en poblado; era el tipo genuino del orillero paisanito de los pueblos de campo, y sin familia desde que nació, viéndose obligado, en busca de la vida, á ser andariego, vividor, sagaz, astuto, era ya, en plena juventud, un diccionario de experiencia. ¿Cómo no se hizo vicioso? He ahí la primera pregunta que uno se hace en cuanto le ve. Más tarde, cuando lo conocí íntimamente, vi que su virtud era más frialdad de alma, incapacidad de apasionarse por nada bueno ó malo... que conveniencia inspirada en sus propios intereses. No tenía inclinación á la bebida y menos á apoderarse de lo

ajeno, tan común esto último en el campo entre la gente volandera, y causábame satisfacción la buena fama que tenía á su edad. Preguntar por él en aquellos pagos era hablar de un amigo de todos, con rasgos de caudillo.

Otro era su vicio, ó, mejor dicho, su tendencia, porque todavía,—lo repito,—no tenía ninguno. Puro como una gota de agua, pude, sin embargo, en la intimidad, palpar su alma fría y dura, fría y dura como una piedra. No le conocí ningún afecto. No quería á nadie. Ignoraba quiénes eran sus padres, y nunca tampoco se preocupó de averiguarlo. Si alguna vez, en un momento de solitario recogimiento, se lo preguntó á sí mismo, se contestó con un encogimiento de hombros. «¡Cada uno es hijo de sí mismo!»—es decir, de sus acciones,—se diría. Por mí no tenía sino adhesión, fundada en su propio interés, y si decía que, por defenderme, se haría matar, contesto que lo mismo haría por un extraño ó por un perro, porque deliraba por pelear. ¿Carecía de corazón? Poseía,—como todos los mortales,—este órgano dentro del pecho,—pero no para los sentimientos,—sino para la fisiología de su organismo. Poseía la psicología del verdadero gaucho, y sin familia, crióse sin afectos, libre como el pájaro y airado ante el egoísmo humano. No conocía hogar, ni voz de madre, y sin hermanos ni amigos, todos fueron extraños para él, y trabajando desde niño para ganarse el pan, la frialdad del mundo terminó por congelar su alma. Esta fué su coraza para penetrar en él, defenderse, y su fuerza también. ¿Tenía razón? Tal vez, desde que la experiencia nos enseña que los afectos se fundan en el interés y que el amor no es al fin sino egoísmo!

¿Eran más generosos los demás? ¡Cuántas veces no lo vi arriesgar la vida en defensa del más débil! Después, en el trato íntimo, vi que su frialdad era la de la espada: el reflejo de su valor temerario. Solo, librado á sí mismo y tan joven, le era necesario en el campo para hacerse respetar. En las ciudades habría sido, con instrucción, un caudillo político, y en los tiempos de la anarquía, el paisanaje, en los desiertos, se habría agrupado, con sus chuzas y banderolas, á su alrededor. Tenía el temperamento del caudillo, que domina con su salud, con su agilidad, con su coraje y ejemplo, á nuestras masas inorgánicas. Era, á mi juicio, como debía ser un hombre en su ambiente, y no tenía más que un defecto: ser demasiado ligero de mano, es decir, que á las primeras de cambio echaba mano á la cintura, y tenía que reprimirlo y después sermonearlo. ¡Era joven todavía! Felizmente, nunca le sucedió nada grave en pro ni en contra, porque infundía respeto con la palabra ó el simple ademan.

«¿Y Pedro?» Voy á él. Desgraciadamente, lector, tengo que daros muy tristes noticias. A fines de 1903 llegué á la colonia, y al bajar en la Estación, no le vi á pesar de hacerle un telegrama. «¿Y Pedro?» Yo también pregunté por él. ¡Entonces sí que le busqué ansioso! «Se ha ido á la Revolución!»—me dijeron. Había estallado hacía algunos meses otra vez la guerra civil en la vecina orilla, y se incorporó á sus filas. No me puse á cavilar por qué me abandonaba, así como á sus quehaceres, siendo argentino, porque sabía que le arrastraba una fuerza superior: la pasión por pelear, que constituía su idiosincrasia. Felizmente para mí, sus

servicios no me eran ya indispensables,— pero acostumbrado en esa soledad á su compañía, le extrañaba. Y era inútil que preguntara por él, porque se ignoraba á qué bando se había plegado, y continuamente en marcha sus ejércitos, sólo nos llegaban las noticias de sus batallas ó combates, eso sí, siempre sangrientos.

Varias veces le vi, desde mi molino, en su elemento, como un pez en el agua,—pero me de sagradaba verlo mezclado en una guerra civil extranjera, porque sobraban orientales para intentarla é incendiarla. Por otra parte, no sé qué voz interior me decía que aquel teatro de operaciones militares no era buena escuela para él, y á prestar sus servicios en nuestro país, habríame felicitado por su destino, porque había nacido para la guerra. La humanidad está aún, moralmente, tan atrasada, que es una carrera matar al prójimo, y, llenándose de sangre las manos, se asciende y se adquieren brillantes posiciones..... «¿Y Pedro?»,—porque no cesaba de preguntar por él, y entre el cúmulo de mentiras contradictorias que ruedan en las revoluciones, llegábanme á mis oídos sus actos de valor, que, en mi fantasía paternal, los acogía y los agrandaba con afecto. Ciertos ó inciertos, los repetía á todos, cayéndoseme la baba, y todos me miraban y exclamaban: «¡Qué contento está el *dotor!*», porque, en efecto, ya que él me había abandonado por su amor á la guerra, mi consuelo era que llegase á ser un héroe.

Al año siguiente, á fines del invierno, recibí una carta de él, en la que me decía nada menos,—después de referirme generalidades de la campaña, — que ya se hallaba en *Las Saladas* «¿Cómo estaba?—¿cómo le fué?—¿fueron cierta

todas las proezas que oí de él?—¿lo hirieron?» Nada me importó de estos decires; estaba vivo, de regreso, y ello me bastaba para estar contento. En mi rostro se notaba la alegría, tanto más que en seguida tenía que ir á la colonia para unas escrituraciones y rectificar las mensuras de unas chacras. Así fué, — á los pocos días le hice un telegrama anunciándole mi llegada. No era mi criado; era mi *Secretario,* aunque campestre; «¿por qué, entonces, no me habia de ser permitido abrazarlo?»—me dije— «No recuerdo si alguna vez Don Quijote abrazó á Sancho,»—me contesté, porque no intentaba regirme por las pragmáticas de la caballería. En cuanto entró el tren resollando, cansado, en la Estación, saqué, con aire de indiferencia, la cabeza por la ventanilla, y allí estaba, parado, esperándome. De lejos divisé, entre los grupos del andén, su figurita. «¿Cómo te va, Pedro? — ¿cómo estás?»—le pregunté, no pudiendo dejar de darle un medio abrazo.

No podía más, por la gente que estaba delante, y también por él, que, por frialdad ó respeto, aparecía tieso, y aunque era más propio que yo lo abrazase á él primeramente, no era social que el público nos contemplase abrazándonos. Las conveniencias sociales, ¡cuántos sentimientos no reprimen! De buena gana lo habría abrazado á Pedro, estrechándolo contra mi corazón; nadie lo quería más que yo, y él, en su frialdad, á nadie apreciaba más que á mí,—pero ¿qué es la vida misma sino una eterna transacción con nuestros mismos sentimientos?... Apreciar, era su verbo,—amar, no, ni querer, tampoco, y cuando hablaba de mí, decía que me apreciaba. Su corazón no daba para más. ¡Ah,

Pedro! Muchas veces me desesperaba su frialdad, y como el mundo es hijo del rigor, he comprendido después que ella, más que la afectuosidad, conquista la simpatía de las gentes. Cuando oigas, lector, que fulano ó zutano tienen muchos amigos, ten seguro de que, si no van á ellos por el interés, son seres más bien tiesos que expansivos.

Fuimos al molino, y se hizo cargo de la *Secretaría.* A la noche, estando solos, á la luz de la lámpara, me dijo, mientras tomaba yo una taza de café, que, apenas estalló la revolución en la otra orilla, conoció á un coronel oriental en Gualeguaychú, que había ido á reclutar gente y comprar caballos, y que se plegó á él.

—¿Te plegaste entonces á los revolucionarios?

—Sí.

¡Qué más tenía que saber! Sabía lo suficiente para explicarme el génesis de su partida. En seguida, conversando, me dijo que entró de soldado y que, en el primer combate, lo ascendieron á sargento; despues fué alférez, y un comandante de reclutas de la campaña lo eligió, por su sabiduría campestre, su ayudante. Aunque se trataba de grados sin carácter oficial, habría seguido subiendo, subiendo hasta quién sabe dónde, á no ser una herida que recibió en un combate y que lo obligó, para curarse debidamente, á refugiarse en la frontera del Brasil. De allí, una vez sano, se vino, escurriéndose, hasta Paysandú, donde pasó á Corrientes y bajó por el Uruguay.

Los quehaceres que me llevaron esa vez á la colonia me detuvieron más de lo que creí, y para olvidar la soledad y las horas invernales de la noche, tirábale de la lengua para que me

contase las peripecias de la guerra y especialmente las en que hubiese sido actor. Ya sabéis que era callado; costábame sacarle las palabras; contóme sin embargo, entre las hecatombes y hechos sanguinarios de nuestros vecinos en sus guerras civiles, rasgos personales de su valor temerario, que me describían su espíritu heroico y afecto á las hazañas. Como si no le diese importancia á sus relatos, arrastraba perezosamente la lengua y, después, se callaba. Notélo muy delgado, pálido y ojeroso.

—¿Has estado enfermo?—le pregunté.

—No,—no tuve sino la herida que me llevó al Hospital.

Estaba más silencioso, cabizbajo y triste. Cuando se distraía, su semblante tomaba una expresión ceñuda y áspera. Todos, en cuanto le vieron, notaron su cambio físico y moral. En cuanto á lo primero, no extrañaron: salía del Hospital, herido, que es lo mismo que enfermo, ¿pero la tristeza..!, porque Pedro, aunque nunca fué jovial, era un alma entera, fuerte, que repulsaba y arrollaba todas las contrariedades. «¿Qué será?» «¿Alguna pasión?»—se decían.

En el campo, la gente es poco observadora, y entregada á sus rudas faenas, bien pronto le olvidó, tanto más que le veía en pie, andando en sulky y de un lado para otro. Pero yo, que le tenía á mi lado, notaba la diferencia con el Pedro de antes. Y lo peor era que su demacración y melancolía aumentaban. «¡Este muchacho está enfermo!»—me dije. «¿Algún amor?»—y en seguida deseché tal idea, porque era incapaz de amar á nadie. Unirse á una mujer, tenerle aprecio,—como él decía,—casarse aún con ella, todo lo comprendía,—menos sufrir. Era, vuelvo

á repetirlo, una organización refractaria á todo afecto.

Dormía en la pieza contigua á la mía, y oí que soñaba á menudo. Llamóme la atención, porque tenía el sueño profundo de los hombres valerosos, que viven con su espíritu tranquilo. Y al día siguiente levantábase más pálido aún. Comía poco, aunque él era muy frugal. Era una constitución tan privilegiada, en medio de su delgadez, que bastábale un vaso de agua y un pedazo de pan para vivir sano y fuerte. Y volvía, á la noche, á soñar. Y los sueños eran cada vez más agitados.

A pesar de que era inaccesible á la bondad, me le acerqué un día con suavidad; me puse á hablarle de cosas indiferentes,—después, de la vida,—en seguida, de la salud, y así, poco á poco, de lo que mayormente pudiera interesarle, hasta que, poniéndole la mano sobre el hombro, le dije:

—Tú estás enfermo, Pedro...

Me miró, y no me respondió nada.

II.

Seguía adelgazándose, pálido, durmiendo intranquilamente y con sueños agitados.

Estaba yo una tarde, fastidiado, porque unos colonos no venían y me impedían regresar, cuando oigo los acentos de una guitarra. Amo mucho este instrumento... en el campo,—tanto cuanto me es intolerable en la ciudad,—pero los eternos preludiadores me la han hecho tomar horror. No conozco, hasta ahora, sino preludios, como si no se pudiese tocar nobles piezas en sus cuerdas. Cuando me invitan á oirla, me

pongo á temblar, si no puedo evadirme... Pedro la tocaba muy bien, pero nunca la tomaba en sus manos. Estaba, como he dicho, mal humorado..., y la guitarra, primeramente, me serenó, —después, me iluminó el alma, el rostro... Era música verdadera, era, sobre todo, Pedro, y bastaba que fuese él, para que me inclinase á escucharlo.

La guitarra, indudablemente, es el instrumento del alma; es el más subjetivo, y el que la toca, vase, cuando está abatido, á ella; la abraza y le arranca las notas más íntimas. ¡Qué sones oí esa tarde! ¡Nada de preludios! Como que él deponía, en ese instante, su alma en las cuerdas, los acentos eran líricos é inspirados. Sus sílabas vinieron, como dorados pajarillos, á anidarse en mi corazón, á sensibilizarme, á herirme, porque en seguida me enternecí. Y para colmo, Pedro púsose á cantar. El canto, en la guitarra, es su complemento, porque el artista la toma en sus brazos para confiarle sus penas, é, involuntariamente, abre los labios y canta. La guitarra no es sino un instrumento, y quien toca es el alma, que se siente arrastrada á cantar también. Me puse atentamente á escucharlo, por si podía desentrañar de sus cántigas la causa de su dolor, porque Pedro, consciente ó inconscientemente, sufría..., no había duda. No he oído en mi vida endechas más tiernas y melancólicas. ¡Nada de amor! «¡Raro...!»—me dije, porque el paisano, si no está realmente enamorado de una dulcinea de carne y hueso, crea, como el inmortal manchego, una, fantásticamente, para dedicarle sus pensamientos. A ella van, llámese con el nombre más poético ó el más vulgar, sus ansias amorosas, sus ensueños,

sus esperanzas y sus desencantos de hombre y de patriota. Todo era abstracto, diluído en una triste filosofía. Se lamentaba,—pero se lamentaba, más que de la vida y del destino, de sí mismo. Siento no recordar sus versos, que eran, seguramente, improvisados, porque rebosaban de inspiración. Eran unas verdaderas lágrimas.

Al sentir una pausa, no pude detenerme; me levanté y me fuí hácia él, que estaba en el fondo del corredor, con la idea de congratularlo. Ignoro si pensaba no tocar más,—pero lo cierto es que, en cuanto me vió, dejó la guitarra. A la noche, continuó con los sueños; me desperté,—encendí la vela para escucharlo; se calló; apagué la luz, y después de un silencio sepulcral, exhaló, tras movimientos agitados, acompañados de murmuraciones y rechinamientos de dientes, unos quejidos profundos, dolorosos, tristísimos, que me dejaron helado entre las sombras. Parecieron que salían de un sótano, de un enterrado vivo. No me animé á prender nuevamente la vela, porque creía que lo iba á ver muerto, cadavérico, delante de mí, en el suelo. El dormía, en efecto, en el suelo, y al día siguiente, en cuanto abrí los ojos, fuíme á su pieza.

Se levantaba, debido á su estado físico ó moral, más bien tarde, y allí lo hallé, en el suelo, despierto. Le pregunté cómo había pasado la noche, y como para él todo era lo mismo, es decir, no había, en este mundo, nada bueno ni malo, se calló, como diciéndome que lo ignoraba. Pero sentía los ensueños, las pesadillas, porque estaba displicente y con más disposiciones de seguir en cama, ¡él que se levantó siempre antes que el sol y que era, en todos los pagos

un ejemplo de actividad! Pedro tenía un rostro blanco, de líneas correctas, finas, que le infundían suma delicadeza y, con la palidez, estaba doblemente bello. Sus ojos castaños, inmensos, rasgados, que nunca despidieron fiereza, estaban, por su debilidad, cristalinos, y en cuanto me vió, me miraron, á falta de palabras, con simpatía, con amistad, hasta con afecto!

—Hace frío...—me dijo.

Hacía frío verdaderamente, tanto más que había llovido días antes. Esa noche había helado.

Ardía yo en deseos de preguntarle qué tenía, como un principio necesario para emprender la curación,—pero él mismo comenzaba por ignorarlo. Y estaba, sin embargo, enfermo. Lo veían todos los que lo conocían, porque su estado físico y moral contrastaba con lo que fué antes de partir, y su rosto, su mirada, su carácter, su modo de ser, su vida, eran las de un ser verdaderamente enfermo. Pensé en tercianas,—pero no tenía chucho, y en infecciones. Como había estado en el Brasil, preguntéle si no había dormido en sitios pantanosos. Me contestó que no, agregándome que no tenía nada. Y estaba enfermo, bien enfermo. Saltaba ello á la vista, tanto que su inconsciencia sólo podía explicármela por un estado de demencia.

¿Estaba loco? Tampoco; pero podía,—como cualquier hijo de vecino,—enloquecerse, mucho más él, cuyo cambio total de modo de ser acusaba, en su vida y maneras, signos melancólicos sintomáticos de una demencia incipiente. «¡Pobre Pedro!»—me dije. Le hice traer mate. Tomó. Le ofrecí un cigarrilllo, porque era el único vicio que tenía. Me lo rechazó con un gesto de repulsión. No sabía, en esa soledad, desde que

no quería conversar, con qué agradarlo, con qué entretenerlo.....

—¿No fumas ya?—le pregunté.

—Sí...—me dijo,— pero un sí que equivalía, á la vez, á un no, como diciendo: «Fumo y no fumo»,—es decir, de vez en cuando, cuando me place.

Indomable,—incapaz de ser dominado ni aun por el cigarrillo que amaba tanto,—no extrañé su respuesta, tan conforme con su espíritu fiero y severo, y me puse á hablarle de Buenos Aires. El espejismo de la vida social de la gran ciudad, le desagradó más bien. Pedro habíase criado en el campo y, como el gaucho, teníale horror á la ciudad. «¡Torpe!»—me dije, porque era como figurarme que un venado se hallase á gusto en el jardín zoológico. Le dije entonces que su viaje daría lugar á que fuese reconocido por uno de nuestros mejores médicos.

—No estoy enfermo...—me contestó.

A la noche volvió á rechinar los dientes y á hablar fuerte entre sueños. Me estaba ya acostumbrando á mí papel de enfermero, cuando, desvelado, encendí la vela. Estaba leyendo un estudio crítico de Chasles, y de repente oigo un barullo en la pieza de Pedro. Me levanto, en ropas de dormir, entro, y era Pedro que se retorcía en convulsiones. Aunque me dieron más bien ímpetus de disparar, porque soy un cobarde para estos casos, hice de tripas corazón y me fuí sobre él. La nuca se le dobló para atrás, revolvía los ojos y el rostro se le congestionó.... Me acordé de que en los accesos de epilepsia se recomienda empaparles á los pacientes la cabeza con agua; tal lo hice con una esponja, en cuanto sintió el frío, quédose sosegado, c

llado, con los ojos cerrados..... ¿Qué fué? ¿Un acceso de epilepsia? No, porque no padecía de ella; tal vez de eclampsia ó de algo semejante..., pero no extrañé en el primer momento tan brusco acceso, dado su estado. Diré más aun, sin dármelas de curandero: lo esperaba ó cualquier manifestación por el estilo, porque su temperamento nervioso estaba trabajado por alguna afección, que bien pronto atacaría el cerebro. Se le traslucía.

Al ver que dormía, destroncado, como recuperando las fuerzas nerviosas perdidas, me dije que el caso había terminado por el momento, y me fuí á dormir, ó, mejor dicho, á mi cama, porque ¡qué iba á pegar los ojos después de lo sucedido! En cuanto me tapé, exclamé: «¡Ahora sí que soy enfermero!» Fueron convulsiones,— no había duda. Al percibirlas, quise llamar á alguien,— pero los dependientes de la tienda estaban lejos y mientras acudieran, Pedro podía golpearse. Después me felicité de asistirlo solo, porque las gentes, á favor de la ignorancia... y de la maldad, habrían creído, por el carácter cambiado, que se trataba de algún acceso de demencia. Me callé decidido cada vez más á guardar secreto, comprendiendo, por otra parte, que Pedro necesitaba ser examinado por algún médico.

Allí, en ese destierro, hubo años anteriores un curandero. En ese instante el boticario hacía de tal. Consultarle el caso, era hablarle en griego. Preferí, por el momento, dejar las cosas como estaban, ocultándolas, en lo posible, aun del mismo Pedro, con todo de que creía que algo práctico debía hacerse. Al levantarme, fuí á su pieza. Dormía. «Perfectamente, — que duer-

ma.» — me dije, reconociendo que, por el momento, no podía tener mejor benefactor que el sueño. Levantóse tarde, y sin ganas de salir afuera, sentóse en una silla, en la puerta de su pieza, á tomar el sol.

A la tarde, en vez de pensar en comer, púsose en cama. Toméle el pulso; no tenía fiebre, — pero seguía desencajado, abatido, callado. Era inútil que un médico lo visitase, porque aunque su estado fuese simplemente nervioso, no vería, dado el nivel de la ciencia, nada, nada, hasta que no apareciesen síntomas más característicos. Le daría entretanto, después de echarme un discurso de literatura médica, bromuro de potasio. Sabiéndolo de antemano, le hice preparar, de acuerdo con el boticario, una poción de él, conteniendo agua de azahar, y le di unas cucharadas. Pensaba sin embargo, si no se mejoraba, llamar al mejor médico de Gualeguaychú ó del Uruguay ó traerlo de esta Capital, para someterlo á prescripciones médicas. Me había acompañado varios meses de largos años en la soledad, — le debía muchos consejos é ideas campestres, — me había cuidado, y estaba decidido á hacer por su salud cuanto estuviese en mis manos, ni más ni menos que si fuese un hijo mío. ¿Qué me importaba que no me quisiese? Tampoco quería á nadie. Me apreciaba, — como él decía, — y estaba seguro de que, entre todos los mortales, yo era su predilecto. ¿Qué más podía esperar yo? Tal lo había producido la naturaleza. «¿Son más afectuosos los demás?» — me dije. — «Cubren su egoísmo con el manto dorado de sus demostraciones y palabras hipócritas, mientras que él, por su sinceridad, descubría su frialdad. Y su frialdad

no era egoísmo,—sino el brillo del valor del hombre temerario nacido para luchar y desafiar todos los peligros,—siendo capaz de exponer por un perro la vida, que es lo más precioso que se posee. No había en fin, — agregué, — más que la diferencia que existe entre un ser franco y uno de los tantos farsantes del mundo.» — y me decidí á no abandonarlo.

— ¡Me duele mucho la cabeza! — exclamó al rato.

A la noche llegáronnos los ecos del desastre de Massoller y la muerte del caudillo Saravia. «¿Qué dirá Pedro? ¿Los lamentará?» — me pregunté. Y pensando largo tiempo sobre este punto y las marchas que siguieron, desde su separación, los ejércitos beligerantes, me dije: «¿Cómo es posible que Pedro, habiendo nacido para la guerra, los abandone?» ¡Que cayó herido!, — ¡pero sanó! «¡Los hombres como él, — agregué,—no se retiran de las filas de la causa que han abrazado hasta no vencer ó caer completamente!»—y me decidí, en la mejor ocasión, á interpelarlo.

A la mañana siguiente notélo, después de un sueño más apacible, relativamente tranquilo. Dile otra dosis de bromuro de potasio, y después de un largo introito sobre la *importancia* y *encantos* de la referida guerra civil y del *brillante* porvenir que le podría tocar dadas sus cualidades guerreras, en caso de vencer los revolucionarios, le dije que no me explicaba su repentino regreso. Me había escuchado en silencio, sosegadamente; no me contestó una sola palabra, quizá porque me hallase razón ó cayese en una especie de sopor. Estaba con la cabeza recostada en la almohada, boca arri-

ba, y alargando repentinamente los brazos con las manos abiertas, en señal de mostrarme las palmas, exclamó:

—¡Vea....! ¡Le tengo asco á la guerra!...

No vi nada.... Creí, por otra parte, que se había vuelto loco repentinamente...

—¿No ve las heridas? Son puntazos de cuchillo.

Tomélе las manos y tenía en las palmas, efectivamente, unas heridas, cerradas ya y casi invisibles. No me daba cuenta de ellas, es decir, de lo que significaban y mucho menos de su repugnancia á la guerra. Esta sí que no me entraba....

Cayó nuevamente en cierto adormecimiento, y sacando fuerzas más de su voluntad, —porque parecióme que quería expandirse conmigo,—me agregó, sacándose el pañuelo de seda del pescuezo:

—¡Vea....!

Vile, en efecto, un tajo en la nuca, cicatrizado ya.... Como su herida fué de bala en un muslo, le pregunté:

—¿Otra herida?

—¡Sí, —pero ésta fué de degüello...!—exclamó, dejando caer nuevamente la cabeza sobre la almohada.

«¡Degüello,—degollado!» — exclamé para mí, creyendo más bien que deliraba. Volví á tomarle el pulso, sin que me sintiese. No tenía fiebre «¡Está rendido!» — me dije, — y lo dejé reposar.

Yo salí afuera á tomar un poco de aire. Estaba, por las emociones sucesivas, fatigado, y paseándome bajo de unas acacias blancas, seguía pensando en tan sangrientas palabras, impenetrables para mí. Cuando regresé á su lado, lo

hallé despierto, bello, atrayente, tierno. Nunca lo vi más dulce. Me miró, y tomándome la mano, me dijo:

—Patrón: ¡Juré vengarme!,—¡debía vengarme..! —y volvió á adormecerse.

Como á pesar de estos desfallecimientos quería expandirse conmigo, díjele:

—Cálmate, cálmate,—y cuéntame todo, despacio. Tú sabes que soy tu mejor amigo y que te quiero....

Apretóme la mano, en señal de correspondencia de afecto, y continuó:

—En cuanto estalló la revolución me encontré con el Coronel...., que andaba por este departamento comprando caballos. Hice relación con él; me tomó á su servicio; le mostré en las Estancias las mejores caballadas; atravesamos todos, con los animales, el río, y al llegar á Paysandú, me pidió que lo acompañase en la patriada. No me hice rogar, y formé como soldado en sus filas. Antes de incorporarnos al ejército de Saravia peleamos varias veces con descubiertas ó fuerzas que encontrábamos en el camino. Cuando llegamos á él, yo ya era, después de ascender á cabo y sargento, oficial distinguido. Estuve en las batallas del Cordobés, de San Marcos y en numerosos combates. Después de la batalla del Cordobés,—un coronel de la campaña, que acababa de incorporarse con su gente, tomó relación conmigo y me eligió su ayudante. Nos separamos del grueso del ejército para regresar á Paysandú, á fin de proteger el desembarco de unas expediciones, y en una descubierta me tomaron prisionero con diez hombres que iba mandando. Nos llevaron en dirección á unas taperas, donde nos hicieron

echar pie á tierra. Nos ataron los brazos; se pusieron á matear, y en vez de convidarnos, principiaron á degollarnos. Les increpé, sublevado, su acción, y el ayudante, un hombre alto, melenudo, me cruzó la cabeza de un rebencazo, y me colgó por debajo de los brazos de la reja de una ventana. Ya habían degollado seis de los nuestros. Me descolgaron de la ventana para degollarme. «¡A ése degüéllenlo por la nuca!»—gritó el ayudante. Estaba el verdugo ejecutando su tarea, en medio de mi resistencia y de mis insultos. Me tenía con la cabeza entre sus rodillas, y el ayudante, indignado por mis improperios, empuja al degollador, exclamando—«¡Así se degüella!»—con la intención de continuar él la salvaje acción. En esto se oye en el espacio el eco de un clarín. «¡Atención!»—dijéronse todos, y acto continuo se precipitó sobre nosotros un jinete que venía á la carrera. Ciego por la polvareda que levantó, sólo nos vió cuando lo tuvimos encima. Al rayar el caballo, dió á gritos á su gente la orden superior de unirse á un regimiento del gobierno. «¡Ahí viene Saravia!»—agregó. Era un teniente en comisión, y fué el fantasma que me salvó á mí y á dos compañeros, porque ya habían degollado dos más. ¡Nos salvamos por falta de tiempo para que nos degollasen! Nos desataron para que montásemos á caballo y pudiésemos galopar á la par de ellos. Estaba empapado en sangre; me chorreaba á borbotones y, para contenerla, me puse en el pescuezo la misma faja de los brazos. Así disparé, prisionero, junto con los que nos prendieron. El otro prisionero era un mozo oriental, dependiente de una casa de comercio de Montevideo.

—¿Y los puntazos de las palmas de las manos?

—Son del cuchillo de mi degollador. Cuando á alguno de estos verdugos les cae un oficial, no lo degüella de pronto: juega antes con él como el gato con el ratón. Me puso contra una pared con centinelas de vista, que, en cuanto me hubiese movido, me habrían fusilado; tenía aún las manos libres, y aprovechando mi indefensa actitud, me principió á torear. «*Defendéte.*» — me decía, tirándome una puñalada al pescuezo. Por supuesto, abría las manos y se las ponía por delante. ¡El cobarde me clavaba! Una vez que llegamos al campamento del ejército gubernista, no vi más á mi compañero. No sé qué sería de él. A mí me tuvieron en calidad de prisionero, y un joven cirujano, viendo la sangre que me corría del pescuezo, me lo cosió de lástima. No sé qué amor tienen los degolladores, ó los que presumen de tales, á los pescuezos de los prisioneros. Casi todos los que pasaban á mi lado me decían, con acento de sanguinaria lujuria: «¡Qué pescuezo!» Algunos me lo acariciaban. A oficiales, que, por su jerarquía, debían estar libres de semejantes apetitos feroces, se les hacía agua la boca,—pero, para honor de las armas, eran sólo algunos, que denotaban, por las fachas, sus almas desalmadas. Vínoseme la idea de escaparme, y á los pocos días, en un encuentro sobre el río Negro, pude irme con los blancos. Argentino, para mí eran iguales los blancos que los colorados; con cualquiera de ellos habría servido con idéntica pasión ó sin ninguna, de la misma manera,—pero no me era lo mismo ser prisionero que voluntario en las filas que abracé, y en las que se me trataba con simpatía. ¡Qué casualidad:—¡caí entre mis compañeros de Pay-

sandú! Vivía con la idea de vengarme del ayudante aquél, melenudo; no desaparecía de mi cerebro, y en una descubierta que hicimos una mañana cerca de Mercedes, lo reconocí... Eramos pocos: veinte hombres, más ó menos, de cada parte. Los arrollamos, por nuestras mejores posiciones; huyeron; los perseguimos, porque teníamos mejores caballos; yo iba á rebenque doblado tras de mi ayudante, y conseguí bolearle el caballo..... Allí no más rodó,—y me vengué.....!

Excitado quizá por la narración, que lo retrotraía á su vida de peligros, recostó nuevamente su cabeza sobre la almohada. El pulso se aceleró, y le noté, en ese instante, un poco de fiebre,—fiebre más bien nerviosa.

Durmió largas horas. A la noche, después de darle más bromuro de potasio y un poco de leche, me senté al lado de su cama. Me tomó nuevamente la mano y prosiguió:

—Patrón: juré vengarme y me vengué....! ¡A mí no se me cruza el rostro con el rebenque,—no se me abofetea!.....—y me contó cuánto vió é hizo en la campaña.

Habló cerca de una hora.....

«¿Qué me dijo?»—Después te lo contaré, lector, despacio, porque no quiero que juzgues sus acciones por tu primera impresión.

III.

Yo me quedé, lector, después de lo que oí de sus labios, pálido, atontado, inconsciente... Marchaba casi arrastrando los pies, sin saber donde iba, como si se me hubiese ido el alma. Parecía una víbora que hubiese perdido el veneno. Era, por el momento, otro enfermo.

Pedro siguió más tranquilo. El sueño había calmado sus nervios, y sus expansiones conmigo dejáronlo más tranquilo,—pero á media noche volvió á tener convulsiones.

Me levanté, — lo asistí, y después quedóse como la vez anterior, rendido. A la mañana siguiente llamóme la atención, cuando abrió los ojos, su silencio. Me miraba con ojos cristalinos y no hablaba. Cuando le preguntaba algo, me contestaba más bien por un gesto. Parecía un mudo.

Comprendí que debía ponerse bajo asistencia médica. Cuando estaba en el molino no recibía, para estar más en su ambiente, diarios de la Capital. Sólo permitía que me visitase un periódico semanal, titulado *El Noticiero,* que salía los lúnes en Gualeguaychú, y en el último número había leído que se hallaba allí uno de nuestros mejores médicos. Le escribí inmediatamente, y ¡qué casualidad!... él tambien quería verme para consultarme sobre unos campos que venía á comprar y que estaban situados cerca de mi colonia. Vino; lo vió á Pedro,—lo examinó detenidamente; como no tenía tren de regreso hasta el día siguiente, se alojó esa noche, á falta de hotel, en mi molino; oyó, de noche, sus sueños, y al despertarse, volvió á reconocerlo, y antes de irse, diagnosticando, díjome:

— ¡Nervioso!—y escribió una receta.—Puede darle de esta bebida una cucharada cada tres ó cuatro horas. Que se distraiga, que tome mucha leche y que duerma bien y mucho.

— ¿No hay algo de cerebral?

— No veo nada, y los demás órganos andan bien.

Le hablé de su cambio de vida: que, de *Se-*

cretario mío, se había convertido, de la noche á la mañana, en militar,—que, obedeciendo á su temperamento, había arrostrado todos los peligros de la guerra.....

—Quizá esta nueva vida haya operado también un cambio en su constitución..... — ¿No afirma Vd. mismo que ha nacido para la guerra?.....

— Sí, doctor.....

— ¡Nervioso!... Déle no más esa bebida; que se distraiga y duerma bien, y desaparecerán todos los síntomas inquietantes.

Le acompañé á la Estación; de regreso leí la receta..... «¡Bromuro de potasio!» Tenía agua de azahar. Nada más. ¡Lo mismo que yo le receté. ¿Su opinión?—me preguntaréis. No me diagnosticó nada, echándome, en cambio, el discurso consabido de *literatura* médica.

Y, en el fondo, tenía razón: no se veía nada específico, y no era adivino.

«¡Los médicos—exclamé al regresar al molino,—con el pretexto de que no son adivinos,—no ven más que nosotros!—«Si no se ve, se debe, en estos casos delicados, presentir. ¡He ahí el tacto del médico!»—me dije,—porque yo presentía y el tacto del médico debe ser superior. Casi me dijo que Pedro no tenía nada. Es que éste esa noche no tuvo convulsiones, y, abatido por las de la noche anterior, durmió relativamente bien. Después que el médico se marchó, le hallé razón: él pronosticaba científicamente, y yo, con la fantasía fundada en el sentimiento, creaba peligros. «¡Si él fuese enfermero y amigo de Pedro como yo, sentiría lo mismo!» — exclamé, ¡El sentimiento es un puente que arroja la imaginación para atravesar los mundos desconocidos!

En una palabra, el corazón siente como el cerebro piensa, y ante los presagios, se encoge en su nido á manera de un ave ante la tempestad. ¿Ve el corazón más allá del cerebro? No,—porque éste produce la idea, que es el relámpago que ilumina el paso de la humanidad,—pero,—vuelvo á repetirlo,—en la noche del dolor aquél, aguijoneado por los presentimientos, arroja su puente para pasar..... ¿A la región de los sueños? Que es la vida, porque, si os fijáis, lector, las tres cuartas partes de la vida real, sugerida ó no por el sentimiento, se desarrolla dentro de las regiones de la fantasía.

Y como si el diablo fuese el médico de cabecera de Pedro, éste, á las pocas horas de partir el doctor N....., entró en un período extraño, que denotaba, sin duda alguna, gravedad. Púsose más callado, más inquieto, más agitado. No tenía apetito. Quedóse ese día en cama, y en cuanto cerraba los ojos, soñaba,—se conocía,—porque murmuraba y gesticulaba. Veía claramente que el mal misterioso avanzaba, y no debiendo esperar más recursos de aquel paraje, «¿qué hago con Pedro?»—me dije,—porque, por otra parte, tenía urgencia de regresar á Buenos Aires. Yo continuaba enfermo, moralmente, de los relatos de Pedro, tanto más que veía sus consecuencias en su salud..... En ese instante se ocultaba el sol en el horizonte, y al verlo descender entre sus llamas, parecióme que yo languidecía también..... ¡Ah, no hay como atravesar por situaciones tristes para presagiar desgracias! ¡La fantasía se viste con las alas del cuervo!

IV.

Esa noche el proceso se desató. En vez de convulsiones, atacáronle pesadillas. Y en una de ellas, principió á gritar. Levantéme. Lo hallé, —¡nunca lo olvidaré!,—sentado en la cama, con los ojos abiertos, relumbrantes, hablando sólo. Habíasele puesto ronca la voz, y, gesticulando, decía, al verme entrar en la pieza: «¿No ven? Ahí van... ¡Allá va el capitán, los prisioneros, el sargento, el rubio, el niño...!» Pálido, desencajado, ojeroso, parecía un resucitado. «Vea, patrón, las cabezas..! ¿No las ve? ¡Vea cómo saltan!»— exclamaba.

Quedéme azorado al ver el cambio y, sobre todo, el cuadro. Acerquémele, y al hablarle, como si quisiese despertarlo, se asió de mí..... Me abrazó, y al preguntarle qué tenía, por qué gritaba así, me respondió: «Ahí viene el padre del niño. ¿No lo ve..? ¡Me mata..! ¡Ay, ay! ¡Vea cómo llora la madre!» Lo abracé yo también, porque quería salirse de la cama,— y al mirarle el rostro, vi que lloraba. Las lágrimas le corrían á mares. Traté, con caricias afectuosas, de calmarlo, de sosegarlo, y como el llanto desahoga, me dije: «Llora, llora...» Callóse,—se acostó nuevamente,—recostó la cabeza en la almohada, — tuvo unos estremecimientos,—en seguida un copioso sudor,—púsosele fría la piel..... «Ahora sería oportuno, — me dije,—darle otra cucharada de bromuro para que lo ayude á dormir,» — y al ponérsela en la boca, recuerdo que agregué: «¡No es al cuerpo á quien es necesario curar, sino á ti, alma, que has enfermado al cerebro!»—dirigiéndome á él.

«¿Cuándo habrá remedios para el alma? ¿Cuán-

tas veces no se enferma ella? ¡Y queremos curar sus males con drogas de botica!»—me dije. Y comprendiendo que los males morales se curan con afectos, con amor, pasábale la mano por la frente y por el hombro, pronunciando palabras suaves, calmantes. ¡Cómo se serenaba! Quedábase quieto, callado. ¡Cuán noble no es la palma de la mano! El ser más enfurecido, en cuanto siente su blandura y calor, cálmase y se serena. ¡No se serenaría tanto, estoy seguro, ante una imposición ó los ruegos más suplicantes! ¿Y la voz tierna, suave?... Contiene igualmente calma. ¡Con razón Jesús gobernó al mundo con la mano y con la voz! «¡Pobre Pedro!»—exclamé yéndome á mi cuarto.

Al rato, siéntolo agitado. Voy hacia él, y lo hallo nuevamente sentado en la cama, con el cabello erizado, y como lo tenía más bien crespo, las guedejas parecían—¡oh, Dios mío!—sanguijuelas! ¡Su cabeza era un nido de víboras,—¡la cabeza de un mártir! Me aterró, lo confieso,—y al oirle nuevamente gritar: «¿No los ve..! Ahí van, ahí pasan..... ¡Ahí vienen..! ¡Vea, patrón, cómo saltan las cabezas!» —saqué valor de mi pusilanimidad, y me puse otra vez á calmarlo con el flúido de la mano y de la voz que Dios nos lo dió para dominar las situaciones más afligentes. Es tan poderoso, á mi juicio, que la fiera más enfurecida quedaríase callada, temblando, al sentirlo, y el mar airado, sosegado, quieto, tranquilo como un lago! Volvióse á dormir, porque el afecto en estos casos,—vuelvo á repetirlo,—es más poderoso que todas las drogas. La fuerza dominará, el talento será sublime, pero la bondad triunfa siempre, porque es divina.

Púseme á pasearme dentro de mi cuarto, al

verme condenado, en medio de mis quehaceres, á permanecer en mi molino por la enfermedad de Pedro. «¡Heme aquí de enfermero!»—me dije. Como la afección, á mi juicio, iba á tener mal fin, principiaba á preocuparme la responsabilidad de tener recluído á Pedro, porque, á la verdad, era hasta ese momento un enfermo clandestino, nada más que porque no quería que nadie supiese la causa de su enfermedad. Después, como pasa siempre, se me dirá: «Vd. ha tenido la culpa; Vd. ha debido avisar, etc., etc.,» — y para librarme de estos futuros cargos de la graciosa humanidad, decidí compartir... «Yo no tengo responsabilidad de nada; así es que no tengo con quien compartirla.» — me contesté. «¡Yo no hago, sino por afecto, esta obra de caridad!» — exclamé para mí. Sabiendo ya que en este mundo la gratitud se convierte, por obra y gracia de la injusticia, en responsabilidad, me decidí á dar cuenta....,—pero «¿á quién?»—me pregunté, porque tenía ya bien sabido que Pedro era uno de los tantos huérfanos del universo. «Pero ha de tener siquiera algún amigo!» — exclamé,—y me seguí paseando, más tranquilo, porque estaba decidido ya á revelar á alguna buena alma la enfermedad de Pedro, aunque le ocultara para salvar *falsas interpretaciones,* como dicen los litigantes, la causa ocasional de su terrible mal. No tenía tampoco por qué revelarlos. «¿Iba á sanar declarándola? ¿Los mismos médicos no curan muchas afecciones ignorando sus causas? Nadie me obligaba tampoco á ello»—me dije,—y salí al corredor, más animado, á tomar un poco de aire, como todo aquél que acaba de adoptar, en un asunto que lo preocupa, una resolución definitiva.

Eran las doce de la noche..... Miré al corredor de enfrente y divisé, entre las sombras, un bulto que caminaba. «¿Un hombre,—un hombre á estas horas?»—me dije. Sí, era un hombre, ó lo que llamamos tal todavía en este planeta, es decir, un bípedo implume, adornado de las cualidades intelectuales, morales, etc., etc. que sabéis,—y, fijándome después, distinguí al dueño de casa. «Buenas noches, Doctor»—díjome. «Buenas noches».—le respondí. «Este es mi hombre»—me dije,—es decir, quien me dirá quién es el ser más cercano, por la sangre ó el afecto, á Pedro. porque conoce en estos pagos á todos,—y sin más ni más me le acerqué y le estreché la mano Era sábado,—se había quedado hasta esas horas jugando á la baraja con sus dependientes y, á semejanza mía, salía también afuera á refrescarse, seguramente por haber perdido algunos pesos. Caminando, caminando, llegamos hasta mi cuarto, y una vez en la puerta, lo invité á entrar. «Tengo que hablarle.»—le dije. Entró,—lo enteré de mi deseo, y me contestó:

—No le conozco ningún pariente ni amigo...

—He oído hablar de un padre...

—¡Padres de la campaña! Sí, un tal Barrientos. Le llaman su padre,—pero es simplemente su padrino. Si lo crió, como dicen, hace años que no le ve.

—¿Quién es el tal Barrientos?

—D. Pantaleón Barrientos debe ser anciano ya. Partidario de Urquiza, fué, en su tiempo, Comandante de Milicias en Villaguay. Aquél le dió un campo para poblar y tuvo cierto ascendiente entre los gauchos de Montiel; después lo desalojaron del campo... Fué un caudillo del paisanaje,—tuvo buena posición, y hoy se ocupa de cuidar parejeros.

—¿Dónde está ahora?

—En la costa del Gualeguay, de aquí diez y ocho leguas.

—¿Qué tal hombre es?

—Es bueno; honorable, serio, goza de excelente reputación y de prestigio todavía.

Los montes de Montiel han sido, hasta hace pocos años, la guarida de todos los malhechores de Entre Ríos. Os podéis imaginar, lector, lo que debiera ser un caudillo de esos *nenes*, y como, según mi interlocutor, era además honorable y serio, comprendí que, padre legítimo ó postizo, era á propósito para serle beneficioso á Pedro.

—Yo tengo que ver urgentemente á ese hombre—le dije.—Pedro se puede agravar....

—Perfectamente—me respondió.—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo? Pero es de noche, y dista diez y ocho leguas....

Me miró sonriéndose,—como diciendo: «¡Cómo se conoce que Vd. es pueblero, que no sabe lo que dice!»

—¿Ahora mismo?—le pregunté.

—En el acto....

—¿Quién iría?

—El hijo de la cocinera...

«¡El hijo de la cocinera!»—me habría dicho en otro tiempo,—despreciando al chasque,—pero me estaba ya acostumbrando á ver hombres y hasta personajes en alpargatas,—y acepté la oferta. El dueño de la casa se fué,—habló con él, y al rato el mensajero se me presentó, rebenque en mano, diciéndome:

—Aquí estoy, señor,—á su disposición.

Era un jovencito bajo, delgado y morocho como Pedro. ¡Lo que son las apariencias! ¡Cual-

quiera, al verlo, lo habría mirado con indiferencia, cuando si hubiese sido todo lo contrario, es decir, alto, grueso, no habría sido tan á propósito para tal comisión! Comprendí que los Pedros, en el campo, constituyen una raza. Este era un Pedrito. «¡Superior!» — me dije. Lo enteré del objeto de su viaje; oyó la relación afectuosamente, porque era uno de los tantos admiradores de Pedro, y le di una tarjeta para Barrientos, en la que le decía que aquél estaba gravísimo y su presencia era urgente. Le entregué unos pesos para el camino, y despidiéndoseme de mí, díjome:

—Mañana al aclarar estaré en lo de Barrientos, y llegaremos aquí á la tarde....

El buen gaucho, lector, prefiere la noche para viajar, es decir, para andar á caballo, porque se entretiene menos y hace distancias más largas. Conoce los caminos y sabe también cortar campo. Sólo oí, entre las sombras, su rebencazo al partir. ¡Si hubieses visto el caballo en que se fué! No era tal; pequeño, endeble, era apenas un caballito, un petizo, y, peludo, era un verdadero rocín. No habríase dado un comino por él, y si le hubieses dicho, lector, á Pedrito que no llegaría en tal cabalgadura, se habría mofado de tu ignorancia. Los caballos, en el campo, son como los habitantes: no se debe juzgarles por la apariencia, — y cuando le pregunté al dueño de casa si no sería mejor que fuese en el ferrocarril, se me rió, con su hilaridad, en la cara. Aparte de que habría tenido que estar cinco horas en la Estación Basavilbaso esperando el tren del Paraná, el gaucho, y sobre todo el gaucho liviano, cree que el caballo anda más lijero y se ríe sardónicamente del ferrocarril.

«¡Adiós!» — volví á decirle entre mí, pareciéndome verlo galopar entre las sombras. Cerré la puerta y retorné á mi tarea de enfermero, levantándome veinte veces del lecho, porque Pedro siguió peor. No tuvo más convulsiones, — pero soñaba continuamente y, delirando, llegaba hasta pararse en el colchón, repitiendo: «¡No ven! Ahí van el Capitán, el Sargento, el rubio, el niño... ¡Vean cómo lloran los padres, los hijos, cómo bailan las cabezas!....

V.

Pasé una mala noche, y como no he nacido con ninguna disposición para enfermero, amanecí nervioso, incómodo por la preocupación y la falta de sueño. «¿Ya habrá llegado Pedrito ó Pedro II á lo de Barrientos?» — me dije.

— ¿Qué le parece.....? — le pregunté al dueño de casa, que pasaba en ese momento por el corredor.

— ¡Puff! está allá hace horas tomando mate,... salvo que se haya quedado en Mal Abrigo!

Me impacienté, porque donde quiera que me movía dentro de nuestro inmenso territorio, desde Corrientes hasta el Atlántico y desde el Plata á los Andes, me perseguía este nombre. Creo que tenemos más de diez mil Mal Abrigos, y al fin, lector, no sé si se trata de un camino, de un paso, de un arroyo.... Quizá éste fuera un monte, porque toda la campaña está llena de Mal Abrigos. ¡Se sufre mucho de los oídos en esta vida!

Pasé el dia dándole al enfermo cucharadas de caldo y leche para sostener sus fuerzas, de bromuro de potasio y calmando con caricias

afectuosas sus delirios sanguinarios. Iba cada vez peor. Lo veía clarito, á pesar de no ser médico. «¿Cuál sería el fin inmediato: ¿la locura ó la muerte?» — me dije. Un médico mismo, aun conociendo la causa de la afección, no habría podido, por la sintomatología misteriosa, pronosticar nada, porque casos como el de Pedro se desarrollan fuera de la clínica, entre las sombras..... de la ignorancia generalmente, y si alcanza sus efectos, es decir, si los ve terminar en el manicomio ó en la tumba, su origen continúa entre las nieblas del misterio. «¡Sólo entre los indios son posibles ya estos espectáculos!» — exclamé, — porque con toda mi mundana experiencia, era la primera vez que los presenciaba.

Pedro, por su valor temerario, estaba expuesto en el campo, tan lleno de peligros, á que lo matasen; en manera alguna extrañé que se fuese á la revolución oriental, — pero nunca me imaginé que se sugestionara con tanta sangre. ¡Ni en la literatura, que contiene hasta lo inverosímil, había leído nada semejante! — ¡Habías de verle, lector, el rostro á Pedro: ¡era la imagen del horror! Pálido, desencajado, ojeroso, y con las guedejas del cabello erizadas, parecía un resucitado horrorizado de la tumba! Yo no os he dicho, por no horripilaros, lo que, en sus delirios, oí de sus labios. Era espantoso. Además de asustarse de difuntos que se le aparecian, de llantos de deudos y de cabezas que saltaban, hablaba de muertes, de torrentes de sangre que salían de las carótidas, de agonías, de ayes, que me causaban tanta tristeza como horror, porque sabía que él era otra víctima. Se miraba las palmas de las manos y se las escupía, escondiéndoselas con gestos de horror, creyendo que

estaban empapadas de sangre. ¡Salía de su cuarto, después de mucho sufrir, como de un matadero, horripilado, creyéndome yo también encharcado de sangre!

Tenía, felizmente, bastante experiencia para mantenerme ecuánime dentro de tales impresiones. «¡Oh, la vida.. ¡cuán engañosa es! Por fuera es una luna plateada, encantada, y, por dentro, un infierno!» — exclamé, — y me puse á leer ó á escribir para pasar las horas. Estaba anonadado, — y, sugestionado por tanta sangre, me miraba en el espejo las pupilas y las manos también, porque me parecía que las tenía ya... rojas! A la tarde, desencadenóse un fuerte viento,—el cielo se obscureció, — las bandadas de aves volaban en busca de sus nidos y el frío recrudeció. «¡Ya no vendrán!» —me dije,— pero eran ilusiones mías, porque si habían salido de la costa del Gualeguay, estaban ya á cuatro ó cinco leguas de distancia. Y encendí la lámpara, porque había anochecido ya en mi cuarto.

No hay en el campo, en las noches frías, un compañero mejor: alumbra y calienta de tal manera, que, al cabo de un rato, la temperatura sube y sube..., como si se hubiese encendido una estufa. Estaba leyendo, cobijado á su amable calor, creyendo, á las veces, que ya no venían, cuando el dueño de casa me golpea la puerta que daba al campo, y me dice:

— Ahí vienen....

No los veía, porque no habían llegado aún. El ¿cómo los veía? Salgo áfuera, y percibo en las ondulaciones del aire voces cada vez más claras y un poquito de luz que se apagaba y recrudecía, seña infalible de que alguno de los que se acercaban venía fumando. «¡Cuán baquea-

nos son los sentidos!» — diréis. «¡Lo que es el campo!» —exclamo, á mi vez, porque estas cosas sólo se ven en el campo. Cerré la puerta, porque hacía un frío crudo, recio, y seguí esperando, haciendo como que leía, hasta sentir claramente afuera pisadas de caballos, voces extrañas y ruidos de frenos. «¡Son ellos!» — exclamé para mí..., — y la puerta se abrió, apareciendo Pedrito, que, sin más ni más, me dice:

— ¡Buenas noches, señor! ¡Ahí está el señor Barrientos!

«¡Que entre!» —dije entre mí, porque todavía no se había presentado. Me asomo... Deduje en la obscuridad, por el género de ruidos, que se ataban caballos al poste cercano, y me hice para atrás, porque era más diplomático recibirlo adentro.

— ¡Adelante! — exclamé, instintivamente, en cuanto franqueó la puerta de mi cuarto.

Confesaré que pocas veces un ejemplar humano me impresionó más y mejor. De la estatura de Carlo Magno, fornido, aparecióse con un gran poncho negro, de forro colorado, arrastrando en las colosales botas unas espuelas enormes y un inmenso rebenque de la mano. Todo era grande en él. Dentro de una serena modestia, tenía un aire solemne, tranquilo, que imponía, atrayente á la vez. En cuanto se descubrió y le tuve cerca, sentado, vi que era negro....., lo que llamamos generalmente negro, porque no hay nadie del color del alquitrán; es decir, tenía el de marrón subido. De ojos azules, con el cabello y la escasa barba castaños, mostraba en el pescuezo guedejas rubias y parte de piel blanca, para probar que era de nuestra raza. ¿Y el rostro ennegrecido? Un gaucho, mi que-

rido lector, no es tal hasta que no lo han quemado los solazos, las heladas y todas las inclemencias del tiempo y de la vida. ¿Un Otelo? Sí, un semblante morisco.

Nos pusimos á conversar mientras le traían mate y saboreaba, gustoso, una porción de un magnífico wisky que tenía reservado para accidentes estomacales.

—Me he permitido, señor Barrientos, mandarlo llamar, porque Pedro ha caído enfermo. Lo hice ver con un médico; está, á mi juicio, muy grave; quizá tenga un fin funesto, precipitado, y he querido, por salvar mi responsabilidad, que Vd. se dé cuenta personalmente de su estado y disponga lo que crea conveniente... Me dicen que, en su orfandad, Vd. es con quien tiene más vínculos, el único sobre la tie.....

Comprendí, al principio, que no caía en la relación, porque no estaba enterado del nuevo bautismo de Pedro, y como repitiera después: «¡Sí, Gumersindo, Gumersindo...!»—le expliqué que, voluntariamente, prefirió adoptar su segundo nombre, por ser más corto.

—Yo no soy su padre,—me dijo.—Muchos me creerán tal. Lo he criado solamente. Su madre murió apenas nació, y mi mujer, que era amiga de ella, lo recogió y lo crió como hijo suyo, porque no teníamos familia, y su padre era milico y falleció en seguida. Con este motivo, fuí su padrino, y después que desapareció mi mujer, crióse á mi lado. He ahí todo. Sé que muchos repiten que soy su padre. Como me trata con el respeto de á tal, y no tengo hijos, me callo..... Entretanto, le he enseñado á trabajar y le he dado buenos ejemplos...

—Así lo he creído siempre....—le respondí.

En esto Pedro, que dormía, exhaló aquellos ayes profundos, tristísimos....

— Ahí está..... — le dije.

Y principió á exhalar sus frases terroríficas.

— Puede verlo.... — le dije á Barrientos.

Pasó Barrientos, y Pedro, á pesar de estar despierto, no lo reconoció. Los dejé solos. Al rato, oí de mi pieza que Pedro, á sus saludos, le preguntó:

— ¿Cómo está, padrino....? — en tono desfalleciente.

Pedro en seguida principió á quejarse, á hablar....., se incorporó....., señaló con la mano, asustado, al Capitán, al Sargento, al rubio, al niño, que creía ver pasar por los muros... «¿No los ven!» — exclamaba — «¿Miren cómo revuelven los ojos, como mueren...! ¡Oh, la sangre..!» —gritaba horrorizado... «¡Puff, vean cómo saltan las cabezas!» — exclamaba escondiéndose, aterrorizado, entre las cobijas. Y quedóse en seguida dormido.... Barrientos permaneció ante su lecho, parado, mirándolo....

Veía, con sus ojos, los síntomas..... Extraños, no debieron impresionarlo bien,—pero no podía, ignorando las causas de la afección, conocer su naturaleza. Miraba...., y después de observarlo largamente, vino á mi pieza.

No sé si Barrientos se impresionaría, porque era de aquellos hombres que no traslucían sus sentimientos ó ideas. Se sentó, sereno, impasible, y me preguntó desde cuándo estaba enfermo.

Le dije que así, con tales síntomas, desde hacía algunos días, pero que en cuanto llegué lo hallé cambiado, triste, cada vez más abatido.

— Todos,—le agregué — lo notaron pensativo después de llegar de la guerra.... Yo lo he

cuidado como á un hijo; lo tengo, — como Vd. ve,—aquí, á mi lado; soy su enfermero, — haré cuanto pueda por su restablecimiento, — pero me temo que tenga mal fin....

Barrientos continuaba sereno, impasible. Mirándome, me dijo que sabía que Pedro había ido á la guerra, porque fué á despedirse de él. Nada más, y seguimos hablando de otras cosas.

Hablamos largo. Pedro, entretanto, se despertó varias veces gritando y ofreciendo las mismas escenas, y considerando yo que Barrientos estaría cansado, lo invité á descansar. Salió afuera, — puso su caballo bajo de una enramada, — dióle pasto, — y se vino cargado con su apero, todo adornado de plata maciza.

Lo invité á que lo tendiese en mi pieza ó en la de Pedro,—pero no quiso. Se acostó afuera, bajo del corredor. «¡Quiero aire!» — me dijo.

TERRIBLE REVELACION

Una vez que estuve solo me puse á pensar, á pensar en Barrientos. En las pocas horas que habíamos estado juntos, lo calé, — como se dice, — y con los datos que tenía sobre su vida, hallábame capaz ya de hacer su biografía, regida por la más sutil sicología. «Las poblaciones del campo, — me dije, — no saben valorar sus personalidades.—¡No es extraño,—agregué, — porque ¿cuántos campesinos hay que se creen pobres, miserables, y son ricos!» Me refería á Barrientos. Aunque no había oído sino elogios de él, estaba admirado de su individualidad y de la significación de su carácter. Era un gaucho, un paisano, en la más genuina y alta acepción. Conocía, en mi experiencia campestre, muchos géneros de gauchos: al gaucho pobre, — al gaucho trabajador, honrado, — al gaucho andariego, guitarrero, cantor, de larga barba y vestido de negro, que hace el papel de viudo, y al gaucho vicioso. Ninguno de éstos, ni todos juntos, dan la idea del alma gaucha forjada en las inclemencias, en los peligros y en la vida libre y cruda del desierto. Y Barrientos, sin habérmelo imaginado antes, era, por su presencia,

sicología y carácter, el tipo del gaucho ideal, verdadero, realzado con los prestigios del caudillo militar y civil. ¡No esperaba tanto! ¡Bastábame su figura adornada con sus prendas de plata y oro en el carácter!

Inteligente, y con una experiencia acabada sobre los hombres y las cosas, conocía á fondo toda la ciencia del desierto y de su humanidad. Observaba, callado, cuanto le rodeaba, y dábase en el acto cuenta de todo. Sagaz y suficientemente desconfiado para prevenir los peligros, limitábase á mirar, pero cuando los tenía enfrente, nadie como él para vencerlos. De la ciudad ignoraría todo; del desierto nada, y el desierto tiene sus ciencias, sus artes y filosofía. Pero era más sicólogo que sabio campestre, aunque nada en el campo, bajo del sol, le era desconocido é impenetrable á su mirada. Encorazada su alma por el carácter, aparecía, á la vista, forrado por una armadura, imponente, subyugador..... «A este hombre, que es un hombre verdadero, robustecido por la vida del campo, que todo lo ha visto, que todo lo ha oído, y para quien no había nada extraño, podré comunicarle la causa de la enfermedad de Pedro, lo que me contó y oí en los delirios de sus propios labios! ¡Y un hombre que vivió treinta años en Montiel, caudillo militar todavía!.... ¡A éste, sí, puedo confiarle el secreto!...»—me dije.

Montiel ha sido hasta hace poco, que desaparecieron los montes, lo que ciertos bosques famosos de Italia y España: el refugio de todos los malhechores de cien leguas á la redonda. Barrientos ocupaba, en las cercanías, un campo para sus tropillas; de la confianza del General Urquiza, fué nombrado, por su ascendiente sobre

el paisanaje, Alcalde,—después, Juez de Paz,—más tarde, Comandante Militar..... En tales funciones, sin amparar criminales, defendiendo las haciendas del vecindario honrado de las depredaciones de éstos, conquistóse, por la energía de su carácter, el título de caudillo. Era el amigo de los buenos y el terror de los malos. Su nombre era sinónimo de seguridad, de custodia, de amparo para el trabajador. Perseguiendo bandidos, batiéndolos en sus propias guaridas, dándoles caza, castigándolos, enterado de su vida y crímenes, «¡lo que habrá visto!»—exclamaba,—y satisfecho de su experiencia, me agregué: «Debo contarle todo, porque puede hasta darme consejos sobre lo que debo hacer en este caso!»

Viendo en él, desde esta reflexión, más que un confidente,—un consejero,—al día siguiente, como un pretexto para dejarlo solo con Pedro, me fuí en el sulky á dar una vuelta por la colonia. Quería que entretanto se comunicase con él, observase y examinase. «¡Puede ser que Pedro lo confiese..!» — me dije,—y aunque no lo creía, porque á Barrientos le profesaba respeto, hasta miedo,—tan tenue esperanza me aligeraba ya del cargo de mi revelación. A la tarde, al regresar, díjome Barrientos que Pedro había estado muy agitado, levantándose y profiriendo iguales ayes lastimeros. «Le he notado un poco de fiebre» — agregó.

Lo miré. Nos miramos. Y por si había traslucido algo, le pregunté:

—Y... ¿qué le parece..... el estado de Pedro?

—«Sí, el estado....!»—me dijo.

No me contestó nada más, paseando su mirada azul, agitada por su terrible experiencia.

Y no extrañé su silencio,—porque me estaba acostumbrando á él.

La elocuencia de Barrientos era el silencio, porque, callado, hablaban su apotusra, maneras é indumentaria, á punto de que, mirándolo solamente, leíase en ellas su existencia. Quédeme, de consiguiente, tan satisfecho como si me hubiese contestado, aunque, — lo confieso, — no traslucí nada en sus miradas. Hablamos despues, en cambio, de otras cosas, y á la noche, mientras tomábamos el café, me pregunta:

—¿Y qué dijo el médico?

Le contesté que, en resumidas cuentas, nada, porque imputó todos los síntomas á un estado nervioso.

—¿Y á Vd. qué le parece?—agregó.

Aquí me enlazó de un asta.. .., — y me fuí corneando hasta la pieza de Pedro, con el pretexto de verlo. «¿Le digo?»—me pregunté. «¿Qué dirá?»—volví á preguntarme,—y envalentonado por la experiencia de Barrientos, le contesté:

—¿Qué me va á parecer!: ¡Pedro se puso á degollar!—¡Ahí están los resultados..!—y descargada mi alma al fin de tanto peso, quedéme aligerado y más calmado, — pero, pálido, temblando....

....

Lo miré á Barrientos. El me miró también. Así estuvimos, mirándonos, unos segundos, — y como no despegara sus labios, le pregunté, á mi vez:

—¿Y á Vd. qué le parece?—porque le llegaba su turno de hablar.

—¡No es para todos la bota de potro! — exclamó, sin inmutarse, serenamente.....

Yo me quedé callado, porque creía que me

había tocado la hora de callarme y alguna vez me había de callar!

.....

.....

.....

Leía en el semblante de Barrientos como en un libro, y puedo aseguraros, lector, que su silencio no era aprobación por la conducta de Pedro, sino que no le tomaba de sorpresa. «¡No es para todos la bota de potro!» ¿Qué significaba esta exclamación? ¿Que se daba cuenta del caso? Y al cabo de otro intervalo, agregó:

—El padre padeció de lo mismo...

Es decir, se puso á degollar,—lo que significa que el caso era patológico y estaba también regido por la ley de la herencia.....

—¿Y cómo le fué....?

—Murió en seguida... De esto no se sana.....

Iba aprendiendo algo. Nunca vi más terriblemente confirmada la sentencia: «Quien á hierro mata, á hierro muere.....»

.....

.....

.....

Barrientos seguía, al resplandor de la lámpara, sentado junto á la mesa. Gigantesco, gallardo, envuelto en su poncho patria y con la cintura bandeada por un enorme facón de empuñadura de plata, parecía el rey de la Pampa. Yo, con la revelación de mi secreto, estaba más libre,—pero me sentía, en su presencia, rebajado, y me paseaba con la frente agachada... ¡Nunca me sentí más pequeño!

Conociendo la participación de Pedro en la revolución, me limité á relatarle sus acciones siniestras. Le contesté que fué tomado prisionero, que casi fué degollado por completo.

— Puede Vd. ver la herida que tiene en la nuca..... ¡Juró vengarse del Ayudante!—exclamé.

Le referí que le boleó el caballo, lo venció y..... lo degolló.

—Después que sus soldados,—agregué,—vencieron á los del Ayudante, pusiéronse á degollar á los de éste, y Pedro cortó, con su propia mano, el pescuezo á más de la mitad.

—Les entró la fiebre.....

—En una pulpería, próxima á la frontera de Río Grande, sorprendió á una partida enemiga, y la pasó, con su gente, toda á cuchillo. Al incorporarse, después de un desastre, á su regimiento, tropezó, al borde de un arroyo, con gente contraria. Echó, con los suyos, pie á tierra, y como le costara vencerla, hizo degollar, furioso, á los pocos sobrevivientes. El degolló, esa vez, á cinco. Cerca de Paysandú, en una descubierta, derrotó á otra partida y procedió igualmente.

Barrientos escuchaba, sin inmutarse, estos relatos. Le conté una porción de otros incidentes en que intervino Pedro; creía que al verlo cubierto de sangre, de pies á cabeza, se impresionaría; nada.....; estaba, cuando lo miré, tranquilo, sereno...

«¡Me confunde la frialdad de este hombre»,—exclamé para mí,—porque no dudaba de su moralidad y seriedad.

Lo miraba, lo miraba, y él, sin bajar la vista siquiera, seguía impasible.....

«¿Aprobaba los hechos de Pedro?»—me pregunté, en vista de que no protestaba.

Su silencio no significaba desaprobación. ¿Aprobación? Tampoco; simplemente silencio.

Recordarás, lector, que os dije, en cuanto l

conocí, que era un espíritu que no dejaba traslucir en el rostro sus impresiones.

Sin bajar la vista, seguía impasible.....

.....

.....

.....

—¡No es para todos la bota de potro!—volvió á exclamar. He visto muchos de estos casos. ¡Son muy generales!—agregó.

¿Qué tal el nene? Era precisamente lo que buscaba: luz, luz entre tantas sombras!

—En Montiel los *malevos,* agregó, no podían asaltar, saquear, robar y asesinar sin degollar. El degüello era siempre el fin. Y no sólo se acostumbran y se envician,—porque es un vicio como cualquier otro, — sino que les entra el furor por degollar. ¡Degüellan hasta á los muertos! Es la fiebre del degüello, — y cuando, en este estado, pasan algún tiempo sin degollar, se desesperan y son capaces de..... degollarse á sí mismos. Conocí á un individuo que, habiendo contraído este vicio en una guerra civil de los vecinos, se retiró á su casa,—sintió allí el desasosiego, y no teniendo á quien degollar, degolló á su propio padre. Algunos continúan en sus tareas hasta que hallan la horma de sus zapatos ó se olvidan de ejercitar sus feroces instintos en medio de otras ocupaciones,—pero otros, perseguidos sin duda por el arrepentimiento, se enferman moralmente. Principian por entristecerse, ponerse pálidos...; pierden el apetito, el sueño...; se ponen como Pedro..... Los que no se mueren, se idiotizan... ¡No es para todos la bota de potro! Pedro ha procedido por herencia, porque su padre,—como le dije,—fué un gran degollador y esta furia se transmite á

los hijos. He observado esto en numerosos casos, y puedo asegurarle á Vd. que el hijo de degollador sale, invariablemente, degollador.

Al pronunciar Barrientos estas últimas palabras, Pedro exhaló uno de esos suspiros quejumbrosos, profundos, fúnebres. Me dirigí á la pieza contigua, y al verlo arrojado en su lecho, medio destapado, exánime, pálido, bello, barbilampiño, parecióme, á la luz de la lámpara, el ángel de la muerte. ¿Cómo es posible que tanta juventud y belleza puedan contener tantos crímenes?—me dije, sin pensar que se trataba de un caso de sugestión atávica é inconsciente. «¡Pobre Pedro!»—exclamé dentro mí, porque si el perdón, segun el cristianismo, es principalmente para los culpables, la ciencia moderna obliga que á los sugestionados no les tengamos sino lástima, porque son unas víctimas de las imperfecciones del alma y de sus antepasados. «Pedro,—me dije,—no tiene ninguna culpa, porque no tuvo parte en su organización. Tal nació. Y no era malo y, mucho menos, cruel; desprendido, generoso, era valiente hasta la exageración; la venganza lo llevó á ejecutar lo que quisieron hacer con él; esto era moneda corriente en el ambiente en que actuaba; la sangre, como una copa de alcohol, lo embriagó; se sugestionó moralmente; obraron los instintos atávicos, y como precisamente no era perverso para recrearse en la soledad con el recuerdo de sus acciones, fué una víctima de sus apariciones. ¡Pobre Pedro!»—exclamé, saliendo afuera sofocado, á pesar del frío, porque me parecía que yo también me ahogaba entre tantos recuerdos sangrientos.

La luna brillaba en todo su esplendor y,

rándola, recuerdo que la tomé por confidente, manifestándole mi extrañeza ante los sucesos raros y extraordinarios en que siempre me hallaba envuelto á pesar de mi vulgar existencia de abogado y escritor, y que constituyen mi experiencia hosca y melancólica. «¿No me puse á colonizador?»—«¡Pero esto no es la colonización! ¡Así son las cosas! Sí, — así son las cosas!»—exclamé, por último, en mi monólogo, porque la experiencia está fuera de los umbrales del hogar y ella es la vida! Entré adentro, — pero no podía asomarme al cuarto de Pedro, porque me parecía que lo iba á ver nadando en sangre, — y en cuanto daba vuelta la mirada y la fijaba en Barrientos, quedábame admirado ante su serena impasibilidad, imponente y triunfante. «¡Qué hombres,—qué humanidad! ¡Viva el desierto!»—exclamé para mí.

EPÍLOGO

Pedro se halla en el manicomio, en el departamento de los idiotas. ¡No es para todos la bota de potro! — como dijo Barrientos, — y tú, lector, perdónalo porque fué una víctima inconsciente del alma imperfecta, del ambiente y del atavismo.

Nunca me olvidaré de la última vez que le vi. Estaba en el banco de un corredor, y con el rostro dado vuelta, mirando al sol, hízome acordar al venadito *Giaour* cuando lo entreví en sueños disparando por el campo y diciéndome: «¡No, no!» con su cabecita. ¿Para qué deciros, lector, que no me reconoció! Estaba inconsciente.

De regreso, víneme pensando en su triste destino. ¿Quien diría, — me dije, — que Pedro terminaría sus días de semejante manera? Lo lógico era que hubiese muerto en pelea singular ó en una guerra. Su estado, que era casi el de un muerto, era una consecuencia de la guerra, con la diferencia de que en vez de morir de heridas, moría de matar. La sangre que derramaron sus manos embriagó su cerebro y y trastornó después su alma. El alma lo mató. ¡Oh, el alma mata sí, cuando no puede sobrellevar sus preocupaciones! Horada el cuerpo, la vida se vá....

El alma de Pedro se turbó, oscureciéndose, porque, precisamente, no había nacido para matar. Llevado primeramente por las represalias de la guerra, vengóse del Ayudante; sin experimentar nunca deleites ni fruiciones criminales, la sangre lo embriagó, porque, en las guerras desenfrenadas, embriaga á espíritus débiles y dominados por el culto al corage. «¡No es para todos la bota de potro!» — como dijo Barrientos.

Enemigo de combatir con malos ejemplos, recordaré sin embargo la degollación de San Juan Bautista, la de los inocentes, la de los millares de cristianos en los templos, la de Cromwell á sus enemigos y la de Napoleón, al retirarse de Rusia, para evitar á muchos de sus soldados enfermos que expiraran hambrientos y sobre el hielo. Entra, en situaciones extremas, como preventivo humanitario, y al que ciertos gauchos, en el campo, llaman despenar. Quiero decir que, aunque se ha cultivado en nuestros países en luchas civiles semi-bárbaras, es importada de Europa, donde se le ha rendido un culto tradicional. En Francia antiguamente, por ejemplo, no se ponía en práctica sino con los caballeros. Aunque hay una gran diferencia entre mandar y ejecutar,—porque, en el primer caso, se carga sólo con la responsabilidad moral,—perdona lector, á Pedro, porque fué una víctima de la imperfección humana y del medio en que se crío.

¿Y Pedro? Murió en seguida. «¡No es para todos la bota de potro!» ¡Perdónalo!

FIN

ÍNDICE

Prefacio ..... Pág. 5

PRIMERA PARTE

La Llegada ..... Pág. 9
Primera Excursión ..... » 19
El Molino de la Colonia ..... » 36
El Colono ..... » 49
Cuadros ..... » 58
La Siega ..... » 73
Cuadros ..... » 79
La Trilla ..... » 89
Cuadros ..... » 95
Una Manga de Langosta ..... » 115
Cuadros ..... » 122
Las Colonias Rusas ..... » 143
Cuadros ..... » 160
La Civilización en el Desierto ..... » 181
Cuadros ..... » 197

SEGUNDA PARTE

Capítulo I ..... Pág. 232
» II ..... » 240
» III ..... » 252
» IV ..... » 256
» V ..... » 262
Terrible Revelación ..... » 269
Epílogo ..... » 278

EDICIONES ESPECIALES

EDITADAS POR LA CASA

Dumas A. — El Conde de Monte Cristo (única edición completa y lujosa, con numerosos y magníficos cromos)..... 2 tomos $ 3.20
El Conde de Monte Cristo (resúmen)... 1 tomo » 0.40
Los Tres Mosqueteros (espléndida edición en gran formato y completa, en papel fino é ilustrada con 12 cromos)..... 1 tomo $ 3.20
Idem, idem (encuadernada)..... 1 » » 5.—
Veinte años después (ilust. con cromos) 1 » » 3.20
Idem, idem (encuadernada)..... 1 » » 5.—
El Vizconde de Bragellonne (ilustrada fina y con cromos).... ..... 2 tomos $ 6.40
Idem, idem (encuadernada)..... 2 tomos $ 10.—
Blanca de Beaulieu..... 1 tomo $ 0.24
Los Bandidos de la Calabria..... 1 » » 0.24
Los Caballeros de Sierra Morena..... 1 » » 0.24
Los Hermanos Corsos..... 1 » » 0.24
Antonina ó los Angeles de la tierra (enc.) 1 » » 3.—
Caivano Tomás — Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia..... 2 tomos $ 2.—
Chouruma Canor — Flores Silv. (Poe.) 1 tomo » 0.24
Jorge Ohnet — Inútil Riqueza..... 1 » » 0.60
El Alma de Pedro..... 1 » » 0.60
Negro y Rosa..... 1 » » 0.60

Deuda de Odio..... 1 tomo $ 0.60
Reliquias de Amor..... 1 » » 0.60
Ultimo Amor..... 1 » » 0.60
La Gente Alegre..... 1 » » 0.60
En el Fondo del Abismo..... 1 » » 0.60
La Señora de Croix Mort..... 1 » » 0.60

A. Belot — La Mujer de fuego..... 1 » » 0.60
La Jugadora..... 1 » » 0.60
La boca de la Señora X..... 1 » » 0.60
Locuras de Juventud..... 1 » » 0.60

E. Gutierrez — Siluetas Militares..... 1 » » 0.90
Amor Funesto..... 1 » » 0.90
Asesinato de Alvarez..... 1 » » 0.90
Los Enterrados Vivos..... 1 » » 0.90

Gabino Ezeiza—Nvas. canciones inéditas 1 » » 0.40
El Cantor Argentino..... 1 » » 0.20
Colección de Canciones..... 1 » » 0.20

Emilio Zola — Nanà..... 1 » » 0.60

Victor Hugo — Ultimo día de un condenado á muerte..... 1 » » 0.24
Lucrezia Borgia..... 1 » » 0.24

J. M. Pareda — Pachín Gonzalez..... 1 » » 0.60

Mirbeau Octavio—Cuentos de la Choza (encuadernado)..... 1 » » 0.80

J. Pérez Galdós — Gloria..... 2 » » 1.20
Alma..... 1 » » 0.60

García Prats Luis — Novísimo cocinero universal..... 1 » » 0.30

Juan Valera — Juanita la Larga..... 1 » » 0.60
Pepita Jimenez..... 1 » » 0.60

Eugenio Sué — Kernot el Pirata..... 1 » » 0.24

A. de la Martine — Juana de Arco... 1 » » 0.24
Abelardo y Eloisa..... 1 » » 0.24

José Hernandez — Martin Fierro.... 1 » » 0.90
La vuelta de Martin Fierro..... 1 » » 0.90

Rafael Guerrero — Crónica de la Guerra de Cuba (encuadernado)..... 5 tomos $ 20.—

Galand — *Las Mil y una Noches* (Unica edición completa y de lujo, con magníficos cromos y espléndida tapa en 8 colores, ilustraciones del celebre Doré; contiene 484 páginas de gran formato 1 tomo $ 0.60

Idem Idem (encuadernada)..... 1 » » 1.60

F. Camprodon — Flor de un Día.... 1 tomo $ 0.12

Espinas de una Flor..... 1 » » 0.12

I. de Montepin — La Hija del Ajusticiado (encuadernada).....1 tomo $ 1.50

A. Mutzolburg — La Expiación de la Venganza ó el Rey de la Tierra (edición de lujo encuad.) 2 tomo $ 6.—

Fernandez y Gonzalez — Los Amores de Quevedo 1 tomo $ 0.80

La Hija del Cardenal..... 1 » » 1.20

De A. de San Martin — Las Bendiciones de Quevedo ..... 1 tomo $ 0.80

Boccardo — Tratado de Econ. Política 3 » » 5.—

D. J. Espronceda — Obras poéticas.. 1 » » 0.60

A. Debay — Historia Natural del hombre y la mujer..... 1 » » 0.80

J. Zorrilla — Don Juan Tenorio (drama) 1 » » 0.20

Cubano — La Guerra de Cuba..... 1 » » 0.40

A. Peratoner — Fisiología de la Noche de Bodas (con grabados)..... 1 tomo $ 0.80

Warin — Julieta y Romeo..... » » » 0.20

S. Piere — Pablo y Virginia..... » » » 0.20

Shmid — Genoveva..... » » » 0.20

P. de la Cuesta—Nuevo secr. de amant. » » » 0.20

C. de la Croce—Ber. Bertol. y Cacaseno » » » 0.30

Adam Berned — Bautismo de sangre. » » » 0.24

Arturo Scotto — Poesías del Dr. Leandro N. Alem (recopilación)..... 1 tomo $ 0.40

A. Fontanella — Tranquera (drama)... » » » 0.30

Juana M. Manso — Los Misterios del Plata (obra Contempóranea á Juan M. de Rozas) 1 tomo $ 0.80
E. Richebourg — Los Millones del señor Joramie..... 1 tomo $ 2 —
J. M. Suarez — Sensitivas (Poesías)... 1 » » 0.80
E. Diaz y Ziler — Nuevo método práctico para aprender á acompañar en cualquier tono de la guitarra en solo 10 lec. sin necesidad de maestro. 1 tomo $ 0.30
José R. Indarte — Rozas y sus opositores. Es acción santa matar á Rozas, (pág. de sangre) 1 tomo $ 4.—
A. El Polio —Fausto (Impresiones del gaucho) 1 t. » 0.40
J. R. Pini — Recuerdos históricos del Dr. Leandro N. Alem..... 1 tomo $ 0.20
Leumann Cárlos — El Idilio del Valle (Poesías)..... 1 » » 0.24
R. D. Olazábal —Bs. Aires Cosmopolita 1 » » 0.80
De Amicis E. — Corazón..... 1 » » 0.60
— » (encartonado)... 1 » » 1.—
Rivera N. Justo — Tratado del juego del Trucco..... 1 » » 0.16
Duáyen César — Stella..... 1 » » 1.20
Augusto Juan — Grotescos..... 1 » » 0.60
Kock de Paul — Una Noche de Novios 1 » » 0.60
Amor y Misterio..... 1 » » 0.50
La casa Blanca..... 1 » » 0.50
F. Fragueiro y A. Rodriguez — Los Grandes Crimenes en Buenos Aires..... 1 tomo $ 1.20
Casellas E. - Vocabulario Taurino.... 1 » » 1.—
Mery — La Guerra del Nizam..... 1 » » 0.50
Castellanos J. y Velasco — Los Ratas 1 » » 0.50
Varcarcel M. — El Amor... sin velos 1 » » 0.50
Karr Alfonso — Genoveva..... 1 » » 0.50
Gautier T. — Mademoiselle de Maupin.. 1 » » 0.50
Bravo Zisternas Agustin — La Mujer al través de los siglos..... 1 tomo $ 1.—
Fritz Baron de — Poesías..... 1 » » 0.24

P. du Terrail — Herencia misteriosa... 1 » » 0.40
N. de Arce Gaspar — Poemas cortos 1 tomo $ 0.16
Poesías completas ..... 1 » » 0.80
Le Prince — La Mano del Muerto (conclución del Conde de Monte Cristo)..... 1 » » 1.10
Savelli Mafio — La Canalla ó Roma desconocida..... 1 » » 1.20
Mil y un Día..... 1 » » 0.90

OBRAS VARIAS

Prontuario de cuentas hechas ..... 1 tomo $ 0.16
» » » (encartonada) .... 1 » » 0.24
Historia del Emperador Carlos Magno .. 1 » » 0.30
Magia Roja ..... 1 » » 0.30
Magia Blanca ..... 1 » » 0.30
Magia Negra ..... 1 » » 0.30
Oráculo novisimo ó sea el libro de los destinos 1 » » 0.30
» » (encartonado) 1 » » 0.60
Madam Pompadour..... 1 » » 0.30
María Stuardo ..... 1 » » 0.30
Los amores del Tasso ..... 1 » » 0.30
Doña Juana la Loca ..... 1 » » 0.30
Mis amores (libro cerrado) ..... 1 » » 0.24
Mis besos (» ») ..... 1 » » 0.24
Mis caricias (» ») ..... 1 » » 0.24
Las Busconas de Buenos Aires („ „) 1 » » 0.24
Poetas Castellanos modernos; poesías de los más célebres poetas españoles... 1 » » 0.24

La Mujer y El Amor	1	»	» 0.60
Los grandes Paladines ó los Reyes de Francia	1	»	» 0.80
Estilo general de cartas	1	»	» 0.20
El mago de los salones	1	»	» 1.—
Gramática Italiana-Española y vice-versa	1	»	» 0.40
Las Apariciones de los Muertos	1	»	» 0.20
Los Misterios de la familia Bonaparte	1	»	» 0.80
Los Fantasmas	1	»	» 0.20
Manual del Ciudadano en armas	1	»	» 0.80
Recopilación de Monólogos y Diágolos	1	»	» 0.30
Correo del amor	1	»	» 0.20

PAYADORES, LIBROS GAUCHESCOS, DÉCIMAS, Etc.

COLECCIÓN DE MÁS DE 60 TÍTULOS

DE LOS AUTORES MÁS EN BOGA °/o $ 4.20

2550

N. TOMMASI

OBRAS EDITADAS POR LA CASA

Tomos elegantes tapa cromo

de 272 y 320 pag.

Por A. BELOT

La Boca de la Señora X

Locuras de Juventud

La mujer de fuego

La Jugadora

Por HERNANDEZ y FERNANDEZ

Los Amores de Quevedo

Por A. DE SAN MARTIN

Las Bendiciones de Quevedo

A. MOLINARI, TALCAHUANO 1256

3 2044 036 363 893

3 2044 036 363 893

3 2044 036 363 893

3 2044 036 363 893